

ÁLVARO DE LAIGLESIA



**LA GALLINA
DE LOS HUEVOS
DE PLOMO**

Lectulandia

La publicación de un libro de Álvaro de Laiglesia es siempre un acontecimiento: 1.º, porque Álvaro de Laiglesia es el único humorista español que se consagra al humorismo con una tenacidad propia de héroe medieval sentenciado por propio voto a perpetua fidelidad a su dama; 2.º, porque LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE PLOMO es una obra sólida, llena de substancia y —pese a lo del plomo— ligera y liviana como una pastilla contra el insomnio, y posee efectos terapéuticos análogos. Álvaro de Laiglesia, como los escritores de pura cepa, cuanto más avanza en su camino de humorista, mejor escribe; como el buen vino en la bodega, va adquiriendo solera, aroma y grados.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

**La gallina de los huevos de
plomo**

ePub r1.0

Titivillus 12.04.2019

Álvaro de Laiglesia, 1951
Retoque de cubierta: Ellie

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La gallina de los huevos de plomo](#)

[Los humoristas](#)

[Vida moderna](#)

[Diálogos](#)

[Comidas y bebidas](#)

[Medicina](#)

[Industria y comercio](#)

[Automovilismo](#)

[Campo](#)

[Loas](#)

[Relatitos](#)

[Cine](#)

[Teatro](#)

[Literatura](#)

[Periodismo](#)

[Viajar](#)

[Observaciones](#)

[Parodias respetuosas](#)

[Sobre el autor](#)

ÁLVARO DE LAIGLESIA, como los escritores de pura cepa, cuanto más avanza en su camino de humorista, mejor escribe; como el buen vino en la bodega, va adquiriendo solera, aroma y grados.

LOS HUMORISTAS

Desde hace muchos años, padecemos curiosos síntomas que inquietan a la población civil; nos gusta adornar nuestros oídos con horquillas de cerezas, apretar entre el pulgar y el índice huesos de aceituna para dispararlos a enorme distancia, y considerar el mundo una pecera de peces multicolores dignos de nuestra risa. Ya en la cuna, cuando aún no se había deshecho en nuestro labio la nata del primer biberón, gritábamos alegremente «¡tururú!» oprimiendo con un dedo la panza del pariente obeso. El país nos ha visto crecer como a bichos raros, achacando nuestro optimismo al mal funcionamiento de alguna meninge. Los médicos nos recetan lutos rigurosos para curarnos la juerga espiritual que nos posee, y echan lágrimas con cuentagotas en nuestros vasos para cortar el perpetuo ataque de risa en que vivimos.

Hemos llegado a la madurez en un clima hostil a nuestro buen humor, navegando en frágil piragua contra la turbia corriente de seriedad que ha inundado la vida. ¡Tremenda regata en estas aguas biliosas, cuyos remolinos pugnan por hacernos zozobrar! Embarcaciones negras, tripuladas por remeros hoscos, nos embisten con sus proas. Buzos malhumorados, con barba y chistera bajo la escafandra, intentan taladrar nuestro casco con arpones desde el fondo de la charca.

—¡Están locos! ¡Están locos! —grita don Severo y su coro de pellejos tristes, mostrando recortes con nuestras chuflas y rechiflas.

Todos aquellos que nacieron con parálisis en sus músculos irrisorios, ponen petardos de sentido común en nuestro camino para despertarnos de las bellas fantasías que nos mecen. Y los jueces de la regata, vendidos a la calderilla de la vulgaridad cotidiana, hacen trampa en sus cronómetros para que no ganemos la prueba. Pero el esquife del humor en el que bogamos, se mantiene a flote. Y su vela, no mayor que un papel de fumar, resiste valerosamente el vendaval de necia seriedad que sopla en contra. Y seguimos remando al compás de canciones absurdas, llevando como mascarón de proa la careta de un payaso. Y vemos Venecias fabulosas en las tierras yermas. Y

los avisperos, en los árboles, se nos antojan piñatas que nos colmarán de regalos. Y los ángeles adornan nuestra ruta con hermosos espejismos, que convierten en Bagdad cualquier Cercedilla humilde. Dadnos una cola de merluza, que nosotros la convertiremos en sirena tentadora. Dadnos un castillo en el aire, y viviremos en él. Poned una fea ante nuestros ojos, y veremos una Venus que ya la quisieran en Milo. Pisadnos en el tranvía, que os pediremos perdón por haber puesto nuestro pie debajo.

—¡Están locos! ¡Están locos! —gritan las fuerzas vivas a espaldas nuestras—. ¡Mirad con qué desfachatez nos tiran de las barbas y cuelgan cascabeles en el faldón de nuestras levitas! ¡Están locos!

Y tanto lo han repetido, que empezamos a dudar de nuestra cordura. ¿Estaremos realmente locos? ¿Habrás «confetti» en nuestro cráneo, en lugar de fea materia gris? Y después de hacernos una radiografía de la conciencia; después de mirarnos en el triple espejo de un sastre que es el mejor para descubrir los defectos del hombre; después de tomarnos el pulso en las dos muñecas para mayor seguridad, la duda ha brotado en nuestras almas. Sí. Puede que sí.

Quizás estemos locos, porque amamos la vida y procuramos librarla de la cola solemne y antipática que arrastra.

Quizás estemos locos, porque pretendemos secar con la esponjita de nuestro humor un diluvio de lágrimas.

Quizás estemos locos, porque preferimos jugar con un rayo de sol en el espejo de una polvera, a estudiar la carrera de abogado.

Quizás estemos locos, porque en el reparto del pollo social nos conformamos con la pata, y no miramos con envidia al que se sirvió pechuga.

Quizás estemos locos, porque somos capaces de interesarnos por todas las cosas que no nos interesan.

Quizás estemos locos, porque empleamos nuestros tinteros en pintar cosas bellas, y no en emborronar las bellezas que otros pintaron.

Quizás estemos locos, porque no somos hipócritas y hemos procurado decir siempre lo que nos vino a la punta de la pluma.

Quizás estemos locos, porque vamos quitando la cizaña del trigal, a sabiendas de que esta cizaña la sembraron gordos caciques que manejan el cotarro de la vida con la fuerza de sus botas, y no con la persuasión de sus sonrisas.

Quizás estemos locos, porque no nos reímos cuando una anciana se cae en la calle patas arriba, y nos morimos de risa, en cambio, oyendo peroratas engoladas.

Quizá, por todas estas razones, estemos locos. Pero si la locura es así, lancémosle un sonoro «viva». Y dediquemos este libro al hermano loco, que se fuga en sus quimeras del mundo que entristecen sus hermanos cuerdos.

LA RISA

La habréis visto muchas veces. Es gorda como un tonel, de carnes macizas y busto opíparo. Debe de ser tan vieja como el mundo, pero no representa ni la mitad de los años que tiene. Su rostro sigue siendo el de una niña, a pesar de que lo surcan arrugas profundas como desfiladeros. Viste trajes risueños de cretona estampada, impropios de su edad, y le entusiasma adornarse su pelambreira canosa con claveles reventones. Tiene una dentadura espléndida, fuerte y blanca, aunque algo desigual. Se presenta en todas partes sin avisar, alborotando las tertulias con sus gritos que imitan el relincho del caballo.

—Estábamos reunidos en el salón —dice la gente— cuando de pronto nos entró la risa.

Y es que la Risa se cuela, a pesar de su gordura, por la rendija más insignificante del pavimento o la pared. Cualquier pretexto le sirve de trampolín para plantarse de un brinco en mitad de la reunión: una frase feliz, un buche de té que se le atragantó a una señora provocándole un hipo chistoso... Y allí aparece la Risa para festejar el acontecimiento con estentóreos relinchos de su simpática boca. Un temblor de carnes acompaña al concierto, hasta que la Risa se desploma sudorosa en un sillón y vuelve la calma.

En todas las casas se la recibe bien. Las sobremesas con ella son estupendas, y se digieren mejor las comilonas más copiosas.

—Ya entró la Risa en el piso de al lado —dicen los vecinos, con envidia, oyendo sus explosiones a través del tabique.

Cuando esta gordinflona cordial hace una visita, los anfitriones hacen todo lo posible para que no se vaya tan pronto; para que se quede un ratito más. Procuran entretenerla contando chistes, disfrazándose de cosas absurdas e incluso poniéndose a cuatro patas y manteniendo sobre la cabeza un vaso lleno de agua sin que se derrame. Pero llega un momento en que la Risa se aburre, porque es inquieta y tiene que acudir a millones de citas. Y cuando se va, la fiesta más animada se queda mustia y se disuelve en pocos minutos.

También frecuenta mucho los teatros, y los autores cómicos suspiran aliviados cuando la ven en el patio de butacas por un agujerito del telón.

—¡Ya llegó la Risa! ¡Óigala! —le dicen al empresario, pues estando ella en el público no hay peligro de que quiten la obra al día siguiente.

Otras veces, en cambio, la Risa hace la travesura de presentarse en el teatro donde se representa un drama. Y al autor, que suele ser flaco y verduoso como un pepinillo en vinagre, le sienta su presencia lo mismo que una descarga de fusilería en el abdomen. Pero a ella no le importa, porque no lo hace con mala intención.

Sencillota, frescachona y campechana, la Risa tiene esa misma franqueza un poco ordinaria de las matronas pueblerinas. Honrada y generosa, cree que toda la Humanidad es tan buena como ella. Si llevara bolso se lo habrían robado ya setecientas veces. Posee, como muchas pueblerinas, dotes misteriosas de curandera y le basta rozar con los dedos la frente de un triste para devolverle las ganas de vivir. Le encantan los niños, y entre ellos disfruta como en ninguna parte. La oiréis en todos los jardines, saltando en el centro de los corros o remojándose con los pequeñuelos a la orilla del mar.

Cuando tengáis algún disgusto, coged una pluma de ave y pasadla suavemente por vuestras axilas. El levísimo rumor que produzca esta cosquilla será captado por el fino oído de la Risa, que acudirá con rapidez a vuestra llamada. Y enseguida la veréis aparecer, mofletuda y contenta, dispuesta a devolveros la alegría en el disparatado estruendo de sus relinchos.

VIDA MODERNA

«PEPE». Y «JIMMY».

UN tratamiento intensivo de copazos y cenas frías ha curado de su anemia al «todo Madrid». Los cuatro gatos que lo forman se disgregaron durante las últimas guerras y no coincidían en ninguna parte. Pero gracias a los canapés de las legaciones extranjeras y a la ginebra de los cócteles particulares, han vuelto a reunirse. Esos cronistas sociales que sacan sus metáforas de una comptera isabelina, escriben otra vez la fórmula «todo Madrid», como en los mejores tiempos de los cronistas sociales.

Y rodeando a esta minoría de elegidos, moviéndose en su misma dirección, se ha formado ya lo que los franceses llaman *entourage* y los españoles pronunciamos «enturach». Esta corte de seguidores es imprescindible, pues el núcleo puro del «todo Madrid» es reducido, y no llenaría ni once filas de un teatro. Todo divo necesita comparsas que le canten el estribillo. Cada marquesa sostiene en su órbita media docena de satélites sin luz propia, destinados a ocupar en su palco las sillas de atrás. Estas señoras grises salidas de ese maremágnum de fronteras vagas, conocido con el nombre de «gente bien», son las que permiten llenar los teatros en las funciones benéficas. Por cada título sonoro y cada intelecto brillante hay que calcular seis miembros de escolta, que se arriman a toda nobleza hasta pincharse con los picos de sus coronas.

Hay seres muy graciosos en el *entourage*, pero ninguno como esas señoras que hablan de «Pepe» y de «Jimmy». Suelen ser cuarentonas desenvueltas, viudas unas veces y solteras otras, suscriptoras del Vogue y con un «chic» de aúpa. Delgadas, huesudas en ocasiones, brujulean en las fiestas de grupo en grupo con una copa en la mano. Con frecuencia, mientras charlan de arte con otro talludito, pescan la aceituna de su martini y se la comen con gesto de niñas traviesas que hacen una picardía. Son honestísimas, tienen desparpajo y, aunque feas, se las considera interesantes. Tienen fama de escribir cositas primorosas, pero cortas, de las que costean ellas mismas

pequeñas ediciones en «papel japon» para regalar a sus íntimos. Se rumorea que tienen un amor platónico y que a sus tertulias de los jueves va la crema del intelecto. Viven en *pisitos* baratos, pues no son ricas, pero puestos con un gusto insuperable. Los matrimonios las utilizan mucho para aprovechar ese asiento que siempre queda vacante en los autos de cinco plazas.

Y en cuanto llegan a una reunión, se ponen a hablar de Pepe:

—Ayer saludé a Pepe... ¿Ha oído usted la última frase que le atribuyen a Pepe?... Le he leído mi último poema a Pepe... Dice Pepe que...

Y cuando alguien del grupo, intrigado, pregunta a qué Pepe se refieren, contestan ellas con naturalidad, sin darle importancia:

—¡Qué Pepe va a ser! Pepe Ortega, hombre. Ortega y Gasset.

Y más tarde, cuando pasa el estupor del mundano novato, incluyen a Jimmy en su conversación:

—¿Saben si ha regresado Jimmy?... Cuando Jimmy se fue a Londres... La última vez que vi a Jimmy...

Este Jimmy, como pocos lectores habrán podido sospechar, es el duque de Alba.

Entre todos los «snobismos» que han desfilado por la sociedad madrileña, el de estas señoras talluditas es el más delicioso.

«PIE A TIERRA».

A medida que la superficie terrestre edificada va siendo incapaz de albergar bajo sus techos a tantísimo individuo, disminuyen las pretensiones del aspirante a inquilino. El que ayer buscaba un piso, se conforma hoy con un cuchitril que llaman «apartamento»; y los que alquilaban antaño «villas» veraniegas pomposas, se introducen hogaño a gatas en un *pied à terre*. Basta dar un nombre fino a cualquier incomodidad para que la gente la soporte encantada. Antes de que se pusiera en circulación la fórmula *pied à terre*, las familias que tenían el proyecto de pasar sus vacaciones hacinadas en un granero, se callaban como muertas. Ya no. Hasta los linajudos, con tantos blasones como pesetas, pueden decir sin perder ringorrango:

—He alquilado un *pied à terre* en el litoral.

Lo bueno que tiene ese «snobismo» de traducir las cosas a otra lengua, es que se camufla imponentemente la vulgaridad de la expresión original. Porque el *pied à terre*, en efecto, es un palmo de tierra donde solo cabe un pie que no calce un número muy alto. Suele constar de algún dormitorio con varios camastros —todo muy rústico, ¿sabe usted?, pero delicioso—, de una

ducha no mayor que un armario empotrado, y de una cocina en la que no cabe ni un filete sentado en una silla.

—En realidad, no se necesita más espacio —se consuela el «pie-a-terrista», como la célebre raposa con su «No están maduras»—. Y, además, tiene una ventana desde la que se ve un paisaje muy amplio.

La moda del *pied à terre* les ha sentado a los alquiladores de «chalets» lujosos como una perdigonada en las caderas. Mientras sus «Villas Josefinas» se ocupan en verano trabajosamente, no hay casa en las aldeas que no albergue señoritos. Esas habitaciones sobrantes que los campesinos emplean para almacenar patatas durante el invierno, se convierten durante el verano en magníficos «pies a tierra». Con tres perras gordas y un grifo viejo pueden hacerse refugios de esta clase en el piso superior de las cuadras; en las buhardillas, donde los pescadores guardan sus redes y sus lombrices; en las alcobas que, al morir, dejan vacantes las tías pueblerinas, y hasta en ese cobertizo donde el carretero guarda su carro.

—Me han dicho que pasaste el verano en un establo.

—En realidad no era un establo, ¿sabes? Era un *pied à terre*.

—¡Ah, vamos! Eso es diferente.

—Pero muy parecido.

LA EXTREMADURA INFINITA

Para brillar en sociedad, para echar verdadera lumbre en los salones, solo hay dos caminos: tener un escudo tatuado a fuego en el lomo, o ser propietario de media Extremadura.

—¿Quién es aquel señor fondón con una peca en el entrecejo? —susurramos en el «cocktail», señalando al mencionado fondón con una banderilla de pan y alcaparra.

—Es un hombre riquísimo: media Extremadura es suya —nos informa el entendido en aristócratas.

Pero al día siguiente, en otro copeo de personas finas, nos llama la atención un anciano delgado, de barbilla caprina.

—¿Sabe usted cómo se llama ese viejorro que lleva media hora en el *buffet* forrándose de croquetas? —sonsacamos a un suscriptor del Ghotá local.

—¿Ese? Don Manolo Subiránéz. Tiene un fortunón. Sus fincas ocupan media Extremadura.

«¡Vaya! —pensamos con algo de tirria—. Media Extremadura de este anciano, y otra media del fondón que vimos ayer... Ya conocemos a los dueños de toda la región extremeña».

Y nos llevamos un susto mayúsculo cuando una semana después, en una cena de muchas campanillas y pocas empanadillas, nos presentan a un flaco de lengua sonrosada.

—Te conviene conocerle —nos dice la anfitriona—. Es nada menos que Anselmo Rodripepe. No exagero ni pizca si te digo que es dueño de media Extremadura.

Cualquier persona que se dedique a zascandilear un poco entre las minorías selectas, conoce un promedio mensual de veinte personas que poseen otras tantas mitades de Extremadura. Puede decirse que cada docena de individuos que brujulean en torno de los hospitalarios ambigús de la nobleza, uno por lo menos, es amo de Cáceres y otro de Badajoz. Los espíritus sencillos se pasman de asombro ante este milagro de multiplicación, a cuyo lado el de los panes y los peces fue un vulgar juego de manos.

«Una de dos —piensan los más ladinos—; o hay más Badajoces que moscas, o andan sueltos por ahí muchos farsantes».

Y, en la mayoría de los casos, se acaba optando por el segundo ramal del dilema. No es difícil hinchar con el gas de la fantasía es cerdo que todos tenemos en algún campo y convertirlo en una piara. No es difícil tampoco estirar, a fuerza de imaginación, una hectárea escasita, hasta que cubra una provincia entera. El embuste prospera sin tropiezos, porque no es probable que nadie se desplace a Extremadura con un topógrafo a medir las tierras del señor Rodripepe.

Extremadura es al madrileño lo que Australia al londinense: un territorio vasto y lejano, en el que caben miles de fincazas hipotéticas que dan lustre al que no lo tiene.

—Ese Smith calvo que está hablando con aquella *lady* que parece un hueso —se comenta en plena season de Londres, entre partos de princesas y canapés de pepino— es el dueño de media Australia.

Y nosotros no nos quedamos cortos. Porque si uniésemos todas las «mitades» que los Rodripepes se atribuyen, resultaría una Extremadura infinita, con más superficie que siete Australias juntas.

EXTRANJEROS DE ADORNO

El crecimiento paulatino de la población social, unido a la pausa que hemos hecho en la elaboración de marquesados frescos, ha producido una grave penuria de aristócratas que den boato a las cachupinadas elegantes. El cupo actual no pasa de tres kilos de noble por cabeza, con los cuales no hay ni para empezar.

Pero como la necesidad aguza el ingenio, y a falta de pan buenas son tortas, los mundanos refuerzan sus cuadros de amistades distinguidas con elementos de importación. Cualquier extranjero puede ser aprovechado. Jabonando bien a un refugiado de Centroeuropa y poniéndole un traje a la medida, hace un efecto imponente en cualquier cena fría superselecta. Y como no hay nada que despabile tanto la imaginación como seis martinis secos, muy burro tiene que ser el refugiado si no embellece sus antecedentes con alguna princesa en su parentela y un coto de caza en los Cárpatos.

Gracias a estos esfuerzos (importados sin divisas en el bolsillo y sin más compensación que echarles de comer de vez en cuando), nuestro gran mundo se está poniendo de un cosmopolita que asusta. Pero debemos reconocer que para una persona refinada, nacida en Chamberí, hay pocas cosas tan excitantes como llamar familiarmente «Boli» a un morenazo de la Bucovina, cuyo verdadero nombre sea Bolislav Krotywershayencu, nada menos.

Tener un amigo que hable en uno de esos vascuences chapurrados al pie de los Balcanes siempre viste.

—Hoy vamos de excursión con el vizconde Perico y con un búlgaro sin cejas muy interesante —dice Maruchi Ramírez de Escipión Galvanosa del Tabardillo a su amiga Pili Regueral Núñez Pinseco de Valleplano.

No importa que el búlgaro de marras tenga un cerebro como una goma de bicicleta. No importa que se coma los guisantes poniéndolos en fila sobre la paleta del pescado; ni que se pase el día sableando pitillos a diestro y siniestro; ni que estornude sin ponerse el pañuelo delante; el caso es que su lengua materna no la entienda ni su padre, y que diserte sobre las cúpulas bizantinas que, como copas de helado, rematan la catedral de Sofía.

El tufillo exótico, que quizá se quitara con unas gotas de colonia, es el mayor atractivo de estas amistades políglotas. No es fino charlar en un cocktail, con un lavacoche de las Ventas; pero si el lavacoche es polaco y explica que «te amo» se dice en su trabalengua *yo cojam chen*, nos parecerá de perlas.

A falta de escudos, buenos son tontos, pero a condición de que arrastren las «erres» y vengan de muy lejos.

PROFESIÓN: SIMPÁTICO

Se van consolidando nuevas profesiones liberales, que resuelven el futuro de la juventud sin hacerle sufrir la humillación de las cátedras. Mucho más pingüe que pasarse la vida de ingeniero en un monte, es traer de tapadillo el monte a la ciudad y revenderlo con un plus. Mejor se paga la gestión de un

permiso cualquiera que la operación de un fibroma cerebral. Hay métodos algo peligrosos, pero muy divertidos, para escalar altas esferas de confort sin ir trepando por escalafones y pobreterías.

El oficio moderno mejor retribuido es, sin duda alguna, el de simpático. Madrid está plagado de simpáticos profesionales que viven de dar palmaditas en la espalda, de reírle las gracias al amigo rico y de saber el teléfono de unas cuantas chicas que aceptarían encantadas un coñac con sifón a cualquier hora. Suelen llevar pañuelo y corbata haciendo juego, barba recién afeitada y el más reventón de todos los claveles.

No hay tertulia completa sin un simpático de estos. Él pone al alcance de nuestro palillo el plato de aceitunas, nos llena de agua el vaso y nos alcanza la gabardina del perchero. Está al corriente de la labor que desarrolla cada cual, y enjareta en su conversación frases elogiosas para todos. Su espinazo es el primero en doblarse para recoger la pitillera o el pañuelo caídos. Trae de la calle una anécdota fresca y se la celebra él mismo con su risa contagiosa. Sabe decir con naturalidad que «él paga otra ronda», y escabullirse sin escándalo antes que le presenten la cuenta. No tiene enemigos, porque carece del talento necesario para ser envidiado. No es amigo de nadie, sino conocido de todos. Entra en todos los círculos sin quedarse en ninguno. Pica de aquí una almendrita y de allá una gamba. Abraza al que estuvo ausente, como si de verdad hubiera sentido su ausencia. Sabe que un barman es una amistad más provechosa que un duque tronado o un ministro sin cartera. «Trabaja» de la mañana a la noche, dejando, como Pulgarcito, un reguero de miguitas de cordialidad. Esos simpáticos viven del cubierto que les regalamos para no ser trece a la mesa; de la plaza sobrante en el automóvil de la excursión, que le ofrecemos a él por ser simpático; de ese regalito que, por ser simpático, le traemos al volver del extranjero; de las cestas con pavos y mazapán que recibe por Navidad por haber facilitado entrevistas con peces gordos.

—Hay que llevar de cacería a Pepón, porque es simpatiquísimo.

—¿Por qué no llamamos a Pepón para que anime esa fiesta tan aburrida?

El simpático Pepón es soltero y con moto. Pero a fuerza de simpatía logra cambiar su bípedo por un cuadrúpedo, y no tarda en vérselo pilotando un cochecito inglés recién importado.

—Vendrá Pepón, que es muy simpático.

Nadie como estos Pepones saben sacar una renta tan amplia al capitalito de unas cuantas sonrisas.

EL VERBO «PLEXIGLAR».

Cuando algún pariente regresa de ultramar —de América, vamos—, la casa se nos llena de plexiglás. Parece mentira que a esa especie de telas para globos, con olor a «sindetikón», puedan sacarle tanto partido. Objetos que siempre se habían hecho de madera, vidrio y hierro, se fabrican en los Estados Unidos con esta novedosa pasta que no es ni chicha ni limoná. Todo viajero trae el equipaje hasta los topes de chucherías plexigladas. Y los que asistimos a la apertura de sus maletas nos maravillamos al desempaquetar las sorpresas, como negros del Congo ante las cerillas y relojes que les regala el explorador.

—¿Qué es esto? —preguntamos examinando un misterioso pedazo de hule color heliotropo.

—Es un cubo —nos explica el pariente, con esa volubilidad cosmopolita que se les pone a los farmacéuticos de Astorga cuando han asistido a un Congreso de bicarbonatos en Nueva Orleans—. Los cubos modernos no se hacen de hojalata, sino de plexiglás. Gracias a esto, todos los americanos pueden llevar un cubo plegado en el bolsillo, por si las moscas.

Los europeos, gente pasada de moda, nos mordemos la lengua para no preguntar qué clase de moscas tienen que surgir en la vida de un señor que requieran tener un cubo a mano. Pero cuando la joven América lo hace, por algo será.

De entre las camisas y calcetines del viajero continúan saliendo nuevas curiosidades plásticas: una vejiga que se hincha con aire comprimido y se convierte en un termosifón; unos clavos —de plexiglás, naturalmente—, que si no fuera porque se parten al darles martillazos en la cabeza, servirían de sostén invisible a los cuadros de las paredes; un encendedor que parece una polvera, pero que tampoco es un encendedor, sino un salero especial para la pimienta; un cepillo de dientes, que los limpia a distancia por un sistema combinado de ósmosis y célula fotoeléctrica; y, por fin, un tarugo que, al oprimir una palanca, empieza a soltar un líquido espeso de olor penetrante.

—Esto —confiesa el viajero— no sé para qué sirve; pero también está hecho de plexiglás, que es lo principal.

Cualquier cosa que lleve en el trasero la divisa «Made in U.S.A.», puede tenerse la seguridad de que está modelada con plexiglás. No hay objeto que no pueda plexigarse: desde una mesa de comedor a una horquilla para el pelo; desde un balandro a un par de guantes.

El verbo plexiglar —yo plexiglo, tú plexiglas, él plexigla— es ya un hecho consumado. Abrámosle las páginas de nuestro diccionario, y repitamos varias veces el siguiente trabalenguas, para aprender a pronunciarlo con

soltura: «América está, plexiglasizada, ¿quién la desplexiglasizará? El desplexiglasizador que la desplexiglasice, buen desplexiglasizador será».

¡QUE SIGA LA BOLA!

Entre los sujetos que se labran porvenires perforando voluntades con cartas de recomendación, hay una variedad «fuera de serie» cuyo paro no resuelve nadie. El que más y el que menos, para sus caridades, puede sacarse de la manga un puestecín de recadero, de mujer de la limpieza o de colaborador en una revista técnica «que paga mal, pero suena la firma».

Cada hombre con despacho abierto al público procura dejar celdillas vacantes en el panel de su negocio donde meter zánganos recomendados. Para el hijo de esa viuda que conoció nuestro abuelo siendo guripa; para el hermano de la guardesa de aquella finca que vendió la familia al venir a menos; para el marido de la costurera que los jueves, en casa, nos renueva los cuellos de las camisas con un trozo de faldón; para el cuñado del ama mojada que de pequeños nos dio esas cosas... Para todos esos recomendados *standard* tenemos casi siempre una escoba, o un mono de aprendiz, o un libro de contabilidad que poner en limpio.

Lo trágico es tropezar con recomendados «fuera de serie». Esta gente suele ir vestida de marrón, con corbatas de nudo pequeño y solapas ligeramente abarquilladas. Son hombres de ojos tristes, barba de un día y sortija de sello con sus iniciales. Hablan con respeto, mirando a la boca de su interlocutor, y se cubren con sombreritos de ala estrecha y alta copa. A veces tienen un bigote sin recortar, o un par de gafas que limpian mucho en grandes pañuelos de fantasía. Son pobres hombres que poseen una flaca «cultura general»; que chapurrean un poco el francés; que tienen una letra bonita; que escriben a máquina con dos dedos, que no sirven para nada concreto, vamos. Son cesantes de sociedades efímeras que quebraron dejando pufos, son incautos que metieron sus rentas en acciones de minas llenas de arena. Tienen buena voluntad y se conformarían con «cualquier cosilla»; pero no se les puede ofrecer la escoba, ni el uniforme de ordenanzas, porque hay mucha dignidad en su voz cuando dicen lo de la «cosilla».

A estos recomendados que para nada sirven, nada se les puede dar. Y con ellos se emplea el cruel sistema que los chicos llaman «que corra la bola»: Pérez se lo recomienda a López; López dice que él no, pero que quizá Domínguez; Domínguez dice que si hubiera venido antes... y se lo larga a Núñez. Núñez lo repele con una tarjeta para Gómez, y de Gómez rebota en Sánchez.

Y una mañana el primer Pérez del circuito, el que puso en circulación al recomendado, se encuentra con que Sánchez se lo remite con una carta de recomendación: vuelve como el artero *boomerang* a las manos del cazador australiano. Pero Pérez no se inmuta. ¡Que corra la bola, que corra la bola! Y el infeliz gira eternamente en ese círculo vicioso, formado por gentes que nada pueden hacer por él. Hasta el fin de sus días.

Pongamos al menos, una lágrima en su tragedia.

LA DIFERENCIA

Hoy no es fácil diferenciar al nuevo rico del aristócrata de viejo cuño. Y no porque la aristocracia se achabacane, sino porque la nueva riqueza se refina. Apenas quedan de esos tipos ordinarios, con sortija en cada dedo, que en nuestro anquilosado teatro contemporáneo siguen encarnando al *parvenu*. El moderno nuevo rico tiene muy buen gusto. Se viste en sastres que presumen de «género inglés» con orillo de Tarrasa; bebe licores importados de tapadillo y pilota coches con más cilindros que palmos de longitud. E incluso, como cualquier marqués que no quiere perder comba, hojea ese par de libros que anualmente «arman ruido» en las tertulias listas. Y como no hace falta haber estudiado en Oxford para hablar en castellano potable, el nuevo rico hace buen papel en todas partes. Llámese Pérez o Muñoz, Martínez o López, deja por donde pasa una estela de tacto y propinas que ya la quisieran muchos vizcondes. Al contrario que la grotesca caricatura teatral, que lo pinta chaparro, grasiento y calvorota, el nuevo rico de ahora tiene buena facha, un bigote «clark-gablesco» y unas corbatas pasadas de matute que quitan el hipo.

En cualquier «barra» de moda, donde alternen el dinero viejo con el nuevo, no hay manera de averiguar qué cuello duro realza a un Grande de España y cuál camufla a un estraperlista en garbanzos. Y es que hoy a nadie se le escapa un «haiga» fácilmente.

Pero el nuevo rico, como el elefante, tiene un punto vulnerable. El del elefante está detrás de sus orejas, y el del nuevo rico, en su domicilio. Lo que en un «bar» y ante un *gin-fizz* puede ocultarse, salta a la vista en casa del interfecto.

Las casas de los nuevos ricos están puestas por esos decoradores que todo lo arreglan con un marco blanco, tres conchas de escayola con bombilla dentro, y dos sofás anglófilos con funda de cretona. Todo ello mezclado con contrastes isabelinos, cornucopias, cuyos espejitos solo sirven para colocarse una flor en el ojal, y algún madero del siglo XV con carcomas jovencitas, cuyo

roer desmiente la vetustez de la talla. El conjunto es bello y costoso, pero demasiado flamante. Y en esta flamancia está el «quid». En casa del nuevo rico no se ve en los respaldos la leve sombra de brillantina que dejan las cabezas al apoyarse; ni el triángulo de gotas de café en la alfombra; ni la figurita de porcelana, a la que un escobazo decapitó. Todo está en su sitio, como puesto para rodar una escena de película española de ambiente europeo. Nadie desplaza jamás una silla para apoyar en su asiento un pie, ni hay una cortina cuyo cordón no funcione. Las familias nuevas ricas viven todas de puntillas, sentándose en el borde de sus butacas y comiendo en vajillas de diario para reservar las checas.

En casa del nuevo rico hay cien ojos vigilando vuestro puro, por si el casquete de ceniza mancha la alfombra persa, recién adquirida. Y en casa del rico antiguo, no. Esa es la única y minúscula diferencia que aún queda entre la aristocracia y el estraperlismo.

EL NIÑO, EN CASA

¿Dónde está aquella infancia pitonga que, en las visitas de las casas bien, recitaba lo de «Amarrado al duro banco»? ¿Qué se hizo de tantísimo repipi tapizado en terciopelo, que las mamás llevaban cosidos a sus faldas? ¿Dónde fueron a parar esos niños que andaban siempre entre los pies de sus mayores? Si doña Carlota visitaba a la viuda del magistrado Manolo, se hacía escoltar por toda su prole muy peripuesta. Y mientras las señoras comentaban el tobillo que se le veía a una telonera de Apolo, los niños trepaban hasta los hombros de su madre, o se entretenían haciendo rabiarse al loro de la viuda.

—Tiene usted un primogénito tan desarrollado, que casi parece un padregénito —elogiaba la dueña de la casa, esquivando un mordisco de la menuda tribu visitante.

—Ese bajito que está colgado de la cortina, en cambio —replicaba la madre, señalando al interfecto—, lleva comidos los hígados de sesenta bacalaos y no me crece.

—Al pequeño que trae en brazos no lo conocía.

—Me lo trajo la cigüeña el año pasado —decía la señora guiñando un ojo, para que la viuda del magistrado Manolo comprendiese que lo de la cigüeña era broma.

En todas las invitaciones se contaban con los niños: «Vengan al chocolate que damos el jueves y tráiganse a los niños». «Contamos con el niño». «Nuestro Robertín jugará con su Demetrino». «También habrá sorpresas para los niños»...

Y es que el niño antañón —hermosa palabra resucitada en los anuncios de coñacs— crecía más enlazado a la vida de sus padres. Iba con ellos de paseo, de merienda, incluso de funeral. A nadie le chocaba que don Amadeo Pontefrito, jurisconsulto con muchas horas de foro, fuese al café con el mediano de sus chicos, ni que las madres llevaran blusas con botones de fácil desabroche, para alimentar al benjamín en pleno tranvía de mulas.

Pero este revoltijo que llamamos vida moderna es una fuerza centrífuga que aleja al nene del papá. El viejo sarao con saloncito *ad hoc* para que gozasen los pequeñuelos de los invitados; las visitas a las viudas de los magistrados Manolos; las tardes íntegras en el parque, rodeado cada matrimonio de sus pipiolos correspondientes... Poco queda de costumbres tan vernáculos, con perdón. Porque todos los padres, al anochecer, tienen que salir trotando para tomar una copa en algún sitio. Porque en las conversaciones de los mayores ya no se habla de candidas Cercedillas, como antiguamente, sino de Freud y Sartre. Porque en los colegios tratan de enseñar griego, y no «Amarrado al duro banco». Porque ya no quedan espectáculos con precios reducidos para militares y niños. Porque en la vida social de esta época (que se ha vuelto «existencialista» a fuerza de tener todos la existencia en el alero), los niños no están de moda.

«MARIHUANA QUE FUMAR».

Ya era hora de que se inventara un nuevo vicio. Los géneros humanos — el femenino y el masculino— empezaban a aburrirse un poco del alcohol, del póquer y del etcétera. El opio aún resulta entretenido, pues parece ser que no produce resaca al día siguiente: pero hay que procurárselo por medio de estraperlistas chinos, que en el mundo occidental andan escasos. La cocaína tiene pocos adeptos, porque hay que tomarla por la nariz y se estornuda mucho.

La marihuana, en cambio, está teniendo un gran éxito en América. No ha sido fácil elevar este hierbajo, de humo gris y amargo, a la categoría de vicio importante y punible. La primera marihuanera fue aquella pobre cucaracha, popularizada por la canción, que no era capaz de dar un paso cuando no tenía marihuana en su petaca. De ahí ascendió a ser consumida por unas pocas porteras centroamericanas. Después, algunos indios y negros empezaron a fumarla como sucedáneo de otras drogas que habían subido de precio. Hasta que los *snoobs* de Hollywood, hartos de escandalizar a la burguesía mundial a base de divorcios y borracheras, decidieron adoptarla como nuevo ariete de publicidad y escándalo.

Si la Policía californiana retrasa un poco su intervención a fondo en el asunto, se hubieran oído conversaciones así en la capital del cine:

—¿Quiere usted un cigarrillo?

—Si es de marihuana, bueno.

—¡Claro que es de marihuana, hombre! ¿Cree usted que yo fumo tabaco como si fuera un niño?

—Yo me fumo un paquete de marihuana al día.

—¿Rubia o en picadura?

—En picadura. La marihuana rubia me hace toser mucho.

—A mí también. La Policía me la ha prohibido, porque dice que ataca a los bronquios.

—Pues, hijo: si fuera uno a hacer caso de la Policía, sería no vivir.

—¿En qué estanco clandestino compra usted la marihuana?

—En la expendedoría número dieciocho. Como ya me conocen, siempre me reservan una libra de marihuana cubana.

—¡Dichoso usted! Yo compro la nacional, que es una porquería: casi todo es marihuana verde, de huerta.

—Y, además, la mezclan con tabaco. Un asquito.

—A mí me hace los pitillos una marihuanera que trabaja en las casas. Es muy honrada, y la marihuana le cunde mucho.

¡A tiempo han llegado los *policemen*! Unos meses más, y nadie en los estudios podría caminar cuando no tuviera, cuando le faltase, marihuana que fumar.

ALHAJAS DE URANIO

Puestas a gatas, con sus coronas y gorros frigos ladeados, las naciones levantan la alfombra de sus paisajes, buscando uranio. Hoy, para brillar en la vida internacional, no basta con lucir en los cabellos una diadema de acorazados, ni un cinturón de fortificaciones, ni un collar de valiosos aeroplanos. El uranio es la gema que realza la hermosura de las potencias. Todas las demás, desde el diamante al modesto lapislázuli, son, al lado del uranio, despreciables rabadillas de vaso. Por una sortija con un uranio de pocos quilates, haría una nación lo que muchas mujeres por medio metro de perlas.

Este novedoso pedrusco, feo de aspecto, con cara de piritita corriente, trae de cabeza a todo el mundo. Sordas envidias, por su culpa, desgarran los salones de las N.U. en sus noches de gran gala.

—La que viene muy llamativa es Norteamérica —critican unas naciones balcánicas pobres, pero deslenguadas—. Lleva encima una fortuna en uranios de todos los tamaños.

—Yo —dice Rusia, que es una grandullona sin pizca de garbo— tengo más piedras desintegrables que todas ustedes juntas.

—¿Y dónde las ha encontrado? —preguntan las naciones occidentales, con la mosca detrás de la oreja.

—Pues debajo de los Urales. Primero levanté un ural, luego otro, y en todos había un uranio como un puño.

Coquetas como mujeres, la máxima ilusión de muchas naciones era deslumbrar a sus amigas con el uranio de más precio.

—El viernes estuve en un té que daba Inglaterra —se reconcome su prima carnal Australia—, y tenía una sortija con un uranio así de gordo.

—Es que Inglaterra tiene de todo. Como siempre puede echar mano al economato del Commonwealth...

Hasta Suecia, que siempre iba tan mona con sus pulseras de acero sueco, escarba de noche en sus jardines para poder presumir.

—Anda, maridito —dicen las naciones a sus Gobiernos—; ¿por qué no me buscas un uranio que haga juego con mi mapa?

España, más casera y recoleta, es la única que no se preocupa de adornarse con la nueva pacotilla.

—¿Quién es esa nación que va tan sencillita? —se preguntan las demás, dándose codazos.

—Es España —informa alguna—. No tiene ni un broche de uranio, ¿sabes? Pero, en cambio, ¡tiene cada Toledo, y cada Segovia, y cada Compostela!...

Y es que el señorío, el auténtico señorío europeo, lo dan otra clase de piedras.

TENER «PERSONALIDAD».

Las personas feas, groseras o cursis, están de enhorabuena. Para ellas se ha creado un piropo grato al oído, que convierte sus lacras en virtudes. Antiguamente, cuando una señorita presentaba dentadura de lepórido y nariz de cacatúa, se decía de ella que era un cazo. Hoy se dice en cambio que «tiene personalidad». Cualquier pelanas cheposo que se hurgue las muelas con un palillo; cualquier flaquirucha con dos kilos de guata en el tórax para hacer bulto; cualquier oficinista de cien duros que se deje crecer una trenza en la nuca, se salvan de la indiferencia popular por tener «personalidad». Memos

evidentes, clasificados como tales por peritos expertos, ya no son tan malos desde que pueden cobijarse bajo el alero de este moderno pirolo.

La «personalidad», que ahora se aplica con tanta ligereza, se basa en el aspecto físico del individuo. Un cutis de becerro, una voz gangosa, una pierna ortopédica y hasta un ojo de cristal, son generalmente valiosos elementos que realzan a las personas que los poseen.

—¡Qué personalidad tiene doña Panificación! —se dice de una señora que, por lo hombruna, más parece patrona que matrona.

Lo mismo ocurre con cualquier clase de extravagancia. Andan por ahí infinidad de pobres de espíritu, cuya única gracia consiste en llevar una chaqueta color de malvavisco, o una guedeja de pelo en la barbilla, o unas sandalias que dejan al aire los dedos gordos. Son en su mayoría artistas de estofa bajita, embriones de pintor que nunca se desarrollarán porque les falta el calorillo del genio; poetas de verso libre, que riman cínicamente «botella» con «renacuajo»; creadores, en fin, de obras como tumores que deben extirparse apenas surgen. Siempre se compadeció a estos excéntricos de poca monta, cuyas bocas eran grifos de tontería corriente. Hasta que se dijo de ellos que «tienen personalidad», y están los hombres muy ufanos, recargando sus extravagancias con nuevos accesorios y presumiendo como patos.

También se dice que «tiene personalidad» quien afecta desprecio por «prejuicios burgueses», tales como el tenedor, el jabón y el peine, y come los calabacines a dedo, o pone los pies sobre la mesa, o anda con hirsuto pelazo de faquir.

Por todo lo cual ese tipo de «personalidad» es un cuento tibetano. Ni una nariz larga ni una educación corta son cualidades que realcen a la gente. Volvamos a las viejas definiciones, y llamemos feo al patizambo, grosero al del palillo y malo al estrambótico.

LA JUVENTUD NO CALCULA

Esas ancianas tías que solemos tener, Enriquetas por más señas, opinan que la juventud actual no es propensa al matrimonio. No estoy de acuerdo. Creo, por el contrario, que el porcentaje de bodas entre la veintena y la treintena es hoy mucho más alto que en las generaciones inmediatas a nuestros abuelos. Estoy seguro de que los de mi edad, por ejemplo, daremos un coeficiente mínimo de solterones. Y es evidente que las bodas de viejo con niña, tan frecuentes en tiempos de tía Enriqueta, han desaparecido por completo.

Hace media docena de lustros la gente era más cauta y cobardona. El consejo de familia se reunía por un quítame allá esa bailarina. Para subir a un tranvía se consultaba con el confesor. Instalar un termosifón en casa era el más grave de los escándalos. Y ningún padre soñaba con casar a su Luisito — un zangolotino treintón con perilla— hasta que cumplía los cuarenta. Toda la literatura de aquella época está plagada de bodas que se frustraron porque al novio le faltaba un pergamino, o a la novia un par de ceros en la dote. Entonces sí que el matrimonio sobrecogía de horror a la juventud. Las madres buscaban para sus nenas ricachos con el corazón como una breva, para embolsarse los cuartos al primer síncope. Esos negocios matrimoniales calculados; esos trapicheos de cambiar una virgen por un latifundio; esos noviazgos sin amor, que se arrastraban como cadenas casi perpetuas, no son de mis tiempos.

Hoy la juventud se lanza a vivir con más generosidad, porque ha vivido lo suyo y sabe que el mañana se lo pueden hacer polvo a bombazos. Por eso ha roto de un puntapié las huchas pusilánimes, y se casa con su novia antes de que le broten las patas de gallo de la prudencia.

Yo conozco maridos casi imberbes, que luchan valerosamente para sostener su hogar en un ático de tres palmos. Yo sé que las esposas de estos maridos fríen croquetas, cosen calcetines y tienen hijos, sin perder el amor ni la sonrisa. Yo puedo jurar que estos maridos no anduvieron en conciliábulo con sus parientes antes de la boda, para decidir si Menganita tenía el riñón mejor cubierto que Zutanita. Ni ellas pensaron tampoco en posibles herencias venideras, porque ¡buenas están las cosas para esperar nada del porvenir!

Si hay alguien de mi generación que haya hecho una mezquindad semejante, que levante el dedo. Pero estoy seguro de que nadie lo levantará. Porque, por muchos defectos que tenga la juventud de ahora, queridas Enriquetas, del peor de todos nadie puede acusarla: de cobardía.

¡SILLAS! ¡BUTACAS! ¡SOFÁS!

Casi todas las crisis contemporáneas tienen ya su tafetán para aliviarlas: la alimentación, por ejemplo, se combate haciendo en el cinturón nuevos taladros que reduzcan el perímetro de la cintura; la de los transportes, despachando billetes de estribo y tope; la de combustibles, soplándose en invierno las yemas de los dedos; y las de viviendas, con un palo clavado en el suelo y una lona por encima.

Mientras los economistas, en cuclillas, buscan por la alfombra de los mapas el tornillo de la cordura que han perdido, la gente improvisa remedios

caseros para ir saliendo de tanto embrollo. Pero la más grave de todas las crisis, la que más convierte el mundo de hoy en un sitio francamente incómodo, sigue reventándonos sin que nadie nos ponga un parche: la escasez de asientos. Así, a primera vista, parece una crisis de broma, y, no obstante, si no fuese por ella, aguantaríamos mucho mejor todas las demás. Es un hecho comprobado que, vaya usted donde vaya, la cifra de asientos es siempre inferior a la de concurrentes: en las salas de espera, en los jardines públicos, en las consultas de los médicos, en las antesalas de los personajes, en los transportes de todos los tipos, en los cafés de moda, en los funiculares, en los frontones, en los cines..., en todas partes faltan asientos. Hasta en las fiestas más empingorotadas, con «frac» y todo el equipo, los invitados se arraciman sobre cada butaca, disputándose un centímetro de brazo o respaldo. No hay bastantes sillones de mimbre para sestar en los balnearios, ni suficientes sillas en la acera del casino para todos los socios. Los carpinteros y ebanistas no dan abasto para servir los pedidos de sillas que reciben. Antes de empezarse a fabricarse, cada silla tiene veinte nalgas en cola para disfrutarla. Los tapiceros se dejan la juventud tapizando sofás, que en el acto son cubiertos por traseros impacientes. Millones de hombres cansados aguardan su oportunidad de ocupar un asiento libre. Es inútil que madrugue para pescar sitio, porque los asientos siempre estarán cogidos por otros que madrugaron más que usted. Hay viajeros que llevan siete años sin apearse de un tren, pegados como lapas a la butaca de primera que obtuvieron canjeándola por su propio padre.

Es necesario dedicar cien millones del Plan Marshall, por lo menos, a producir sillas en gran escala que remedien esta escasez: «¡Queremos asientos!», claman las multitudes con las rodillas hinchadas de tanto permanecer en pie. ¡Urgen bancos en las calles, en los jardines y hasta en las carreteras! ¡Dedíquense toneladas de tablas y muelles para que la Humanidad pueda reposar un momento entre cola y cola! Poco importa que las crisis duren, si podemos esperar sentados a que pasen. Porque es indudable que las crisis, con silla, son menos.

EL BOTÓN DE LA FAMA

Aprovechando que no hay ningún «bellezo» en perspectiva dispuesto a visitarnos, ataquemos la expectación semiafricana que estas visitas despiertan en nuestra joven generación de mecanógrafas. Por el bien de la juventud mecanográfica y por el prestigio del país en general, hay que limitar las expansiones jubilosas producidas por la presencia en nuestro territorio de

«bellezos» internacionales. La misma campaña que se ha hecho para evitar que la afición ponga de chupa de dómine a toreros y futbolistas, debe ampliarse para impedir que las taquimecas arranquen botones a los Flynnes y Poweres. Y ello puede conseguirse limitando en la Prensa la superficie destinada a jalear estas excursiones. Tengo en mi mesa diarios de distintas regiones que dedicaron un retal de columna a reseñar el paso de Fleming por España, y que cubrieron varios metros en sus páginas mejor situadas aclarando que don Gregorio Peck, como al principio se temió, no es calvo, ni cojo, ni tonto, ni hace gárgaras con clara de huevo.

Es deprimente que el sabiazo inglés saliera de aquí sin un botón menos, mientras los actores americanos tienen que marcharse con las chaquetas abrochadas a fuerza de imperdibles. Muchas coleccionistas de botones, a las que ese musgullo de Fleming salvó de alguna pulmonía, no se molestaron en correr a Barajas con una tijera para cosechar la reliquia de su botón. ¡Tremenda ingratitud!

Porque en España hemos inventado un barómetro de la popularidad, cuya unidad métrica es el botón; a más botones arrancados, más celebridad obtenida.

—¿Cuántos botones le arrancaron a usted? —se preguntaron los «bellezos» al salir de nuestra tierra.

—A mí, siete grandes y uno de la camisa.

—A mí, solo tres de una bocamanga —confesará con envidia un «bellezo» de segunda categoría.

—Será porque tiene usted la nariz un poco ganchuda. Las narices ganchudas tienen poco éxito.

—Yo voy a dejarme tres centímetros más de patilla, a ver si consigo llevarme el campeonato de botones.

¡Lamentable diálogo que se oirá dentro de poco en los estudios extranjeros, si no perseguimos desde hoy mismo a las coleccionistas de botones!

SELLO DE URGENCIA

Primero descubrimos que no existen los Reyes Magos; luego, que los niños no vienen de París; y por último, que los sellos de urgencia no sirven para nada.

Sufridas estas tres decepciones fundamentales, el hombre se vuelve escéptico y espera poco de la vida. Abandona la lectura de los clásicos y cultiva la prosa de los cínicos. Bebe licores exóticos, y los hay que hasta se

compran una peseta de cocaína para curar el vacío que tanta desilusión dejó en sus corazones.

No todos, afortunadamente, pierden la fe en el sello de urgencia. Nunca faltan caballeros, con un candor a prueba de bomba, que lo pegan en su correspondencia convencidos de su eficacia. Enamorados jóvenes, a los que azares veraniegos separan temporalmente, lo usan por hacerse la ilusión de que están más cerca. Sería cruel revelarles la áspera verdad. Dejemos que sean felices creyendo esta vieja paparrucha.

Todo el que pega un sello de urgencia está convencido de que Correos movilizará transportes ultrarrápidos para llevar la carta a su destino. Imagina locomotoras a la máxima presión devorando vías férreas a velocidades aerolíticas. Se figura ciclistas piafando en sus máquinas, que recogerán la carta de la saca para correr, con ella entre los dientes, hasta caer reventados a la puerta del destinatario. Sueña con cohetes mensajeros que llevarán el sobre, atado a la cañita, hasta la cima del picacho más agreste. Y, según la urgencia de la carta, pone uno, dos o tres puntos de admiración junto a la palabra «Urgente», escrita con gruesos caracteres.

¡Sello que simboliza la rapidez! También nosotros, entre el destete y la adolescencia, hemos creído en ti. Nos impresionaba tu caballo blanco, en actitud de emprender una rauda galopada por las nubes. Sufríamos vértigos a la vista de tus rojas alas desplegadas, y nos parecía oír, por tu morro abierto, un relincho descomunal, comparable a la trompeta de un arcángel. Hasta percibíamos el ruido suave de tus cascos al rozar la blanda estratosfera. ¿Quién no ha soñado con tener un caballo alado como tú? ¿Quién no le ha dicho a su mamá: «Quelo un cabalito como el ulgente»? Te buscábamos con ansia por todos los tiovivos, pues nada nos hubiese agradado tanto como una cabalgada en tu lomo de bestia mitológica.

Pero nos engañaste, caballo. Tus patas son de trapo y tu cuerpo de cartón. ¡Pura fanfarronería! En una carreta con otra carta ordinaria, o llegas al mismo tiempo, o apenas consigues una ventaja de pocos minutos. No eres más que un juguete hueco. Dentro de ti, como en tu colega de Troya, se oculta un viejo cartero con los pies hinchados, que te mueve despacito y a trompicones, porque el pobre ya no está para muchos trotes. Y las plumas de tus alas son de gallina, pegadas y rígidas, en un simulacro de vuelo que nunca emprenderán.

Caballito del sello de urgencia: eres un farsante.

FOTÓGRAFO ARTÍSTICO

Entre las artes menores que prosperan ahora con mayor facilidad, está la fotografía. Esos aparatos que siempre nos sorprenden con cara de tontos con un ojo mocho y la boca pronunciando la sílaba «po», van creando un tipo de artista que se llama a sí mismo «del claroscuro», y que se extiende como una erupción cutánea por los cinco continentes. Todos hemos tenido alguna vez un fuellecito con un cristal en la punta para perpetuarnos pescando un cangrejo, montados en un borrico o haciendo cualquier otra ridiculez de la que algún día nos avergonzaremos. Todos nos hemos apretujado para aparecer en el banquete de alguien o en la promoción de algo. Todos, en fin, nos tragamos aquel anzuelo absurdo de que ir sin Kodak a las vacaciones era perderlas miserablemente.

Con iguales elementos que los nuestros, añadiendo solamente unos focos y bastante audacia, hay señores que abren estudios con luz cenital y cobran cada foco con tarifas de cuadro al óleo.

Se pretende hacernos creer que el retrato artístico exige más talento que la instantánea de una excursión a Tomelloso. Con este fin, el fotógrafo intelectual gira en torno nuestro buscando lo que en jerga técnica se llama «el ángulo». Gracias a este ángulo raro, que ha de captarse poniendo el aparato en posiciones violentas, se consigue que nos parezcamos siempre a un señor que quizá viva en Baracaldo y al que no tenemos el gusto de conocer. El viejo fotógrafo que inmortalizó los amoríos de nuestros padres, apoyaba al cliente en un pedazo de columna griega, o lo ponía ante un farolillo de jardín con pérgola. El moderno, ávido de arte, nos tapa las narices con una sombra, o nos manda inclinarnos hacia delante con un dedo metido en una oreja. Luego oprime un resorte, ducha la placa en salsas químicas que hacen todo el trabajo, y firma en el ángulo inferior derecho con talentudo garabato.

Fuera del retrato individual, pueden obtenerse inteligentes fotos llamadas «de arte», disparando al azar contra bichos y objetos diversos: escaleras de caracol al anochecer, chimeneas con humo o sin él, peces amarrados al envarillado de un paraguas, bigote saliendo en el labio de un hampón marsellés, árbol todo negro con puesta de sol detrás, muñeca en el momento de ser pisoteada por la bota de un bombero, dedos de señor gordo encendiendo una cerilla, corcho de botella flotando en un cubo, niño con chupete a vista de pájaro... Cualquier majadería, si se tiene la habilidad de retratarla torcida, concede a su autor el diploma de «fotógrafo artístico» y el derecho a cobrar quince duros por una foto de carnet.

«¡LO JURO!».

El juramento va dejando de ser una palanqueta infalible para arrancar la verdad. Hace un siglo mal contado, se juraba de uvas a peras y por motivos gravísimos: cuando la honra de alguien andaba en lenguas; o cuando aparecía un señor patas arriba y le acusaban a uno de haberle roto la cabeza; o cuando a una esposa le salía un niño con la nariz del cuñado Anselmo. Si la gente decimonona decía «¡lo juro!», no había juez que pusiera en duda su palabra. Aunque todas las pruebas le condenasen, era suficiente que el reo jurara su inocencia para verse libre de la soga al cuello. Fracasadas las diligencias normales para aclarar un misterio, se recurría a la suprema comprobación de tomar juramento. Y el sistema no fallaba nunca; hasta el delincuente, que se había organizado una coartada invulnerable, cantaba como un pajarito al acorralarle con un «¡Júralo!» tonante.

Pero esa coacción se administraba con cuentagotas. Guardado en un estuche, como la mejor joya de la cultura, el verbo jurar salía a relucir en momentos solemnes. Y en tan supremas ocasiones, hasta el viento dejaba de respirar, estremecido.

El uso, sin embargo, ha hecho migas esta martingala. Tanto se viene desgastándola, que poco le falta para perder todo el empaque primitivo. La burocracia mundial se ha llenado de «declaraciones juradas», que el contribuyente debe llenar a la vuelta de cada esquina. ¿Necesita usted un neumático? Pues jure que lo calzará con rueda propia. ¿Desea algún papelote para enriquecer su ya voluminosa colección de documentos? Pues jure que se llama usted Perico Benítez. ¿Le urge traer cien gramos de materia prima? Pues jure que no almacena usted dólares ni pengös en ningún escondrijo. ¿Ha cosechado usted diez kilos de lentejas? Pues jure que no fueron diez y medio. Se juran también amores eternos, que acaban a botellazos antes de seis meses; se jura para garantizar la devolución de cuatro pesetas, y se jura que los langostinos son frescos. Puede calcularse a bulto que un hombre sano y de inteligencia corriente, jura en falso unas doce veces al mes. Lo que antes era un pecadote, ha degenerado en pecadillo. Y es tal la desconfianza que inspira el juramento, que ha sido necesario inventar el «detector de mentiras». Porque los que juraban decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, sueltan cada trola que arde el pelo.

PROHIBIDO EL «PRODIGIO».

Hay que poner una multa de siete pesetas a todos los padres que pretendan explotar a sus nenes talentados. Es necesario impedir esas exhibiciones de

monstruitos, que apenas destetados dirigen orquestas filarmónicas o dividen mentalmente por seis cifras.

Estremecen esas criaturas pierniflacas, con la piel color de tambor, a las que una elefantiasis cerebral superdota para realizar majaderías propias de adultos.

—¿Qué quieres que te regale el día de tu santo? —le pregunta su papá al niño prodigio.

—Una batuta de celuloide y unos logaritmos de cartón.

Y el papá se pone muy contento al descubrir que su hijo es una mina, porque ¡menudos pájaros son los papás cuando ven dinero en perspectiva!

Los niños prodigio son bromas que gasta la biología, que se aburre a veces de hacer las cosas normalmente. Los niños prodigio son como esos frutos que se arrancan del árbol verdes aún, para que maduren antes de tiempo. Tienen por eso la madurez forzada y pocha de los plátanos que terminaron de hacerse colgados en las fruterías. El exceso de masa encefálica abomba sus frentes, y lucen orejas de forma embúdica que se tragan toda la cultura circundante. Su cutis envejece más pronto que el de las muchachas inglesas. Son propensos a la pata de gallo. Rebuscando en la rizosa pelambreira de un niño prodigio, se encuentra siempre alguna cana. Y sus manitas son arañas pálidas, de agilidad enfermiza, con uñas azuladas de bañista ahogado. Los riega una sangre con mayoría de leucocitos, más cargada de glucosa que un jarabe. Visten ropas holgadísimas, y sus piernas son como badajos de campana en las perneras del pantalón.

En fin: que son auténticos fracasos humanos; niños «fuera de serie», con radiador especial, delicados como libélulas y pedantes como críticos.

Sería buena idea fundar un correccional para niños prodigio, en el que se les devolviera la niñez que no tienen. Un edificio alegre con columpios en el jardín, caballos de cartón y mermelada en la despensa. Y una biblioteca con mucho «Pulgarcito» y poco Kant. Y maestros que pongan orejas de burro al repipi que sepa tocar el violín. Un correccional donde se manejan tiragomas en lugar de batutas, donde los mocitos sabihondos aprenden a no saberse la lista de reyes godos y a negociar intercambiando canicas.

Y en esta institución ingresaría toda la pandilla de desgraciados precoces, de sabios canijos y de matemáticos con babero, que se exhiben por ahí lo mismo que mujeres barbudas en barracas de verbena. ¿Que un niño nos sale geómetra cuando apenas ha cambiado los dientes? Pues al correccional con él. ¿Que otro recita a los tres años eso de los claros clarines? Lo mismo. ¿Que aquel pequeñajo filosofa entre pirulí y pirulí? A encerrarlo también.

SE NECESITA UN LADRÓN

Si no fuera por el terror que inspira recibir regalos de boda, la gente se casaría con más frecuencia. A una esposa, por cascarrabias que sea, se acostumbra uno pronto; pero a un cacharro de alabastro imitado, con abundante manojito de flores artificiales, jamás.

Hasta la persona más refinada se reserva una dosis de mal gusto para ir soltándola a chorritos en sus regalos de boda. Hay matrimonios que estuvieron al borde de frustrarse por culpa de una lámpara horrenda antes de la ceremonia.

—Yo no podría vivir en una casa con este colgajo espantoso —dijo el novio—. Será mejor que renunciemos a casarnos y así tendremos un pretexto estupendo para devolver la lamparita.

Tiendas diabólicas, dedicadas a almacenar la peor cursilería de la industria nacional, suministran al amigo de los novios el cenicero de lata con vista del acueducto segoviano en relieve; y el santo de barro con carrillos muy colorados, que mata de risa la devoción; y el centro de mesa con frutas color de cerumen; y el pulverizador de perfume que cien mil novias devolvieron, con la perita de goma ajada por todas las manos que la probaron; y el estuche que contiene un trinchapeces de hoja labrada; y la petaca donde solo caben siete pitillos apretujados; y el estuche de cuero para cuellos duros, cuando el novio solo los usa blandos; y el jarrón semichino con pajaroides en la tripa...

Los recién casados necesitan un ladrón bienhechor que entre en sus hogares recién puestos para cargar con el lote de regalos que amargarían su vida. Este ladrón proporcionaría a la pareja la coartada más feliz para disculpar la ausencia de la birria regalada, sin herir la susceptibilidad de nadie.

—¿El candelabro de cerámica que usted me regaló? ¿La tortuga pisapapeles? ¿La cabezota de Beethoven en escayola? ¿Los pelícanos sujetalibros? ¿La caja de puros que al abrirla tocaba «Cielito lindo»? ¡Todo me lo robaron la otra noche! ¡Fue horrible!

Y nadie podrá dolerse, porque el robo es un accidente irreparable. ¡Hagan la selección con toda calma, recién casados! No olvide tampoco el juego de colchas que bordó la prima Soledad, ni el palillero que representa un señor con la calva taladrada. Haga un paquete con todo y ponga un anuncio en los periódicos: «Se necesita un ladrón. Grandes facilidades de robo. Puerta abierta de seis a siete de la tarde».

CIERRE USTED LA BOCA

Hay que sancionar con cien palmetazos en los nudillos al hombre que pronuncie discursos sin ser orador. La fuerza pública debe detener a todo espontáneo que se lance sin ninguna credencial al ruedo de la oratoria, y encerrarlo sin miramientos en la comisaría más próxima.

Perorar es una profesión tan respetable como cualquiera, y no es cosa de permitir que se cuelen intrusos en sus escalafones. Si al que no es arquitecto se le impide levantar casas, y quien no es cirujano no puede amputar piernas, ¿con qué derecho pronuncia peroratas el que no es perorista?

Para la frase «Yo no soy orador», que prologa tanta majadería, no hay más que una respuesta tajante: «Pues cierre usted la boca».

No veo la razón de soportar que un fabricante de fajas, al concluir la merendona que le ofrecieron sus empleados, cacaree cuatro latiguillos que entorpecen la digestión de sus oyentes. Si no tiene título de orador, que dé las gracias en dos palabras y vuelva a sentarse. Pero, como aquella rana de la fábula que quiso ser buey, muchos hombrines se hinchan a los postres de su banquete y revientan en mil perogrulladas.

La metáfora de pacotilla y la grandilocuencia hueca acabarán por hacer odiosa la oratoria auténtica. Péreces y Gómezes, que desarrollan prosaicas tareas en despachitos sórdidos, destapan a la menor oportunidad sus paupérrimos recursos dialécticos y se empinan sobre peanas de cartón jugando a Castelares. Pase que un alto funcionario esponga escuetamente la labor de su departamento. Pase que el ingeniero y el notario, el médico y el perito agrícola resuman sus ponencias sin adornos. Pero sin caer en florituras poéticas adocenadas, en símiles risibles y en prosopopeyas zopencas.

Respétese el terreno del orador verdadero, que sabe lo que se trae entre lengua. Mucho más difícil que construir una casa con grifos y cocinas, es alzar un monumento oratorio hermoso y proporcionado. La idea y los recursos para expresarla con belleza son materiales más delicados de manejar que el bisturí, la viga y el ladrillo. Y no deben ponerse al alcance de laringes inexpertas que no hayan sacado plaza en la suprema oposición del talento.

INFIERNOS PORTÁTILES

Ni cerrando las ventanas, ni con corchos en las orejas, pueden ya los ciudadanos huir de la «radio». Los señores Telefunken, Philips y comparsas, se han dedicado a perfeccionar las tripas de sus receptores. Gracias a lo cual el más humilde «cinco lámparas» tiene una voz que ríase usted de Caruso.

Hoy basta apretar un botoncito para que vibre hasta los cimientos cualquier casa con estructura de hormigón. Los patios se llenan de notas,

como los cucuruchos de chufas. Y Bing Crosby se filtra por las paredes para untarnos el tímpano con la mermelada de su voz.

En los pueblos latinos, donde el silencio no es sinónimo de paz, sino de muerte, la «radio» ha prosperado con una exuberancia ecuatorial. Es posible que en España se lea poco, pero es indudable que se oye muchísimo. Nuestro radioyente nativo no se conforma con oír los programas él solo, sino que abre el altavoz para que también lo disfruten todos sus coterráneos. Es como si un lector se asomara al balcón de su casa, y leyese un periódico a grito pelado para que se enterasen sus vecinos.

Por todo lo cual, el único refugio contra las discotecas y los locutores de las diferentes «E. A. Jotas» era, hasta hace poco, coger un coche y largarse al campo. En cualquier pradillo, a la sombra de un arbusto de la vergonzosa flora que rodea Madrid, podía uno limpiarse los oídos de «mariachis» y «seriales».

Mientras requirió cables y enchufes, antenas y otras gaitas, la «radio» vivió aprisionada en las ciudades y núcleos poblados. Pero esa servidumbre ha desaparecido ya. Norteamérica, que tiene a veces ocurrencias muy ingeniosas, está fabricando millones de «receptores pulga», cuyo alimento a base de pilas los independiza de las redes eléctricas. Muchos de estos infiernos portátiles van llegando a manos europeas, y el refugio campestre contra la virulencia radiofónica se irá a paseo pronto. Estos receptorcitos adoptan todas las formas imaginables; aparatos fotográficos, libros, petacas, bolsos, huchas, cajas de puros y hasta lápices. Pueden llevarse en un bolsillo a cualquier parte, en la seguridad de que captarán intensamente la emisora más próxima.

En el morral del excursionista, en las alforjas del baturro, en el bolsillo del agricultor y en los cuernos de la vaca, habrá pronto uno de estos receptores que esconden, bajo su apariencia de objetos inocentes, un suplicio de guías comerciales y vocalistas gangosas. En el picacho más altivo y solitario, no faltará un alpinista con el consabido artefacto. Y en la vaguada más escondida un vagabundo gozará, entre margaritas, escuchando a un jipador flamenco.

¡Hagamos túneles de topo en las bodegas de nuestras casas, para no idiotizarnos con el frenesí de las ondas cretinas!

ARTE DE APRENDICES

Se comprende que un mozalbete, en los albores de su carrera artística, pinte un pez y dos melones colocados sobre una mesa. Tampoco hay que mostrarse severos si el mismo muchacho reincide y copia siete peras y una

liebre. Puede darse el caso de que, no contento con estos ejercicios, insista en pintar un racimo de ochenta y siete uvas, cada una con su correspondiente pinceladita blanca para dar las sensaciones de brillo y bulto. Y si detrás de las uvas pone un pato tumbado, con una pinceladita roja en el vientre para que se vea que está muerto, nadie se indignará. Es más: felicitaremos al mozalbete por su constancia en hacer estos ensayos pictóricos, que le capacitarán para comprender más adelante tareas de mayor importancia.

Lo que subleva es ver a tanto pintor maduro con sus buenas barbas blancas, dedicados a retratar furiosamente plátanos y perdices, botellas y coliflores, almireces y rábanos.

Bien están el «bodegón» y la «naturaleza muerta» como gimnasia para principiantes que jamás tocaron un pincel. Pero sin abusar. Los alimentos y enseres domésticos, tema predilecto de muchos «consagrados» que venden sus lienzos a millón el metro, son a la pintura lo que las palomas a la escritura.

Cuando el gran Zuloaga expuso aquellas manzanitas tristes sobre fondo color de túnel, tuvimos que taparnos la boca con un esparadrapo para contener la risa. Y reiríamos lo mismo si Pío Baroja, escritor considerable, publicara una «Cartilla para el nene y la nena», explicando que la «p» con la «a» se pronuncia «pa», y que la «f» con la «u» se lee «fu».

Es aconsejable promulgar un decreto prohibiendo que los pintores adultos se comporten como chiquillos. Hay que prohibir a los besugos y a las alcachofas que suban a las paredes de nuestras exposiciones nacionales. Porque hasta hoy la elección de concursantes se viene haciendo con criterio ingenuo y cocineril.

—Este salmonete parece fresco —dictamina el Tribunal examinando una «naturaleza muerta»—. Y, además, la salsa le ha salido muy espesita.

—La he pintado con un poco de ajo para que tenga más sabor.

—Tiene usted que darme la receta. Hacía tiempo que no nos traían un besugo tan apetitoso —comenta el jurado, relamiéndose.

Por este sistema se rechazan los óleos que representan frutas con gusanos, las cazuelas de cobre con abolladuras, y toda reproducción de víveres que no inciten a hincarles el diente.

Muy escasos de imaginación andan nuestros pintores cuando, como simples aprendices, tienen que inspirarse en la despensa. Y el resultado es desmoralizador: besugos tomando el sol, besugos en cuclillas y besugos en todas las posturas habidas y por haber.

EL CREPÚSCULO ES UN ASCO

Hay que dar un fuerte abrazo a las restricciones eléctricas por haber acabado para siempre con el topicazo del crepúsculo. Antes que los embalses se quedaran sin un mal botijo que llevarse a las turbinas, muchos tontos de ambos sexos se pasaban viendo atardecer. Sé de alguno que solía retrasar deliberadamente encender la luz eléctrica para recrearse paladeando la «hora azul». Sé de parejas jóvenes que se detenían aún en su paseo, boquiabiertos ante «el rubí del sol crepuscular» y otras patrañas.

—¡Qué bello! —decían estos pedazos de cursis—. Insólitos violetas de casulla antigua se mezclan en el aire con verdes submarinos. Y fosforecen las nubes color de amatista, mientras la noche va cosiendo perlas en el corpiño del cielo. Enrojece la atmósfera, como si todos los mataderos de Chicago ardiesen a la vez en el horizonte. Es la hora de los violinistas pobres y de que muera una tísica en el entresuelo izquierda. Es el momento de abrir en el atril una partitura de Chopin, para pasarse un buen rato chopineando. Todo chopinea en el crepúsculo: chopinean los pájaros al gorjear en «mi menor»; chopineó la ráfaga de viento que trajo a la ciudad con un acorde triste, las primeras sombras. No hay belleza comparable a la del crepúsculo.

Y al decir esto (y cosas peores todavía), los pedazos de cursis suspiraban alelados.

Pero vinieron los cortes de fluido hasta las 18:30, y la admiración del atardecer se hizo obligatoria para todo bicho viviente. Quieras o no, hay que tragarse enterita la «hora azul», con su inconveniente de no ver ni jota. Al principio, los espíritus decadentes estaban contentísimos.

—¡Qué bello! —seguían exclamando, señalando un cacho de cielo color tomate—. La ciudad envuelta en la penumbra crepuscular, sin que ninguna bombilla prosaica ponga una mancha de vulgaridad en sus delicadas tonalidades.

Poco a poco, sin embargo, fueron enfriándose sus alabanzas. Perdiz todos los días acaba por cansar, y los cursis también son de carne y hueso. Por muy cursi que se sea, al anochecer hay que escribir una carta, o ponerse una inyección intravenosa, o terminar una novela que se estaba leyendo. Y si el crepúsculo sorprende al cursi bajando a oscuras la escalera de su casa, la cursilería no es obstáculo para que se parta la crisma en un peldaño como cualquier hijo de vecino.

—¿Qué «hora azul» ni qué niño muerto? —reniegan ya los crepusculares más acérrimos—. ¡Esta es la «hora negra»!

Y cuando llega la luz eléctrica a los interruptores, que la impaciencia abrió con anticipación, hasta el más crepuscular la recibe como unas pascuas.

Y puede que algún poeta, harto de que se le apague la antipoética bombilla de su cuchitril, agarre furioso un papel y escriba este romance:

¡Oh, tú, bulbo incandescente; gorda tripa de cristal con niño de alambre dentro!, ¿por qué te has vuelto a apagar? ¿El embalse —gran sopera— se quedó sin caldo ya? ¿Ha soplado del Sahara un anticiclón fatal? ¡Ay bombilla, bombillera, ya me has vuelto a fastidiar!, Estaba pegando un sello al dorso de una postal, y a oscuras quedó mi lengua y el sello a medio pegar. Está pocho el kilovatio que te hacía relumbrar. ¡Ay bombilla, pompa leve con rosca de oro detrás!, fanal de santito feo al que todos rezarán: «¡Ilumínanos, caramba! ¡Basta de velas y gas!». Y tu halo de filamento, de tenue y negro metal, se va tiñendo de púrpura... pero se vuelve a apagar. ¡Ay bombilla, bombillera!, ¡hay que ver que lata das!

Gracias a las restricciones, por tanto, se ha desprendido la última cuña que el romanticismo mantenía clavada en nuestro corazón. Y se ha demostrado de modo aplastante que, en resumidas cuentas, el crepúsculo es un asco. Eso, al menos, saldrá ganando la literatura del porvenir.

DEMASIADOS REYES MAGOS

Hay que convocar urgentemente un congreso de papás para resolver la tremenda polémica que los Reyes Magos suscitan anualmente. A la confusión creada en la mitología infantil por ese barbazas simpaticote, que unas veces se llama Noel y otras Santa Claus, viene a unirse la falta de unanimidad en las versiones sobre la vida y costumbres del popular trío de reyes.

Mientras un papá dice a su Juanito que Melchor y sus colegas se cuelan en casa por la chimenea, otros aseguran que hacen su entrada por las tuberías del gas, el pararrayos, o filtrándose por las paredes. Un caos de dudas enloquece la cabeza del niño nacional. ¿Qué papá tiene razón? ¿El de Juanito, o el de Pedrolo? ¿El de Pacorro, o el de Gumersindin? Sordas luchas intestinas desgarran los corrillos de la infancia.

—Pues mi papá jura que Baltasar es negro porque fue malo —desafía un nene pierniflaco.

—Tu papá es un berzotas, pimpollo —replica un pecoso agresivo—. El mío dice que Baltasar es el más bueno de los tres, y que su negrura le viene de raza.

—¡No seas pirili! —corta un orejudo rubio—. Los Reyes Magos vienen en avión, y el viaje se lo patrocina una fábrica de corsés. Lo oí anoche por radio.

—¡Anda ya, mequetrefe! Viajan en camellos que van por el aire.

—¿Cuándo has visto tú que los camellos vuelen, bruto? ¡Ni que fuesen lechuzas! Van por el desierto, seguidos de unos esclavos que llevan los juguetes.

—¿Será grullo el mocito? Llevan los juguetes en alforjas, como los aragoneses.

—A mí me han dicho que son como gigantes.

—Pues dile a tu papá que se documente, pipiolo. Tienen una estatura de adultos sencillos, y se distinguen del público en general por una estrella que llevan en la frente.

—¿Cómo quieres que entienda de reyes tu papá, que, al fin y al cabo, siempre ha sido un tipo liberaloide?

—Pero no me negarás que echan brillo por la cabeza.

—¡Qué van a echar brillo, hombre! Los que echan brillo son los santos. Los Reyes Magos echan mirra, y gracias.

—Mi papá dice que la mirra es algo así como ese ozonopino que pulverizan en los cines.

—¡Qué ignorancia! La mirra es una cosa que se come. Se parece al puerro. A mi cocinera siempre le ponen mirra en el zapato.

Discusiones interminables ensombrecen los juegos en el parque. En ocasiones vuela una piedra, y a cualquier chiquitín le parten la ternilla. Muchos párvulos vuelven a sus casas con ojos tumefactos por haber defendido en el colegio la tesis paterna.

—El idiota de Ramírez —cuentan— ha dicho que los Reyes Magos son espíritus impalpables. Y como papá me ha dicho que son de carne y hueso, pues tuvimos gresca.

Muchos niños, desconcertados por la diversidad de opiniones, se vuelven escépticos y acaban por creer solamente en el Plan Marshall. Tampoco es bueno que millares de zangolotinos se disfracen de Reyes Magos, porque la infancia no es tan tonta como parece, y acaba por desconfiar si ve al cabo del día, en distintas calles y locales, docenas de Melchores, Gaspares y Baltasares.

Se impone implantar, con carácter obligatorio, una versión única de este hermoso camelo. Y que quede bien especificado en ella el tamaño de los Reyes, su peso en kilos, los medios de transporte que utilizan y todos los detalles secundarios sobre barbas que usan, coronas, túnicas, etcétera. Y el papa que tergiverse el asunto, adornándolo con disparates de su invención, que le pongan un multazo por corruptor de la fantasía.

«GENIAL». O «TONTO», PERO SIEMPRE RODRÍGUEZ

Cuando uno estaba tan contento viviendo en la calle de don Luis Lechuga —apellido que da a la calle un tono verde, sano y campestre—, surge un edilitiquismiquis y la rebautiza con el nombre de don Gabriel Espantajo. Y los portales se ensombrecen. Y huyen los gorriones de los aleros.

A la hora de elegir domicilio, influyen muchos las placas de las esquinas. Se prefiere un pisito incómodo en la calle del Amor de Dios, a uno más lujoso y del mismo precio en la de Malasaña. Viviríamos gustosos en la calle del Sombrerete, porque su bautismo es alegre y carnavalero. Le haríamos algunos ascos a la del Pez, a menos que fuésemos buzos retirados. Y rechazaríamos siempre la de las Sierpes, por miedo a que se nos enroscara alguna en un tobillo al salir de casa.

Hay que prohibir, mediante decreto en pergamino, con sellos de lacre y caucho, que las calles cambien de nombre en cuanto sopla la más leve ventolera política. Deben conservar, por *secula seculorum*, el que recibieron cuando fueron abiertas al tráfico. Si entonces se llamaron de Gómez, de Orfebres o de Renacuajos, con él deben morir cuando sean demolidas en urbanizaciones futuras.

Una calle es a la ciudad lo que una ciudad al país. El plano de Madrid debe ser tan intocable como el mapa de España. Y si el nombre de Zamora se respeta mande quien mande, es justo que el de la calle de López sea respetado también. Tan disparatado es poner en los sobres «Calle de López» (antes «González») como si escribiéramos por ejemplo. «Provincia de Chistulari» (antes «Guipúzcoa»).

La calle es una unidad geográfica tan honorable como la aldea, el río o la montaña. Con el mismo derecho que un concejal propone que a la calle de don Cándido Motete se la llame de Severo Tupinamba, un ministro puede hacer prosperar la idea de que al Guadalquivir se le llame Cucufate.

No es fácil, ni mucho menos, corregir de sopetón esta manía nomenclatoria de los Ayuntamientos. Llevamos a costas muchos siglos en que la tortilla política no ha dejado de dar vueltas, apeando unos de su pedestal a los prohombres que otros encumbraron. Pero podemos resolver esta cuestión a las mil maravillas. Propongamos que, a partir de este momento, las calles conserven para siempre los títulos que hoy las distinguen. Y teniendo en cuenta que la vida española seguirá dando tumbos y cambiando de cariz, autoricemos que se anteponga a cada nombre un calificativo. Por ejemplo: si el Rodríguez que lleva una calle fue una figura que le cae simpática al Ayuntamiento de turno, llamémosla «Calle del glorioso Rodríguez». Y si al alcalde venidero, en cambio, el tal Rodríguez le parece un botarate, que varíe

el adjetivo y la llame «Calle del cretino Rodríguez». Según la tendencia imperante en el país, el adjetivo podrá adaptarse a la mentalidad de moda. Y el Rodríguez de una calle podrá ser, unas veces, «egregio»; otras, «miserable»; otras, «ladrón», y otras, «magnánimo». Pero la calle será siempre «de Rodríguez», evitándose así que las cartas se extravíen y que los carteros enloquezcan.

MITO DE LA «POBLACIÓN FLOTANTE».

Según las estadísticas (que son esos casilleros con un señor cada vez más bajito), Madrid sostiene su tren de vida gracias a la población flotante. Permítasenos discrepar. Llámase «población flotante» a unos señores con faja y boina, que llegan de Badajoz con la cartera bien cosida a un faldón de su camisa. Vienen a cepillarse el espíritu del hastío provinciano, y, de paso, a ver si pescan un cupo de algo. En general, el poblador flotante se conforma con pasmarse ante la estatura de la Telefónica. Rara vez descose los fajos que guarda en sus dobladillos, y anida en casas de parientes lejanos o en pensiones de seis duros «tú comprí».

Afeitemos de pelos nuestras lenguas, y digamos la verdad: la población flotante es muy tacaña. A Madrid lo nutre el madrileño, baldado de contribuciones, de impuestos por supuestos lujos y de multas de los guardias. El madrileño paga esas cuatro boberías que hacen los alcaldes de vez en cuando para dar el paripé, y consume un gran mordisco de su salario en sostener cinemas, zarzuelones y conciertos.

El forastero, salvo honrosas excepciones catalanas y vascas, prefiere la calle por bonita y por barata. Gasta más el asfalto con su andar que las butacas de los espectáculos con su sentar. Permanece en los bares, sin más consumición que un cochino anís, hasta que le echan a *escobazos*. Se economiza mozos de cuerda transportando sus maletas al hombro. Con ese valor que se da al dinero sacado de la tierra lenteja a lenteja, da propinas de céntimos, y bota las perras gordas para ver si son falsas. Hay pobladores flotantes que solo comen un plato, y amortizan el postre llevándose un palillero. Se escandalizan de lo caro que está todo y nos ponen los dientes largos con los precios irrisorios de sus pueblos. Creen ser víctimas de engaños constantes, y miran los filetes al trasluz para ver si tienen ganglios. Desisten de visitar Museos cuando la entrada vale una peseta, y se apean de los taxis en cuanto el marcador se acerca al duro. Y a la hora de adquirir un recuerdito para sus Abundias y Pascasias, se conforman con una ristra de postales desteñidas por el sol del quiosco. El poblador flotante nada nos deja, pero

algo se lleva: la concesión de una trilladora, una licencia para importar vacas, el dinero de un Seguro, el apéndice operado...

¡Fuera el mito de la población flotante! Gloria, en cambio al madrileño genuino, verdadero engrandecedor de su ciudad.

ALGÚN PITO, POR LO MENOS

Un pedazo del tiempo que el alcalde dedica a trasladar farolas y a poner en las esquinas discos colorados con una franja blanca, podría emplearlo en idear sacacuartos para la población flotante. Ya dijimos que nuestros forasteros no se caracterizan por su esplendidez: Pero Madrid tiene mucha culpa de que las visitas se les vayan con las carteras llenas. Razonamiento a continuación:

Toda la ciudad que es meta del turismo, tiende redes en sus calles para pescar billetes. Guías con gorra en las esquinas, que se ofrecen para enseñar los rincones típicos. Platos regionales en los restaurantes más caros. Y, sobre todo, baratijas con el tatuaje «Recuerdo de...». Cualquier habilidad manual de los nativos se explota en tiendas adecuadas con letreros en quince lenguas muertas y seis vivas, sin contar el volapuk y el esperanto.

El comercio habanero de maracas para excursionistas yanquis, produce al país medio millón de dólares anuales. En Florencia existen fábricas que lanzan «tablas» de «primitivos» como galletas, y no hay chaval florentino que no imite a la perfección un fresco de Giotto. Si pudieran juntarse todos los fragmentos de Acrópolis ateniense que los turistas anglosajones veneran en sus hogares, sobrarían pedruscos para levantar diez pirámides egipcias. Méjico ha adquirido en Inglaterra máquinas tejedoras velocísimas, para surtir el mercado de «sarapes hechos a mano por los indios del interior». Roma edita más postales diariamente que ejemplares el *New York Times*, y Tokio surte de farolillos todas las verbenas del mundo. Un cultivo racional de flores blancas permite a los hawaianos obtener dos dólares por cada collar que cuelgan de un pescuezo occidental. Y hasta los negros congolese, que a primera vista parecían cretinos, pintan cocos con mucha gracia, para venderlos con la inscripción: *Souvenir du Congo*.

Madrid es, posiblemente, la única ciudad del globo que no explota el candor del forastero con la chuchería correspondiente. El que tiene la suerte de venir por San Isidro, puede llevarse un pito de cristal con hermosos floripondios. El que viene en verano, un botijo. Pero fuera de estas fechas, ni pito, ni botijo, ni nada. El Ayuntamiento debe subvencionar tiendas permanentes de pitos y botijos. Debe poner cicerones políglotas por todas

partes, y abrir tabernas con chisperos contratados que se peguen navajazos de mentirijillas. Debe montar una verbena de sesión continua, con barracas para que el turista se retrate vestido de torero. Debe fomentar la producción de churros y Mantones de Manila. Debe, en fin, poner cebos para que pique el dinero visitante. ¡Pitos abundantes para el palurdo y el anglosajón!

LA GRAVITACIÓN INTERMITENTE, INVENTADA POR EINSTEIN

Hace unos cuantos años el popular sabio Einstein, tan conocido del público madrileño, lanzó su tremenda teoría de la gravitación intermitente. Treinta añazos como treinta soles (lo que dura una condena por homicidio), tardó el susodicho en inventar esta charada tan difícil. ¡Vaya talento, pollo! ¡Eso es un cerebro, y no la quisquilla que tienen algunos en el cráneo! La opinión mundial se salió de sus casillas pues la teoría iba a traer cola.

Einstein puede pavonearse: primero dijo eso de la relatividad, y el tiempo demostró que tenía más razón que un santo. Todo es relativo, en efecto: la gente cree que toma café, y lo que bebe son bellotas machacadas; y el pan no es pan, sino cascarilla de cañamones con virutas de estopa; y todo igual.

Y para remachar el clavo, lanzó después la moda de la gravitación, que dejó perplejos a los medios científicos y a los medios sin científicar. Muchas señoras, al leer en los periódicos la gravísima ocurrencia del sabio, huyeron de sus hogares con bártulos y enseres para ponerse a salvo en las grutas de la montaña. Muchos hombres fueron asistidos de conmoción cerebral en la clínica más próxima, y más de un niño rodó por el suelo con los fémures hechos pedazos. La radio rogó a la población civil que conservara la serenidad y no fuese tonta, y una paralítica echó a correr dando terribles saltos. No era para menos: se creyó que la teoría iba a cambiar la faz del mundo, el cual en vez de seguir siendo redondo tendría la forma de un huevo.

Algunos lectores incultos, que también los hay, me han pedido que les explique en qué consiste la teoría de Einstein, pues no la entienden ni pizca. ¡Pero si es muy fácil, tontines! Verán qué sencillito:

La gravitación, cuyo duplo equivale al cubo de la tangente matemática, romba el cuádruplo de la hipotenusa logaritmando el esquema del filiberto. Tomando el infinito como cuadrante de la ecuación abismal, centuplica el divisor y dragma el hiperbote. Con lo cual queda bien claro que el múltiplo del alfa, cuyo kilovatio es ípsilon partido por pi, trigonometra la gravitación hasta hacerla intermitente.

Como los lectores pueden ver, hay motivos suficientes para que al mundo le preocupe mucho tan genial teoría.

DIÁLOGOS

MUJERES RUSAS

—¡QUÉ elegante vas, chica! ¿Quién te ha hecho ese «mono» de mecánico tan precioso?

—Una compañera del Sindicato de Agujas y Botones, de esas que van a coser a las «isbas».

—Pues parece un modelo de Patouvich, mujer. Y las botas que llevas son muy recias.

—Piel de compañero becerro, nada menos. Te advierto que me han costado ciento veintisiete horas de trabajo para la colectividad.

—¡Cómo sube la vida, Lenin mío! Ahora, con una hora de trabajo para la colectividad, no se compra ni una cartuchera.

—Es que con tanto plan quinquenal no hay paria que resista.

—¿Y por qué vas tan peripuesta? ¿Te has echado comisario?

—Sí, rica. Y comisario formal, no vayas a creerte.

—¿Va con buenas intenciones?

—¡Ya lo creo! Esperamos un cosaco para junio.

—Pues te felicito en nombre del pueblo. Yo reñí hace un mes con mi comisario, pero le tengo echado el ojo a un stajanovista que sobró de la última depuración.

—¿Qué facha tiene?

—A mí me encanta: es sano, tiene un coeficiente de rendimiento muy alto, odia a los opresores y tiene una habitación con derecho a cocina.

—¡Vaya momio, Ivanita! Inscríbelo a tu nombre en el Comisariado de Relaciones Amorosas, no sea que te lo pise una metalúrgica.

—¿Irás hoy al cine educativo? Hay un programa doble estupendo: primero dan «Las abejas son unas capitalistas inmundas», y después, «El proletariado consciente pide dínamos». Y una de dibujos titulada: «El ratón Mikeyeff, stajanovista».

—¡Menudos tostones!

—No lo digas en voz alta, que te depuran.

—Creo que van a estrenar una película estupenda. Se llama «Lo que el rico se llevó».

—En fin, compañera: te dejo, porque tengo hora en la peluquería. Hace un mes que no me rapo al cero, y me está saliendo melena de burguesa.

—A ver si nos reunimos una tarde de estas, a hablar bien del Estado.

—Encantada. Y si sabes jugar a las cartas, podemos hacer una cooperativa de póquer.

—Dame un telefonazo a «Tractores Estatales», cualquier día de descanso retribuido.

—Pues hasta otro rato. Buenos rendimientos.

—Buenos rendimientos. Alenín.

—Alenín, muy buenas.

CHICAS CHINAS

—¡Hola, honorable Lo-Lingui!

—¿Cómo estás, honorable Chuchi-Fu?

—Yo sigo teniendo honorables bacilos de gripe.

—¿Pues qué no tomas honorables sulfamidas, de bello color de ciruela? Ellas te curarían tu honorable tos de humilde perro.

—He optado por ponerme celestes cataplasmas de gloriosa mostaza.

—¿Y cómo siguen tus honorables antepasados?

—Todos honorablemente muertos, gracias.

—¿Fuiste ayer al honorable cine?

—Me invitó mi honorable novio Pe-Ping. Vimos una honorable película hecha en honorable celuloide.

—¿Trabajaba el honorable Charles Boyer?

—¡Ay, chica!: no cayó esa honorable breva. Era del honorable Gary Cooper, que tiene más honorables lunas que un antepasado.

—¿Era bello el honorable argumento?

—Tan bello como la flor de loto: la honorable protagonista se sacudía un honorable tiro en la cabeza.

—¡Ay, chica, llevas un quimono honorablemente pocholo! ¿Te lo han traído del honorable París?

—No; me lo he cosido yo con honorables sedas de respetados gusanos.

—¿Pues sabes que eres muy honorablemente mañosa?

—Tú, en cambio, llevas un precioso sombrero de papel. Parece un fascinador farolillo.

—Y lo es: tiene dentro una gloriosa vela, que arde con el mismo fulgor que las luciérnagas de los cerezos.

—¿Sabes a quién vieron ayer mis despreciables ojos? A tu amiga Horten-Sia.

—Es una cursi de honorable tomo y de honorable lomo.

—¡Y qué patazas tiene la honorable condenada!: lo menos calza un treinta y dos.

—¡Y cómo se peina!: lleva el honorable moño sin honorables adornos de ninguna especie.

—¿Tienes ahora honorables relaciones amorosas?

—Mis relaciones amorosas siempre son honorables. ¿Por quién me has tomado?

—Perdona, honorable chica: ¡qué honorable picajosa!

—Lo digo por si las honorables moscas.

—Pues hasta otro honorable rato, Chuchi-Fu.

—Hasta la honorable vista, Lo-Lingui.

—Que broten frescas rosas en la coronilla de tus antepasados.

—Que tus acaudaladas uñas alcancen el brillo del nácar.

—Que al volver a tu honorable domicilio lo encuentres cubierto por dos palmos de fragantes pétalos.

—Que desaparezca pronto la honorable melladura que tienes en el diente canino superior derecho.

—Que te ondulen, rica.

—Que te frían un honorable huevo de pato, chata.

—Abuda, muy buenas.

—Abuda.

NEGRAS AFRICANAS

—¿Irás el domingo a la idolesia?

—No, chica. Hace tiempo que no creo en los ídolos. Soy idolatea.

—Ese traje que no llevas es una monería.

—Te advierto que la falda es de paja natural. Muy sencilla de hacer: dos pajas al revés y una al derecho, menguando en la cadera.

—¿Los botones son de hueso humano?

—¡Claro, hija! Y de humano blanco, nada menos.

—A propósito de humano: me han dicho en la tienda que esta semana dan marinero congelado.

—¡Siempre marinero congelado! ¿Cuándo darán entomólogo fresco?

—¡Qué ilusión! El entomólogo solo se encuentra en los economatos. Si tu marido fuese guerrero, otra carne te cantara.

—Yo me apaño muy bien a base de jamón. Es muy parecido al humano y no se necesitan cupones.

—Esa es la pega del humano: que o lo comes en meses con erre, o te sale una urticaria que te balda.

—Yo prefiero comprar humanos jóvenes en crudo y criarlos con desperdicios de patata.

—Hablando de otra cosa: para tener un cutis de charol no hay como la «Crema ensuciadora» que hace la casa «Calamar». Y es muy barata: a cambio de un espejito, te dan dos tarros.

—Pues yo no soy partidaria de cremas: me lavo sencillamente con agua y una pastilla de carbón.

—¿Y no se te ajan los tatuajes?

—¡Qué va! Por cierto: tengo que ir a la tatuquería, para que me arreglen un poco los tatuajes. Como ahora las serpientes se llevan más largas...

—Yo me tatué ayer unas rayas azules en la espalda, porque el azul sienta bien con todo.

—La que va hecha una cursi es tu amiga Bula-Bula: todos sus tatuajes son arregladitos de hace cuatro temporadas. ¡Cómo va la pobre! Parece que la tatúan sus enemigos.

—¿Qué fue de aquel sobrinito que vino a pasar sus vacaciones contigo?

—Pasó a la historia, mujer; acabó en unos «sándwiches» un día que estaba cerrado el mercado.

—Pues a ver si nos reunimos a canibalear el domingo próximo.

—Encantada: dame un golpe de «tam-tam» mañana mismo.

—Me marcho a preparar la comida: tengo en remojo desde ayer un brazo de sabio, pero ya sabes lo correositos que son.

—A falta de entomólogos, buenos son sabios.

—Eso, eso.

SI LOS SARGENTOS HABLASEN COMO DIPLOMÁTICOS...

Sargento. — Me agradecería mucho que tuviera usted la bondad de dar media vuelta a la derecha.

Recluta. — ¿Con qué objeto?

Sargento. — Si le he de ser sincero, es un capricho que tengo desde la infancia. Se trata de un entretenido ejercicio, muy apto para reclutas jóvenes.

Recluta. — Siendo así, tendré sumo gusto en complacerle.

Sargento. — Muchísimas gracias. ¿Sería abusar de su gentileza rogarle que repitiese la media vuelta, pero esta vez hacía la izquierda?

Recluta. — Temo que quedaré en la misma posición que al principio.

Sargento. — Es verdad, ¡qué tonto soy! Pero observo en su rostro síntomas de fatiga. ¿Le apetecería ponerse en su lugar descanso?

Recluta. — Es usted muy amable, pero no quisiera molestar...

Sargento. — Vamos, sin cumplidos. Ha tomado usted posesión de su cuartel.

Recluta. — Gracias. Me pondré en mi lugar descanso, pero solo un instante.

Sargento. — Me daría usted un gran alegrón si presentase armas.

Recluta. — ¡No faltaría más! Ya está.

Sargento. — ¡Qué alocada es la juventud! Su postura, si me permite una sugerencia, no es del todo correcta: es conveniente que sujete la culata del fusil con el pulgar y el índice de la mano derecha. Se da usted muy poquita maña.

Recluta. — Le prometo que procuraré perfeccionarme en mis ratos libres.

Sargento. — ¡Ajajá! Veamos ahora si es usted capaz de colocarse el fusil sobre el hombro. Suponiendo, claro está, que ello no le cause ningún trastorno.

Recluta. — Reconozco que mis movimientos son algo torpes.

Sargento. — ¡Oh, por Dios, no se preocupe!; para eso estamos aquí a su disposición. ¿Qué le parecería marchar un poco de frente?

Recluta. — Si no hay que ir muy lejos, quizá...

Sargento. — No me propongo cansarle con una caminata, por Dios; solo unos cuantos pasos, y enseguida le diré que puede hacer alto.

Recluta. — Hablándole con toda franqueza, preferiría no tener que andar.

Sargento. — Es usted muy libre. ¿Acaso le aprieta una bota?

Recluta. — No es eso exactamente; tengo una dureza en el talón que me escuece.

Sargento. — Pues le recomiendo este remedio: cuando se descalce esta noche, frótese la zona dolorida con suavidad y diga: «Sana, sana, piececito de rana; si no sanas hoy, sanarás mañana».

Recluta. — Así lo haré. ¿En qué puedo servirle?

Sargento. — Si no tiene nada mejor que hacer, podría darse una vuelta por la cuadra y quitarles el polvo a los caballos.

Recluta. — ¡Uf! Los caballos me dan un poco de asco.

Sargento. — Lo comprendo, porque a mí también. No me agrada imponer mi criterio; pero, si lo desea, puede romper filas cuando le plazca.

Recluta. — Lo haré inmediatamente, pues bastante tiempo le he robado ya.

Sargento. — ¡Nada de eso! Para mí ha sido un placer enseñarle la instrucción.

Recluta. — Siempre a sus órdenes, sargento.

Sargento. — No hay de qué, recluta.

SI LOS CIRUJANOS HABLASEN COMO PELUQUEROS...

Cirujano. — ¿Qué va a ser?

Paciente. — Corte de amígdalas, arreglo de tabique y masaje de corazón.

Cirujano. — ¿Cómo quiere las amígdalas? ¿Largas o al rape?

Paciente. — Más bien al rape, y un poco redondeadas.

Cirujano. — No le vendría mal un buen trepanado de cabeza.

Paciente. — Ya vendré otro día con más calma.

Cirujano. — Le advierto que tengo una máquina de trepanar eléctrica, que es muy suave. Trepana en seco, sin jabón ni cremas de ninguna clase.

Paciente. — Gracias, pero tengo prisa.

Cirujano. — ¿Quemamos las puntas de las amígdalas?

Paciente. — No creo que sirva para nada.

Cirujano. — Se equivoca; quemando las puntas no vuelven a crecer. ¿Qué anestesia prefiere? ¿Cloroformo o éter?

Paciente. — Si el cloroformo es bueno...

Cirujano. — Del mejor. Huela usted mismo el frasco.

Paciente. — Tiene un perfume muy agradable, en efecto.

Cirujano. — ¿Raspamos un poquito el estómago de paso?

Paciente. — Ya le he dicho que tengo prisa.

Cirujano. — Es cuestión de dos minutos. El tiempo de afilar el bisturí.

Paciente. — No insista.

Cirujano. — ¿Le coso con grapas o hilo? Las grapas son un poco más caras, pero ¡menuda diferencia!

Paciente. — Con hilo voy que chuto. Y ciérreme usted pronto.

Cirujano. — Si no tuviera tanta prisa le afeitaría el apéndice; lo tiene usted bastante estropeado.

Paciente. — Todavía puede aguantar una temporada. Ande, acabe de una vez. Ustedes, los cirujanos, con tal que haga uno gasto, son capaces de cortar por lo sano.

Cirujano. — Como quiera. Abra la boca y mírese al espejo: le he dejado las amígdalas que no las reconocería ni su padre. ¿Quiere usted que le peine la

carótida?

Paciente. — No.

Cirujano. — ¿Un lavado de pulmones?

Paciente. — ¡No!

Cirujano. — ¿Le entresaco un riñón?

Paciente. — ¡¡No!!

Cirujano. — ¿Friccionamos el esófago?

Paciente. — ¡¡¡No!!!

Cirujano. — Bien. Pues servidor de usted: son nueve mil pesetas.

Paciente. — Tome diez, y quédese con la vuelta.

Cirujano. — Mil gracias. Espere, que le cepillaré la americana: al coserle se le han pegado algunos hilos...

SI LOS ANDALUCES HABLASEN COMO EL FOLKLORE...

Andaluz primero. — ¿Cómo está usted, don Niño de la Peineta? Le encuentro con el talle más garboso que un junco del Guadalquivir.

Andaluz segundo. — Es que tengo una penita muy negra, don Moreno López.

Andaluz primero. — ¿Cuestión de querer alevosos que desangran el noble corazón gitano?

Andaluz segundo. — En efecto. Mi novia, que tiene los ojos tan negros como dos noches sin luceros, ha decidido casarse con un contratista de Buitrago, que carece de salero. Y aquí me tiene usted, llorando lagrimitas de hiel a la luna lunera.

Andaluz primero. — Es una penita negra de órdago, amado Niño. Yo, en su pellejo, me arrancaría por peteneras para descongestionarme.

Andaluz segundo. — No se preocupe: la he maldecido dieciséis veces, deseando que le nazcan nardos en el estómago. Y ya sabe usted lo que somos los andaluces: en cuanto maldecimos a una paya somos otros.

Andaluz primero. — Se merece usted un fuerte «¡Olé!» por su heroico comportamiento.

Andaluz segundo. — ¿Y qué tal su señora esposa, cuyo inefable tronío es comentado por toda la aristocracia de los carromatos gitanos?

Andaluz primero. — Sigue oliendo a albahaca que da gusto. Los churumbeles, en cambio, solo huelen a canela, o a menta todo lo más.

Andaluz segundo. — ¿Encontraron cortijo, por fin?

Andaluz primero. — ¡No me hable! El problema de los cortijos es cada día más acuciante. Por un cortijo, en el que solo cabe un matrimonio sin toros,

le piden a usted un olivo de la cara.

Andaluz segundo. — Ya lo sé. Mi cuñado Macareno, por cuyas venas corre sangre de califas, acaba de casarse y vive en un cortijo de mil pesetas. Pero en cuanto tengan el primer toro tendrán que mudarse. Y le advierto que pagaron por el traspaso tres barricas de gazpacho.

Andaluz primero. — Pues a ver cuándo viene usted por mi cortijo, a chupar un hueso de aceituna y a oler un clavelito, ¡y olé!

Andaluz segundo. — Cualquiera día de estos; en cuanto mate a unas señoritas traicioneras que tengo entre manos.

Andaluz primero. — Pues le dejo a usted antes que el cielo se tachone de luna cascabelera.

Andaluz segundo. — Que usted lo pase ¡olé!

Andaluz primero. — ¡Olé! Muy buenas.

SI HABLÁSEMOS COMO LAS NOVELAS TRADUCIDAS...

—¡Oh, querida! Me sabe mal que te ubiques en San Sebastián, durante la vacancia del estío.

—¡Bah, muchacho! Retornaré al filo de la estación venidera.

—Habrás de dormir allí con frazada, pues el relente déjase sentir tras el crepúsculo.

—Más compensa; pues el panorama cántabro es soberbiamente bello.

—Lleva la bolsa bien colmada, pues los precios cántabros son también soberbiamente altos. ¡Je, je!

—¡Puah, querido! Hanme dicho que por un servicio de porotos, cóbrate un ojo de la figura.

—¿Residirás en hotel?

—He reservado una estancia en la casa de baños, ya que tengo apetito de sumergirme en las verdes ondas.

—¿Nos acercamos a lo del estanquero para adquirir un atado de cigarros? Está a 15 yardas de la segunda cuadra.

—¡Hum! He de recortarme los cabellos en el instituto embellecedor.

—¿Cómo anda tu papy, querida?

—Poco embullado con el desplazamiento. Ya sabes: su cochino reumatismo le embrutece.

—Tomemos un trago, dulce corazón. Tengo el gáznate ardoroso.

—No soy enamorada del copeo, mas tomaré unas toronjas apabulladas.

—Estas almendras están sublimemente crocantes.

—¿Es cierto que la cotorróna de tu tía opónese a nuestra nupcia?

—¡Cáspita, sí! La vejancona es infernalmente puritana. A veces siento arrebatados deseos de sopapearle el morro.

—Envíame letras a mi punto de destino; no seas condenado perezoso.

—No faltarán mis noticias, dulce. Te remitiré letras diurnamente.

—¿Prométesmelo, ganapán?

—Prométotelo, dulce.

—Ello es para mí motivo de congratulaciones.

—¿Irás al retratista para que plasme tu efigie en una cartulina? Gustaríame conservar una estampa de ti.

—Eres adulón no más, querido chico.

—No tomes crustáceos en la costa, pues ellos causan urticarias endiabladamente picantes.

—No temas; yo repelo el bicho marino por su acre perfume.

—¿A qué postura del reloj parte tu ferrocarril?

—A las horas 22. Pero ya tengo rellenas las valijas.

—Bien. Te despediré en el muelle agitando un guardamocos.

—¡Eres una adorable pequeña cosa dulce, querido chico!

SI HABLÁSEMOS COMO LOS MÉTODOS DE APRENDER IDIOMAS...

—Buenos días. Adiós. ¿Has visto la sombrilla, el portamantas o el sobretodo del guardabosque, Lucio?

—No lo he visto. Sí lo he visto. Pero Matilde coge amapolas y ciclaminos en el macizo del consejero.

—Yo no paseo en el tiempo lluvioso. La lluvia, moja. El sol, seca.

—Ante todo, deseamos desayunarnos, merendar, cenar. ¿Deseas tú, supongo?

—Yo deseo, tú deseas, él desea.

—Comamos, pues, bajo la fresca sombra del tamarindo, de la chopera, de la pérgola. ¡Ajajajá! Mozo, ¿le causaría molestia traer agua corriente, agua estancada, agua de arroyo?

—¡Lástima que haya olvidado mis guantes, mis mitones, mis espadañas, mis matorrales, en el palco o en el ómnibus!

—¿A qué hora sale nuestra diligencia o vapor para X? He de ver a mi tía. Tengo dos, tres, cuatro tías. El alcalde tiene tía, cuñado y la prima del agrimensor moreno.

—¿Es mala tu salud? ¿Es buena? Toma comprimidos para el mal de mar, y dame a cambio el mapa de la ruta.

—Helo aquí. ¿Puedes sacar del portaplumas la gargantilla de corales para adornar el cuello de tu padrastro?

—Con placer. Yo resido en Madrid y mi hermana en Cáceres. ¿Está Cáceres cerca, lejos, encima o debajo de Madrid?

—Debes consultar con el conserje del hospedaje. ¿Deseas un cigarro puro?

—Congratulaciones: pero acabo de adquirir una pipa o cachimba.

—Te ruego saques la fosforera para prender lumbre en el límite del cigarrillo. ¿Eres aficionado al zapato, a la zapatilla o a la sandalia?

—Yo calzo a pie limpio. Pero mi llorado sobrino Carlos tiene vocación de alpargata.

—Observa el paisaje. Me admiran esos grandes animales denominados vacas, que producen la leche, el queso, el merengue.

—¿Se detiene nuestro tren en la oreja de tu padre político?

—No; pero la vendimia de uvas es pintoresca en el sur de la comarca.

—Sentiría producirte una pena al tomarte el cascanueces de Edelmiro.

—Tómalo con gana. Compraré otro en el comercio del nuecero, pescadero, peluquero.

—Me complace tu cortesía.

—Pues adiós, hombre; y que te frían los botines del notario.

—Lo mismo digo. Cumplimientos.

—Pleitesías.

SI LAS CRIADAS HABLASEN COMO LAS SEÑORAS...

Petra. — Pues lo que te iba diciendo: A mí las señoras me fríen la sangre.

Juliana. — Como que son unas vampiras. ¡Si pudiera una pasarse sin ellas!...

Petra. — Y no paran de exigir. Ahora se les ha metido en la cabeza que pasemos la escoba a diario.

Juliana. — ¡Ni que fuésemos basureros!

Petra. — Están muy maleadas. Con decirte que la mía tiene una bombilla especial para leer al trasluz las cartas que recibo...

Juliana. — ¡Y cómo suman las condenadas! Son más vivas que Pitágoras, y no hay forma de sisar decentemente.

Petra. — La última señora que tuve, que se me fue a San Sebastián pretextando una enfermedad de su tía, me fisgaba la maleta hasta los tuétanos.

Juliana. — Eso lo hacen todas. Y las hay que hasta le birlan a una esa combinación de seda que pescó en la casa anterior.

Petra. — Son el demonio.

Juliana. — ¿Sigues teniendo la misma señora que el mes pasado? Parecía modosita.

Petra. — Al principio todas parecen modositas, hasta que cogen confianza y se te descararan. A esa la planté, porque salía todas las tardes con su marido.

Juliana. — ¡Qué abuso! Yo, a la mía, la dejo salir tres veces por semana, siempre que me ayude a repasar la ropa.

Petra. — Están imposibles. La señora que tiene la Pascasia se pasa el día jugando a ese tute fino que se llama «pinacle».

Juliana. — Nos las han echado a perder con tanto «golf», y con tanto «bridge», y con tanto marido...

Petra. — Esa es otra: los maridos. ¡Lo que destrozan esos malditos! Que si rozan los cuellos, que si sacan un dedo por el calcetín... A mí dame viudas, de esas que cuando estiran la pata te dejan unos duros.

Juliana. — Ya no existen bicocas de esas.

Petra. — En mis tiempos las señoras duraban más: se cogía una de pequeña y no se la soltaba hasta que era un vejestorio.

Juliana. — ¡Y qué bien planchaban con almidón! ¡Y qué mantelerías a base de filtrés! Hoy te bordan una inicial en un pañuelo, y ya se creen que han descubierto América.

Petra. — La culpa la tiene el «pinacle», que les agarrota los dedos.

Juliana. — En fin, hijita, ¡cómo está la señorumbre!

Petra. — Un asquíbiris, mujer.

SI EN LA O.N.U. SE HABLARA SIN RODEOS...

—Déjese de cuentos, guapo; ustedes lo que quieren es apropiarse de Pitoburgo, para explotar el manganeso de sus minas.

—¡Pues claro, mira este! ¡A ver si se ha creído que pensábamos repartir caramelos entre la población civil! ¿Será majadero el fulano?

—Pues a ver lo que apoquinan a cambio, porque también nosotros tenemos derecho a sacar tajada.

—Ojito, ¿eh? A mí no me venga con impertinencias, porque le parto el mapa a cañonazos.

—¡Mira qué gallito! Como si yo no supiera que su ejército es de manteca.

—Pero se lo diré a una potencia amiga mía, y verán lo que es hule.

—¡Acusica barrabás, en el infierno te verás!...

—La que se está poniendo muy tonta es Cocolina. Desde que ganó en la guerra unos metros de solar...

—No se haga el mosco muerto; usted le tiene echado el ojo.

—Y tanto. Cada día me cargan más los países pequeños. Siempre se están quejando de su debilidad, y acaban arrojándose a un protector como si fuesen cupletistas.

—Por algo tienen ustedes la fama de ser una nación muy matona.

—Eso me lo dice usted en el campo de batalla.

—Menos humos, o le plancho su tierra de un bombardeo.

—¿Ya empezamos con bravatas? Y luego presumirá de nación unida.

—Más unida que la suya, desde luego. La mía, por lo menos, no está reconcomida de revoluciones.

—No me caliente, que del primer empujón soy capaz de tirar al mar sus tanques de hojalata.

—¡A ver si le doy con un submarino en la espinilla!

—Calle, cursi; ustedes solo sirven para mandar notas muy finas con un ramito de flores.

—¡Quién habló! Como si no supiera que se pasa usted el día dando coba a ese bloque oriental tan ordinario.

—Nosotros damos coba a quien nos da la gana, para que se entere.

—Pues despídase de Pitoburgo, hijito. O afloja un país débil en un sitio céntrico, o nanai.

—Está visto que no se pueden hacer tratos con gente sin educación.

—Eso mismo estaba pensando yo. Llevaré el asunto al pleno de la asamblea.

—Pues va usted fresco. ¡Bueno está el pleno! Todo quieren resolverlo con cambio de notas, cuando lo que está haciendo falta es unos cuantos cambios de tortas.

—Pues el pleno tiene mucha fama.

—Será de tonto. ¡Quite, quite! Le daba así...

—¿Cómo?

—De Norte a Sur.

—No es usted bastante potencia para intentarlo, rica.

—Nos veremos las caras en la próxima sesión.

—Eso están ustedes diciendo desde hace tres años...

REYES MAGOS DE HOY

Melchor. — ¡Qué raro! Este año los niños europeos no hacen más que pedirnos camisetas. Y el que no pide camisetas, pide bufandas.

Gaspar. — Como esto siga así, tendremos que abrir una tienda de géneros de punto.

Baltasar. — Yo tampoco me lo explico. Antiguamente, cuando regalábamos a los chicos «jerseys» de manga larga, o calcetines de lana, o cualquier otra porquería práctica, pescaban una rabieta que les duraba un mes.

Melchor. — Pues ahora ya lo están viendo: no piden juguetes ni a tiros. Los únicos que encargan bicicletas son los «botones» de las oficinas. Y esos no las quieren para jugar, sino para hacer los recados más de prisa.

Gaspar. — ¡Qué asco de nenes! Parecen viejecitos.

Baltasar. — ¿Y los que desean carbón? Antes, para castigar al pequeñajo que había sido malo, le poníamos carbón en el zapato. Y ahora hay muchísimas personas que nos lo piden a toda costa, y que incluso dejan un saco junto al zapato para que se lo llenemos.

Melchor. — Los hay que no solo piden carbón, sino también astillas, petróleo para el infiernillo y toda clase de combustibles.

Gaspar. — Eso será idea de los padres, que menudos bichos son. Más de un viejales nos escribe con letra temblona, a ver si picamos y le regalamos una caja de puros.

Baltasar. — Lo más curioso es que, hace algunos años, todos los críos nos pedían caramelos ya hechos; pero últimamente nos ruegan que les dejemos el azúcar en bruto.

Melchor. — También los hay que quieren aceite, y que prometen devolvernos el casco.

Gaspar. — ¡Qué infancia más negociante!

Baltasar. — Se han creído que somos un mercado. Ya veréis cómo acaban pidiéndonos lechugas y merluza fresca.

Gaspar. — No hay que perder la esperanza: ayer recibimos una carta de una niña que nos pedía una muñeca con los ojos azules.

Melchor. — Estará loca.

Baltasar. — O a lo mejor es que tiene economato.

Gaspar. — Es posible. Lo que no le interesa a nadie son los caballos de cartón.

Melchor. — ¡Claro! Si fuesen de carne con buenas chuletas, ya verías.

Baltasar. — ¿Qué pasará en el mundo? ¿Por qué hasta los niños solo piensan en comer?

Gaspar. — Eso es culpa de los «vermuts» y de los aperitivos, que abren demasiado el apetito.

Melchor. — Yo creo que debemos traspasar nuestra juguetería y poner unos ultramarinos.

Gaspar. — Tú siempre tan mercachifle. Melchor.

Baltasar. — No es mala idea: así, en vez de hacer regalos a los niños, podríamos darles cupos.

Gaspar. — ¿Y qué hacemos con todos los juguetes del almacén?

Melchor. — Dárselos a los niños de las tribus salvajes. Como están tan atrasados, todavía se divierten con esas bobadas.

Baltasar. — Pero es feo que unos reyes como nosotros se dediquen a repartir artículos de primera necesidad como si fuesen tenderos.

Melchor. — ¡Ya salió el señorito! Hay que democratizarse, hombre. Ahí tienes a Hiro-Hito, que siendo un emperador de muchas campanillas, se pasea por la calle con gabardina y paraguas.

Gaspar. — Hay que tomar alguna decisión, desde luego. En fin: voy a ver si han cargado ya todos los camellos.

Melchor. — Esa es otra cosa que será necesario modificar. Para los juguetes, los camellos estaban bien. Incluso tenían su gracia. Pero un camello llevando camisetas, o carbón, o soplillos de soldadura autógena, que también los piden, no pega nada.

Baltasar. — Tienes razón: unos camioncitos de aceite pesado nos vendrían de perillas.

Melchor. — Mira: en esta carta un niño sueco nos pide un traje de franela gris con espiguilla.

Gaspar. — Será un truco de su madre para arreglarle uno viejo de su papá. Le mandaremos los botones y los forros, y que ella pague las hechuras.

INTELECTUALES DE HOY

Intelectual primero. — Yo no sé cómo se las arregla el filósofo Mengánez para sostener ese cochazo.

Intelectual segundo. — Es que, aparte de la Filosofía, se ayuda importando frigoríficos.

Intelectual primero. — Los humanistas, en cambio, no levantamos cabeza. Es lástima que Somerset Maughan no escriba en griego, porque podría uno traducir sus obras y ganar buenas pesetas. El bueno de Homero no da ni dos reales.

Intelectual segundo. — A mí, en cambio, no me va mal: por la mañana escribo sonetos a la luna, y por la tarde redacto anuncios a una pasta dentífrica.

Intelectual primero. — ¿Cómo te pagan los sonetos?

Intelectual segundo. — A duro la línea. Pero como solo tienen catorce...

Intelectual primero. — Pues dedícate a hacer romances de esos que no se acaban nunca.

Intelectual segundo. — No es necesario: entre la pasta dentífrica y los cócteles en casas particulares, me defiendo.

Intelectual primero. — Es una suerte que los ricos nos inviten de vez en cuando. Son los únicos tenderos que, a cambio de una frase inteligente, te dan una merienda completa.

Intelectual segundo. — ¡Y la de frases inteligentes que se le ocurren a uno con un canapé de caviar en cada mano!

Intelectual primero. — Yo, por si esto del intelecto no me cuaja, voy a ver si aprendo a exportar naranjas.

Intelectual segundo. — Al que creo que le va muy bien es a Felipe, aquel arqueólogo pecoso, que sabía tanto de cacharros prehistóricos: descubrió una antigua fórmula fenicia para trabajar la arcilla, y ha montado una fábrica de botijos.

Intelectual primero. — A propósito de botijos: ¿puedes prestarme cinco duros?

Intelectual segundo. — ¿Para qué?

Intelectual primero. — Para abrir el depósito de gasolina de mi encendedor.

Intelectual segundo. — Eso puedes hacerlo con una moneda de cinco céntimos.

Intelectual primero. — Sí; pero como para usar el encendedor tengo que comprarme un puro, y para fumarme el puro tengo que comer antes en alguna taberna...

Intelectual segundo. — Es verdad. Toma los cinco duros.

Intelectual primero. — ¡Gracias, chico! ¡Nadie diría que eres un intelectual!

FÚTBOL DE HOY

Espectador primero. — Ya sale al campo mi equipo predilecto: ¡el Hispánico F. C.! Toda la región está muy orgullosa de él.

Espectador segundo. — ¿Qué le pasa al extremo izquierdo? ¿Por qué está tan amarillo?

Espectador primero. — Porque ha nacido en Manchuria. Lo acaban de comprar al Hang-Tse-Futbolang por dos millones de pesetas y siete kilos de arroz.

Espectador segundo. — También al medio centro le encuentro un no sé qué...

Espectador primero. — Sí, es un poco negro; pero con la camiseta no se le nota mucho. Lo cambiaron al club congolés Buga-Buga por dos terneras y un explorador. Además están en tratos con el Siam para traer de allá unos defensas. Como los siameses siempre están pegados a otro señor por alguna víscera, resultan jugadores con cuatro piernas.

Espectador segundo. — Lo que no comprendo es por qué llaman al equipo Hispánico F. C.

Espectador primero. — Porque todos cobran en pesetas.

Espectador segundo. — Será por eso.

Espectador primero. — Y, por si esto fuera poco, la Junta directiva es toda de aquí.

Espectador segundo. — Desde que tenemos entrenadores de fuera, este deporte se está llenando de adelantos; los palos de las porterías son más flacos, las patadas en las espinillas tienen nombre de lord inglés, y a los balones se les echa un poco más de aire.

Espectador primero. — Nuestro fútbol se está refinando tanto que, en lugar de fútbol, parece polo. También han decidido cortar la hierba del campo medio centímetro, porque esa temporada no se llevan las hierbas tan largas.

Espectador segundo. — No puede negarse que estamos a la última moda.

Espectador primero. — Acaba de entrar el equipo forastero. ¡Qué porquería! Como es una sociedad pobre, solo puede importar jugadores de Cáceres.

Espectador segundo. — ¡Ya empezó el partido! Si desea usted gritar alguna cosa a los jugadores, por mí no lo deje.

Espectador primero. — Grite usted primero. ¡No faltaba más!

Espectador segundo. — Pues con su permiso: «¡Marrullero!».

Espectador primero. — ¿A quién le llama usted esa cosa tan típica?

Espectador segundo. — Yo grito en general. Y el jugador que se considere marrullero, que se aplique el cuento.

Espectador primero. — Perdona un momento, que voy a gritar yo también para que no crean que soy un emboscado: «¡Marrullero!».

Espectador segundo. — Me parece que al Hispánico, a pesar del manchú y de toda esa Torre de Babel que ha contratado, le están metiendo en la portería más balones que a un «gua».

Espectador primero. — Es que el entrenador no quiere que los muchachos hagan demasiados esfuerzos violentos. Como han costado tan carísimos, hay

que procurar que duren lo más posible.

Espectador segundo. — Siguen colándose goles al Hispánico. Les van a romper la red.

Espectador primero. — Eso es lo de menos, amigo mío: lo que importa en el fútbol moderno es el *foot-average*, el *fair-play* y la *blocking-ball score*. Lo de los goles, al fin y al cabo, es una ordinariez.

Espectador segundo. — Tiene usted razón.

CHICAS DE HOY

Fefa. — ¡Hola, pichipilingui!

Tola. — ¿Qué tal requetepochola?

Fefa. — ¡Pues muy contentíbiris, chiquilla! Piluca me ha prometido un muchacho color *beige*, para que lo use mientras duren las vacaciones.

Tola. — ¿Has venido sin novio?

Fefa. — Sí; me lo olvidé a propósito al hacer el equipaje. Es muy pesado para cargar con él hasta aquí.

Tola. — Yo tengo uno portátil que se traslada en su coche a todos los sitios donde voy.

Fefa. — ¡Qué monería! ¿Qué hiciste con el ingeniero rubiajo que llevabas este invierno?

Tola. — No me hacía juego con el bolso azul, y se lo cedí a la doncella. Además, en verano lo que sienta mejor es un pollo tostadito.

Fefa. — Terete ha pescado uno estupendo. Es de esos que están llegando en avión todas las semanas, con los bolsillos llenos de baratijas.

Tola. — Es lo malo de los chicos nacionales: no escatiman convidarte a merendar, pero no te regalan una radio con pilas ni para un remedio.

Fefa. — Me han dicho que Manoli se ha casado por amor.

Tola. — No me extraña: siempre fue feíta.

Fefa. — Pues Funchis López deja un novio libre.

Tola. — ¿Qué renta tiene?

Fefa. — Cien mil duros al año.

Tola. — ¡Vaya un momio! Pero me figuro que pedirá una barbaridad por el traspaso.

Fefa. — ¡Sabe Dios! Con lo solicitados que están...

Tola. — Sobre todo los que tienen rentas de antes de la guerra. Son algo viejos, pero tienen mucho desahogo.

Fefa. — Yo estoy en un mar de confusiones: no sé si casarme con mi novio, o con un señor de Asturias que me van a presentar un día de estos.

Tola. — Si estuviera en tu pellejo, elegiría el señor de Asturias. Esa región es riquísima: haces un agujero en el suelo, y sale una cosa negra que arde muy bien.

Fefa. — Eso me han dicho. Creo que el agujero se llama mina, y a la cosa negra, carbón.

Tola. — ¡Cuánto sabes, hija! Pareces una maestra.

Fefa. — Bueno, pichipilingui: me marcho volando, no sea que me roben el novio.

Tola. — Yo, a los míos, les pongo un candado en una pierna para que no puedan huir.

Fefa. — Haces bien. Hasta otro rato, ricura. Cuando sepas de algún chico vacante que rente más de diez mil al mes no dejes de avisarme. Me mudaría encantada. El que tengo ahora es muy bajito y no tiene garaje.

Tola. — Descuida; te daré un golpe de teléfono.

Fefa. — ¿Dónde?

Tola. — Pues donde se dan los golpes de teléfono, mujer: en la oreja.

Fefa. — Es verdad. ¡Pero que retontísima soy, madre mía!

Tola. — Y yo también.

TENDERO DE HOY

Tendero. — ¿Qué demonios quiere usted?

Cliente. — Pues, si no le sirve de molestia, me agradecería adquirir cien gramos de mantequilla.

Tendero. — ¿Ya empezamos con caprichos? Le daré grasa de soja, y gracias.

Cliente. — Temo que no me va a gustar.

Tendero. — ¡Vaya con el finolis este! ¡Y encima viene con exigencias! ¿Se ha creído usted que vive en Jauja, amiguito? O soja o a la calle.

Cliente. — Verá; tengo entendido que el olor de esa grasa no es muy agradable, y...

Tendero. — A ver si se ha creído que esto es una perfumería. ¡Chico, saca el bidón de soja, que la quiere oler este caballero tan exquisito!

Cliente. — No se enfade, se lo ruego; renuncio a la mantequilla.

Tendero. — Usted, además de la soja, necesitará galletas.

Cliente. — No me agrada contradecirle; pero juraría que no.

Tendero. — ¡Bah! Los clientes nunca saben lo que quieren. Un kilito de galletas y no se hable más del asunto.

Cliente. — Si cree que es imprescindible...

Tendero. — Le pondré de estas variadas, que son riquísimas.

Cliente. — ¿Heriría su amor propio si le dijera que no veo la variedad por ninguna parte? Todas son iguales.

Tendero. — ¡Pues claro! La variedad consiste en que unas están rancias y otras están húmedas. ¿Se imagina que por noventa pesetas voy a dárselas de coco y guinda?

Cliente. — ¿Solo valen noventa pesetas? Me parecen tiradas.

Tendero. — Parecen tiradas, y lo son: como que las hemos cogido del suelo. Pero ya se las limpiaremos con un trapo para que no tengan polvo. ¡Chico, envuélvele al señor una libra de tapioca!

Cliente. — ¿Eh?... ¿Tapioca también?

Tendero. — No proteste: es tapioca legítima.

Cliente. — ¿Y qué hago con la tapioca?

Tendero. — ¿A mí que me importa lo que haga usted con la tapioca? Cómasela, o póngala en un florero, o tírela a un pozo. ¡Aviado estaría si tuviese que explicar a cada cliente lo que debe hacer con las cosas que me compra!

Cliente. — Excúseme; pero es que yo soy tan poco experto en tapioca...

Tendero. — Usted se lo pierde. ¡Chico, en lugar de tapioca, ponle a este señor un paquete de esos garbanzos que se nos están echando a perder en la bodega!

Cliente. — Me apena informarle de que los garbanzos no me son simpáticos.

Tendero. — ¿Ahora salimos con esas? ¡No quiere garbanzos, no quiere tapioca, no quiere nada! En ese caso, ¿para qué diablos ha entrado en mi tienda?

Cliente. — Para comprar cien gramos de mantequilla.

Tendero. — ¡Pues haber empezado por ahí! ¡Chico, además de la soja y las galletas, empaquétele al señor cien gramos de margarina!

Cliente. — ¿Margarina?

Tendero. — Viene a ser lo mismo que la mantequilla. Supongo que no irá usted a hacerle ascos a la margarina.

Cliente. — ¡No, no! ¡Dios me libre!

CASAS DE HOY

Propietario. — Yo no quiero construir una casa de lujo, ¿comprende? Me conformo con sacar tres mil mensuales a cada cuarto.

Arquitecto. — Es usted un filántropo, caballero. Las familias modestas, cuando se crucen con usted en la calle, se precipitarán a besarle las manos.

Propietario. — Pero por lo mismo que me rentará poco, no pienso gastarme un fortunón en hacerla.

Arquitecto. — ¡Claro, claro! Si le parece, pondremos una ducha en el sótano, y que los inquilinos bajen a ducharse en el montacargas. Eso de ponerles un baño a cada uno es acostumbrarlos mal.

Propietario. — Estoy conforme con usted: no se toman duchas a bragas enjutas.

Arquitecto. — Yo las paredes las haría finas, con unos papeles dentro para que no se transparenten.

Propietario. — ¿Cree que hará falta mucho cemento?

Arquitecto. — No. Teniendo cuidado que los ladrillos estén bien colocaditos, uno encima del otro, se pueden pegar con una pasta de harina y agua. Luego se instalan unos toldos verdes en las terrazas, y da el camelo.

Propietario. — ¿Es imprescindible hacer una cocina en cada vivienda?

Arquitecto. — Temo que sí. En las casas de lujo no es necesario, porque los inquilinos se nutren en los restaurantes. Pero los pobres, ya se sabe: si no tienen un rincón para cocer sus potajes, fallecen a las primeras de cambio.

Propietario. — ¡Qué fastidio! Mientras los inquilinos tengan tantas exigencias, los desgraciados caseros no ganaremos ni un cochino millón.

Arquitecto. — ¿Cuántas habitaciones quiere usted que tenga cada piso?

Propietario. — ¡Nada de habitaciones, hombre! Eso que llaman *living*, y que es una especie de almacén donde se meten todos los muebles, cubiertos con cretonas. Cuando se quiere dormir, se quita la cretona de la cama; cuando se quiere comer, se quita la cretona de la mesa; y cuando se quiere molestar, se quita la cretona del piano.

Arquitecto. — ¿Qué tamaño tiene el terreno donde desea hacer la casa?

Propietario. — Dos metros de fachada por onces de tubo. Pero es altísimo, eso sí. Y quiero que tenga detalles de confort: un clavo empotrado para colgar la ropa, un grifo de agua fría...

Arquitecto. — Si quiere que la casa rente más, en el grifo de agua fría, ponga un cartelito que diga: «Caliente».

Propietario. — Así lo haré. Estoy dispuesto a hacer cualquier sacrificio con tal que mis inquilinos estén cómodos.

Arquitecto. — Es usted un alma generosa, señor. ¡Y luego dicen que el casero es caro!

TRENES DE HOY

Viajero. — Yo, cuando mis niños me piden que les cuente un cuento, cojo un «Horario de Ferrocarriles» y les leo una página.

Viajero segundo. — ¿Quiere usted que cierre la ventanilla?

Viajero primero. — Yo sí; pero hace falta que quiera la ventanilla.

Viajero segundo. — ¿Llevamos mucho retraso?

Viajero primero. — Mucho, no; todo.

Viajero segundo. — ¡Menos mal! El año pasado llegué en un tren con puntualidad, y mi familia creyó que me había ocurrido un accidente.

Viajero primero. — Se llevarían un susto tremendo los pobrecitos.

Viajero segundo. — ¡Figúrese! Como que se abrió un expediente para averiguar las causas de ese hecho insólito, y descubrieron que el maquinista tenía manía persecutoria.

Viajero primero. — ¿Va usted muy lejos?

Viajero segundo. — Sí; hasta que reviente la locomotora.

Viajero primero. — Cuando salga al pasillo, haga el favor de no dar portazo para que el vagón no se parta por la mitad.

Viajero segundo. — Tengo entendido que los trenes de ahora se mueven con lentitud porque el carbón no tiene vitaminas.

Viajero primero. — ¡Qué curioso! Nos hemos salido de la vía, y vamos en este momento por encima de una carretera.

Viajero segundo. — No se inquiete: volveremos a encarrilarnos en la próxima curva. Algunos trenes hacen esto para atajar. Sobre todo los que se llaman «directos».

Viajero primero. — ¿Cuánto tiempo pararemos en la próxima estación?

Viajero segundo. — Hasta que operen de apendicitis al fogonero.

Viajero primero. — ¿Qué pasaría si tirase del timbre de alarma estando el tren parado?

Viajero segundo. — Que vendría un camarero a preguntarle si desea usted café.

Viajero primero. — Tenga cuidado cuando venga el revisor, no sea que le pique en un dedo y se hinche.

Viajero segundo. — Para curar las picaduras de los revisores, lo mejor es frotarlas con amoníaco.

Viajero primero. — Bueno; yo me bajo aquí.

Viajero segundo. — Fíjese bien antes de apearse, porque me parece que el tren está andando todavía.

Viajero primero. — ¿Usted cree? Pues aquella vaca del paisaje parece que está quieta.

Viajero segundo. — No se fíe: estos trenes engañan mucho.

Viajero primero. — Prefiero arriesgarme, porque temo que se presente el del coche-restaurant y nos recluten para la primera serie.

Viajero segundo. — Tiene usted razón: ¡huyamos!

RESTAURANTE DE HOY

Maître. — ¡Quítese de esa mesa, papanatas! ¿No ha visto que está reservada?

Comensal. — ¿Para quién?

Maître. — Para el que me afloje tres duros de propina.

Comensal. — ¿Hay alguna otra sin reservar?

Maître. — No. ¡Buen idiota sería si dejara sentarse a la gente gratis! Acomódese en ese taburete que hay detrás de aquella columna, y le pondré una tabla en las rodillas. Para cuatro porquerías que va usted a comer...

Comensal. — ¿Puede enseñarme el menú?

Maître. — Si me da tres pesetas, sí.

Comensal. — ¡Ni que el menú fuese de oro, hijo! Tome dos, y puede darse con un canto en los dientes.

Maître. — Los platos que tienen una cruz, significa que se han terminado. En realidad no los hemos hecho nunca; pero los ponemos para que el menú no resulte tan soso.

Comensal. — ¿En qué consisten estos «Rubinots Tribirí à la sauce praliné»?

Maître. — ¿A usted qué le importa?

Comensal. — Perdone; no creí que fuese una indiscreción.

Maître. — Elija los platos que quiera y no se meta en averiguaciones. Podría costarle caro.

Comensal. — Me figuro que me costará caro de todas maneras.

Maître. — Yo, si estuviera en su pellejo, encargaría el cubierto de cuarenta pesetas.

Comensal. — ¿En qué consiste ese cubierto?

Maître. — En un tenedor y un cuchillo de primera calidad. Las cosas de comer hay que pagarlas aparte.

Comensal. — ¿Qué me recomienda usted?

Maître. — Que se vaya a su casa y se haga un huevo frito con sus propios medios.

Comensal. — Como le oiga el dueño del establecimiento le dará una bofetada.

Maître. — El dueño no viene nunca por aquí. Es un hombre tímido, y le da vergüenza ver cómo maltratamos a la clientela.

Comensal. — ¿Qué significa esta «sopa todo incluido»?

Maître. — Que dentro del precio, servimos los fideos, el agua para cocerlos, el tuétano para dar sabor al agua y la cuchara.

Comensal. — ¡Qué esplendidez!

Maître. — Nosotros somos así: nos gusta tirar el restaurante por la ventana.

Comensal. — Aquí pone que hay ostras.

Maître. — Es una errata de imprenta: donde dice «ostras», debe decir «postres».

Comensal. — ¿Tienen ustedes pollo?

Maître. — Sí; tenemos uno. Pero nos da mucha pena matarlo. El dueño lo quiere como a un hijo.

Comensal. — ¿Cómo se llama?

Maître. — ¿Quién? ¿El dueño o el pollo?

Comensal. — El pollo, claro.

Maître. — Su nombre es «Kikirito». Pero nosotros, en la intimidad, le llamamos «Kiki».

Comensal. — Me gustaría conocerlo. Como no he tenido pollos en mi matrimonio, me encantan los pollos de los demás.

Maître. — Ya se lo presentaré en otra ocasión. ¿Le sirvo alguna cosa?

Comensal. — Sí; tráigame un pedazo de pan partido por el eje. Debo de tener un poco de jamón en el bolsillo...

DIPLOMÁTICOS DE HOY

—Me alegro de encontrarle, querido colega. Llevo una semana llamándole por teléfono a su Embajada, y no hay forma de echarle la oreja encima.

—Estuve fuera jugando al golf, pero he vuelto porque los agujeros me parecieron pequeños.

—Tengo buenas noticias para usted.

—¿Se afloja la tirantez internacional gracias a nuestra labor?

—¡Mejor todavía!: se estira el suministro de *whisky*.

—¿Será posible tanta maravilla?

—Como lo oye. Varios países van a presentar una ponencia pidiendo que se hagan las valijas diplomáticas más grandes, para que quepan más botellas.

—Pues está bien pensado, porque en las valijas de ahora no cabe nada; se meten unos documentos y un cartón de tabaco rubio, y ya están hasta los topes.

—Deberían hacerlas como esos cajones para transportar toros. Así podríamos mandar pianos por valija a nuestras familias.

—Yo, lo más que he llegado a enviar, ha sido una mesa de comedor. Pero no crea que era una mesa grande, no: una mesita en la que apenas cabía una docena de cubiertos de postre.

—¿Cómo andan en su Embajada de «Camel» y «Lucky»?

—Bastante bien. Pero escasean las plumas «Parker» para regalar a los amigos.

—Si usted quiere le cambio plumas por *whisky*. A nosotros nos sobran.

—Tendré que consultarlo con nuestro agregado comercial, que es quien se encarga de los cambalaches.

—¿Sigue usted teniendo aquel «Packard» modelo mil novecientos cincuenta y cuatro?

—¡Quite, por Dios! ¿Me cree capaz de andar en esa antigualla? Ahora, tengo un «Chrysler» del cincuenta y cinco.

—¿Lo pagó en dólares?

—No; se lo compré a uno de esos desgraciados que les caduca el tríplico.

—Eso mismo hice yo con mi «Dodge». Pero no estoy contento porque pierde gasolina.

—¿Por dónde?

—Por el chófer. Es un sinvergüenza.

—Tráigase un chófer del extranjero. Como nosotros no necesitamos permiso de importación...

—A mí lo que más me gusta de este oficio es la inmunidad diplomática. Eso de atravesar fronteras con los bolsillos llenos de encendedores, sin que los carabineros le cacheen a uno, es una delicia.

—Y tanto. Como que yo me voy a hacer una chaqueta con ochenta bolsillos, para no desperdiciar la inmunidad.

—Pues a ver si nos reunimos un día para charlar de jacas de polo.

—Y de la situación internacional.

—¡Claro, claro! Pero, sobre todo, de jacas de polo.

ALMUERZO HOGAREÑO

Marido. —He tenido una mañana agitadísima. Figúrate que estuvo en la oficina el gerente de la Sociedad Cauchos y Pastas, para renovar su póliza

de...

Esposa. —Te va a gotear la cuchara en el traje. Y el caldo mancha.

Marido. —Para renovar su póliza de seguro a todo riesgo. De este seguro me corresponde un diez...

Esposa. —Se te va a enfriar la sopa.

Marido. —Bueno, mujer. Un diez por ciento. Luego fui al Consejo mensual de la Compañía Minera Reunida...

Esposa. —A propósito: El carbonero ha dicho que se le han acabado las astillas.

Marido. —¡Mala pata! Pues el presidente propuso un reparto de dividendos superior al acordado en el acta del dieciocho...

Esposa. —Es bueno el fideo, ¿verdad?

Marido. —¿Qué fideo?

Esposa. —El de la sopa. Nunca te fijas en lo que comes.

Marido. —Como te estaba contando...

Esposa. —Pero no te costaría ningún trabajo dar tu opinión sobre el fideo.

Marido. —Es bueno. ¡Estupendo! ¡Riquísimo! Pues el dividendo que sugiere el presidente...

Esposa. —Dices que es bueno para salir del paso. En el fondo no te gusta.

Marido. —¿No ves que me lo estoy comiendo? Me encanta este fideo. Es maravilloso este fideo. ¡Viva este fideo! ¿Estás contenta? Te estaba diciendo que en el acta...

Esposa. —¿Quieres otro cucharoncito de sopa?

Marido. —No, gracias. Yo opiné que aumentar el dividendo supondría...

Esposa. —Eso prueba que no te ha gustado el fideo.

Marido. —¡Eso prueba narices!

Esposa. —¡Qué barbaridad! ¿A qué viene ese mal genio?

Marido. —¡Mmmmmm!...

Esposa. —Contigo no sabe una cómo acertar: si me preocupo de lo que comes, gruñes; y si no me preocupo, protestas.

Marido. —¡Mmmmm!

Esposa. —No te enfurruñes. La merluza es riquísima.

Marido. —¡Mmmmmm!

Esposa. —¿Por qué no me cuentas lo que has hecho esta mañana? Ya sabes que todos tus negocios me interesan mucho...

«PROHIBIDO HABLAR CON EL CONDUCTOR».

El conductor. —Este tranvía frena tan bruscamente porque le falta la mangueta de un freno. ¡Si ustedes supieran lo malo que está el material!... ¿En la primera, señora? Bueno; pero bájese por el otro lado, no sea que el guardia le ponga multa. Cuando se tropieza con un agente chinche... ¡Suban de prisa, que nos vamos! Pero ¿no ven que no hay sitio? Las plataformas no son de «chiclé»... ¡Hola, Benito! ¿No estabas de conductor en «Atocha-Vallecas»? A mí me releva a las seis el cuarto turno. Y libro los miércoles. Esta línea es muy pesada: hay mucho personal y se discute mucho. ¿Sabes que al Afrodasio lo ascendieron a inspector? Sí, hombre: aquel Afrodasio que estuvo dos años en el «Sol-Bombilla»... Si meto el paralelo pescaré abierto el disco de Cibeles... ¡Suba, guardia! ¿Para casa ya?... ¡No soy sordo, cobrador! ¡Vas a romper la campanilla, hombre! Lo siento, mujer, pero no se puede subir con ese pescado. ¿Se ha creído usted que el tranvía es un acuario?... Saca tabaco, Benito, que estoy sin fumar desde la cabeza de trayecto. Además empiezo a tener sed. Menos mal que hay una fuente en López de Hoyos... ¡Cuidado, papanatas! ¿Por qué no te arrimas a la derecha con ese cacharro? ¡A quién se le ocurre parar el coche en mitad de la vía! Los hay atontados con ganas... ¿Y qué fue de aquel chico, alto él, rubio él, feo él, que cobraba en el segundo turno del cuarenta y nueve? ¿En oficinas? Buen enchufe: con lo mal que paga la Compañía... ¡Bestia! ¿Se han fijado ustedes en ese taxi? ¡Por poco lo incrustamos contra una farola! Los taxistas se han creído que las calles son suyas... No, caballero: la parada está más abajo. Siempre estuvo aquí; pero ya sabe usted cómo son los alcaldes: solo disfrutaban cambiando de sitio las cosas. Yo quitaría todas las paradas de donde están y las pondría un poco más lejos. Claro que a uno, como nadie le hace caso... ¡A ver, el del carro! ¿Te has dejado los ojos en casa, tonto? ¡Más valdría que colocaras al borrico en el pescante y te pusieras a tirar tú!... ¡A ver, señores! Apretarse un poco, para que suba esta señora con la criatura. Vamos como sardinas en banasta. Pues esto no es nada: ¡si vieran cómo llevo el coche cuando vamos al fútbol!... ¿Tienes cerillas, Benito? En realidad, no se nos permite fumar; pero como estamos llegando al final del trayecto y solo quedan cuatro pelagatos en la plataforma... Sí, joven, tiene usted que bajarse y tomar un cincuenta y dos. Es usted forastero, ¿verdad? Se lo he notado en la boina. Aquí aprende uno mucha psicología... Si quiere bajarse aguanto un poco. No hay de qué... ¡Final de línea, señores! ¡A casita, que la comida estará calentita!... ¡A ver ese trole, cobrador, que parece el rabo de una lagartija! Es la segunda vez que se nos sale. Como el material es tan malo...

EMISORAS DE AFICIONADOS

«Atención, atención. Transmite Pepe. Transmite Pepe. Contesta Paco. Yo estoy muy bien. Paso a la escucha».

«¡Hola, Pepe! ¡Hola, Pepe! Emitiendo Paco. Emitiendo Paco. Me alegro de que estés bien. Dime si quieres saber cómo estoy yo. Repito: dime si quieres saber cómo estoy yo. Corto».

«Escucha, Paco. Escucha, Paco. Soy Pepe. Repito: soy Pepe. Me interesa saber si estás bien. Puedes transmitir. Desconecto. Desconecto».

«Emite Paco. Ponte a la escucha, Pepe. Yo estoy muy bien. Repito: yo estoy muy bien. A veces me interfiere un tal Felipe, de Larache. Es un pelma. Es un pelma. Dime si me oyes. Dime si me oyes. Paso a la escucha».

«Aquí Pepe, aquí Pepe. Se te oye flojo. Paco. Repito: se te oye flojo, Paco. Tienes pinta de tener el voltaje viejo. Paso a la escucha».

«¡Ojo, Pepe! ¡Ojo, Pepe! Cuidadito con lo que dices. Repito: cuidadito con lo que dices. Mi voltaje es estupendo. Mi voltaje es estupendo. El tuyo, en cambio, es una birria. El tuyo, en cambio, es una birria. Corto».

«No me provoques, Paco. No me provoques, Paco. Ya quisieras emitir tan bien como yo. Ya quisieras emitir tan bien como yo. Cuando se tienen emisoras tan asquerosas como la tuya, no sale uno a las ondas. Repito: cuando se tienen emisoras tan asquerosas como la tuya, no sale uno a las ondas. Paso a la escucha».

«Atención, Pepe. Atención, Pepe. ¿No te da vergüenza presumir de aficionado a la radio con esa lata de sardinas? Repito: ¿No te da vergüenza presumir de aficionado a la radio con esa lata de sardinas? Paso a la escucha».

«Cállate, Paco. Cállate, Paco. O no respondo. O no respondo. Paso a la escucha».

«No me das miedo, Pepe. No me das miedo, Pepe. Quítate del aire, si no quieres que te parta de un ondazo la cuarta lámpara. Repito: quítate del aire, si no quieres que te parta de un ondazo la cuarta lámpara. Paso a la escucha».

«Transmitiendo Pepe. Transmitiendo Pepe. Eso habría que verlo, Paco. Eso habría que verlo, Paco. Paso a la escucha».

«Habla Paco. Habla Paco. Te saco la lengua, Pepe. Repito: te saco la lengua. Paso a la escucha».

«Transmite Pepe. Eso no me lo dices en la calle. Paso a la escucha».

«Transmite Paco. No te enfades, hombre. Paso a la escucha».

«Transmite Pepe. Eres un imbécil. Paso a la escucha».

«Transmite Paco. Y tú un grosero. Paso a la escucha».

«Transmite Pepe. Me enfado porque me da la gana. Paso a la escucha».

«Transmite Paco. Pues, hijo. Repito: pues, hijo. El que se pica, ajos come. El que se pica, ajos come. Paso a la escucha».

«Transmite Pepe. No te molestes en pasar a la escucha, porque voy a cortar. Vete al demonio. Corto».

«Transmite Paco. ¡Qué aficionado más picajoso, Jesús! Repito: ¡qué aficionado más picajoso, Jesús! Corto».

«Transmite Pepe. Y yo también corto, ea. Repito: y yo también corto, ea».

HABLAR POR HABLAR

(Dos viajeros, en el coche-restaurant, dan los últimos bocados a la precaria comideja que sirven a precio de bodas de Camacho. Los dos, simultáneamente, sacan del bolsillo sendas cajitas de sacarina para endulzar el café).

—Perdón: ¿es usted diabético?

—Pues sí; para servirle.

—No sabe usted cuánto me alegro.

—Yo no.

—Es que yo también soy diabético.

—Por muchos años.

—En cuanto le vi sacar la sacarina, me dije: «¡tate!».

—¿De veras dijo usted «¡tate!»?

—Sí. Dije «¡tate!», porque siempre es agradable encontrar un colega.

—¿Cuánto azúcar tiene usted?

—La ración semanal de una familia.

—En ese caso es usted más diabético que yo.

—Usted que me mira con buenos ojos. Soy un dulcecito corriente.

—Yo, hace unos años, era un diabético estupendo. Pero perdí mucho a fuerza de pincharme insulina.

—¿Dónde se pincha usted?

—En Valladolid.

—No me refiero a la ciudad, sino a la zona fisiológica.

—En el brazo.

—Hay quien prefiere la nalga.

—Innovaciones de los médicos modernos.

—No es que la prefiera yo, entiéndame, porque también me pincho en el brazo. Pero una tía de mi mujer prefiere la nalga.

—Es muy dueña.

—Eso digo yo. No por eso vamos a ser más ricos ni más pobres.

—¿Y hace mucho tiempo que es usted diabético?
—Desde niño. Un día me tomé un pastel, y no he vuelto a levantar cabeza.
—Puede decirse que es usted un diabético precoz. Yo no pruebo un pastel desde que se firmó el armisticio de la guerra europea. Ni patatas.
—Por la fécula. La fécula nos balda.
—Dicen que el mar es muy bueno para los diabéticos.
—Se comprende: como tiene tanta sal...
—Yo desciendo de una familia que ya era diabética en el siglo dieciocho.
—Es usted un aristócrata de la diabetes.
—Desde luego. Así como otros presumen de tener la sangre azul, yo estoy orgulloso de tener una sangre azucarada antiquísima.
—El régimen a que nos someten los médicos es una tiranía.
—Claro: como ellos tienen la sangre tan sosa, no se dan cuenta.
—Si uno siguiera sus prohibiciones al pie de la letra, sería no vivir. No se lo diga usted a nadie, pero yo hago algún exceso de vez en cuando.
—¡Qué pillo! ¿Es posible?
—Como lo oye. Todas las Nochebuenas, después de cenar, me como un pirulí.
—¡Con lo dañinos que son los pirulís! Se está usted matando.
—Ya lo sé. Pero ¡qué quiere! Para cuatro días que va uno a vivir...
—Es que así vivirá usted solo tres.
—Pues mi buen pirulí en Nochebuena no me lo quita nadie.
—Nadie habla de quitárselo, hijito.
—Por si acaso.

COMIDAS Y BEBIDAS

¡AQUELLAS MERENDOLAS!

UN detalle que se le escapó a Spengler en su simpática «Decadencia de Occidente», fue profetizar que la cúspide de tan desastroso proceso histórico la marcaría el fin de las meriendas. El mundo occidental pudo ser un sitio habitable y próspero mientras su gente merendó. No hace falta tener carnet de historiador para estar enterado de que los llamados «siglos de oro» se distinguieron por sus meriendas succulentas.

El mayor lujo que puede permitirse una civilización es hacer una comida superflua a media tarde: una comidilla de capricho, que solo sirve para decorar el estómago con bellas cenefas de «*chantilly*», frisos de mermelada y zócalos de caramelo. Al estómago le basta un desayuno para desentumecerlo, una cazuela a mediodía más o menos potajosa para alimentarlo, y alguna baratija, ya de noche, para que no se duerma con los jugos vacíos. Todo lo demás que se le suministra es arte puro, del que puede prescindir el muy bestia sin perder facultades. Por eso, al enflaquecer las vacas occidentales por un quítame allá ese Ruhr, de lo primero que se prescinde es de la merienda. Merendar ha sido siempre el más civilizado de todos nuestros vergonzosos actos de nutrición. La mísera lenteja con forma de chinche, el chocarrero chorizo que tiene colores de palurdo recién llegado a la capital, el solomillo que sangra como el muslo de un explorador en el puchero antropófago..., toda esa cocina brutal que nos sostiene, se purifica en el refinado rito de la merienda. Porque en ella solo participan ingredientes artísticos, de sabores solo aptos para papilas linguales bien educadas: azúcar, algún huevo estéril de gallina joven, manteca tan suave como crema para el cutis, horchata de vacas alegres, cereales machacados... Y con estos ingredientes se modelan maravillas. El pastelero es mucho más genial que cualquier pastelista de los Salones de Otoño porque él sabe sugerir paisajes encantadores al cerebro a través de la lengua.

Resumiendo: que ahora no merienda ni el potito. Cuando nos dicen las duquesas finas: «Venga usted a tomar el té», quieren decir eso: que vayamos a echarnos al colete medio litro de té pelado; pero de pasteles y galletas, ni raspa. ¡Aquellas meriendas de antes de la guerra de Cuba, con pirámides de bizcotelas y chocolates tan espesos como lava de volcán! ¡Aquellos merengues tan ligeros, que volaban por el comedor en cuanto estornudaba la señora del coronel! ¡Aquél untar en las tazas, metiendo los dedos en ellas hasta el metacarpo!... Eso era civilización, y no estos batidos de fresa tomados a trompicones en el bar del cine. Y hasta que no vuelva a merendarse en Europa como Dios manda, nuestra cultura estará siempre en un tris de que le peguen un puntapié.

«COCOCHAS A LA PÓLVORA».

¡Viajero temerario que abandonas tu provincia natal para lanzarte al proceloso mundo! Mil peligros te acechan. Si eres explorador, morirás devorado por un tigre; y si eres veraneante, morirás devorando platos típicos.

Los veranos lejos de casa serían inofensivos si en cada pueblo de España no hubiese una cocina local, orgullosa de su «especialidad». El hombre, en vacaciones, con su maleta bien provista de driles y suelas de «crepé», se instala en el fonducho llamado «Gran Hotel». Y, a la hora de llegar, los nativos empiezan a tentarle:

—Tiene usted que comer nuestras «cocochas a la pólvora». Es el plato típico de la región.

Todo plato típico se caracteriza por la tempestad visceral que desencadena en el organismo que lo engulle. En su composición entran picantes que despellejan la lengua como si fuera un plátano. Ajos, cebollas, guindillas y pimientos enloquecedoras, licuadas en forma de salsa, bañan corpúsculos centrales que unas veces sellaman «cocochas», otras «albóndigas» y otras «bolondrones de San Sisebuto». En algunas ocasiones estos corpúsculos, flotantes en el caldo devastador, son pescados livianos o patatas sencillas; pero tan corroídas por la receta local, que no se les reconoce.

Otra gracia de los platos típicos es la obligación de comerlos en dosis de caballo. No se puede «picar una cocochita» ni «probar medio bolondrón de San Sisebuto»: hay que echarse al colete dos kilos largos de cada cosa, hasta que los ojos del comensal salten de sus órbitas. Por eso los platos típicos dejan siempre en nuestro estómago una huella indeleble, y todos podemos decir: «Recuerdo que una vez comí un “bacalao a la vizcaína” sensacional; con decirte que estuve a la muerte...». O, también: «¡Menuda indigestión

pescamos en Oviedo con una fabada por todo lo alto!». Con tal motivo, cuando el veraneante tiene su amaguito de úlcera, se hace el sueco y retrasa la degustación de las «coco-chas». Se abstiene de negarse con franqueza, pues su actitud abriría abismos de resentimiento entre el sano regionalismo del lugar y la meseta de la cual procede.

—Pero ¿todavía no ha probado usted nuestras «coco-chas a la pólvora»? —insisten los indígenas, cada vez más torvamente.

Y el veraneante sale por los cerros de Úbeda, y vuelve de los cerros con disculpas cada vez más débiles. Hasta que un día le acorralla una familia de la localidad, que le dice sin rodeos:

—Mañana almorzará usted «coco-chas» con nosotros.

Puesto entre la espada y la pared, el veraneante se rinde y hace sus preparativos: fortifica su interior con una papilla de bario, pone un telegrama a su oficina advirtiéndole que tardará en regresar porque está a punto de caer enfermo, y besa a sus hijos en ambas mejillas.

Y a las dos del día siguiente, con aquella alegría que iluminaba el rostro de los mártires al entrar en los circos romanos, toca el timbre de la casa donde ya humea el plato del sacrificio.

«Cocochatum est».

INSPECTORES DE PAELLAS

El Municipio valenciano debe convocar urgentemente oposiciones para inspectores de paellas, con objeto de impedir que la falsificación desprestigie el glorioso plato regional.

El inspector de paellas, con gorra como la valva de un mejillón y uniforme de tela granulada, deberá recorrer los locales en cuyos menús se anuncie «paella valenciana», y verificar la ortodoxia del guiso que se sirve bajo este nombre. Una temible banda de paelleros falsos, cuyas células y enlaces se extienden por todas las venas de la nación, está estafando con paellas apócrifas el paladar del no iniciado. Bajo inocentes capas de arroz, burdamente coloreadas con tres perras de pigmento químico, se oculta el fraude más inicuo que jamás se cometió contra el elevado rango de nuestra cocina. Cocineros sin escrúpulos, a sueldo de la siniestra organización, han ultrajado el honor de la paella patria mancillándola con tropezones bastardos. El noble arroz, al que antes se agregaban mariscos y pescados con dos apellidos, sirve hoy de escondite a todos los residuos piscícolas del litoral. Peces expósitos, nacidos de huevecillos abandonados a la puerta de una almeja, que salen del mar prendidos en la malla de una red más ambiciosa,

son aprovechados para ruborizar la palidez de las paellas falsas. Todas las cabezas de cigala y gamba que quedan en los bares después del aperitivo, son adquiridos a precios de saldo por los paelleros sin conciencia para dar sabor marítimo a su engendro. Del pollo aprovechan la cresta, y de la chirla la concha; del cangrejo las antenas, y del percebe el corsé.

Igual que se miran al trasluz los billetes para ver la cara pálida de Colón o Don Felipe, hay que mirar los mariscos de la paella para cerciorarse de que tienen mondongo dentro. La paella falsificada se diferencia de la auténtica en que su superficie es tersa, de arroz solamente, sin que emerjan arrecifes multisabores. En la falsa hay que hundir el tenedor hasta el mango para pescar un filamento carnosos, o un fibroma de vaca, o el dedo meñique de un pulpo. Al comensal se le engaña con la vaina que guardó la espada blanca que es la pata de la langosta, con esfenoides y etmoides que sujetaron el portentoso cerebro de los centollos, y con aletas de peces caros que llevan adheridas una muestra sin valor de la carne del bicho a que pertenecieron.

La «paella valenciana» es nuestro Quijote culinario, y hay que velar por la pureza de sus ingredientes. Es un plato anfibio magistral, donde las aves y los peces, los guisantes y los mariscos se abrazan como hermanos en el terreno neutral del arroz.

Con fecha de hoy y sello de urgencia, envío un mensaje al alcalde de Valencia pidiéndole asignación para cien inspectores de paellas que se encarguen de evitar que adulteren el buen nombre de esta joya nacional.

TURISTAS GLOTONES

Siguen pegándose por todas las paredes del mundo vistosos *affiches* que nos incitan al turismo. Las tintas más chillonas hieren los ojos con paisajes espeluznantes: colinas verde-botella, nubes *beige*, soles rojos reventados en el cielo como tomates maduros, mares violáceos con paquebotes de fresa... Por poco calorcillo que haga en el país anunciado, el cartelista derrocha palmeras de las que penden cocos, o dátiles, o plátanos, y en ocasiones los tres frutos a la vez. Por cochambrosa que sea la isla del Pacífico que recomiende la publicidad de las agencias, nunca falta en el cartel una nativa de campeonato, sensualoide y tal, con una especie de bañador de *deux-pièces* hecho de blancas flores. Si el *affiche* trata de Marruecos, ya se sabe: moro al canto, casas blancas como icebergs, la aguja de una mezquita y unas cucharadas de desierto para dar ambiente. Si de Suiza, el consabido paisajito. Nestlé. Si de Noruega, un *fiord* con bufanda tiritando de frío, pero contento. Si de América,

un par de Andes cogidos de la falda con un avión pasando sobre sus cabezas. Si del Tirol, un señor tostadito berreando encima de un Alpe...

Toda esta propaganda continúa exaltando las bellezas naturales. Y las bellezas naturales, como las mujeres con talle de avispa, han pasado de moda. Ningún turista contemporáneo andaría un kilómetro para ver un lago suizo; ni siquiera una puesta de sol sobre Florencia, por muchos rayos dorados que le echen al asunto. A nadie le importa un pepino que las maravillas del mundo sean siete o cuatro docenas. El embrujo de Oriente, el exotismo de las Molucas o el misterio del Tibet, no excitan la utilitaria imaginación moderna. El estómago es más fuerte que la fantasía. El apetito, mejor motor que la estética.

—A cambio de un buen bistec —dijo el turista de ahora—, que se caiga de una endemoniada vez la torre de Pisa.

Un buen hotel, en cualquier parte donde abra sus puertas, tiene más admiradores que veinte catedrales góticas. Ya pueden desgañitarse los carteles, que los viajeros no picarán.

Picarían, en cambio, si la publicidad se orientase mejor. Con las mismas tintas detonantes que hasta ahora se emplearon en montañas y palmeras, pueden realizarse temas de mayor interés:

Suiza debe anunciarse con una catarata de leche pura, espesa y cremosa, poniendo al pie del dibujo el precio del litro. ¡Estupendo cebo para niños y ancianos, asqueados de tragar agüitas almidonadas!

El cartel más indicado para Francia sería un bodegón a base de aves guisadas: pulardas goteando manteca, a noventa francos; faisanes saliéndoles trufas por los ojos, a cien francos (vino incluido); tórtolas a la Richelieu, con amoratada salsa, cardenalicia..., y detrás, incendiando el fondo del cartel, una tortilla al ron con azulada llama de soplete.

Para Italia no iría mal un motivo de pastas: letras hechas con macarrones retorcidos, suave lluvia de fideos, bosques de «canelonis» y anchos prados de «tallarines».

Etcétera.

Los carteles eficaces deben ser de comestibles, con sus precios debajo escritos en cifras gordas. Nadie iría hoy a la China para verle el ombligo a Buda. Todos irían, en cambio, con la promesa de paellas baratas y la esperanza de comprar algo de arroz a media peseta el kilo.

Es la triste victoria del estómago sobre el espíritu.

¡VIVA EL CERDO!

Cualquier noche de estas, *aprovechando* el sueño del león, entraremos en su gruta de puntillas para arrancarle de las garras el cetro de rey de la selva. Y ocultando el dorado chisme en el escote de nuestra blusa, correremos a llamar con los nudillos en la puerta de la pocilga más próxima.

—¿Qué desean? —gruñirá un cerdote color de niño, furioso porque le obligamos a levantarse de sus mullidas inmundicias.

—Venimos —diremos— a proclamarle rey de la gran monarquía animal.

—¡Guasones! —reirá el cerdo incrédulo, pues es un fulano llanote y burgués, que nunca ha soñado con ocupar posición tan encumbrada.

Pero nosotros, ni cortos ni perezosos, pondremos en sus manos regordetas el cetro, que refulgirá a la luz de la luna. Y dejándole con un palmo de narices volveremos a la cama, satisfechos del éxito obtenido por nuestro golpe de Estado.

Todo el mundo estará conforme con este cambio de dinastía, pues el cerdo merece el cargo por ser el bicho más perfecto que han producido los arsenales de la Creación. Desguazad cualquier animal con fines comerciales y siempre os quedará alguna parte que no podréis aprovechar: una carne demasiado dura, unos huesos demasiado blandos, un músculo, un cartílago, un pellejo... Solo el cerdo no deja residuo. Abridle por la mitad y veréis que está lleno hasta los topes de ricos mondongos ordenados con sabiduría. Ni un hueco queda libre. Es una maleta de víveres hecha por un ama de casa muy habilidosa, para un *camping* principesco. ¡Hasta tiene huesarrancos con aristas afiladas como cuchillos, para cortar cómodamente los fiambres!

Allí están los jamones para que se hinchen los niños, envueltos en una blanca servilleta de manteca. Más en el centro chuletitas tiernas, para el abuelito desdentado, como ya quisieran tenerlas los corderos que presumen de lechales. Y el chorizo barato, pero muy alimenticio, para el chófer y la chacha. Y un *foie-gras* del aperitivo. Y una lengua exquisita para la señora remilgada que hace dengues. Lleva la maleta, como refuerzo, una tripa estrangulada a trechos que basta calentar para que se convierta en morcillas estupendas. Por no hablar del salchichón, cachiporra capaz de matar todas las hambres.

Hay que dejarse de tanta vaca y decirles picardías a los cerdos para que se animen a aumentar su descendencia. Pero habrá que garantizarles que mejoraremos su nivel de vida, porque en las pocilgas no se puede parar. No está bien que tanta cosa buena ande revolcándose entre tanta porquería; aunque solo sea por egoísmo, pues nosotros mismos nos las vamos a comer.

Nos parece bastante imbécil haber nombrado rey de los animales a un animal como el león que, no solo no es comestible, sino que en cuanto nos descuidamos, procura comernos a nosotros. Con el cerdo, además de estar mucho más tranquilos, nos pondremos como pepes.

¡Destronemos al león de un puntapié y démosle dos reales para que se corte la melena!

ODA A LA HORCHATA

¡Chufa!: yo te saludo con una profunda inclinación de cabeza. Menuda y nada guapa, con aire de ancianita cariñosa, guardas en tu corazón tesoro de dulzura. Solo te falta una pequeña cofia y un delantal para parecer una aldeana de setenta y cuatro años, arrugada y enjuta, pero siempre de buen humor. ¡Y qué oronda te pones, condenada chufa, cuando te dan un baño de pocos minutos!: te hinchas lo mismo que un abogado, y tu piel rugosa de elefante se pone tersa como el cutis de un niño.

¿Cómo clasificarte, chufa? ¿Eres bellota? ¿Eres bicho? ¿Eres raíz? ¿Eres flor? ¿De dónde sacas, siendo tan vieja, esa leche vegetal blanquísima que envidian las vacas y las amas? Nadie, hasta hoy, ha logrado descifrar tu secreto. Te he buscado sin éxito en el laberinto latino de las botánicas. He recorrido el intrincado bosque de las papaveráceas y monocotiledóneas, gritando a pleno pulmón: «¡Chufa, chufa!». Pero no respondiste a mi llamada. Humilde como una violeta, quizá te ocultes bajo la fría lápida de un nombre técnico acabado en «orum». Quizá te llames *chuforum* a secas, o *bulbus horchatae*, o tuberculito lácteo. ¡Quién sabe! También es posible que haya perdido el tiempo persiguiéndote entre las plantas, porque a lo mejor no eres flora, sino fauna. Puede que estés en el cuadro sinóptico de alguna zoología, entre los invertebrados o los mamíferos menores. Imposible localizarte, chufa querida.

Pero, al menos, te agradecerá saber que estamos orgullosos de ti. En el rincón mediterráneo donde naces y creces llevando una vida recoleta, te han hecho ofertas ventajosas para exportarte envasada. Y tú siempre has dicho que no, porque amas a tu patria y no quieres deleitar paladares extranjeros. Por eso tu horchata solo se bebe aquí, y es un cebo más para atraer al turista ultramarino.

¡Con qué abnegación, chufa, te dejas triturar llegado el verano, para regalarnos tu apetitoso jugo! Puedes presumir de tu horchata, amiga chufa: no hay refresco que pueda compararse con ella. Dulzona y color de hueso, con un lejano saborcillo a tierra mojada, cicatriza la sed suavemente, sin apagarla

de golpe. Penetra en las fisuras que el calor deja en el organismo al resecarlo, y devuelve su elasticidad a los tejidos.

Gracias a ti, chufa, podemos burlarnos de todas las gaseosas insanas, elaboradas con ácido cítrico, gas del alumbrado y sacarina. Te has ganado, chufa, una mención junto a los otros frutos y productos que honran el suelo español. En todas las geografías, al lado de nuestro aceite, de nuestro corcho y de nuestros vinos, hay que añadir: «España, además, es el único territorio del mundo donde crece en abundancia la chufa, madre de la horchata». ¡Te lo mereces, chufa!

«¡QUÉ BELLO ES BEBER!».

En las épocas siniestras que la gente fina llama «*post*», bebedores y borrachos tragan sucedáneos pésimos, que defraudan sus paladares bien acostumbrados. Se bebe mal después de las guerras, porque las guerras se lo beben todo. Tantos cartuchos necesita el fusil vencedor, como vasos de vino el héroe que lo maneja.

Los grandes estrategas deben pensar siempre que los yacimientos de vino son el objetivo primordial en todo vasto plan de conquista. Y el conquistador cuya base de partida sea una nación vinatera, puede asegurar que tiene ganada la primera batalla. Porque un batallón con las cantimploras llenas de tintorro puede enfrentarse, seguro del éxito, con dos regimientos de abstemios forzosos. ¡Cuántas páginas bélicas estupendas fueron escritas después de un abundante copeo en el parapeto! No pocos héroes deberían colgar sus cruces junto a las medallas de Exposiciones que adornan las buenas cosechas embotelladas. Por eso Rusia, que no tiene un pelo de tonta, procurará no guerrear abiertamente mientras no tenga en el macuto una buena bodega mediterránea que suministre heroísmo a sus «stajanovistas». (La producción vinícola de Crimea se la bebe el Ejército rojo de un solo trago. Y no es cosa de ponerse en campaña sin más alcohol que esa porquería indigesta, de fabricación casera, que malas lenguas llaman vodka).

La guerra nuestra primero, y después la de los demás, acabaron con las botellas mejores y más empolvadas. Con los machetes o poco menos, se rebañaron del fondo de las cubas esas costras añejas de la madera que dan a la uva machacada un perfume de gran señora antigua. Y el sucedáneo bebestible se ha generalizado de tal manera, que los bares huelen a farmacia.

Del pino han salido, además de gabanes, zapatos, bistecs y violines, ginebras apócrifas que abrasan la garganta y candorosos vermouths que, en lugar de abrir el apetito, lo cierran a cal y canto.

Muchos comerciantes, que se han construido alambiques y serpentines pegando y retorciendo tubitos de aspirina, están haciendo su agosto: alguien les ha dicho que los licores se hacen destilando maderas, y se dedican a destilar todos los tarugos que se ponen a su alcance. No les importa el árbol de origen: de una mesa de comedor bien exprimida, sale un kummel que a un bebedor insensible le parecerá de perlas. Y de un despacho chippendale obtienen un líquido incendiario, que bautizan con el pomposo nombre de *whisky*. (Un licorero catalán está comprando en gran escala muebles Imperio, porque espera obtener, destilando sus maderas, un auténtico «Coñac Napoleón»).

En fin, borracho mío: que si no desea envenenarse, compre en la frutería un racimo de uvas, siéntese encima de ellas para aplastarlas y bébase el zumo que salga. No es mala cosa vivir para beber; pero es bueno saber lo que se bebe.

ELOGIO SIN SOBORNO PREVIO

En el sorteo de cosas ricas celebrado el día de la creación, tuvimos la suerte de que nos tocara el premio gordo de unos viñedos geniales. Otros países fueron menos afortunados: Escocia hubo de conformarse con ese asco de bacalao y un poco de *whisky* para redondear el lote; Italia, con los macarrones, que ni estarían del todo mal si no tuviesen la trampa del agujerito; los Balcanes, fuera de unos pozos de los que salen más disgustos que petróleo, ni el reintegro sacaron. América, como tenía dólares, compró más números y barrió casi toda la tómbola. El Sahara y otras zonas desérticas están así porque nadie les fio unos duros para adquirir algún decimito.

Pero el premio gordo indiscutible fue el nuestro. Cuando nos entregaron aquel manojo de viñas retorcidas, con la corteza hecha jirones, todo el mundo se echó a reír. Incluso a nosotros mismos nos dio un poco de vergüenza subir al estrado para recoger el premio.

—¡Qué mala pata ha tenido usted, España! —se burlaba Escocia con petulancia, sosteniendo una agalla de su horrendo y aceitoso pecezote.

Hasta la misma Australia, premiada con un canguro que nunca le sirvió para nada, se moría de risa.

Con el tiempo, sin embargo, tuvieron que rectificar. Resultó que del haz de palitroques despreciados surgieron pámpanos y repámpanos que culminaron en unas uvas bestiales. ¡Qué de pisotones para sacar el juguito de aquellos frutos insignificantes! Escocia se avergonzó de su pez grosero, al que

ya entonces empezó a llamar «bacalado» para que resultara más fino. Y la propia Italia, colorada hasta las orejas, succionó su macarrón hasta tragárselo.

Hay que rendir los más altos honores a estos viñedos del país. Honores de capitán general con mando en plaza, que son los más ruidosos. Hay que defender al buen bebedor que penetra con un inteligente chasquido de lengua en los delicados paraísos de las soleras, y que advierte una diminuta picadura en la tersa superficie de un sabor. Hay que beber hasta que, sin necesidad de entornar los párpados, se empiecen a ver las cosas rematadas por tenues fuegos fatuos; hasta experimentar el deseo de hacer una obra benéfica verdaderamente gorda; hasta palpar amorosamente, sin hacer dengues, la pata tumefacta del perro atropellado por un taxi; hasta creernos, en fin, que moviendo con ritmo los omóplatos volaríamos con alas de arcángel.

Añadamos, junto a las venillas que en los mapas de España señalan su sistema hidrográfico, otra red de venas sutiles que indiquen su sistema vinográfico. Sistema por sistema, el segundo es de más importancia. Porque el agua siempre nos está haciendo faenas; pero el vino, en cambio, no nos falla jamás.

REFRANERO PARA IR AL «COCKTAIL».

- «El *cocktail* y el oso, cuanto peor huela más sabroso».
- «Anfitrión alabando, y con el palillo picando».
- «Habla mal y no mires de cuál».
- «A croqueta regalada no le mires qué contiene».
- «El que mucho charla, poco merienda».
- «En boca cerrada no entran canapés de langosta».
- «Entremeses que huyen, agárralos por una pata».
- «No por mucho echar sifón, te emborrachas más temprano».
- «Cuando la copa del vecino veas llenar, alarga la tuya sin rechistar».
- «Tanto va la coctelera a la fuente, que al final todo es agua».
- «El que con chica se sienta, en ayunas se levanta».
- «Cada pareja con su bandeja».
- «El que a buen grifo se arrima, da una bebida cochina».
- «Quien da cháchara a un abuelo, pierde la croqueta al vuelo».
- «Si champaña el cocktail fuera, ¡cuántos gorriones hubiera!».
- «Amigo que derrama tu copa, estaca en la cabezota».
- «Bebe mucho y habla poco, o te tomarán por loco».
- «Cuenta cuentos, y te quedarás en seco».
- «Más vale avellana en mano, que cien caviars volando».

«Fiesta sin vino, no vale un pepino».
«A quien mucho clava el diente, le invita poco la gente».
«En el cocktail del ricachón, poco pan y mucho jamón».
«Mucho ruido y pocas nueces, en los cócteles de algunos marqueses».
«El que a buen cocktail se arrima, buena cena se economiza».
«En la cuesta de enero, busca cócteles y ahorra dinero».
«Si el piscolabis se demora, despídete en buena hora».
«Cuando bebes en porrón, se incomoda el anfitrión».
«No se tragan frituras a bocas enjutas».
«A fiesta muerta, la croqueta al rabo».

¡ADIÓS, GASEOSA!

Es inútil, gaseosa, que te vistas con botella de cristal plisado. Pierdes el tiempo adornándote el cuello y la panza con collares y fajas de papel multicolor. No te molestes en lucir coquetones jipijapas de latón, con el ala rizada y ceñida a tu frente. Ni sueltes gorgoritos de soprano al quitarte el sombrero. Ni acentúes la diabetes de tu sangre incolora para endulzar nuestros labios de vampiros.

Ya no te queremos, gaseosa. Nuestra sed ya no te busca. Eres vieja, sosa y vulgar. Otros sabores más modernos han conquistado nuestras papilas. Refrescos jóvenes, hechos en máquinas niqueladas y asépticas, irrumpen en el verano y te desplazan. Jarabes y cócteles colman el vaso del sediento. Hasta la leche, de la que tanto te burlaste, se fue a América a estudiar y volvió hecha un «batido».

Nadie te pide ya. Te han echado de la estantería del bar elegante, y la cerveza domina en los cafés modestos. Has tenido que emigrar al aguaducho callejero, a la taberna del suburbio y al cafetín de provincias. Y allí te sirven caliente, para acabar de hundirte, pues solo un frío glacial disimula la pobreza de tu contenido y te hace potable. Porque los ingredientes que intervienen en tu elaboración, gaseosa, son una birria. ¿Qué cerebro de infraser ideó tu fórmula? ¿En qué puchero de bruja se elaboró por vez primera ese filtro abyecto? ¿Qué grifo prestó su agua para la pócima? Falsa es tu dulzura, pues proviene de la sacarina. Falso tu gusto a limón, pues lo sacaron de esencias ínfimas. Y falso tu taponazo que emula al champaña, pues no embriagas ni a un mosquito. Secas la garganta de quien te bebe, como la lava del volcán al cauce del río. Y aplicando la oreja al cuerpo, se oyen los gritos de angustia que lanza el hígado cuando le empapas como una esponja. ¡Y cómo te desinflas al minuto de estar abierta! Tu líquido se queda mustio y la botella

pringosa. Solo algún niño te busca aún, pues sus pocos años le hacen víctima de todas las ingenuidades.

Resígnate, gaseosa, y desaparece de una vez. Tu época pasó definitivamente. Eres cursi y ridícula como una señorita del «quiero y no puedo». Quítate la tapa y zambúllete por el desagüe más cercano. Ese día, gaseosa, habrá fiesta en todos los estómagos. Y el sediento no sufrirá la tortura de beberte. Solo eres un sifón con pretensiones.

¡Adiós, gaseosa! ¡Vete al demonio!

MEDICINA

«¡QUÉ BIEN SE MUERE AQUÍ!».

LA salud, al contrario de lo que el vulgo supone, no es una condición indispensable para gozar de la riqueza, sino el mayor obstáculo. Todo lo más que puede hacer un millonario robusto es hospedarse en el mejor hotel. Pero el más lujoso de los hoteles es una posada infecta si lo comparamos con las clínicas y sanatorios de nueva planta que se abren a diario en nuestro país.

Porcelanas, alfombras de nudos con espesores de un palmo, grabados ingleses de caza y pesca, lámparas de cristal tallado y vajillas transparentes embellecen estos «palaces» del dolor. Sus colchones tienen una blandura tan pavorosa, que parecen rellenos con vello de adolescente. Y hay teléfono en todas las habitaciones para mandar que suba el trepanador. Mientras los mejores hoteles tienen remiendos en las cortinas y muchas tazas con el asa rota, las clínicas engordan y refulgen de grandiosidad. Las hay con cornucopias de chuparse los dedos, y camas de operaciones en estilo Luis xv. Practicantes mucho mejor vestidos que los *maîtres d'hôtel*, andan de un lado para otro sirviendo aspirinas, inyecciones de pantopón y otros aperitivos encargados por los huéspedes. Los pasillos son largos, y sus suelos brillan tanto que parecen de agua.

«¡Qué maravilla! —exclaman los visitantes, sentándose en primorosos tresillos a la vera del operado—. Aquí se debe de morir estupendamente».

La «clínica-palace», no cabe duda, es un truco ideado por hoteleros astutísimos. Porque allí las cosas más insignificantes no cuestan una fortuna: cuestan dos. Por muy de primer orden que sea un hotel, los huéspedes sanos no resistirían semejante socaliña sin partir un bastón en el occipital de la gerencia. Pero el huésped operado, con tanto vendaje por todas partes, debilitado por los narcóticos y la pérdida de sangre, abona sin rechistar lo que le piden. Cualquier lujo, por modesto que sea, es pagado con más generosidad por los enclenques que por los atletas. Por eso los hoteles están cada día peor atendidos, mientras las clínicas mejoran por momentos.

«Como tengo un piso muy grande y no puedo sostenerlo —dirán dentro de poco las viudas de pensión escasa—, he decidido poner una clínicuita en las habitaciones exteriores».

Y todos los hoteles, cuando se percaten de la ganga que están perdiendo, borrarán «Hotel», cambiarán sus camareras por enfermeras, y empezarán a funcionar llamándose «Clínica de las Siete Naciones», «Clínica Terminus», «Clínica de la Estación», «Clínica del Comercio», «Gran Clínica Continental», «Clínica de la Costa Azul»...

EL TRUCO DE LA «ALERGIA».

El médico antiguo, al tropezar con una enfermedad desconocida, se ponía colorado hasta las orejas y confesaba su despiste.

—Ninguno de mis diagnósticos concuerda con sus síntomas —decía muy avergonzado—. Tendrá usted que chincharse, paciente.

—Pero ¿cómo se llama mi dolencia?

—Pues..., ¡ejem!... —carraspeaba el doctor para ganar tiempo, ya que nunca es agradable confesar la propia ignorancia—. Pues..., no tiene nombre todavía.

—¡Vaya un atraso! —se quejaba el enfermo con rudeza.

Y, poniéndose el sombrero, se iba a los cafés a hablar mal de los médicos.

—¡Menudos farsantes son los matasanos! ¡Y hay que ver lo que sufren esos chiquilicuatros, para pasmarse en cuanto les va uno con algo que no sea una jaqueca!

Estas murmuraciones desprestigiaban mucho a la profesión hipocrática. Y hubo que inventar una palabreja para que los pacientes con síntomas raros no se fueran de las consultas burlándose del doctor. Así nació la «alergia». En cuanto el médico no dispone de diagnóstico aplicable al enfermo que tiene delante, dice con mucho aplomo:

—Es un caso típico de alergia.

Y el paciente se tranquiliza; porque los pacientes desconfían de las vacilaciones, pero se dejan dominar como chiquillos cuando oyen palabras estrambóticas dichas con serenidad. «¡Cuánto sabe este tío!», piensan *ipso facto*.

Para las tosecillas absurdas; para esas punzadas extrañas que nadie sabe de dónde provienen; para esas hinchazones y mordeduras en la piel, sin motivo aparente, se ideó la tapadera de la alergia. Todo lo raro es alergia mientras no se demuestre lo contrario, que se demostrará algún día. Pero mientras tanto, los enfermos duermen tranquilos. ¿Le llora a usted un ojo?:

alergia. ¿Se le inflama la nariz misteriosamente?: alergia también. ¿Le salen pecas como salpicaduras de chocolate?: alergia, no cabe duda. ¿Siente mareos cuando toma salsa mayonesa?: lo mismo. ¿Se le agarrota la lengua al hablar?: igual. ¡Bendita alergia, que rellena con elegancia todos los baches de la sintomatología!

¡Pinchazos articulares, bubones caprichosos, calvicies a rayas, dedos como porras, tortícolis pertinaces, vahídos y desmayos, colapsos raros y esófagos azules!: ¡ya tenéis un nombre que os justifica!: ¡Alergia! ¡Viva la alergia, que ha sacado al doctor de todos los aprietos!

COSQUILLAS CON BISTURÍ

Van quedando pocas familias sin tajos de bisturí en algún pariente. Con buena voluntad es fácil reunir una cuñada a la que birlan el apéndice, un primo sin cornetes y un tiasstro lejano que se las arregla con media ración de hígado. El quirófano será con el tiempo un sitio de reunión tan natural como el bar y la piscina.

—A ver si nos operamos juntos un día de estos —se citarán los amigos.

—Tú, ¿a qué clínica sueles ir?

—Depende: cuando me opero por la mañana, a una del centro. Pero si la intervención es a la hora del café, voy a otra donde tenemos tertulia.

Empiezan a surgir individuos que se operan aprovechando un sábado de semana inglesa, y que eligen entre cloroformo y éter como en la peluquería entre colonia y quina. Tampoco la cerveza gusta al principio y ¡hay que ver la de cañas que se traga uno después! Los tejidos humanos de ahora no son como los de antes de la guerra, que duraban tanto y se podían volver lo mismo que un gabán. Un género celular de mi generación, aunque a simple vista parezca más sólido que los antiguos, no aguanta sin farmacopea más allá de la treintena. Por eso las agendas de bolsillo, en el casillero telefónico donde suele imprimirse: «Mi garaje», «Mi médico» y «Mi bombero», deben añadir el renglón de «Mi clínica».

De la clínica moderna sale el dado de alta como el viajero del hotel.

—¿Qué se debe? —pregunta en el *comptoir*, en el que también *se parle français*.

—Depende de lo que le hayamos quitado —dice la gerencia, consultando sus libros.

—Dos amígdalas.

—¿Con adherencias o sin adherencias?

—Con adherencias, pero pocas.

—¿Algún extraordinario?

—No creo. Me sacaron el bazo para verlo, pero me lo volvieron a poner.

—En ese caso, no le cobraremos nada.

—Veo que me cobran ustedes un pantopón de más.

—Se le habrá puesto a alguna de las personas que vinieron a visitarle. A veces las visitas piden un pantopón y se les sirve.

—Bueno; lo abonaré.

—¿Algún lavado? ¿Alguna cura? ¿Algún suero fisiológico servido en la habitación?...

Después la gerencia suma, el paciente paga y deja el local para reanudar tranquilamente su viaje por la vida. El miedo al quirófano llegará a ser una superstición, tan tonta como la de no atreverse a pasar por debajo de una escalera.

EL MÉDICO, EN FRASCOS

Con la moda de recetar específicos para toda clase de dolores, los médicos están tirando pedruscos contra su tejado. Y, como sigan haciendo esas bobadas, acabarán por romperlo. Si yo hubiera seguido la carrera de Medicina, en lugar de no seguir ninguna, combatiría el medicamento envasado como a mi peor enemigo. Vaya usted a consultar esa cosquilla que le roe ligeramente el bazo, y el médico moderno le dirá:

—Tome dos cucharaditas de Bazofia Pitaluga después de merendar, y su bazo florecerá como un almendro.

Puede ocurrir que su bazo esté hecho un señorito, pero que le pique, en cambio, la periferia de un pulmón. El diagnóstico, sin embargo, no variará gran cosa:

—Seis gotas de Rascapulmolino en medio azucarillo, y vuelva por aquí en Navidades para que le felicite las Pascuas.

Por diversos que sean los dolores que padezcamos, siempre habrá un frasco envuelto en celofán que calme el alifafe. ¿Se le hinchan las rodillas?: Rodillol Eucaliptado. ¿Le escuece un bronquio?: Bronquitania del abate Espeliús. ¿Le salen manchitas en la piel como mapas de países balcánicos?: Granulina Chimpancé.

Salvo los cirujanos, que siempre se ganarán el sueldo a punta de navaja, los demás doctores van a terminar por convertirse en simples distribuidores de remedios elaborados. Ya abundan los pacientes que desertan de las antesalas doctoriles y se curan por su cuenta sin más orientación que un pequeño esquema del cuerpo humano. Cuando localizan su dolor en el bazo, toman

cualquier bazofia que se anuncia mucho; y si el dañado es el píloro, se tragan dos tabletas de Pílorana Sansón. Leyendo periódicamente los boletines de las últimas novedades farmacéuticas, hasta un congolés muy bruto puede medicarse con la pócima que más le convenga.

No hace falta ser un lince para vislumbrar el cataclismo financiero que se cierne sobre la clase médica. Dentro de algunos años, la fórmula comercial «Del fabricante al consumidor» se implantará entre las casas de específicos y los pacientes, prescindiéndose del médico como un intermediario inútil.

El doctor que desee asegurar su pan futuro, debe volver a los viejos elixires ideados por él mismo; el antiguo sistema del «Despáchese una gotita de clorhidrato color de ciruela, siete pizcas de sulfuro y seis gramos de pimienta».

Es cómodo echar mano de un prospecto y encajar a la clientela un caldo químico ya condimentado. Pero es peligroso para la cuenta corriente. Solo se salvarán del ostracismo aquellos que, olfateando la amenaza, se decidan a ser barmans de la salud, como antiguamente, y cuezan en su coctelera sus recetas particulares. Aquellos que, con una sonrisita desdeñosa, sepan decir al pachucho:

—Todos los específicos son una cochinateda, señor mío. Voy a darle una recetita que hago yo para estos casos, y verá usted lo que es canela.

HABLEMOS DE ANTIBIÓTICOS

Este otoño, señora nuestra, hacen furor los antibióticos. Falda larga y antibiótico pinchado en la espalda, son las notas predominantes de la moda.

—¡Qué antibiótico más charmant usa la condesa Pirracas! —se comenta en los salones de más empingorote.

—A mí los antibióticos me los hacen en París —presume la ricacha *snob*, que se provee de todo en la rue de la Paix—. Soy clienta de los mejores sabios parisienses.

En otro terreno, los antibióticos han demostrado una vez más que el progreso científico nunca es fruto de la investigación sesuda, sino de la caprichosa chiripa. Sabiazos imponentes, con más medallas que una botella de coñac, se hacen croquetas el bulbo raquídeo buscando la manera de ahuyentar a un coco feo. Pero nada consiguen con sus probetas espantosas, ni con sus «pis erres cúbicas», ni con sus microscopios para ver las pantorrillas a las microbias guapas. Sin la chamba, aliada fabulosa de la ciencia, los sabios tendrían menos éxito que una tiple gorda. Por fortuna, cuando el investigador

fracasa y está a punto de dedicarse a vender lotería, llega la chiripa con su varita mágica y le hace un antibiótico.

—¡Eureka! —exclama entonces, palabra que viene a ser el «¡Caramba!» de los sabios—. ¡Un antibiótico en el bocadillo de mortadela que dejé olvidado ayer en el laboratorio!

Porque los antibióticos aparecen siempre en los sitios más tontos y menos científicos: en un pedazo de manteca rancia, en un caracol putrefacto, en una tela de araña, o en cualquier otra basura que anidó en algún rincón. ¿Qué es la penicilina, sino mugre que le sale al maíz descompuesto? Y la estreptomicina, igual. Y un antibiótico que se descubrió en Barcelona, la roña que recubre a los caracoles difuntos.

Otras de las cosas que los antibióticos demuestran, es la inutilidad de buscar remedios a las enfermedades en sustancias químicas de nombre extraño. El sistema casero es el mejor. ¡Fuera laboratorios! ¡Invente y prepare en su lugar sus propios antibióticos! Vaya a la cocina, coja un rábano, déjele que se pudra bien pudridito, y obtendrá un antibiótico estupendo. Meta en agua una ensaimada hasta que le salga musgo, y antibiótico en el bote. Recoja el polvo que se acumula en la tapa de un piano, y servirá de antibiótico para la sordera. Es muy posible que el antibiótico del cáncer esté en ese huevo pocho que olvidamos en la despensa, y que la parálisis llegue a curarse con extracto de lagartijas desecadas al sol.

Porque hay un refrán fundamental que resume toda la ciencia curativa moderna: «Siembra porquerías, y recogerás antibióticos».

OTRO PARAÍSO PERDIDO

No es raro encontrar en la calle a cualquier amigo, con cara de refugiado polaco que acaba de atravesar descalzo el telón de acero.

—¿Qué te ha pasado, chico? —indagamos, horrorizados de su mal aspecto.

—Casi nada: que ayer estuve con una bronconeumonía, a dos pasos del R.I.P.

—¿Es posible?

Y sí lo es. Los macanudos medicamentos de ahora, que se sirven en frasquitos y se administran por vía jeringa, actúan con una velocidad de «kamikaze». Ya puede usted tener los pulmones como trapos o la tráquea más hinchada que un trombón: en doce horas de pinchazos en el lomo, queda usted más lozano que una rosa.

Las drogas modernas se han tragado la dulce convalecencia. Amanece uno muriéndose y, a la hora de almorzar, la salud le escupe de la cama y le devuelve a la oficina. Un asco. Los pobres microbios no tienen tiempo de depauperarnos a fondo. Medio día para que actúe la inyección, y al tajo. Ya no existen aquellas gratas convalecencias antiguas, con manta de viaje arrollada a las piernas, caldo de ave y cucharadita de reconstituyente almibarado. Antaño, como las enfermedades se combatían con pedazos de hielo, untando de mostaza el estómago y poniendo una sanguijuela detrás de la oreja, el enfermo tenía que derrotar la invasión microbiana a puñetazo limpio. El que tenía defensas orgánicas, salía adelante. Y el que no las tenía, salía también adelante; pero metido en una caja. Vencida la tropa de bacilos, el paciente ofrecía una pinta de heroico agotamiento: sus ojos brillaban como el faro de una locomotora en el túnel de la órbita; sus rodillas eran incapaces de sostenerle, y su esqueleto quedaba literalmente encuadrado en piel. Empezaba entonces a convalecer entre mimos, cuartos de gallina y vasos de leche con yemas de huevo. Metido en sábanas empapadas de colonia, iba reviviendo sin prisas. De la oficina le enviaban racimos de uvas, y las amistades iban a verle con paquetitos de merengues nutritivos. Una gripe se hacía durar cuatro semanas, y una pulmonía seis meses largos. El primer día de salida, el convaleciente se apoyaba en un bastón y los guardias paraban el tráfico para que cruzase a la otra acera sostenido por parientes solícitos. Hasta que vino Fleming con su penicilina, por culpa de la cual se pasa de la moribundez a la normalidad en menos que tose un pato. El tránsito es demasiado brutal.

¿No podría rebajarse la eficacia del medicamento para no privar a la enfermedad del encanto de la convalecencia? Yo creo que, mezclando la penicilina con bastante agua, lograríamos retrasar la curación y ganar unos cuantos días de cama, que nunca vienen mal.

LOS UÑÓMANOS

Sufre el fumador cuando renuncia al tabaco. Y el gordo cuando suprime las salsas. Y el borracho cuando bebe sifón. Y el cocainómano al sorber el polvo del tabaco.

Pero se necesita un estoicismo colosal, sobrehumano, para que un vicioso de las uñas deje de comérselas. No se comprende que la sociedad sienta compasión del que se inyecta medio litro semanal de morfina, y tolere sin una lágrima a quien se traga diariamente seis centímetros de uña fresca.

¡Uña! ¡Trágica golosina que adormilas el cerebro de quien te come! ¡Uña! Tú no produces sueños bellísimos, pero aplacas apetitos secretos y recónditos con tu sabor a galleta sosa. ¡Uña! Me extraña que no estés incluida en la lista oficial de estupefacientes, y que no se te persiga con el mismo encarnizamiento que a cualquiera de ellos.

Este vicio, como todos, tiene varias fases: hay el que se muerde las uñas, las mastica y se las traga sin aliño de ninguna especie. Hay el intermediario, que no llega a comérselas: las escupe una vez arrancadas, como el que fuma sin tragarse el humo. Y hay el enviciado más leve de todos, que se las corta con la uña de otro dedo, sin intervención de sus dientes.

En todos los casos es manía difícil de desarraigat. Porque el paquete de cigarrillos y la inyección de morfina pueden tirarse por una ventana; pero la tentación de las uñas no se separa del enloquecido mordedor. Allí está siempre, en las puntas de sus dedos, más apetitosas a medida que crecen. Allí están sus medias lunas blancas gritando: «¡Comedme!». Y el que trata de corregir su uñofilia esconde las manos en guantes, o se las guarda en un bolsillo, o se pone dedales de costurera para preservarlas de la dentellada. Pero acaba por caer en algún arrebato.

Hay que fundar un gran Instituto de Uñatría, donde se trate y medique al uñómano. Un instituto con cepos para las manos del poseso, y doctores que desintoxiquen a los pacientes dándoles uñas artificiales, de celuloide. Y premio de manicuras guapas para el que consiga regenerarse.

La uñomanía, de origen netamente africano, se extiende a pasos agigantados por el mundo blanco. La amenaza se cierne sobre todos los hogares de Europa y América. Yo doy el primer grito de alerta: «¡Hip!».

INDUSTRIA Y COMERCIO

EL POBRECITO INDUSTRIAL

LA industria nacional tiene ya un magnífico aspecto. Las tiendas están abarrotadas de grifos, picaportes y termosifones hechos aquí, y con tan buena cara como si acabasen de llegar de Suiza. Niquelados cegadores y esmaltes de «haiga», dan a nuestros productos una facha de eficiencia que sorprende. Se queda uno turulato leyendo el Made in Spain al pie de tanta maquinaria bonita. En planchas, hornillos, timbres y sacapuntas, es difícil encontrar más variedad de formas y mayor elegancia de líneas. Lo que aún no se ha resuelto es que todas esas preciosidades funcionen como es debido.

—No se ganó Zamora en una hora, ¡caramba! —protesta el industrial cuando los compradores le devuelven un aparato eléctrico que se carbonizó al enchufarlo—. Bastante hacemos con fabricar unos adminículos que da gloria verlos. Si luego se rompen en el momento de utilizarlos, ¿qué culpa tenemos nosotros?

Y si al comprador se le ocurre asegurar que las planchas noruegas funcionan mejor que las hechas en Pamplona, todo el país se levantará como un solo hombre para llamarle «xenófilo». Cosa que le viene al industrial de perilla, pues, al amparo de la «xenofobia» general, sigue vendiendo como planchas simples tarugos de hierro con dos alambres dentro.

Nuestra grifería, sin ir más lejos, es maravillosa. En España producimos grifos aerodinámicos, grifos erguidos como aristócratas, grifos distinguidos y grifos populares. ¡Lástima que todos tengan una enfermedad incurable en el pescuezo! Casi siempre, cuando intentamos estrangular esa gota exasperante que nos desvela de noche, salta la rosca del grifo y se nos queda la cabeza girando entre los dedos. Nuestras planchas eléctricas son gráciles como balandros. ¡Lástima que no aguanten la electricidad en sus tripas, y fundan la casa entera con espectacular chisporroteo!

—Es por culpa de la materia prima —dijo el industrial con aplomo, como si todos fuéramos tontos.

Esta frase es su «teloncito de acero» particular, tras el cual camufla una ineptitud de la que saca provechos pingües.

—No es que mi mano sea más torpe; es que nuestro hierro es más blando —viene a decir, sin que le ruborice la mentirijilla.

Hasta que nos cansemos de tanto pretexto imbécil y vayamos al Juzgado de guardia con el grifo del delito.

—Quiero presentar una demanda por rosca —diremos muy serios.

Y el industrial tendrá que explicarle al juez por qué diablos las roscas españolas son peores que las suecas.

Será gracioso oír las sartas de embustes que hilvana el pobrecito industrial para salir del atolladero, acostumbrado como está a que todos aceptemos su malévolo grifo mansamente. Y será higiénico que le peguen un multazo en las costillas por poner Made in Spain en engendros que nos desprestigian. Porque si es delito vender pan hecho con tierra, que lo sea también el vender grifos de papel. Digo yo.

LAS TIENDAS Y SUS NOMBRES

Desde que hay bofetadas para adquirir cualquier porción de producto, por «made in engañifa» que sea, el comerciante está perdiendo la poca gracia que le quedaba. Ahora las tiendas son como agujeros en los que se vuelca al azar un cubo de cosas. Y como al público de hoy siempre le falta algo para estar contento, la mercancía se esfuma en un breve periquete. De este modo, sin más esfuerzo que el de poner una tabla para separar al que compra del que vende, el comerciante añade a su capital más ceros que rosquillas.

En lo que más se nota el adocenamiento de este gremio, su falta de interés por echarle al negocio una cucharadita de fantasía, es en los rótulos que ponen en sus tiendas.

¿Dónde están aquellos nombres para lecherías que puso de moda Pasteur, al inventar la higiene: «La Montañesa Saludable», «La Suiza en Atocha», «El Vigor de la Vaca», «Los Colorettes del Lactante», «La Antiséptica de Chamberí» y tantos otros? ¿Quién borró el bautismo de esas mercaderías antiguas, atendidas por una mercera gruesa, con más cintas que una piñata: «El Canesú Provincial», «La Tijera de Dalila», «Por el Hilo se Saca el Ovillo», «Se forran Botones con Mucho Gusto», por citar algunos títulos? Ellos daban personalidad al mostrador más humilde. Ellos hacían que el comprador entrase sonriendo a comprar un peine, o una bigotera, o cualquier otra fruslería. Ellos alegraban la calle con su humor o su grandilocuencia.

Pero brochas herejes los han cubierto para poner encima un «Pérez» cualquiera.

He aquí una lamentable antología de la nomenclatura moderna:

Para tiendecitas de modas con un pañuelo y dos plexiglases en el escaparate: «Pupi», «Cuquirri», «Lolichu», «Pilarincita», «Merche», «Hermenegilda», etcétera.

Para garajes: «San Gabriel», «Santa Genoveva», «San Ambrosio», o cualquier otro representante del santoral.

Para mantequerías: «Segoviana», «Turolenses», «Zamoranas», e incluso «Conquenses».

Para almacenes de tejidos: «El Tejemanaje», «Novedades», o bien, «Gómez», «Méndez», «López» u otro apellido conocido.

Para panaderías: «La Barrita de Primera», «Hay Pan», «El Cupón Nuestro de Cada día», «Pan», «Panificadora», «Panificación»...

Para comestibles: «Finos». Nada de ultramar, como antes, por la pega de las divisas.

Y así.

MANTAS A MIL DUROS

Antes de iniciarse lo que algunos periodistas con chispa llaman «el éxodo veraniego», se levanta en la Sierra la veda de hotelitos. El éxodo (palabra que huele a griega y cuyo significado debe ser chincharse), hay que pasarlo en algún lado. Y como al aumentar la circulación fiduciaria, la gente, por un fenómeno que nadie se explica, se va quedando sin fiducias en la cartera, los éxodos mueren en su mayoría a pocos pasos de Madrid. ¿Qué sería de nosotros sin esos cachorros de Himalaya recién electrificados? Miles de familias hormiguan en mayo por sus faldas y sus cumbres a la caza de hotelitos. En estas cacerías, como en las de «capras hispánicas», hay que trepar a muchos montes y no desanimarse si la pieza no se cobra a los primeros disparos. El hotelito es arisco y se defiende bien. Su precio da regates impresionantes, y en muchas ocasiones se vuelve a la ciudad con la canana vacía.

—Hoy me salió un hotelito entre unos pinos —cuenta el cazador a su familia—; pero no se me puso a tiro. Pedían la luna, y un plus por cada colchón.

Pero no hay abuso que cien años dure, y todo negocio termina por reglamentarse. Las viviendas frente al mar se valoran por sus vistas, y los hotelitos serranos, por sus mantas. Pero mucho ojo: no por las mantas que

figuren en su inventario de trastos (llamados pomposamente «enseres»), sino por las hipotéticas mantas que un durmiente puede soportar.

En la cima más alta, que a cualquier Mont Blanc le llega por el tobillo, los ojeadores de hotelitos dicen al forastero:

—Esta choza con tinaja para baños y lima de uñas, le cuesta a usted tres mil duros.

—Pero ¿qué Sierra es esta? —dice el forastero, consultando un mapa—. ¿La Guadarrama o la Morena?

—El precio es muy razonable. Tenga usted en cuenta que aquí, en pleno mes de agosto, se duerme con tres mantas.

A media ladera, en cambio, se encuentran chamizos idénticos con las mismas comodidades:

—Estos solo cuestan dos mil duros: de noche refresca menos, y solo hay que abrigarse con dos mantas.

Más abajo todavía, duros y mantas se reducen a la mitad. Y en puntos llanos de la meseta, donde se duerme sin manta y a veces sin piel ni músculos, los precios son irrisorios. Por lo cual, cuando hoy se quiere alardear de veraneo caro, basta con decir:

—Dormimos con cuatro mantas.

Y el interlocutor, que ya conoce la cotización de este valor nuevo, calcula por lo bajo:

—Cuatro mantas, a mil duros la unidad... No cabe duda: es una persona pudiente.

AUTÉNTICAS PERRERÍAS

Es raro que la Sociedad Protectora de Animales, que pone el grito en el cielo cuando alguien pisa la cola a un gato, permanezca con las plumas cruzadas ante los chanchullos cometidos por los tratantes con las razas perrunas. Originalmente se crearon seis o siete clases de perros, con características bien definidas. Pero unos sádicos de mentalidad refinada, a fuerza de enjuagues inconfesables, están multiplicando sus especies hasta el infinito.

De las variedades caninas primitivas, de los perros que fueron amigos de los primeros hombres, van quedando muy pocos ejemplares. Para un sanbernardo que se echa uno a la cara, tenemos que soportar la tortura visual de mil monstruitos. El noventa por ciento de la perrería mundial (perro más o menos) es el fruto de nupcias antinaturales entre perros sin más afinidad que la de ser vertebrados y andar a cuatro patas.

¿Hasta qué punto no constituye un delito contra la Naturaleza cruzar inocentes «lulús» con perros de pastor o galgos con pequineses? El producto obtenido de esas bodas incestuosas es el infraser que anda suelto por ahí, o atado con fina correa a la mano de una eleganteoide.

Se hacen nudos de angustia en la garganta observando al peludo mequetrefe de pardas guedejas, que viene a ser la reducción al absurdo de un perro normal por un secreto sistema indio. Chatos o narigudos, patizambos o piernicortos, son la horrible suma de cien elementos incasables: oreja de pointier, pero rabo que recuerda el scotch-terrier; belfo de bull-dog y caderas de pachón. Son aleaciones que nunca llegan a fundirse del todo. Bichos degenerados y enclenques, con masas encefálicas cretinizadas, que llevan una vida de idiotas en el *boudoir* de una insensata. Perros sin el talento ni la viveza de las razas puras. Seres abotagados, como niños que tuvieron abuelos de todos los colores.

Pronto se abrirán al público centros experimentales, en los que cada comprador pueda diseñar él mismo un modelo de perro que le agrade.

—Me gusta un ejemplar verdoso, con flequillo y un gran bigote blanco. Pero que no abulte mucho, porque es para llevar en el asiento de atrás de un «topolino».

—No tenemos ninguno de ese tipo, pero se le puede hacer.

—¿Cuánto tardarán en fabricarlo?

Unos dieciocho meses. Tenga en cuenta que será necesario consumir varios cruzamientos previos...

—Bueno. ¡Ah! De paso, procure que tenga el rabo corto, las orejas gachas y una mancha azulada en el lomo.

—Descuide: se lo haremos así.

Y el comprador saldrá de la tienda como el que acaba de encargarse un gabán de cheviot gris.

RULETAS Y PELOTARIS

Usted no puede cobrar su sueldo a fin de mes, meterse con los billetes en un garito y perder la última perra en la veleidosa ruleta. Por ese lado, su esposa e hijos pueden dormir tranquilos. Pero, en cambio, con la frente muy alta y a la luz del día, usted puede entrar en un frontón y arruinarse honestamente, sin que los guardias se lo prohíban. La única diferencia entre ambos sacacuartos es que su suerte, o depende de una bolita blanca, o depende de un chicarrón moreno. Porque los pelotaris, aunque se apelliden Euzcalirrigueta, Pirriigoitegui o Zurrabazgoitia, son tan peligrosos para el

bolsillo como la perseguida bolita. Estos nobles chicarrones del Norte no saben, que, mientras ellos zurren a la pelota en la cancha, sus ladinos empresarios se ponen las botas. Con la bolita se arruina usted en silencio, y con el pelotari a grito limpio; pero el balance final de su cartera es igualmente desastroso.

Los que no hemos estado en Montecarlo, ni tuvimos edad suficiente para probar las ruletas que funcionaran aquí, tenemos del juego una idea vaga y pecaminosa. Pero nunca, por mucho que nos esforcemos, será esta idea tan deprimente como el espectáculo real de los frontones. A Montecarlo, por lo menos, le colgamos con la imaginación arañas de cristal, alfombras mullidas y empleados de etiqueta. Nos figuramos el tapete verde rodeado de mujeres bellísimas, que guardan en sus bolsos pequeños revólveres con culata nacarada; de príncipes centroeuropeos que canjean sus coronas por fichas de cien francos, y de sujetos cínicos, pero muy distinguidos, con gardenia en la solapa y cigarrillo turco entre los dedos para estrujarlo en los momentos de emoción.

Los frontones, en cambio, han adquirido un aire de garito elemental, sin tapices, arañas ni tarambainas: unos asientos para los que se juegan las cejas, un paredón en el que rebota la blanca pelota de la suerte, y unos *croupiers* con boina, que no tienen ni un pelo de políglotas. Allí vocifera todo el mundo: el que pierde, el que dice ordinariéces al pelotari, el que quiere apostar, el que anota la apuesta, el que jalea a su favorito y el que quiere beber una gaseosa. Olas de codicia impúdica, disfrazadas de «espíritu deportivo», estallan ampliadas por la bóveda.

—¡Cien duros!... ¡Charrán! ¡Cuarenta a veinte! ¡Currutaco inmundo!... ¡Pago setenta!... ¡Soplagaitas!

¡Pobre pelota vasca! ¡Pobre pala, remonta, y cestapunta! Han quedado convertidas en tristes celestinas que encubren la pasión del jugador por su vicio. A nadie le importa que Gurrutamendi empale mejor que Irurecazuela, ni que Arreguibaturri, tenga un saque más hermoso que Piniflauta II...

—¿Le gusta a usted la pelota vasca? —preguntamos al hombre que se pasa las tardes en el frontón, comprometiendo el porvenir de sus nenes.

Y él, muy extrañado, nos pregunta a su vez:

—¿Qué es la pelota vasca? ¡Ah! ¿Se refiere usted al frontón?...

HAGA USTED TAMBIÉN NEGOCIOS SUCIOS, QUE ESTÁN MUY DE MODA.

LA CESTA DE ROSAS

Alquile usted una tienda, ponga un rótulo que diga «El Floripondio», y coloque en el escaparate una hermosa cesta de rosas valorada en sesenta duros. Al poco rato entrará un caballero:

—Mande usted esa cesta que tiene en el escaparate a la señorita Bonacuera, calle del Pato, quince...

El caballero abonará los sesenta duros, escribirá en una tarjeta «Muchas felicidades», y se marchará.

Unos minutos después, entrará en la tienda otro señor.

—Quiero que envíe esa cesta de rosas a doña Felisa Guirrigorri, que vive en la Avenida Luminosa, veintidós.

El señor abonará las trescientas pesetas, escribirá en un tarjetón «Enhorabuena por su nuevo parto», y se marchará.

En el curso de la mañana se presentarán unas treinta personas, las cuales le pagarán treinta veces su cesta única para que la envíe a treinta personas distintas. Entonces métase en la trastienda, prepare treinta cestas a base de hierba corriente adornada con alguna margarita suelta, y las envíe a las treinta destinatarias con las tarjetitas hechas por los compradores.

Muy raras veces tenemos ocasión de comprobar si las tiendas de flores envían efectivamente los ramos que dejamos pagados, o si mandan otros mucho más modestos. Porque por muy birrias que sean las flores recibidas, es costumbre agradecerlas diciendo que fueron preciosas. Si alguien advirtiera la superchería, siempre está usted a tiempo de decir que se equivocó de encargo y rectificar el presunto error, devolviendo una parte del dinero.

¡Ingenioso sistema de convertir trescientas pesetas en nueve mil!

ZANAHORIAS AL PETRÓLEO

Rocíe usted con petróleo unas docenas de zanahorias y cuézalas después. Entonces invite a cenar a un grupo de financieros importantes, y sirva las zanahorias de primer plato así preparadas.

—¡Qué raro! —diga usted saboreando una—. ¿No notan ustedes un sabor desagradable a estas zanahorias?

—¡No, no! —protestarán los invitados, hechos unos finos—. ¡Están riquísimas!

—Pues yo juraría que saben a petróleo —insista usted con fingida ingenuidad—. Y no lo comprendo, porque las cogieron esta misma mañana en una finca que tengo en los alrededores.

Los ojos de los financieros empezarán a relampaguear de codicia, y se darán patadas significativas por debajo de la mesa.

—No cabe duda —se dirán por lo bajo—: ¡en el subsuelo de la finca de este señor hay petróleo!

Procure usted que se lleven varias zanahorias para analizarlas, y a los pocos días le harán ofertas para comprarle su hipotética finca. Pida por ella un millón de pesetas —pidiendo menos, desconfiarían—, y exija un anticipo de quinientas mil.

Para terminar airosamente esta clase de negocios se han inventado las líneas aéreas, que le plantan a usted en Hong-Kong en menos que pita un guardia.

CONSEJOS AL DEPENDIENTE

Un truco infalible para inspirar confianza a la clientela consiste en criticar la mala calidad de un producto que usted mismo vende: «No quiero engañarla, señora —dirá usted con objeto de poder engañarla con más facilidad—, y por eso no le recomiendo estos calcetines que acabamos de recibir. Se rompen al mirarlos. Pero, en cambio, me quedan unos pares de hace dos años...». Esta falsa honradez comercial ablanda el corazón de las compradoras más astutas.

Eleve un poco el precio de sus productos, para poder rebajarlos después de un meloso «por ser para usted». Una rebaja de dos pesetas hecha al oído y en tono confidencial, simulando que mira alrededor para que nadie pueda oírla, surte efectos maravillosos. «¡Por ser para mí, dos pesetas menos!», piensa la señora, apresurándose a llevarse la ganga que cree haber obtenido por su cara bonita.

Estruje fuertemente entre sus dedos todas las telas, para demostrar que no se arrugan. No hay tela que resista este experimento sin arrugarse; pero si lo hace usted con decisión y sin que su pulso tiemble, logrará sugestionar a la compradora hasta conseguir que no vea los horrendos pliegues que se han formado.

Cuando una señora, al entrar en unos almacenes, dice: «Quiero que me atienda López», el tal López puede sentirse orgulloso de haber escalado el pináculo de su fama como dependiente. Que la clientela le conozca por su nombre, es la máxima distinción a que usted puede aspirar.

Al contrario de lo que suelen hacer los tenderos vulgares, que al hacer las cuentas se equivocan siempre a su favor, usted debe equivocarse alguna vez en beneficio del cliente. La persona que diga: «Me han cobrado tres duros de menos», seguirá comprando en esa tienda toda su vida, esperando que se repita la equivocación.

Convenza a la compradora desconfiada desabrochándose un botón de la camisa, para mostrar que usted mismo usa las camisetas ante las cuales permanece ella indecisa. Aunque la camiseta que usted use no sea igual, no importa: basta con el gesto, pues no hay compradora que se atreva en tales casos a fijarse atentamente si es o no de la misma calidad.

Despídase amablemente de esas clientas que, después de darle la lata dos horas seguidas, no le compran ni un centímetro de cinta. Y una vez junto a la puerta, cuando abandonan la tienda, propíneles un fuerte puntapié para que no vuelvan a las andadas. Porque también los dependientes han de tener nervios, ¡qué caramba!

AUTOMOVILISMO

NUESTROS AUTOS

—¿QUÉ significan esos hierros que lleva usted alrededor?

—Es un auto que acabo de comprarme. Tiene un motor de dos caballos nada más, pero uno de ellos es percherón.

—Le habrá costado un pico.

—Si solo fuera un pico, no me importaría. Lo malo es que, además del pico, he tenido que pagar veinte mil duros.

—¿De qué marca es?

—No se sabe, pero me han asegurado que es de buena familia. Su madre fue una camioneta muy trabajadora, y a su padre lo montó Nuvolari cuando era niño. Le advierto que, a lo tonto, a lo tonto, tiene tres velocidades: marcha atrás, marcha adelante y parado.

—El pobrecillo jadea un poco. Parece que tiene sed.

—No le conviene beber cuando está sudando, porque se le puede cortar la digestión.

—Tiene unos faros de un color muy bonito.

—Del mismo color que su madre. En eso ha salido a ella. Pero el ruido del motor es igualito que el de su padre.

—¿Le ha echado usted aceite?

—¡Ya lo creo! Y vinagre también. Lo aliño todos los días. Cebolla no le echo, porque luego huele el escape.

—Hace usted bien: la cebolla es muy indigesta, y a lo mejor se le tupen los cilindros. Lo mejor para estos autos es darles la gasolina rebajada con agua para que no resulte tan fuerte.

—Por supuesto: como estos coches ancianos están muy delicaditos... Todos los meses lo tengo que dejar tumbado en el garaje una semana, a dieta hídrica.

—¿Qué tal le sube las cuestas?

—En realidad, no me las sube él a mí, sino yo a él. Pero en brazos pesa poco.

—Yo pensaba comprarme uno de estos autos de milésima mano; pero, cuando fui a probarlo, se me ocurrió tocarle la bocina y se deshizo.

—Es que a algunos les hacen el chasis con miga de pan mascada; y, claro, no da tan buen resultado como el acero. Ahora van a fabricar aquí un modelo en el que caben dos niños de pecho. Además, tendrá un espacio para equipajes, con capacidad para tres camisetas y un calcetín del pie derecho. La pena es que van a costar cien mil duros: como los hacen a mano, de artesanía...

—¿Me deja usted que monte a su lado para dar un paseo?

—¿Está usted loco? ¡A ver si se ha creído que este coche es una grúa! Bastante hace el pobre llevándome a mí, con el calor que hace. Además, estuvo ayer algo malucho: le salieron unos granitos en las portezuelas, y temí que fuese escarlatina. Tuve que llamar al mecánico de cabecera.

—Teniendo autos, ya se sabe: dan muchísimas preocupaciones.

—No lo sabe usted bien. Sobre todo mientras los está uno criando. Cuesta mucho ponerlos en marcha.

—Ya, ya.

«TAXIS».

I EL FANTASMA

A fuerza de parches y zurcidos, de chapas y «duco» a pistoletazos, el taxi madrileño ha empezado a vivir una décima juventud bastante aparente. Como Bertinis y Mistinguettes del automovilismo europeo, pasean por las calles su piel estirada, sus faros muy pintados para disimular horrendas patas de gallo y sus asientos de crines canosas escrupulosamente oxigenadas. Un «quiero y no puedo» sostenido con dignidad rezuma de todos ellos, y los hay que hasta llevan en el interior unas margaritas de trapo, como un «*dandy*» anciano un clavel en la solapa. Menos mal que el público tiene el tacto de tratarlos como si de verdad fuesen potros jóvenes, y monta en ellos reprimiendo su lágrima de compasión. En pleno día, nuestros taxis no resultan ningunos «bellezos»; pero, como de algunas mujeres que fueron guapas, puede decirse de ellos que tienen un aire «distinguido». La distinción es lo único que queda en la vida después de haber corrido mucho. Y es difícil haber corrido más que esos pobres fotingos tan acicalados, contruidos cuando Ford hacía coches con sus propias manos en un cobertizo.

De día, como queda dicho, el taxismo capitalino (que escribiría un cursi) es discreto y hasta decente. Pero de noche casi todo el servicio se retira para que los motores, que no están para muchos trotes, tomen bicarbonato y se pongan cataplasmas. Y en ese momento, al dar las doce en los relojes de las iglesias y de los Bancos, brota en la calle el taxi fantasma.

—¡Uuuuhhh!... —gime su maquinaria con estertor ultratúmbico.

¡Siniestro vehículo! Lleva siglos sin pasar ninguna inspección, y se oculta durante el día en garajes clandestinos o cuevas que solo misteriosos «Sésamos» pueden abrir. Únicamente sale de noche, con las brujas y vampiros, porque de noche todos los taxis son negros. Tapizado con sacos en los que se lee la marca del cemento que contuvieron, carece de picaportes para abrir sus puertas y ventanas. Lleva la luz verde del «Libre» como un fuego fatuo, y se alimenta de carburantes cabalísticos que apestan a azufre y lengua de lechuga frita. Es el taxi pecador, condenado a encierro perpetuo por el delegado de Tráfico, pero que huye de su purgatorio para hacer un pinito. Es feo y antiestético, como el fogón de una cocina con ruedas de bicicleta.

Nadie delata al taxi fantasma, porque circula a esas horas de la madrugada en que nadie va precisamente a su oficina. Y el denunciante correría el riesgo de que le preguntasen:

—¿Y cómo viste tú al taxi fantasma? ¿Qué hacías a esas horas en la calle?

Tampoco lo delatan, por agradecimiento, quienes lo montan para comprar en las farmacias de guardia el aceite alcanforado que salvará a su pariente. Y a esto se debe que docenas de taxis espeluznantes, con patentes amañadas del año veintinueve, recorran la noche de Madrid como terribles espectros del pasado.

II CON AYUDANTE

Desconfíe, lector, del taxi con ayudante. De los coches que esperan en la parada, elija siempre el pilotado por un chófer mondo y lirondo. Mal asunto cuando el taxista lleva en el pescante un colaborador; señal de que el armatoste es indómito y no basta un solo individuo de tripulación para gobernarlo.

Para viajar en taxi con ayudante deben llenarse los bolsillos de indulgencias plenarias y tener en la punta de la lengua buenas jaculatorias para soltarlas en los frecuentes momentos de peligro. Pero hay incautos que no toman ninguna precaución y suben al monstruo de la muerte diciendo con sencillez:

—Al número quince de la calle del Papagayo.

—Bien, señor —le dice el taxista, con amabilidad de marino que presente el naufragio y no quiere alarmar al pasaje.

Arría la bandera del «libre», toca en la bocina zafarrancho de combate y da las primeras órdenes a su ayudante:

—Anda, tú: dale a la manivela, ceba el carburador, tapa con un corcho la perforación del tercer cilindro y desengrasa las bujías.

¡Espléndidos muchachos estos ayudantes de los taxis, que infunden vida con su dinamismo a seis tripas de fierro y un cigüeñal artrítico! ¡Valerosos domadores de taxis salvajes, que resisten los brincos de la bestia enfurecida sin caerse de su asiento! El ayudante corre, mueve, tira, sube y baja, mientras el chófer grita, jura, aprieta las tuercas y toca clavijas.

—¿Qué pasa? —pregunta el viajero, viendo que el marcador galopa hacia el duro sin haber avanzado ni una pulgada.

—Nada: que el pobre está un poco frío.

—¿Quién? ¿El ayudante?

—No: el motor.

Al fin, un hipo truculento, una tos de anciano con bronquitis, un espasmo en sus entrañas...

—¡Ya está! —se maravilla el taxista, dando vivas a su madre—. ¡Parece que anda!

Y el ayudante monta de un salto, mientras el taxi se enfurece y avanza a regañabielas.

—¿Me dijo usted a la calle del Loro?

—No, no; a la del Papagayo.

—Bueno, es lo mismo: los dos son pájaros.

El viajero no debe extrañarse de que la marcha no sea hacia delante, como suelen hacerlo todos los automóviles, sino más bien en sentido lateral y a la pata coja: es un vicio que las ruedas tienen desde niñas. Tampoco debe sentir miedo cuando salgan unas llamitas por debajo del asiento y el ayudante baje a sofocarlas con un vaso de agua.

—¡Prepárate para girar hacia la izquierda! —grita el taxista a su *partenaire* que se le ha encaramado en un estribo para sujetar con alambre una portezuela.

Y se cuelgan los dos del volante, domeñando la dirección, que debió de enmohecer el Diluvio Universal. Por fin se consigue torcer, privando de un guardabarros superfluo a un camión que pasa.

—¡Por aquí no se va a la calle del Papagayo! —chilla el viajero.

—Ya sé que es por la derecha. Pero es que a la derecha no tuerce: ¡caprichos de la mecánica!

A veces, no siempre, el taxista con ayudante consigue llegar a la calle deseada por itinerarios vírgenes, jamás pisados por el neumático del hombre. Y si el viajero que lo tomó pretendía visitar a un amigo ligeramente indispuerto, llega con el tiempo justo de felicitar a su viuda después del sepelio.

EL «HAIGA». Y EL «HUBO».

Con el asunto de los coches hemos realizado en España un prodigio de ingenio y autarquía. ¿De dónde han salido esos «setenta y tantos mil» de Madrid, imposibles de clasificar en ninguna marca conocida? ¿Quién fabrica esos chismes que, vistos de frente, parecen un Ford; vistos de perfil, un Renault, y vistos en conjunto, una birria? Muchos, creo yo, los hicieron los traperos en sus madrigueras suburbanas, ensamblando residuos metálicos que cazaban por los solares. Los golfos jóvenes (que en el extranjero se llaman «ladrones» y aquí «picaresca»), suministran a estas fábricas clandestinas su botín de fallebas, picaportes, boliches de escalera y otros objetos que ellos transforman en autos. Combinando con un poco de talento botes vacíos, muelles de sofá, mondas endurecidas de patata y varillas de paraguas, puede reconstruirse un magnífico «roadster». Para montar el motor nunca faltan perlas reventadas, tuercas de una cama vieja y el ventilador de una oficina quebrada. Lo importante es conseguir un amasijo que haga «¡Fu, fu!» al mover una palanca. Terminada la carrocería con el cinc de un alero y la borra de un cojín decimonono, queda el monstruito listo para ser matriculado.

Si a los coches espléndidos y rutilantes se los llama «haigas», a los demás hay que llamarlos «hubos». Los primeros son el presente perfecto. Los segundos, el pretérito imperfectísimo.

Viajar por carretera en «hubo» es hoy tan heroico como ayer atravesar el canal de la Mancha en un avión de papel y trapo. Todos los viajeros de «hubo» salen de la ciudad mascullando rezos, y apretando bulas en sus manos convulsas, por si los choques.

—Este cacharrito necesitaba un par de cilindros más —opina un viajero en el kilómetro siete—. ¿Por qué no se los ponemos?

—Me parece que a este coche no le gusta la gasolina. ¿Por qué no probamos a darle un poco de hierba?

El traqueteo es horrendo. Al atravesar un pueblo, los indígenas se asoman a las ventanas, esperando ver el paso de una división acorazada.

—Ese conductor es muy cuidadoso —observa una señora gruesa, que se juega el tipo sobre una ballesta como un papel de fumar—: en cuanto se le hace un agujerito en un neumático, se baja para taparlo con un corcho.

—Cuando paremos en la fuente de agua potable solo hay que beber un buchecito: llevamos un chasis de cartón.

Y de pronto un viajero grita:

—¿Qué es esa cosa redonda que va rodando a nuestro lado?

—Es una rueda delantera, que a veces se suelta —explica el chófer—. Pero no hay cuidado: con tres es suficiente.

UN BACHE PARA CADA BALLESTA

Hay que cortar la lengua de un tizeretazo al charlatán que critique nuestras carreteras. Abundan los automovilistas quisquillosos, incapaces de aguantar una broma: en cuanto se desnucan en una cuneta por culpa de un bache, ya están quejándose de que las carreteras son una birria. ¡Qué manera de exagerar, hijos!

No se puede decir que sean autopistas, pero tampoco hay ninguna necesidad de decirlo. La autopista, al fin y al cabo, es una costumbre extranjera. Nosotros, en cambio, tenemos el acueducto de Segovia, que es mucho más difícil. ¡Anda, rabia!

No hay razón para ponerse como basiliscos porque las carreteras tengan baches: es lo suyo, y en eso precisamente está su gracia. Las carreteras sin baches resultan muy sosas y privan al viajero del mayor aliciente automovilístico: el riesgo. Solo se disfruta de un viaje sintiendo que va uno sobre un volcán, jugándose el tipo y las ballestas. Y en este aspecto las carreteras peninsulares no tienen competencia.

Pocos países pueden vanagloriarse de haber construido carreteras con materiales tan diversos. Un mochuelo más que habrá que colgarle al genio latino. Tenemos en España carreteras hechas de blando betún para el calzado, en cuya espalda dejan los carros el profundo tatuaje de sus ruedas. Las hay morenas con ondulación permanente, que imprimen a los autos un alegre cabeceo verbenero. Muchas son tan deformes como los ríos de lava petrificada, y conservan todavía las burbujas endurecidas de su ebullición prehistórica. Otras se hicieron con piedrecitas almendradas sobre una capa de alquitrán color de guirlache. Algunas son fofas y arenosas, hendidas entre terraplenes como cauces de riachuelos en plena canícula. Por unas pocas hay que circular con un negro delante del coche, que vaya tentando el firme con

una varita para descubrir trampas de cazar elefantes que ocultan bajo una tenue película de asfalto.

Y por si todo esto fuera poco, que sí lo es, nuestras carreteras cuentan desde hace tiempo con otro adelanto; un extenso surtido de carteles indicadores en los que pueden leerse sanas y útiles advertencias a los conductores: «Tramo defectuoso», «Firme ondulado», «Carretera en un estado no muy brillante», «Zona estropeada temporalmente», «Baches nuevos, que no figuran en ninguna guía».

Estos carteles son magníficos. Están pintados en alegres colores y su caligrafía es nítida. Sus textos son amenos. Se leen de un tirón y su lectura no cansa. Han sido instalados sólidamente, con la misma técnica que los postes telegráficos, para que aguanten en su sitio muchos años. Ni las lluvias de tres lustros conseguirán borrar sus letras indelebles. En fin: que hay carteles para rato.

Ciertos automovilistas quejicas opinan que el dinero de estos cartelitos pudo invertirse en tapar baches y no en anunciarlos. Pero esta observación es una tontería si se tiene en cuenta que los carteles son decorativos y muy visibles, mientras que los baches, al fin y al cabo, apenas se ven.

GUARDIAS CASTIZOS

En algunos países de Europa tirando a nórdicos, al guardia de la circulación le falta poco para ser un muñeco automático. A intervalos regulares cambia de postura, indicando al automovilista lo que debe hacer. Su actitud no deja margen a posibles errores: brazos rígidos perpendiculares al cuerpo, ¡alto!, rotación del busto en posición de firmes y pitido, ¡salgan zumbando! Al guardia de esta especie se le anquilosan previamente las vértebras para que se mantenga erguido, y se le somete a una dura gimnasia bastante sueca hasta lograr que se mueva con precisión y elasticidad. ¡Pobrecillos! La disciplina que se exige a esos hombres es inhumana.

En Madrid, gracias a Dios, disfrutamos de unos guardias encantadores, a los que el rigor del adiestramiento no ha privado de su corazoncito. Ellos saben que la virtud más hermosa de los pueblos latinos es el individualismo, y todos dirigen el tráfico imprimiendo a sus ademanes un sello muy personal. Mientras unos son partidarios de usar mucho el silbato, otros, más parcos y flemáticos, apenas lo utilizan. Varía también la técnica del pitido, según el talento musical de cada agente. Los hay melómanos apasionados que cada «¡Alto!» lo subrayan con *pizzicattos* de pitidos cortos. Abundan los que practican el pitido único y largo, *rematándolo* con una floritura ascendente.

Existen virtuosos, pocos por desgracia, que consiguen toques muy semejantes a los de corneta.

«Está tocando a cruzar —piensa el peatón que conoce el método particular de ese guardia. O bien—: está tocando zafarrancho de automóviles».

En lo que se refiere a la mímica, la variedad de ademanes y gestos es también notable. Unos detienen el tráfico subiendo las manos hasta los hombros; otros alzan una sola por encima de la cabeza; otros izan tres dedos hasta la altura de su nariz, y otros se limitan a levantar un poco la barbilla. Unas palmaditas al aire pueden significar indistintamente paso libre, disco cerrado o me alegro de verle bueno. A cada guardia hay que cogerle su truco para no incurrir en multa o regañina. Hay que conocer al dedillo el sistema de cada cual, sabiendo que el del cruce de Lista pita poco, que los de Cibeles pitan mucho y que el de López de Hoyos pita regular.

El ritmo del tráfico lo regula maravillosamente el guardia madrileño, con frases oportunas que aclaran su mímica ambigua.

«¡Vamos! ¿Por qué no circula? —dicen los guardias con afabilidad, dirigiéndose a cada chófer personalmente—. ¿Dónde tiene usted los ojos, taxista?... ¡Frene, frene! ¿No ve que el disco se acaba de poner colorado?... ¡Ande ligerito, que hay prisa!... ¿Es que no me oye? Sí, usted: el del cacharro... ¡A la acera, peatón, o le aplastará el camión!... Pero ¿no ve que estoy moviendo el dedo meñique de la mano izquierda para indicarle que puede usted pasar?... ¡Dos pesetillas de premio al caballero por cruzar fuera de banda!...».

CAMPO

TRÁFICO RURAL

CUANDO al campo le afeiten la hierba, le suavicen con masaje algunos bultos y le sequen los riachuelos con una toalla, será un sitio encantador. Por fas o por nefas se va retrasando su embellecimiento, y el pobre campo anda hecho un gañán. Esperamos que el primer sobrante de cemento se empleará en pavimentar algunos atajos. Esperamos también que se picarán los peñascos convexos para que resulten cóncavos al utilizarlos como asientos naturales. Esperamos, en fin, que se pongan detallitos monos.

Lo que no puede esperar de ningún modo es una legislación que discipline un poco a la fauna campestre. No está bien que en la ciudad se exijan bozales a los perros, pudiendo circular los toros en el campo sin parachoques. La hidrofobia será grave, pero tampoco la cuernofobia es manca.

Al ciudadano hay que protegerle fuera de la ciudad, y no echarle una bendición cuando la abandona desde la caseta de consumos.

Conviene advertir a los pastores que las carreteras no se hicieron para que sirvan de cañada a las ovejas, y que no deben ofenderse cuando un auto les aplaste alguna. Hay que quitarle al excursionista su complejo de explorador en selva virgen. Encontrarse un cerdo en la cazuela de merienda es agradable siempre que el cerdo no esté vivo y gruña. Las cabras son muy pocholas en los cuentos de Calleja, cuando amamantan criaturas que sus madrastras abandonan; pero en crudo, desatadas y embistiendo, disminuye notablemente su *pocholez*.

Hay que dictar inmediatamente un código de circulación rural, que regule el tráfico de bestias y frene sus excesos. Hay que exigir una licencia de uso de abejas, para terminar de una vez con esos insensatos que nos plantan una colmena en su jardín y nos amargan el verano. Las abejas las carga el diablo, y en cualquier momento pueden dispararse friéndonos a picotazos. Hay que colocar una lucecita roja en el rabo de las vacas, para no chocar con ellas cuando pasemos de noche. Hay que prohibir las señales acústicas en los

gallineros hasta las ocho de la mañana y multar a los gallos sin escrúpulos que tocan su claxon al amanecer. Unas buenas multas por exceso de velocidad acabarían con esos caballos desbocados que tan a menudo están a punto de atropellarnos.

Es deprimente que la civilización termine detrás de los suburbios, y que empiece tan cerca de nuestras casas la lucha atávica entre el hombre y las bestias.

INFIERNOS ARTIFICIALES

Al llegar agosto, cuando aprieta el calor en el infierno, los demonios se van de vacaciones a sitios frescos. Pero como no es fácil que los dejen circular por el mundo con sus pieles coloradas, sus cuernos y sus rabos, para estas excursiones reencarnan en el pellejo de un pirotécnico. El pellejo de los pirotécnicos es el más adecuado para albergar diablos, porque la pirotecnia es la profesión más diabólica que existe. Solo una mentalidad belcebuesca es capaz de urdir esos petardos que revientan el oído del hombre pacífico. No se concibe que un cerebro normal, movido por una alma sana, se consagre a torturar el sistema nervioso de sus semejantes fabricando tracas y cohetes. El pirotécnico debería estar fuera de la ley: debería trabajar en cuevas subterráneas, como los brujos antiguos, manejando caldos de azufre y elixires de pezuña caprina. «¡Que viene el pirotécnico!», deberían decir las mamás para amenazar al nene insomne.

El pirotécnico es un proveedor de infiernos homeopáticos. Casi todos los pueblos de España dedican una noche anual a reproducir en sus calles una versión exacta del infierno. Cuando se aproxima la fiesta del patrón o la patrona del lugar, el Ayuntamiento llama en secreto a un pirotécnico, que se presenta con su satánica mercancía en cajas de forma oblonga. Y con gran sigilo, como los zapadores cuando preparan una mina que hará saltar el fortín enemigo, va preparando la exhibición nefasta.

Llega, por fin, la fecha señalada. El pueblo, afable y pacífico, baila en la plaza entre gaitas y pellizcos. Las mozas están guapas, a pesar de sus absurdos trajes regionales, y los mozos son felices porque estrenan alpargatas. Todo es paz, risa y candor. Hay momentos en que se confundirían las gaitas con las arpas celestiales... Pero en algún escondrijo de la aldea, el pirotécnico ha encendido su antorcha. Hay un brillo malsano en sus ojos cuando aplica la llama a las mechas maléficas. Y retumban los primeros estampidos. Al séptimo cohete muere de un colapso el tío Serenín. Los niños despiertan y, poseídos de pánico, se desnucan al arrojar al suelo desde sus cunas. La caña

de otro cohete, al caer desde las alturas, deja tuerto a un concejal. Penachos de bengalas verdes abrasan los trajes nuevos del vecindario. Más de una otitis latente despierta bajo la onda explosiva. Las ancianas recitan sus mejores jaculatorias a Santa Bárbara. Un triquitraque prende a un pajar. Una ristra de veinte petardos, de cuyos vientres salen lentejuelas luminosas, dejan sorda a la colonia veraniega. El médico atiende a una niña de diez años que presenta quemaduras de «buscapiés» en ambos tobillos... Por fin vuelve el silencio. Y antes de que las fuerzas vivas emprendan su captura armadas de hoces, garrotes y guadañas, el pirotécnico huye del pueblo, escondido en un carro de forraje.

LOS QUE PIDEN ÁRBOLES

¡Escritores! ¡Periodistas! Cuando sientan ustedes el frecuente y noble impulso de escribir unas cuartillas aconsejando la repoblación forestal, domínense. No es nada fácil, lo reconozco, pues la inspiración arrastra la pluma como un torbellino. Pero vale la pena hacer un esfuerzo. Conseguido ese dominio, compren un arbolito de dos palmos, váyanse a paseo, y plántenlo con las raíces bien hondas. Y ya pueden regresar a su casa tarareando una alegre cancioncilla, satisfechos de haber hecho lo único verdaderamente útil en pro de nuestros bosques.

Si por cada página que los españoles hemos escrito pidiendo árboles hubiésemos plantado uno, los frondosos pinares suecos nos parecerían estepas calvas. Pero desde los reyes godos nos hemos limitado a gastar hectolitros de saliva y tinta pidiendo que otros los plantaran. Y el resultado ha sido que el mulero castellano, cuando hace alto en el camino para dormir una siesta, ha de guarecerse entre las patas de su mula para tener un poco de sombra. Porque, salvo siete encinas desperdigadas que crecen por donde se les antoja, y unas pocas acacias que los Ayuntamientos aún respetan, hay regiones en la Península donde el árbol es tan raro como el oasis en el Gobi.

Yo comprendo que crear una ganadería sea complicado y lento, pues es necesario que una vaca se enamore de un toro, que se casen al menos por lo civil, y que tengan terneros, cuya crianza es cara y laboriosa. Pero hacer bosques no tiene más ciencia que poner granitos en el suelo y esperar a que crezcan; lo cual no ofrece ninguna dificultad. Bastarían seis hombres, con espuelas de granitos adecuados, para repoblar forestalmente una provincia en menos de tres semanas. Tres barrenderos, de esos que van dejando junto al bordillo la mitad de lo que recogen en cada escobazo, serían suficientes para convertir en selvas los alrededores de Madrid.

Todo problema que puede resolverse con la regla sencillísima de enterrar semillas en la tierra, solo puede ser un problema relativo. No quiero citarme como ejemplo de dinamismo, pero cualquier mañana de estas me echaré unos piñones al bolsillo y plantaré un pequeño pinar en menos que canta un gallo. Si todas las cuestiones que tenemos pendientes fueran tan simples como la repoblación forestal, podríamos darnos con un pedrusco en los molares.

¡VIVA LA CIGARRA Y MUERA LA HORMIGA!

Hay que tocar inmediatamente una trompeta de plata, adornada con borlas de seda amarilla, para declarar la guerra al reino hormiguil. Tenemos que movilizar los zapatos de suela más gorda que haya en toda la nación para que aplasten los interminables convoyes de abastecimiento de sus diminutos ejércitos.

Urge enviar mensajeros a caballo a todos los colegios, con orden de que arranquen y destruyan las hojas de los libros escolares donde se imprimió esa fábula inicua que se llama «La cigarra y la hormiga».

Y al tiempo que se inician las operaciones militares contra las hormigas, deben celebrarse actos y fiestas campestres de desagravio a las cigarras. Con este pobre animal, que parece un marisco de secano, se ha cometido uno de los errores judiciales más bochornosos de la zoología. La cigarra es, efectivamente, un bicho bohemio. Su carácter recuerda el de esos estudiantes alemanes un poco estrafalarios que recorrían Europa comiendo a fuerza de cantar y tocar el acordeón. Se acusa a la cigarra de que se emborracha con frecuencia, libando en el cáliz de las flores. ¡Bah! ¿Qué insecto, por serio que sea, no se bebe de vez en cuando cuatro cálices de más? El néctar de las flores, por otra parte, solo produce una borrachera ligerísima, como la que puede sentir una señora bebiendo unas copitas minúsculas de oporto o moscatel. Tampoco se le puede reprochar a la cigarra que no trabaje, porque es una artista. Su canto es bello, aunque monótono, y refresca con su vibración los campos abrasados por el verano. Suena como si la Naturaleza se hubiera dejado abierto un manantial, del que mana un chorrillo constante. Hasta los ruiseñores se asoman a sus nidos para oírlo, pues también los grandes cantantes de ópera suelen abrir su ventana para escuchar la simpática coplilla popular cantada por un ciego. ¿Acaso se desprecia a la cigarra por su tipo desgarbado y flaquirucho? También Don Quijote era así y estamos orgullosos de él. No es previsora, desde luego. El invierno la sorprende sin reservas, como la vejez a las actrices sin ahorros. Porque también la cigarra es genial y generosa, y le repugnaría atesorar riquezas en una madriguera

sórdida. Por esta razón, hay que abrir el invierno próximo un asilo confortable en el tronco de un roble, para que las cigarras ancianas no queden a merced de la caridad pública. Háganse algunas funciones benéficas de ópera, y destínese el importe al Asilo de Cigarras Ancianas. Se lo merecen. Y acabemos de una vez con el mito de las hormigas.

No comprenderé nunca cómo obtuvieron las hormigas esa inmunidad casi diplomática que han disfrutado siempre. Puede que en la paz de Westfalia, o en el concilio de Trento, o en algún otro convenio antiguo, lograron ellas con influencias secretas que se incluyera una clausulilla asegurándose el respeto del género humano. Hay que revisar el texto de los viejos tratados y borrar esa cláusula, que debe de existir, pues de lo contrario no se explica que sigamos respetando a esos bichópteros. Porque las hormigas son malvadas y estúpidas. De ellas copió Carlitos Marx sus ideas políticas que tanto nos incordian. Feas, con el cuerpo dividido en varios chorizos blindados, viven en una esclavitud indecente. Son brutas y avaras. Para un puñadito de grano que le dieron hace un siglo a una cigarra, lo están cacareando todavía. Llegan en su ambición de riqueza a extremos tales, que almacenan los cuerpos de sus hermanas muertas para aprovecharlos como abono. Viven siempre en estado de guerra, incorporándose a filas voluntariamente en cuanto su pinza de cangrejo adquiere la necesaria robustez para el acarreo. Es un pueblo belicoso y desconfiado, que se está preparando siempre para una guerra que no acaba de llegar. Requisan el grano de los contornos *manu militari*, y ni siquiera dejan el consuelo de un papel prometiendo devolverlo al final de la campaña. Desplazan a escondidas la pieza que el cazador no cobró, y la trasladan de noche, hecha pizcas, al subsótano de los túneles, donde quizá tengan cámaras frigoríficas para conservar la carne fresca. Nadie les ha visto jamás romper una formación y correr a retozar por los prados disfrutando de la primavera. No mantienen relaciones amistosas con ningún bichejo de otras familias, y solo desean que mueran pronto para zampárselos en invierno.

¿Hasta cuándo vamos a tolerar que se preparen para la resistencia estas mequetrefes ceñudas? ¡Rompeamos de una vez esa guerra de nervios provocando un Sarajevo con un pisotón a una de estas caravanas! ¡Destruyamos su estúpido militarismo! ¡Que los fabricantes de insecticidas se dejen de contemplaciones, y que incluyan a las hormigas en las listas de plagas que destruyen sus productos!

Alcemos esta misma tarde grandes carteles de color azul celeste, en los que se lea con letras purpúreas: «¡Cigarra, sí! ¡Hormiga, no!».

LOAS

LOEMOS AL POETA

TODOS los percebes, además de tener las uñas sucias como un chófer de camión, son muy morenos. La morenez del percebe es proverbial. Y, sin embargo, en rarísimas ocasiones se produce el milagro del percebe rubio. El pellejo de estos seres excepcionales es casi albino. Su gran uña es rosada, como las uñas de los niños cuando no se las comen. Se yergue altivo sobre su única pierna, resaltando en la masa de sus compatriotas como un misionero blanco en una tribu africana.

«¿Cómo nacen los percebes rubios?», nos preguntamos muchas veces. (En realidad también nos preguntamos cómo nacen los morenos, porque cualquiera averigua el método que emplean esos bicharracos para reproducirse). ¿Por qué de pronto, en un litoral de varios kilómetros donde hay millones de percebes, solo nace uno que sea rubio? He aquí una incógnita que no se la salta un Alexis Carrel.

El poeta es, en la tierra, lo que el percebe rubio en el mar. Entre millones de almas morenas, opacas, nace de pronto el alma clara del poeta.

Para que venga al mundo un individuo fuera de serie, ya sea Beethoven, Dante o el bobo de Coria, tienen que concurrir muchas circunstancias propicias. Porque los burócratas nacen cualquier día laborable, de nueve a una o de cuatro a siete. Y los ricos un domingo a mediodía, al volver sus padres de oír misa en los Jerónimos. Pero el poeta tiene que nacer en primavera, cuando salen de sus nidos los primeros golfos a matar ruiseñores con sus tiragomas. Es el polen de las flores, al tocar el trigémino del recién nacido, el que determina su vocación poética. Porque la poesía, en resumidas cuentas, no es más que una variedad de alergia primaveral. El menos molesto de todos los fenómenos alérgicos.

El poeta, por esta razón, tiene siempre la cara un poco pálida, de hombre que soporta un ligero dolorcillo en alguna parte. Y es fácil adivinar su padecimiento: mientras el prosista escribe lo que se le antoja, con frases de

todas las longitudes, el pobre poeta tiene que meterse, quieras que no, en las hormas del metro y de la rima. Y meter una idea grande en el moldecito de un soneto, es tan difícil como acostar a un señor gordo en la cuna de un bebé. Y a este suplicio hay que añadir el de buscar la inspiración, que también duele lo suyo. Porque eso de que las musas soplan son cuentos tártaros. Los poetas tienen que hacérselo todo a pulso, como auténticos artesanos. Hay muchos que van por los cafés y suplican a sus amigos:

—Dime una palabra de cinco sílabas que acabe en «uca».

—¿Estás resolviendo un crucigrama? —pregunta el amigo.

—No; estoy escribiendo un madrigal.

Tampoco es fácil encontrar temas poetizables. Con el amor ya nadie se atreve, porque todo suena a refrito. Cien mil kilómetros de versos agotaron el crepúsculo. Y la aurora, que es un fenómeno igual, pero al revés. Y los ojos de los amantes. Y las narices de las novias. Y el corazón de todo bicho viviente. El poeta ha de estrujarse la fantasía para encontrar nuevos pretextos. Se fija ansiosamente en las cosas que le rodean. Unas veces un cabello de mujer enredado en un peine le sugiere un romance. Otras, un retrato de su bisabuela que encontró en un cajón. O una hoja de árbol. O un pájaro. O un salmonete. O una brújula...

¡Pobre poeta, crucigramista de las ideas! ¡Pobre versificador a destajo, de pelo largo y bolsillo corto! Nos eres simpático. De buena gana te daríamos una aspirina para curar el dolor de tu alma.

LOEMOS AL ARTESANO

¡Oh, tú, artesano! (¿Qué?). Eres la médula espinal de la industria celtíbera. (Gracias, simpático). ¿Qué sería de nosotros sin ti, gigantón manual? (¡Cualquiera sabe, uf!). En tu modesto taller, o en el comedor de tu casa, si me apuran un poco, haces monerías con el cuero y la estopa; con el barro y el cacharro. (No lo hago mal, no). Provisto de toscas leznas, punzones y ganchitos, repujas lo que te echan y pules a todo bicho viviente. (¡Psch! Se hace lo que se puede). ¡Y cómo te burlas, artesano, de las máquinas que producen en una hora lo que tú haces en una vida! (Donde estén mis dedos, que se quiten las fábricas). Tú pones el alma en cada repujado, y así te salen esos Quijotes tan bonitos, y esas batallas de Lepanto tan de bulto. Tú labras el madero hasta obtener una lagarterana con su nariz, su oreja y su pescuezo. ¿Qué importa que, al decorar en cerámica, se te escurra el pincel y deje un churrete indeleble? ¿Qué importa que los platos de tus vajillas sean todos diferentes? Ahí está la gracia, hombre. Si tus respuntes fueran tan perfectos

como los de una máquina, aviados estaríamos. Lo bueno de tus productos es que huelen a tu sudor y que cuestan cien pesetas más que las porquerías hechas en las fábricas. ¡Enseñanos tus dedos, artesano! (Aquí están: tengo diez en total). ¡Membrudos dedazos, ágiles como peces y musculosos cual anca de potro! ¡Hasta locomotoras harías con esas manos fabulosas! Tardarías años, eso sí; pero ¡qué locomotoras las tuyas!: con un Quijote repujado en cada émbolo, unos bordados en la camisa del fogonero, y una caldera decorada a mano con motivos regionales. Además, ¿para qué queremos locomotoras, que lo llenan todo de carbonilla, teniendo esas alpargatas asombrosas con un paisaje vasco pintado en el empeine? ¡Hermosos trabajos los tuyos, hombre!: coges una tabla corriente, abres tu navaja, y al cabo de tres años la tabla se ha convertido en un primor de rombos incrustados, cuadriláteros y grecas. ¡Magistral tablita, que servirá luego para poner encima un vaso de agua y una palmatoria con su vela! Resumiendo, artesano: que cuando tengamos un buen pellejo de vaca, ya te avisaremos para que nos lo repujes.

LOEMOS AL BURÓCRATA

¡Burócrata! (¿Qué?). Eres un coloso en miniatura. (Gracias, simpático). A las nueve de la mañana, y a veces unos minutos antes, un potente despertador te hace saltar de tu austera colchoneta. De un brinco, y a veces de dos o tres, te plantas en el cuarto de baño. ¿Es posible que tus muñecas no se resquebrajen al accionar los grifos que hacen correr el agua fresca sobre tu cutis? Pues sí: es posible. ¡Milagro, milagro! Sin inmutarte, dejas que el líquido recorra tus mejillas curtidas, arrastrando las partículas de polvo adheridas en la jornada precedente. ¿No es eso un acto heroico? Pues si no lo es, le falta poco.

Mas, no satisfecho con ese lavado sobrecogedor, empuñas una cuchilla y rapas tu rostro a conciencia, librándolo de pelillos superfluos. ¿Por qué no redoblan los tambores mientras llevas a cabo esta epopeya? ¡Corres peligro de cortarte la yugular, la carótida, e incluso alguna arteria secundaria! Y todo ello, sin ningún emolumento extra. ¡Qué horror! ¡Qué temeridad! ¡Qué canastos!

Pronto endosas con disciplina tus ropas. Prenda a prenda, tu cuerpo se cubre de telas, de mangas y de capirotos. ¡Hete aquí listo para encaminarte al despacho, donde te aguardan responsabilidades que doblgarían las piernas de un elefante! En un parpadeo estás en la calle. En otro parpadeo un poco más

largo estás en la oficina. ¡Oficina! ¡Tu nombre debe de significar «taller donde la inteligencia fragua menesteres colosales»!

¡Ya estás en tu mesa, erizada de jeroglíficos y documentos! Como el herrero toma un martillo para descargarlo sobre el yunque, así tú izas la pluma para dejarla caer sobre el papel. ¡Y cómo garrapateas palabras sabias, tales como «trámites», «usufructo», «especulativas» y «concomitancia»! ¿No se te queda yermo el cerebelo? ¿No se fríen tus meninges en la sobrehumana tarea creadora? ¡No! ¿Eres una criatura humana o un genio mitológico? ¡Ya están las palabras escritas por ti en los papeles, formadas en fila como ejércitos de pequeños intelectuales! ¡Ya está cada «i» con un generoso punto sobre sus hombros! ¡Ya está la «hache» con un fuerte travesaño uniendo sus patas separadas! Pero tú, como es lógico, has llegado al límite de tus fuerzas. ¡Claro, pobrecito mío! ¡Ni cien bueyes podrían hacer lo que tú haces sin que sus testuces reventaran como avellanas! Por eso te cubres la cabeza con un periódico, te repantigas en tu sillón giratorio, y duermes unas horas. ¡Bien ganado reposo, especie de gigante capaz de mover montañas a papirotazos!

Mas el reposo no dura mucho: bien pronto llega a tu mesa un papelillo, plagado de escritura. Y tú, con paciencia chinesca, unes las letras entre sí hasta formar palabras, cuyo significado extraes como la abeja el néctar de la flor. Vuelves a empuñar tu pluma, y el esfuerzo dibuja en la manga de tu chaqueta la contextura muscular del antebrazo. ¡Tinta, palabra, tinta, palabra, tin, pa, tin, pa, tin pa...! Rítmicamente las letras surgen del plumín como la hebra sedosa de las arañas.

Hasta que termine tu jornada. Y entonces, marchito y avejentado, te vemos salir de tu gruta y correr a sumergirte en un café, cuya atmósfera es un baño turco que relaja tu cuerpo, tenso por la acción. ¡Y así un día, y otro, y otro! ¿Hasta cuándo la burocracia te sacará de tu esencia, como el exprimefrutas el zumo de la piña?

¡Burócrata! (¿Qué?). ¿Me permites que te llame otra vez coloso en miniatura? (Yo encantado, simpático). Pues te lo llamo: coloso en miniatura. (Muy agradecido).

LOEMOS AL ORDENANZA

¡Ordenanza! (¿Qué?). ¡Eres la pilastra fundamental de la burocracia moderna! (Gracias, simpático). Majestuoso y hermético, defiendes la antesala de visitantes importunos. (Pero alguno se cuele). Todos los galones de tu uniforme los ganaste batallando contra pelmazos que pretendían exponer un asunto urgente. (Eso dicen todos. ¡Si uno hiciera caso...!). ¿Nos permites que

te llamemos héroe? (Bueno). ¿Nos dejas que te apodemos cancerbero? (Según lo que quiera decir). ¡Tú mereces todos los encomios, coloso! Porque vales más que un numantino defendiendo su célebre aldea. (Tanto como eso...). Si no fuera por ti, los despachos se llenarían de infelices que creen que la burocracia se ha hecho para resolver sus problemas particulares. ¡Pues aviada estaría la burocracia!, ¿no te parece? (Claro, claro). ¡Ordenanza! (Aquí estoy, no me he marchado). ¡Hercúlea tarea es la tuya, demonio! Sentado en una silla cómoda, sí, pero sin lujos, tienes que devorar la Prensa matutina y vespertina. ¡Ingrata labor es enterarse de las guerras que azotan al mundo y de las operetas que estrenan los teatros! Pero tú lees a ojo firme sin que una mueca de cansancio asome a tus labios. A cualquier hombre de vigor físico normal la lectura de todos los periódicos que se publican bastaría para aniquilarle. Pero tú, ordenanza, eres de hierro. ¿Hemos dicho de hierro? ¡Quiá! ¡De acero sueco! De pronto suena un timbre detrás de tu cogote anunciando que tu jefe te llama para encomendarte una misión especial. Tu cuerpo se alza poco a poco de la silla. Parece que vas a caer al suelo fulminado por la fatiga, pero no: te yergues apelando a tus insospechadas reservas de energía, y te presentas ante el autor del timbrado. Llegas jadeante, con el agobio natural de la persona que ha tenido que desplazarse una veintena de metros sin descansar en el camino. Y, sin embargo, tu voz es recia cuando te cuadas ante tu superior y dices: «¿Qué desea?». Y tu superior, susurrando las palabras como un jefe del Servicio Secreto cuando da las órdenes a un espía, te contesta: «Baje a la esquina y súbame un café con leche bien calentito». ¡He aquí la delicada misión que debes cumplir sin demora! No pronuncias ni una sola palabra. ¿Para qué? Los buenos soldados no hablan cuando se les envía a volar el polvorín enemigo que les costará la vida. Giras sobre tus talones marcialmente, y te encaminas al objetivo sin pestañear. La orden se incrusta en tu cerebro, y la repites «in mente» mientras bajas la escalera hacia la calle: «Café con leche bien calentito... Café con leche bien calentito...». Nada podría torcer tu ruta. Ni cantos de sirenas ni sobornos ni zancadillas. ¡Adelante, adelante! ¡Si quiere café con leche, lo tendrá por encima de todo! ¡Así eres tú, ordenanza, amasado con pasta de guerrero, émulo de Cascorro y de los tercios de Flandes! ¡Subirás café con leche, sí, aunque te cueste la cabeza! ¡Aunque te atropelle un carro al cruzar la calle! ¡Aunque se te tuerza un tobillo con la peligrosa gimnasia de andar! ¡Nada te arredra, herculito! Tu superior, en el despacho, consulta ansioso el reloj. Se arrepiente ya de haber expuesto tu vida en una misión tan llena de riesgos. Los minutos caen, pesados y dolorosos, como gotas de plomo derretido en los

párpados de un niño. Tu superior teme ya que hayas perecido en la peliaguda empresa. Sospecha que un camión te habrá atropellado a la puerta de un bar, o que estés desmayado de agotamiento en la escalera. Una lágrima, solo una, pugna por asomarse al balcón de sus ojos. Como el coronel que perdió al enlace enviado por él a una posición batida por la artillería contraria, suspira compungido. Piensa ya en redactar un telegrama a tus parientes, en el que figurase la hermosa frase de ritual: «Murió en cumplimiento de su deber...». Pero de pronto comienza a oírse en el pasillo rumor de pasos. ¡La corbata de la esperanza se anuda al cuello de tu superior! ¿Serás tú, que regresas triunfante de la mortal expedición? ¿Será un compañero que viene a comunicar la noticia de tu óbito abnegado...? La puerta del despacho se abre lentamente... ¡Y entras tú, ordenanza, llevando en tus manos el ansiado café con leche! Tu superior se frota los ojos con los puños creyendo que sueña, y se apoya en la pared para no caer al suelo, maravillado. ¡Eres tú, en efecto, ordenanza, que has cumplido la misión que se te confió como un valiente! El sudor y el polvo embadurnan tus ropas, y tu pelo, ensortijado habitualmente en graciosos bucles, cae en lascias guedejas enmarcando tu rostro convulso. Tus piernas, destrozadas por la caminata, ya no te obedecen, pero apelas a un residuo de vigor para avanzar hasta la mesa y depositar en ella el precioso recipiente cristalino. «Aquí está el café con leche —resoplas con un hilillo de voz. Y añades con orgullo, señalando el vaso que humea todavía—: Bien calentito como usted me ordenó». ¡Momento de honda emoción, que se grabará en nuestra memoria con letras de fuego! Tu superior, conmovido, se pone en pie junto a ti y se cuadra. De buena gana haría un discurso comparándote con Daoíz, con Velarde y con la mismísima Agustina de Aragón si le apuran un poco. Pero la emoción paraliza su laringe, y solo puede articular una palabra: «Gracias». Y tú, ordenanza, que eres modesto como todos los héroes, te retiras, humildemente, a reposar de tu hazaña en la antesala. Otro cualquiera pediría himnos y fanfarrias, vítores y flores. A ti, en cambio, te basta la satisfacción de haber cumplido con tu deber. Y vuelves a tu silla derrengado, es cierto, pero dispuesto a movilizarte tan pronto como el clarín de otro timbrazo te convoque para un nuevo y peligroso servicio.

¡Así eres tú, ordenanza! Dócil y abnegado, titán y cancerbero, fiera y corderillo, músculo y molleja. ¡Ordenanza! (¿Qué?). Eres la pilastra fundamental de la burocracia moderna. (Eso ya lo dijo al principio, guapo). Pero no me cansaré de repetirlo: eres la pilastra y eres la pilastra. Ya lo sabes, hermoso.

RELATITOS

CONCHA DEL APUNTADOR

—¿QUÉ ocurre? —preguntó el empresario del teatro al tramoyista que acababa de entrar en su despacho.

—Que no he podido sacar al apuntador de la concha —explicó el tramoyista—. Me acerqué de puntillas para cogerle por sorpresa, como todas las noches, pero hice un poco de ruido y se metió dentro.

—Cerraría la concha de golpe, claro —supuso el empresario, con aire de *gourmet* que conoce a fondo las costumbres de un marisco.

—Sí —confirmó el tramoyista.

—Verá qué pronto lo pesco yo —dijo el empresario, dirigiéndose al escenario seguido de su subalterno—. Tráigame un cuchillo.

Cuando se lo trajeron introdujo la hoja entre el suelo y la valva de la concha tratando de hacer palanca para abrirla. Fue inútil.

—¿Y si echáramos un poco de limón? —sugirió el tramoyista.

—Si fuera más pequeña daría resultado. Pero tratándose de conchas tan grandes, no hay más remedio que escaldarlas. Vaya por un cacharro de agua bien caliente.

Unos chorritos de agua hirviendo bastaron para que la concha se abriera más de un palmo. El empresario aprovechó entonces para hurgar por dentro con un alfiler, con intención de pinchar al apuntador por la solapa y sacarlo más fácilmente.

—Está demasiado profundo —rezongó desalentado—. A ver si ahora le hace efecto el limón.

Exprimieron en vano varios limones dentro de la concha, pero el apuntador resistió la rociada de zumo picante sin salir.

—Tendremos que cocer la concha —dijo el tramoyista.

—¡No sea usted bestia, hombre! —le amonestó el empresario—. Si se cuece, cogemos muerto al apuntador. Y a los apuntadores hay que cogerlos vivos.

Optaron por esconderse detrás de una cortina acechando el momento en que el apuntador, creyendo que el peligro había pasado, asomara fuera de la concha espontáneamente.

Transcurrieron varios minutos, durante los cuales el empresario contuvo el aliento para no espantar al molusco humano. Poco a poco la valva fue abriéndose, y asomaron por fin los brazos del apuntador. Detrás de los brazos surgió la cabeza, cuyos ojillos escrutaron inquietos los alrededores.

—¡Ahora es el momento! —gritó el empresario, acercándose de un salto.

Con un movimiento rapidísimo logró ensartar al apuntador por una manga. Y dando un fuerte tirón, sacó de la concha su cuerpo íntegro.

DONCELLA TESTARUDA

La dueña de la casa, despeinada y sudorosa, abrió la puerta del salón.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los invitados, alarmadísimos.

—Que se van a quedar ustedes sin merienda —informó la anfitriona, jadeante—. La doncella no quiere tirar del carrito del té. Se ha parado en el pasillo y se niega a dar un paso.

—Puede que el carrito pese mucho —sugirió un aristócrata que había sido arriero antes que duque.

—Por pesado que sea el carrito, si la doncella es fuerte... —opinó la viuda de un notario.

—Es una chicarrona del Norte —explicó la dueña de la casa, que había sudado de lo lindo tratando de hacerla andar.

—Raza vigorosa, pero testaruda —sentenció un banquero, propietario de caballos de carreras.

—Quizá le apriete un zapato —volvió a decir el duque—. Las doncellas no suelen tirar con facilidad de los carritos del té cuando les aprieta un zapato.

—Imposible: hace pocos días que la calcé. Y hasta tiene suelas nuevas.

—¿Por qué no prueba a pincharla con un alfiler en las caderas? —indicó una flaca maligna.

—Sería contraproducente, señora —se escandalizó el banquero—. Saldría corriendo como un cohete, y volcaría el carrito en la primera curva.

—Sin contar con la posibilidad de que le atizase un par de puntapiés a su ama —se horrorizó la viuda del notario.

—Vengan conmigo —rogó la anfitriona—, a ver si entre todos conseguimos que se mueva.

Los visitantes salieron del salón en tropel y comprobaron que la dueña de la casa no mentía: allí fuera, en mitad del pasillo, estaba la doncella inmóvil

junto al carrito de té. Un gruñido salió de su garganta al ver que el grupo se acercaba.

—¡Arre, arre! —azuzó la flaca maligna, empujando a la doncella por un brazo.

—Vamos a darle un terrón de azúcar —se le ocurrió a la viuda del notario.

—¡Quieta, quieta! —gritó la anfitriona, viendo que la doncella retrocedía algunos pasos con la mirada hosca.

—Yo propongo que descarguemos del todo el carrito. Así será más fácil que tire de él —aconsejó el aristócrata que había sido arriero antes que duque.

Así se hizo. Entre todos colocaron en el suelo la tetera, las jarritas para la leche y el agua caliente, y las fuentes con pasteles y bizcochos. Luego la anfitriona se colocó junto a la doncella y, agarrándola del delantal, empezó a tirar de ella diciendo con suavidad:

—¡Arre, bonita! Vamos, obedece a tu ama.

La doncella lanzó un murmullo ronco. Luego dio algunos pasos hacia delante.

Un minuto después entraba en el salón al trote, tirando del carrito del té, mientras la anfitriona y sus visitas la animaban con gritos agudos y estimulantes.

TRAGEDIA DE PINTOR

De pronto empezaron a oírse gritos y estrépito de muebles volcados en el estudio del pintor.

—¿Qué pasa? —preguntó la criada, entrando alarmadísima en el estudio.

—¡Que se me ha desbocado el caballete! —explicó el pintor, jadeante.

El caballete, en efecto, galopaba enloquecido por la habitación derribando sillas y butacas. Un sudor de resina corría por sus patas de madera, fatigadas de tanto correr.

—Ya le advertí al señorito que no comprara un caballete de madera tan joven —comentó la criada—. Está llena de vida, y tiene que desfogarse.

—¡Soooo!... —chilló el pintor tratando de sujetar al caballete. Pero el caballete le dio una coz en la mano con su pata posterior y continuó su frenética carrera.

—Se nota que es de madera pura savia —comentó la criada, admirando la potencia de aquellas tablas encabritadas.

El caballete crujió con furia, echando por las juntas saliva vegetal.

—Ofrézcale un terrón de acuarela —propuso la criada—. Es la golosina predilecta de los caballetes. Quizá se calme con eso.

El pintor cogió un terrón de acuarela color de caramelo, y se lo puso en la palma de la mano. Al ver el terrón, el caballete se detuvo en seco y se acercó dócilmente a lamerlo.

—Vamos, bonito: tranquilízate —le calmó el pintor, dándole unas palmaditas en el trípode—. Sujétalo bien —ordenó después a la criada—, que voy a ver si consigo montarle un cuadro encima.

—Con lo nervioso que está, lo tirará por las orejas —desconfió la criada.

—Tengo que domarlo —insistió el pintor, testarudo.

Al notar sobre su lomo el peso del cuadro, el caballete se puso a dar saltos de carnero. Nuevos terrones de acuarela le calmaron. Cuando al fin quedó inmóvil, el pintor le hizo una cosquilla cariñosa con un pincel y empezó a trabajar.

—La próxima vez —refunfuñó la criada saliendo del estudio—, en lugar de comprar un caballete, compre un borriquete. Son más mansos y no dan tanta guerra.

CIRUJANO CHAPUCERO

—¡Anselmo! —gritó el director de la clínica llamando al cirujano, que acudió secándose las manos en el delantal de operar.

—¿Mande el señorito?

—Tengo que reñirle: le dije que me repasara a todos los operados, y los ha puesto en las camas descosidos.

—Es que no doy abasto. Como estoy de cirujano para todo...

—Los cirujanos están ustedes muy maleados. Se pasan el día en el quirófano de charla con las enfermeras, y el tiempo no les cunde.

—Pues anoche, después de fregar el instrumental, estuve cosiendo operados hasta las tantas.

—No mienta: solo cosió tres o cuatro. Luego vienen las familias de visita, y tiene uno que disimularles las heridas poniéndoles un tapetón encima.

—Todos estos ya están remendados —dijo el cirujano señalando un montón de operados que había en una camilla.

—Veamos —repuso el director de la clínica, examinándolos—. ¡Vaya un cosicajo que le ha hecho usted a este! —exclamó, indicando a un operado que tenía una costura tosca en el vientre.

—Lo zurcí provisionalmente —se disculpó el cirujano—. Cuando tenga un rato libre le pondré un injerto de piel para que no se note el arreglo.

—Calle, calle, manazas. ¿Y qué me dice de este otro? ¡Un señor tan moreno, y lo ha cosido con catgut blanco!

—Se me acabó el catgut «*beige*»...

—Pero ¿no comprende usted, hijito, que esto es una facha? —le amonestó el director de la clínica—. A los señores rubios se los cose con catgut amarillo, y a los morenos con el carrete marrón.

—Siendo heridas que no se ven, no creo que importe mucho.

—Pero se ve cuando el operado se baña. Y me deja usted a mí en ridículo. ¡Menudo zurcido le ha hecho a esta pobre vieja!

—Para ver si dura un poco más. ¡Está tan estropeada!...

—¡Claro! En cuanto ven ustedes una vieja algo chafada, ¡zas!: a la basura, y que les den una joven... ¡Vaya cómodo!, ¿verdad? Como los operados no son suyos... ¡Vaya con los cirujanos señoritos! Pues sepa usted que en esta clínica se aprovechan los tejidos lo más posible. Y esta vieja, haciéndole un dobladillo en el esófago, aún puede servir dos o tres años.

—¿Manda algo más el señorito?

—No. Váyase a operar, que esta tarde le toca a usted salir y quiero que me deje el quirófano arreglado.

—Bien, señorito.

—Y no eche tanto cloroformo a los operados, que luego huelen a botica y no hay quien se acerque a ellos.

—Bien, señorito —dijo el cirujano retirándose a sus ocupaciones.

JUEGAN LAS ADULTAS

Doña Flora entró en el salón donde fumaban los maridos.

—Ernesto —dijo a su esposo, muy compungida—, las señoras no me dejan jugar con ellas al pinacle.

—Vaya, cálmate —la consoló don Ernesto, bonachonamente—. Algo habrás hecho tú para que no te dejen.

—No hice nada, te lo aseguro. Es que me tienen rabia.

—No digas eso. Son unas señoras muy buenas y te quieren mucho.

—Pero la del notario no me puede ver —insistió doña Flora—. Y como la baraja es suya...

—No seas rabiosilla. ¿Por qué no juegas en otra mesa?

—Es que las señoras mayores tienen partida de tresillo. Y yo estoy pez en tresillo.

—Bueno: hablaré con tus amigas, y verás qué pronto lo arreglo.

Y cogiendo la mano de su esposa, don Ernesto fue al salón contiguo, donde las señoras habían organizado la timba.

—¿Por qué no dejan a mi Florita que juegue con ustedes? —preguntó don Ernesto a la viuda de un catedrático.

—Porque se pone muy tonta cuando pierde —contestó la interpelada.

—¡No es verdad! —gritó doña Flora—. Solo me enfado cuando me ganan con trampas.

—La tramposa es usted, rica —intervino doña Genoveva, atusándose iracunda una patilla.

—¡Y tanto! —terció doña Angustias—. Si no roba «monos» en cada baza, empieza a dar bufidos.

—¡Di que no, Ernesto! Me encocoro un poco, lo reconozco. Pero todas nos encocoramos en casos así. ¿Acaso es pecado encocorarse?

—Pues con mi baraja no juega. ¡Rabia, castaña! —intervino la esposa del notario, ocultando las cartas en su bolso.

—Vamos, no sean ustedes quisquillosas —dijo don Ernesto, tratando de aplacar los ánimos—. Las señoras bien educadas no deben ser tan intransigentes. Dejen jugar a mi Florita, y verán qué bien se porta. ¡Ale, Florita! Promete a tus amigas que no te encocorarás, y listo.

—Está bien —transigió la mujer del notario, sacando la baraja del bolso—. Pero si nosotras nos quedamos barbeladas y usted no, ojito con protestar.

Y empezó a repartir las cartas, mientras don Ernesto salía del salón, murmurando bondadosamente:

—¡Qué traviesas son estas diablillas!

EL QUE HA VISTO NUESTRA CARA

—Su cara no me es desconocida —suelen decirnos algunas personas a las que acabamos de ser presentados.

—No es extraño —tenemos que admitir, por decir algo—. Como uno da tantas vueltas y la cara se ve tanto...

—Estoy seguro de haberla visto en otra ocasión —insiste el pelmazo, concentrándose. Y nos lanza miradas escrutadoras mientras murmura—: Esa boca... esa nariz... esas orejas...

—Yo voy mucho al café Quico —apuntamos nosotros tímidamente, seguros por nuestra parte de no haber visto jamás a nuestro interlocutor—. Quizás en el café Quico...

—No, no. A ver: póngase de perfil.

Obedecemos a regañadientes.

—Levante un poco la barbilla —ordena el pelmazo—. Lo que me desorienta es el bigote. ¿Hace mucho tiempo que lleva usted bigote?

—Desde hace unos cuatro años.

—Tápeselo con un dedo, a ver el efecto... Espere... ¡Sí, sí! —grita alborozado el pelmazo—. Fue sin bigote la cara que yo vi.

—¡Vaya, hombre! —decimos aliviados, adivinando que falta poco para que el pelmazo nos localice.

—¿Qué sitios solía usted frecuentar cuando no llevaba bigote? —interroga el pelmazo, sin quitarnos ojo.

—Pues... el café Quico.

—No irá usted a decir que se ha pasado la vida metido en ese condenado café Quico —dice el pelmazo, algo molesto.

—Yo me paso la vida donde me da la gana —decimos, un poco hartos.

—Pero saldrá usted a pasear de vez en cuando —prosigue el pelmazo, sin tomar en cuenta nuestra impertinencia—. Habrá viajado. ¿Estuvo alguna vez en Cáceres?

—Ya le he dicho que nunca he salido del café Quico —repetimos, deseando que se abra la tierra y nos trague.

—Está usted mintiendo.

—¡Basta! Habrá usted visto la cara de algún idiota.

—Por eso pensé que sería la suya.

—Cuidadito, ¿eh?

—La culpa la tengo yo, por molestarme en localizar su cara de usted. Porque yo he visto su cara, no le quepa la menor duda.

—¡Yo voy mucho al café Quico! —gritamos implorantes.

Y tapándonos la tan discutida cara con las manos, huimos del pelmazo antes de que una oleada homicida nos ciegue y nos aturda.

EL QUE CHAFA LAS HISTORIAS

—Me han contado un chiste graciosísimo —comenzó don Camilo en su tertulia del Círculo, satisfecho de poder lucir su gracejo ante sus amigos—. Verán ustedes: iba un señor en el tranvía, y se sentó a su lado una señora que llevaba...

—... Un perrito en brazos —le cortó don Gervasio—. Ya lo conozco. La señora venía del veterinario, donde le acababan de cortar el rabo al perro, ¿verdad?

—Sí —tuvo que confesar don Camilo, molesto.

—Es muy gracioso —prosiguió el chafador—. Entonces el señor que iba sentado le dijo un piropo a la señora... Es el mismo, ¿eh?

—Sí —volvió a decir don Camilo, pero esta vez mucho más secamente.

—Muy ingenioso —dijo don Gervasio—. Ande, cuéntelo.

—No —se opuso don Camilo, desanimado, lanzando a don Gervasio una mirada iracunda. Y cambió de conversación.

Poco después llegó don Enrique, frotándose las manos muy contento.

—¡Traigo una noticia sensacional, prepárense! —anunció, gozando de antemano con el efecto que causarían sus palabras—. He sabido de buena tinta que el Gobierno búlgaro ha decidido...

—... Limitar el tráfico en los Dardanelos —concluyó don Gervasio interrumpiéndole—. Supongo que será esa su noticia bomba.

—Pues... sí —reconoció don Enrique, como si le hubiesen enchufado con una manga de agua helada.

—Yo lo sabía desde ayer —continuó el chafador, sin hacerle caso—. Lo oí anoche por la radio.

Don Enrique, comprendiendo que odiaría a don Gervasio hasta la muerte, se hundió muy abatido en una butaca. Entonces entró en el salón el señor Flórez, que venía de asistir al estreno de una comedia.

—¿De qué trata la obra? —le preguntaron los contertulios, interesados por aquella novedad teatral.

—Pues verán: el autor plantea el problema de un hombre arruinado que...

—... Consigue rehacer su fortuna por medio de negocios sucios —se adelantó don Gervasio—. Conozco la obra. Asistí a una lectura que hizo el autor en casa de Pepe Minglanilla. Por cierto que los dos primeros actos son muy interesantes, ¿verdad, Flórez?

Pero Flórez no contestó. Rabioso porque le habían reventado su tema de conversación, se mordía los labios. Fue en aquel momento cuando alguien, simulando un codazo involuntario, volcó en los flamantes pantalones de don Gervasio una taza completa de café puro. Y mientras el chafador se frotaba la mancha con un pañuelo, se cruzaron entre todos los contertulios risueñas miradas de complicidad.

BROMAS DE PUEBLO

Cuando el cebo para cazar lobos hincó de golpe sus dientes en la pantorrilla del tío Gurriato, los que estábamos en la taberna no pudimos contener una carcajada. Habíamos puesto el cebo en el escalón de la puerta disimulado bajo un periódico, y aguardábamos conteniendo la risa a que algún parroquiano pusiera el pie encima para hacerle saltar.

Pero el tío Gurriato tiene poquísimo sentido del humor, y empezó a dar chillidos mientras se desangraba como un tonto. Arreciaron con este motivo

nuestras risas, y todos los mozos nos dábamos garrotazos en el pecho con gozosa euforia.

—¡Vamos, brutos! —nos dijo cariñosamente el tabernero, que es un hombre muy serióte—: Quitadle el cepo al tío Gurriato, no sea que le dé la gangrena y nos riña el alcalde.

—¿Y si le amputáramos la pierna? —sugirió Calixto, que siempre tiene unas ocurrencias de lo más chistosas.

Ni que decir tiene que la idea nos pareció de perlas, pues es lo que decimos nosotros: cuando se da una broma, hay que darla bien. Fuimos a las eras a buscar unas hoces, y nos precipitamos sobre el tío Gurriato al grito de: «¡Fuera piernas superfluas!». Pero era tan fuerte la risa que nos entraba, que no atinábamos a darle con precisión los tajos necesarios en el muslo para separar la pierna del tronco. El tío Gurriato fue contagiándose de nuestro buen humor, y aunque sangraba por todos los poros, acabó por seguirnos la broma.

—¡Tunantes! —comentaba a cada golpe de hoz—. Esta vez me habéis dado en el hueso.

Por fin rogamos al hijo del herrero que terminara de cortársela, pues es un bestia muy habilidoso. El hijo del herrero acabó en un periquete.

—¿Y qué hacemos ahora? —nos preguntamos cuando el tío Gurriato huyó a la pata coja, desangrándose a más no poder entre la rechifla general.

—Vamos a darle una serenata a doña Panificación —gritó Alfredito Merengue, cuyas simpáticas burradas tienen fama en toda la cabeza de partido.

Doña Panificación, como su nombre indica, es la dueña de la panadería del pueblo. Viuda por parte de marido, nos saca a los mozos de nuestras casillas por ser más codiciada que una yunta.

Y allá nos fuimos, con escopetas y abundante cartuchería, a darle una humorística serenata. Apostados bajo el balcón de su casa, comenzamos a disparar contra los cristales con perdigones gordísimos. Agitados por una risa frenética, destrozamos la fachada del inmueble en un santiamén. No tardó en asomarse doña Panificación en persona, la cual, armada con piedras y una honda de grueso calibre, contestó a la serenata descalabrando a media docena de mozos. Fue tal la risa que nos entró al ver la cómica salida de doña Panificación, que le atizamos tres perdigones en garganta, nariz y oídos.

Dimos por concluida la serenata y, sin cesar de reír, nos fuimos al domicilio del notario para meterle unos alacranes venenosos en las perneras del pantalón.

¡Y luego dicen que en los pueblos no hay buen humor!

FALSO DIARIO DEL PROFESOR FREUD

Lunes. — Estoy contentísimo, porque anoche soñé con un gato negro. ¡Con la suerte que da eso! Como yo creo a pies juntillas en el significado de los sueños, cosa que a la gente de Viena le da mucha risa, me fui derecho a comprar un décimo de lotería. Seguro que me tocará. Además es un trece mil capicúa, y lo compré en la Administración de *frau* Manoliten. Esta *frau* Manoliten tiene fama de dar casi siempre los premios gordos. Y *frau* Manoliten combinada con el gato negro... ¡Te vas a poner las botas, Freudito!

Martes. — ¡Qué contrariedad! He tenido una pesadilla a base de renacuajos, lo cual trae malísima pata. ¿Será que no me va a tocar la lotería? Pues el gato negro de la otra noche era bien grande.

Miércoles. — Dormí estupendamente y soñé con toros. ¡El presagio no puede ser mejor, karramba! Según mi cocinera, que entiende de sueños mucho más que yo porque tiene una amiga gitana, los toros quieren decir dinero. En vista de eso he comprado otros dos décimos en *frau* Manoliten.

Jueves. — Hoy le conté a un amigo mis sueños de estos días y la esperanza que tengo de que me toque el gordo.

—Pero ¿tú crees en estas paparruchas, Segismundo? —me dijo con sorna.

—¡Y tanto! —le contesté—. Una vez soñé con agua, y a la mañana siguiente se rompió una tubería del lavabo. Y en otra ocasión vi en sueños una sartén, y dos días después me regalaron un cucurucho de patatas fritas. Si no te parece suficiente...

—Estás como una regadera, querido Freud —concluyó mi amigo, haciendo como que se taladraba la sien con un dedo.

Viernes. — ¡El lunes se sortea! ¡Estoy en ascuas! Anoche no tuve ningún sueño; pero mi cocinera, que también está muy interesada porque lleva una participación de dos marcos en mi capicúa, soñó con gatos. Lo malo es que no eran negros; pero ella asegura que el color es lo de menos; lo importante es que sean gatos.

Sábado. — Pesadilla con muchos tigres. ¡Estupendo! Si los gatos traen suerte, los tigres traerán mucha más. Fui corriendo a la tienda de *frau* Manoliten, pero ya no le quedaban décimos.

Domingo. — ¡Mañana sale! No puedo ocultar que estoy nervioso, porque mañana mataré dos pájaros de un tiro: embolsarme billetes y demostrar a los incrédulos que los sueños nunca fallan. ¿En qué me gastaré el dinero? ¿En corbatas? ¿En zapatos? Compraré una docena de camisas de fuerza, que buena falta me están haciendo. Las que uso ahora tienen los puños muy

gastados y se rompen en cuanto hago un movimiento brusco para dar cabezazos contra las paredes.

Lunes. — Esta mañana fue el sorteo. Ni el reintegro me tocó. Mi cocinera está que bufa.

—Lo que pasa es que el señor no sabe soñar —me ha dicho enfadadísima—. Sin duda el señor no se fijó bien, y no era un gato, sino un conejo.

Ha sido un rudo golpe para mis teorías. Como los vieneses se enteren, me van a tomar a chacota. Y con razón.

DIARIO DE UN PAR DE ZAPATILLAS

Lunes. — ¿Dónde están mis zapatillas? —gruñó esta mañana el señorito, buscándonos encolerizado por toda la casa. Y nosotras, escondidas detrás de una butaca, nos moríamos de risa. Petra, la criada, sabe ocultarnos en los sitios más insólitos. Tiene una imaginación estupenda, gracias a la cual nos divertimos como locas jugando al escondite con el señorito. Mi compañera y yo, como estamos forradas en piel de cordero, tenemos muy buen carácter. Pero el señorito se ofusca pronto y estropea el juego: llama a su esposa para que le ayude a buscarnos. ¡Así cualquiera, mira qué gracia! Es un tramposo.

Martes. — ¿Dónde están mis zapatillas? —preguntó el señorito al volver de la oficina. «¡Orí, orí!», pensamos nosotras dándonos taconazos, seguras de que no nos encontraría. ¿Cómo iba a encontrarnos, si Petra tuvo el talento de meternos entre los cojines de un sofá? El señorito se arrastró por el suelo más de veinte minutos, amenazó a su esposa con divorciarse, dijo a Petra que era una palurda imbécil, y estuvo en un tris de irse a vivir a un hotel. Al final nos dio pena y apartamos con nuestras lengüetas el cojín que nos cubría, para que nos viese.

Miércoles. — ¿Dónde están mis zapatillas? —dijo el señorito al levantarse, brincando descalzo sobre los baldosines del pasillo. Hoy nos hemos divertido como unas pepas. La criada nos escondió debajo de una alfombra que hay a los pies de la cama, estrellándose todas las pesquisas emprendidas por el señorito. Petra acudió en su auxilio.

—Pero ¿es posible que no las vea? —dijo la muy ladina, quitándonos de encima la alfombra—. ¡Estaban delante de sus narices!

Jueves. — ¿Dónde están mis zapatillas? —rugió anoche el señorito al volver del cine. Pese al zafarrancho que el matrimonio organizó, no encontraron nuestra pista. Y se comprende: Petra, por quitarnos de en medio mientras daba cera a la alcoba, nos puso encima del armario. Al principio nos hizo gracia el nuevo escondrijo; pero a la hora de escribir estas líneas estamos

pálidas: ¡Petra no recuerda lo que hizo de nosotras! Se ha estrujado sus humildes sesos pueblerinos sin éxito. Ha sugerido las hipótesis más absurdas:

—¿No será que el señorito, en un descuido, salió a la calle con las zapatillas puestas y se las ha olvidado en algún café?

El señorito despótica; y, en señal de protesta, recorre la casa descalzo.

Sábado. — ¿Dónde están mis zapatillas? —insiste el señorito todos los días, armando unos trepes formidables. Se nos busca con frenesí. Las escobas exploran tinieblas bajo los muebles. ¡De buena gana mi compañera y yo haríamos algo para que nos descubriesen! Pero lo más que podemos hacer es agitar nuestras lengüetas, sin emitir ningún sonido. ¡Si al menos tuviésemos un cascabel, como las zapatillas de los polichinelas!...

Martes. — Esta mañana, el señorito no preguntó por nosotras. Ha ocurrido lo que me temía: se ha comprado unas zapatillas nuevas. Nadie nos busca ya. Ahora las buscan a ellas, a las intrusas. Abandonadas en lo alto del armario, el polvo perpetuo de las cumbres domésticas empieza a cubrirnos. Muy juntas las dos, aguardamos a la polilla, que nos destruirá...

DOÑA PURGATORIO

—¿Qué has aprendido hoy en la escuela? —dijo doña Purgatorio escrutando con severidad el rostro de su sobrino.

—He aprendido a amar a los pajarillos —confesó el niño empezando a temblar.

—¡Me lo temía! —bramó doña Purgatorio, conteniendo un bofetón que le bailaba en la punta de los dedos—. ¡Pajarillos, pajarillos! Te habrán dicho que solo esos bicharracos merecen nuestro cariño, ¿verdad? ¡Te habrán incitado a conmoverte con los gorjeos de esos hipócritas!

—Pues... sí —balbució el sobrino.

—Y a los ratones que los parta un rayo, ¿no es eso?

—¿Ratones? No me han hablado de los ratones.

—¡Ni te hablarán jamás! Y si los citan algunas vez, será para ponerlos verdes —chilló doña Purgatorio indignada—. ¡Estúpido favoritismo! ¿Por qué inculcan los centros docentes el amor al pájaro y fomentan el odio al ratón?

—No sé, tía —se excusó el niño, retrocediendo.

—¡No sabes, no sabes! ¡Ven conmigo! —ordenó doña Purgatorio.

Y, agarrando al niño por las solapas, lo arrastró escaleras abajo hasta el sótano de la casa. Varias docenas de ratones correteaban entre las grietas del entarimado, carcomido por la humedad.

—¡Mira los ratoncillos, zoquete! Tanto derecho tienen ellos a ser queridos como los tan cacareados pájaros. ¡Mira con qué inocencia juegan entre la leña y el carbón! Observa sus caritas infantiles, plenas de deliciosa picardía. ¿Por qué desprecia el poeta a la ratoncita que lleva queso a los pequeñuelos, y elogia, en cambio, a la pájara que alimenta a los suyos con gusanos repugnantes? ¡Cretina literatura que se deja influir por los tópicos más ramplones! ¿Qué tienes tú contra el ratón, vamos a ver?

—Yo nada, tía.

—¿No son dignos de amor sus graciosos rabos, que asoman traviesamente por los agujeros del zócalo? ¿No es una monería verlos divertirse con una nuez, como golfillos con un balón de fútbol? Y ya has visto: nuestra Humanidad de cafres se escandaliza cuando fríen pájaros, pero se encoge de hombros cuando escaldan ratones.

—Sí, tía.

—¡Pero tú amarás a todos por igual!

—Sí, tía.

—Y cuando des alpiste a un gorrión, ¿darás harina a un ratón?

—Sí, tía.

—Así me gusta, nene; que obedezcas a tu tía.

Y, empuñando a su sobrino por un brazo, doña Purgatorio subió las escaleras del sótano dando resoplidos.

LA JUERGA RUSA

Forrado de cordero hasta los párpados, monto en una troika y me dirijo a la vodkería «El Mar Negro está de luto».

—¡Atontado! —insulta el troikista dando un frenazo, para no atropellar a un lobo viejecito que cruza la calzada distraído.

Nieva. Con cada copo se podría llenar una copa. En el parque, unas niñas juegan a comiditas con carámbanos y cantan a coro.

Al pasar el Volga me dijo el remero: las rusas bonitas cruzan en trineo...

Llego a la vodkería congelado, y en el guardarropa me hacen la respiración artificial. Reacciono por fin y paso a correrme la rica juerga. ¡Qué fúnebre está el salón! Muchas almas esclavas gimen amargamente, mientras un bajo profundo canta un lamento para mondarse de llanto. ¡Cómo me voy a divertir, diablovich! Me siento ante una mesa, desabrocho mis pieles para que no se ahogue mi alma eslava, y llamo a un camarero.

—¿Qué puedo beber? —le pregunto esquivando un látigo que chasca alegremente a dos centímetros de mi oreja.

—¡«Nitchewo»! —me dice él, encogiéndose de hombros con pena infinita.

Poco experto en brebajes pintorescos, encargo un «nitchewo» con sifón. Amortiguado por el sollozo del *maître* se arrastra hasta mis oídos el tañido de una balalaika. ¿Quién la tañe, káskaras? ¡Ah!: la tañe Tamara, enjuta enclenque que deleita a la parroquia. Tamara es la desanimadora del local. ¡Con qué salero desanima a los juerguistas que desean pasarlo mal! Todas sus canciones ante el micrófono son celebradas con fuertes lagrimadas de la concurrencia.

Me traen un porrón de vodka. La bebida es tan fuerte que la sirve un bombero preparado para sofocar las llamas del estómago. Unos mujiks, que han iniciado la juerga en una mesa vecina, se ponen unos gorros de papel negro con esta simpática inscripción: «R.I.P.». ¡Qué delicioso mal rato están pasando! Tras la desanimadora, actúa una plañidera vestida con mortaja de lentejuelas color malva. El vodka comienza a hacerme efecto. Me voy desanimando poco a poco, y recuerdo divertidos episodios de mi vida: a mi abuelo, allá en la estepa, lo crio una loba; pero cuando lo tuvo completamente criado, se lo comió.

El humo del tabaco, unido al que produce la combustión de tejidos celulares por el vodka, forma una espesa nube sobre nuestros gorros de oveja negra. Unas empleadas del local, con trajes de viudas, se sientan en las mesas de los parroquianos para recibir pésames. Alguien abre una ventana y entra un chorrito de Volga. ¡Al fin me hace el efecto el alcohol, y empiezo a ver la vida de color morado! Pensamos en la estepa, porque es muy quisquillosa si se olvida uno de ella, y le damos al alma eslava con una fusta en el morro. Grandes suspiros, capaces de inflar un zepelín, brotan de nuestro pecho acongojado.

Un individuo, borracho, sin duda, suelta de pronto una carcajada sonora y contagiosa. ¡Qué nota de mal gusto!

¡Ese imbécil nos ha estropeado la juerga!

EL «COCO».

DONCELLA. — Señora: acaba de llegar el coco, que se come a los niños que duermen poco.

SEÑORA. — ¡A buenas horas! Parece que los cocos no quieren ganar dinero. Se les avisa para que recojan un niño urgente, y vienen cuando se les antoja.

DONCELLA. — ¿Cuál es el niño que tiene que llevarse?

SEÑORA. — El pequeño ese, que llora como si tuviera una tripa rota.

DONCELLA. — ¿Quiere la señora que se lo envuelva en un paquete?

SEÑORA. — No hace falta. Supongo que traerá saco. Pero hágale pasar. Si no le ajusto el precio, me cobrará una barbaridad.

DONCELLA (asomándose a la puerta). — Tenga la bondad de pasar, coco.

COCO (entrando, con la gorra en la mano). — Con permiso.

SEÑORA. — Estoy muy disgustada con usted. Como siga siendo tan informal, tendré que cambiar de coco.

COCO. — No es culpa mía. Como ha habido dos fiestas seguidas, se me han acumulado muchos niños.

SEÑORA. — Pero yo soy clienta antigua y merezco cierta consideración. No es la primera criatura que se lleva usted de esta casa.

COCO. — Es que se me ha despedido el aprendiz y solo no doy abasto. Pero no volverá a ocurrir. (Abriendo el saco). ¿Dónde está el género?

SEÑORA. — Durmiendo. Estuvo berreando hasta las mil y monas. Pero en vista de que usted no venía, recurrí a un soporífero.

COCO. — Nunca es tarde si el niño no es bueno. Me lo llevaré dormido y todo.

SEÑORA. — ¿Cuánto me va a cobrar?

COCO. — Depende de lo que pese el niño.

SEÑORA. — Pesará una porquería, figúrese. Es el último niño que he tenido, y no estaba yo para muchos trotes.

COCO. — Por ser para usted, me lo llevaré por catorce pesetas.

SEÑORA. — ¡Qué barbaridad! ¡Ni que fuera una pianola!

COCO. — No encontrará usted un coco más barato en todo el barrio.

SEÑORA. — ¿Cómo que no? Puedo llamar por teléfono para que me manden un «Cocofón». Por llevarse tres niños, solo cobran cuatro duros.

COCO. — Siendo un lote, siempre sale más económico. Pero por uno suelto, la tarifa es esa.

SEÑORA. — Nada, nada. Llamaré a cualquier mozo de cuerda. Al fin y al cabo son tan feos como usted, y con un duro se quedan tan contentos.

COCO. — Tenga en cuenta la señora que es un sexto piso. Y como el portero no deja bajar niños en el ascensor...

SEÑORA. — Bueno, lléveselo, no sea que empiece a berrear. ¡Doncella!, ponga unos papeles en el pasillo para que el coco no me estropee la cera con sus patazas.

COCO (retirándose). — Voy por el género.

SEÑORA. — Que usted lo asuste bien.

COCO. — Para eso estamos, señora.

«SNOBISMO». DEL PALADAR

(La escena representa un comedor, con comensales por todos los rincones. Entra una criada para todo con una fuente de patatas cocidas).

VIZCONDE (sirviéndose con fruición varias patatas cocidas). — Estas patatas cocidas me recuerdan a París. ¡Cómo cuecen las patatas en París, queridos! En «Prunier» las hierven en jugo de melón, luego las sacan con una gamuza, y las sirven en copa de helado con una nuez que no esté demasiado moscada.

BARONESA (haciendo un guiño a la criada para que le sirva más patatas cocidas). — ¿Y no han probado ustedes el «jamón partí por la mitá», que preparan en el restaurante de Bruselas «Para flamencos nosotros»? ¡Holalá, queridos! Cuando pides el jamón, te llevan a una pocilga que tienen en el sótano para que elijas el cerdo que más te guste. Después lo matan delante de tus narices, le sacan el jamón, y con lo que sobra del cerdo te hacen una tacita de caldo muy concentrado.

ANFITRIÓN (aconsejando a la criada por lo bajo que calcule bien. No sea que él, por ser el último, se quede sin patatas cocidas). — ¿Han comido alguna vez ostras húngaras con jarabe de pomelo? ¡Exquisitas, queridos!

CONDE (masticando ávidamente una gruesa patata cocida). — Yo soy muy exigente para las ostras. Solo me gustan las de Arcachón, pulverizadas con vino caliente y con una ramita de perejil en la boca. ¡Un sueño, queridos! Y si se añaden unas cucharadas de nata con picante, aumenta su succulencia.

DUQUESA (guardándose una patata en el bolso, para luego). — Pero donde estén las pulardas perigurdinas rellenas de apios dulces, que prepara un cocinerito manco en un sótano de la rue Cuacuá...

VIZCONDE (puliendo su plato con una miga de pan pinchada en el tenedor). — No hay placer comparable al de comerse una langosta aliñada con bilis de oveja. Me comí una en Cap d'Antibes, en el año treinta, y aún guardo el caparazón como recuerdo.

BARONESA. — ¿Y qué me dicen del filete de ballenato «menier» que cocinan en las costas normandas? Mi cocinero, que es francés por los cuatro costados, lo prepara de maravilla. Lo malo es que el ballenato escasea en nuestros prosaicos litorales. ¡Puáh!

ANFITRIÓN (liquidada su porción de patatas cocidas, bebe su copa de vino a granel). — Todavía me quedan algunas botellas de un delicioso

«Chambertín» del año doce. Como son unas botellas tan buenas, les he puesto un corcho nuevo y me sirven para guardar el aceite.

CONDE (patata va, patata viene). — Para vinos, los franceses.

DUQUESA (ídem). — Para faisanes, los griegos.

VIZCONDE (ídem). — Para patos, los bretones.

BARONESA (ídem). — Para salsas, los ingleses.

ANFITRIÓN (imponiendo silencio con una campanilla). — El que quiera más patatas, que levante el dedo.

(Todos los comensales levantan el dedo como un solo hombre, y continúan hablando de oropéndolas a la crema, de perdices rellenas con pétalos de tulipán, de vinos viejísimos que murieron hace siglos en el interior de las botellas...).

CONSPIRADORES

(Laescena representa un grupo de viejos conspiradores, conspirando en una callejuela sórdida).

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — A ver si hoy conspiramos de prisita, que está la noche fresca y no he traído bufanda.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — ¡Esta costumbre idiota de conspirar en mitad de la callejuela!... Con lo bien que conspiraríamos en un café, con una copa de anís delante.

VIEJO CONSPIRADOR TERCERO. — No sea usted reaccionario, don Dimas; siempre se ha conspirado así. Bastante hacemos consintiéndole que conspire con gabán, en vez de capa como todos los demás.

CRIADA (acercándose al grupo). — De parte de don Antonio que no le esperen hoy a conspirar, porque se ha quedado en cama con anginas.

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — ¡Vaya! Dígale que ya nos arreglaremos sin él, y que tome zumo de limón.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — Eso es lo que debí hacer yo esta noche: acostarme. Tengo un amago de reuma en la rodilla izquierda...

VIEJO CONSPIRADOR TERCERO. — Hay que sacrificarse por la causa, amiguitos.

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — ¿Por qué causa?

VIEJO CONSPIRADOR TERCERO. — Por la causa en general.

CRIADA. — Me dijo don Antonio que si necesitan ustedes colocar algún petardo, que me lo den a mí. Yo misma lo pondré mañana al ir a la compra.

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — Pues no sería mala idea poner algún petardo.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — No. Pero ¿a quién se lo ponemos?

VIEJO CONSPIRADOR TERCERO. — Eso es lo de menos. Un petardo le sienta bien a cualquiera.

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO (a la criada). — Pues tome usted estas dos pesetas, y nos compra mañana en el mercado un petardo bien gordo.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — Eso: y que lo ponga a la puerta de algún garaje, que es donde suenan más. (La criada hace un mutis de cuerpo entero).

POLICÍA (acercándose al grupo, bonachón). — ¿Qué? ¿Conspirando un ratito?

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — Pues, sí, un poco.

POLICÍA. — Deberían meterse dentro de algún portal. Sopla un viento de aúpa.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — El deber es el deber.

POLICÍA. — ¡Claro, claro! Pero por mí no se preocupen; yo haré la vista gorda.

VIEJO CONSPIRADOR TERCERO. — Es usted muy amable, pero no podemos.

POLICÍA. — Los compadezco, pobres hijos: ¡toda la noche conspira que te conspira, y a la intemperie!

VIEJO CONSPIRADOR PRIMERO. — Hoy nos retiraremos tempranito.

POLICÍA. — Pues me marcho a seguir vigilando los alrededores.

VIEJO CONSPIRADOR SEGUNDO. — Adiós. Y que tenga buena ronda.

POLICÍA. — Lo mismo digo: buena conspiración.

BANQUETE FRUSTRADO

Cuando todos los asistentes al banquete habían ocupado sus puestos y desdoblado las servilletas, se levantó el presidente de la comisión organizadora.

—Señores —dijo—, hoy es un día memorable, que todos recordaremos con emoción. Nos hemos reunido aquí para...

Y el presidente de la comisión organizadora se interrumpió confuso, pues había olvidado lo que tenía que decir. Hubo una pausa de silencio embarazoso.

—Nos hemos reunido aquí, para... para... —repitió tratando de ganar tiempo, mientras oprimía su memoria.

Los comensales se movieron inquietos en sus sillas, mirando de reojo las fuentes de entremeses que sostenían los camareros.

—¿Para qué? —gritó impaciente un comensal, mordisqueando con apetito su panecillo.

—Pues para... —empezó a decir el presidente de la comisión organizadora, sudando frío. Pero no puedo seguir.

—¿Para comernos unos pollos? —sugirió uno.

—¿Para tomarnos unas copas? —le ayudó otro.

—No, no... —balbució el presidente.

—Quizá nos hayamos reunido porque a alguno le han nombrado doctor «*honoris causa*». Es un caso frecuente.

—Tampoco.

—¡Ya está! —saltó otro—. ¡Para celebrar el aniversario del descubrimiento de América!

—¡Imposible! —rebatía un erudito—. América se descubrió en octubre, y estamos en febrero.

—¿Y no sería para festejar mi cumpleaños? —deslizó otro tímidamente—. Hoy cumpla cincuenta y seis...

—Lo siento —le desilusionó el presidente—, pero no es ese el motivo.

—Puede que sea para homenajear a don Dionisio Sastrelete —aventuró un flaquito con peluca.

—¿Y quién diablos es ese don Dionisio? —tronó un gordinflón.

—El nuevo director de la Sociedad Protectora de Animales.

—Es de suponer que el banquete se lo darán los animales. Y no nosotros.

—Puede que estemos aquí para darnos una comilona, sencillamente.

—¡No, no! —protestaron los miembros de la comisión organizadora.

—¿Y no será para protestar contra algo? Hay gente que suele reunirse con esa intención.

—Para protestar no se dan banquetes, amiguito; se organizan manifestaciones.

—Entonces, no cabe duda: para festejar el santo de alguien. Podíamos mirar qué santos tocan hoy, y ver si alguno de nosotros se llama así...

—Tampoco, tampoco —repetía el presidente, palidísimo.

El consomé se enfriaba en las grandes soperas metálicas. Las fuentes de «Pechugas Villeroy» dejaron de humear. Los reunidos no podían reprimir bostezos de hambre.

—Yo propongo que vayamos comiendo —dijo uno—, mientras la comisión organizadora recuerda a la salud de quién lo hacemos.

—Eso no puede ser —protestó un abogado—. Es ridículo celebrar un banquete sin causa justificada. O nos dicen para qué demonio nos hemos reunido aquí, o no habrá banquete.

Los camareros permanecían inmóviles, con las fuentes de entremeses en sus brazos, esperando que se hiciera la oferta del banquete para empezar a servir.

—Lo lamento profundamente, señores —declaró por fin el presidente de la comisión organizadora—, pero no consigo recordar la razón de este banquete. Váyanse a sus casas y ya los convocaré cuando me acuerde.

Los reunidos se levantaron furiosos, y salieron del comedor mascullando insultos feroces contra la comisión organizadora.

CINE

UN CINE CON MENOS BARBAS

PARA que a un señor se le tolere que escriba sobre el cine, necesita reunir tres requisitos indispensables: haber visto «Varieté», saberse de memoria la ficha técnica de las primeras películas dirigidas por René Clair, y haber colaborado de algún modo, por indirecto que sea, en el rodaje de «El perro andaluz». Y si a esto se añade una amistad personal con los hermanos Lumière, miel sobre hojuelas.

Pero «Varieté», lo confieso con vergüenza, pasó por las pantallas sin que yo le echara la vista encima. Y mi incultura cinematográfica es tan gorda, que a veces confundo a René Clair con un modisto. Y el único perro andaluz que he conocido fue un fox-terrier de pelo duro, que se hospedaba en Sevilla en el mismo hotel que yo. Tampoco tuve la suerte de ser presentado a los hermanos Lumière, porque en aquella época estaba yo ocupadísimo organizando mi destete, y salía muy poco de la cuna.

Suplico, por tanto, a los eruditos del celuloide que perdonen estas calvas lamentables de mi formación pelicular y me dejen opinar humildemente sobre eso que los críticos aduladores llaman «el rumbo certero de nuestra cinematografía».

A mí me parece muy bien que se coja de vez en cuando la Historia del país, que se desempolva alguna gloria de las que más han dado que hablar, y que se meta bien prensadita en un film de hora y pico. Suele ocurrir generalmente que nuestras glorias son demasiado grandes para que quepan en un cine aún tan pequeño, y se corre el riesgo de que el público, al ver las epopeyas empequeñecidas por falta de elementos, comente: «Pues, hijo: eso de las Navas de Tolosa no fue para tanto». Pero lo que vale en estas cintas históricas es la intención, y no cabe duda de que la intención es buena.

Tampoco me parece mal que los directores busquen argumentos en las bibliotecas de sus abuelitas, pues sabido es que en los tiempos de aquellas excelentes señoras se criaban unas novelas estupendas, con cantos dorados y

todo. Esas novelas tan antiguas y tan finas, en las que los matrimonios se llaman de usted hasta que nace el primer hijo, contienen a la chita callando unas tragedias muy aparentes. Y como siempre sale en ellas algún balneario (bien el de Panticosa, o el de Cestona, o el de Marmolejo), proporcionan al director ocasión de matar dos pájaros de un tiro: rodar unos exteriores preciosos y hacer una cura de aguas para combatir una dolencia gástrica, hepática o nefrítica. Por otra parte, como en la época de Alarcón y sus compinches los hombres eran muy descuidadotes y llevaban una barba de tres años, se pueden contratar actores baratos y disfrazarlos de actores caros con unos cuantos pelos puestos con habilidad.

No discrepo del todo, como puede leerse, con estos dos géneros en los que nuestro cine ha obtenido sus éxitos más resonantes. Tan resonantes, que la vibración de algunos la han captado los sismógrafos de América Latina (nombre que suelen dar a Hispanoamérica los extranjeros envidiosos, para no reconocer que allí se habla el español).

Pero es hercúleo el trabajo que le cuesta a nuestro cine lograr una película medianeja, en la que el protagonista sea un muchacho sin pelos en la cara, sin corazas en el cuerpo y sin un caballo debajo. En cuanto el guión trata de un joven llamado Manolo, que vive en la calle de Hortaleza y se va en un «topolino» a bailar en una *boîte* con una chica, nuestras cámaras sudan tinta por todos sus engranajes. Y los resultados están a la vista, aunque en muchos casos más valdría que nadie pudiese verlos.

Es más fácil, desde luego, que un actor flojito cuele hablando estilo Cid Campeador, que al fin y al cabo sabe Dios cómo hablaría, que hablando estilo Pepe Domínguez al que oímos a diario en todas partes. «Tomo aqueste caballo para facer una diligencia a Vuesa Merced», se puede decir engolando de lo lindo; pero «Cojo este taxi para hacer un recado a Piluchi», no. Y es un poco tonto presumir de haber encontrado «el rumbo certero de nuestra cinematografía», mientras muchos actores sigan sacando un «Camel» de su petaca con los mismos aspavientos que si sacaran una tizona de su vaina.

ADIÓS A LA «ESPAÑOLADA».

La «españolada» se acerca a su ocaso. Vemos declinar, con pena, esa estirpe cinematográfica de rancio sabor hispano y linajuda prosapia celtibérica. A fuerza de perfeccionamientos técnicos, nuestro cine va perdiendo toda su personalidad. Llegará a ser tan bueno como el americano, con «encuadres» purísimos, «grúas» bien manejadas y *travellings* en los que la imagen no pegue brincos. Hasta puede que acabe, con los años, dando una

relativa sensación de realidad. Ganará prestigio y «oscares», pero perderá su principal encanto.

Eran simpáticas aquellas «españoladas» que cocíamos en nuestra propia casa. Eran buenas personas aquellos toreros zarrapastrosos, que movían los labios mucho antes de que sonara su voz. Se enternecía uno viendo los «interiores lujosos», a base de carritos para llevar el té como si fuera un niño. Admirábamos la tenacidad de esas actrices, que se hacían llamar «Linda» o «Estrella», pero que apestaban a «Paca» y «Petronila». ¡Pobres muchachas que no lograban ocultar su vernáculo tonillo cocineril, y aparecían maquilladas con palideces de cine mudo! Nunca olvidaremos sus ricitos de pelo pegados a las sienes con engrudo. Ni los mantones de las gitanas que de Manila solo tenían los rotos. Ni aquellos cortijos de cartón que temblaban hasta los cimientos cuando el actor de carácter daba un portazo. Los *partenaires* de aquellas Gretas sin garbo dialogaban con acento José Mojica y golpeaban mucho los cigarrillos en las tapas de sus petacas niqueladas. Y tenían elegancias de chófer en tarde de asueto.

Siempre tuvieron esas películas luz de aficionado que filma escenas de sus vacaciones. Los focos se ponían al buen tuntún, lográndose planos sorprendentes: la sombra de un árbol tapaba la nariz del galán y un manchón blanquecino abrasaba el torso del protagonista. ¡Y qué sonido caprichoso, que convertía en vozarrón la vocecilla de la joven pizpireta y atiplaba agudamente la de su padre! Las músicas sonaban a ese disco gangoso de Titta Rufo, que todos conservamos en casa porque no se acaba de romper.

¡Adiós, «españolada» candorosa, de la que nos burlábamos por cochino snobismo! ¡Adiós, película nacional, en la que la imagen y el sonido jamás se pusieron de acuerdo!: La técnica que plagiamos de América te arrincona; pero los que seguimos siendo recios espectadores celtíberos, siempre te consideraremos un hermoso pedazo de la Historia patria.

ENTREVISTA CON EL GRAN PRODUCTOR CINEMATOGRAFICO ERNESTINO FUENTESOPA

Encontramos a don Ernestino Fuentesopa sentado detrás de una cachimba de largo metraje.

—Cojan una silla —nos ofrece el factótum.

—Gracias —contestamos rechazando el obsequio—. Tenemos varias en casa.

Don Ernestino, que tanto jugo le ha sacado al celuloide, espera nuestro interrogatorio como gato panza arriba.

—¿Proyectos? —le decimos de pronto. Se lo hemos preguntado tan a quemarropa, que la americana se le chamusca por todas partes.

—Gracias a los productores como yo —comienza don Ernestino arrancando a su cachimba humaredas en tecnicolor—, el cine español está adquiriendo un rango de no te menees. Para que vean ustedes los esfuerzos que hago en pro de las cintas patrias, acabo de contratar al famoso galán norteamericano Churry Gurry, que será el protagonista de mi película musical «Desfile de reyes godos».

—¿Quién es ese Churry Gurry? —indagamos con las orejas tensas de curiosidad, pues nuestra cultura fílmica es muy escasa.

—Pero ¿es posible que no conozcan ustedes al eminente Churry Gurry? —nos compadece don Ernestino moviendo la cabeza de norte a sur—. Fue el protagonista de aquella sensacional película titulada «Obreros saliendo de una fábrica», que dirigieron los hermanos Lumière.

—¡Ah, sí! —recordamos dándonos un cachete en la frente—. Pero Churry Gurry debe tener ahora ochenta y cuatro años. ¿No resultará un poco maduro para hacer papeles de jovencito?

—No; poniéndole una capa gorda de pintura, un peluquín, un ojo que le falta, y cogiéndole un dobladillo en el cuero cabelludo para estirarle las arrugas de la cara, representará cinco años menos de los que en realidad tiene.

—Pero queremos recordar que Churry Gurry se retiró del cine hace treinta años, porque le habían cortado una pierna.

—Le cortaron las dos —puntualiza don Ernestino—. Pero no se notará apenas, porque le filmaremos de cintura para arriba. Y aunque tampoco puede hablar, pues la lengua se le abrasó en el célebre incendio de San Francisco, le doblará la voz Pepín Gutiérrez, muchacho que habla bastante bien el castellano y que solo me cobra treinta pesetas.

—¡Colosales auspicios para los elencos de nuestros filmes! —aullamos de alegría, lanzando al aire nuestras gorras.

Y don Ernestino Fuentesopa se esponja de satisfacción hasta tal punto, que llega a soltar un chorrillo de agua por la nariz.

Y dice a continuación:

—Siguiendo la táctica imperante de ir eliminando de los repartos a los artistas nacionales, que ya están tan vistos, estoy en tratos con la productora yanqui «Good Morning Pictures» para adquirir un saldo de actores y actrices usados, pero muy aparentes todavía. En el lote va incluido un sobrino de Tom Mix, que lo dan barato porque se partió una cadera al caerse de un caballo de su tío; una criada que sirvió dos meses en casa de Greta Garbo, y que algo se

le pegaría de su señorita; y una vieja que, vista de perfil, con los ojos entornados y con poca luz, recuerda un poco a Shirley Temple.

—¡Qué suntuoso se va a poner nuestro cinema! —susurramos a gritos—. Los estudios de Hollywood, al lado de los nuestros, van a parecer un garaje vacío.

—Pues esto no es nada —concluye don Ernestino Fuentesopa, bajando la voz con misterio para que no le oigan ni las ranas—: Acabo de hacerle una oferta a la «Metro», para ver si me cede su león...

«FULANITO FILMS». PRESENTA

El cine español podrá tener defectos; es posible que el sonido de alguna película salga tartaja, que en otra se le cuelen un par de toros al director, y que en casi todos los portazos suenen después de cerrarse las puertas. Pero en marcas de casas productoras y distribuidoras, le dejamos boquiabierto al propio Hollywood.

En esos pocos metros que prologan todas las películas, y que sirven para informar al público de quiénes fueron los señores gordos que pusieron el dinero para importarla o realizarla, el genio cinematográfico nacional ha hecho prodigios.

En cuanto un español rompe su hucha, o saca unas pesetas para película virgen a una anciana tía que también lo es, funda una productora de cine. Y cuando la tiene bien fundadita, manda rodar una marca muy ingeniosa para pegarla al principio de sus producciones.

Basada en el león de la veterana «Metro Goldwyn», se han inventado aquí muchas marcas de esas. En una sale un gato, de cuya tripa brota una cascada de letras que corren a componer, dando saltitos, el nombre de «Julepe Films». Con la misma técnica puede utilizarse una gallina que, en lugar del clásico huevo, ponga un letrero en el que se lea «Capricornio Supercintas». O un pez de cuya boca no salgan burbujas, sino la serpentina simbólica de la casa «Infratonical Producciones».

También el globo terráqueo es muy socorrido para estos menesteres. Se le pone girando con una banda por el ecuador, o quieto sobre una bandeja como una sandía, o muy a lo lejos para que se vaya acercando poco a poco. Son de mucho efecto las estrellitas que al reventar escupen letras, y las tiras de celuloide que se van enroscando a la vista del público hasta trazar la firma correspondiente. Y los puntos que vuelan como pelotas de «ping-pong» hasta colocarse sobre las «íes». Y los palitroques desperdigados que se agrupan pegando brincos para poner una cosa tan prosaica como «Sociedad

Anónima». Y los mapas de la Península Ibérica con un Quijote encima, de cuya boca va saliendo una larga solitaria blancuzca con el consabido letrado.

¡Deliciosas picardías del cinema! ¡Ingeniosísimas presentaciones, que con demasiada frecuencia son los únicos pedazos aprovechables de una película! Es raro que no se haya establecido todavía un premio anual de varios miles de duros para premiar la marca más meritoria. Porque hay algunas que, por el derroche de imaginación que suponen, bien valen diploma y dinero.

RECETA PARA PELÍCULA DE PROPAGANDA

Todos los bandos que se cascaron en la última guerra produjeron un sinfín de películas poniendo tibio a su enemigo correspondiente. Y a los neutrales nos las endilgaban por docenas. Pero el celuloide no es tan fácil como parece y, años después de firmados todos los armisticios imaginables, siguen llegándonos peliculitas con un pedazo de guerra dentro.

Para hacer estos «films» de propaganda (que debieron retirarse de la circulación el primer día de paz, por la mañana) se empleó, con ligerísimas variantes, el guión siguiente:

«Plano de un muchacho noblote y agraciado que viste el uniforme del país en que radica la casa productora. Panorámica del muchacho despidiéndose de una ciudadana lacrimosa, pues se marcha a la guerra en un tren lleno de tropa. Retratos de una guerra hecha en cartón: cañones que echan chispas por los ojos; bombas con truco que levantan en el suelo chorritos de tierra, y música de fondo a base de pegar garrotazos en el revés de una tinaja. Cuando se quiere dar la sensación de que la guerra se pone fea, el encargado de los “efectos especiales” grita: “¡bum!”, poniendo la mano en forma de bocina. Plano del muchacho noblote, que se ha puesto una cazuela de hierro en la cabeza para que no le piquen las metrallas. En estas escenas se les salpica el rostro con un poco de barro, con el fin de que el público se percate de que las trincheras no son hoteles de primera categoría. El muchacho noblote lleva una escopeta encima del hombro, por cuyo canuto salen balas al apretar una palanquita. Primer plano de una bala enemiga, que se mete en el cuerpo de un compañero del muchacho noblote. Escena de diez minutos, en la que el herido pone cara de dolor, como si le apretasen los zapatos, y acaba muriéndose estilo pajarito. Plano breve del muchacho noblote, que moquea de lástima. Plano de compatriotas del muchacho noblote, todos bonísimos, que escriben cartas a sus mamás y regalan el agua de sus cantimploras a los sedientos. Plano así de grande de una trompeta haciendo “¡tararí!”. Planos de soldados enemigos. Se eligen para estos papeles actores feos, a ser posible con

verrugas y carita de pérfidos, y se los retrata en posturas lo más sádicas posible. Más planos de los enemigos, que, de malísimos que son, pegan latigazos a sus padres en el paladar y se beben egoístamente el agua de sus cantimploras. Otro par de rollos con enemigos haciendo barrabasadas, tales como aplicar colillas encendidas en la nuca de los huérfanos y encender fogatas con cabellos blancos de señora anciana. Planos finales en los que los compatriotas del protagonista ganan la guerra por tres a cero. Apoteosis con el muchacho noblote, que, al regresar de la guerra con una pata menos, abraza a la ciudadana del principio, mientras suena una ensordecedora chundarata triunfal».

RECETA PARA PELÍCULA «HUMANA».

Plano de un pueblecito muy limpio, toda la gente es un pedazo de pan. Se ve la plazuela, la botica, una fuente que echa agua por la boca y un labriego que cacarea para saludar al nuevo día. Más planos del pueblecito, que se despereza: los vecinos se afeitan, las ovejas se peinan y los caballos hacen gárgaras. Cuando todos los habitantes están aseados, empiezan las arduas faenas cotidianas: desplumar gallinas y hacer manteca en una jofaina. Hecho esto, las mujeres tejen refajos en antiquísimas ruecas. Los hombres, peludos y fotogénicos, riegan los regadíos y secan los secanos con un trapo.

Toda la primera parte de la película está dedicada a explicar que en el pueblecito los habitantes se desayunan con un típico tazón de café mezclado con leche, amén de un churro fabricado en casa. Hay planos del alcalde, de la maestra, del carabinero y de unos golfos tan buenecitos que, en lugar de arrojar *pedruscos* a los transeúntes, les tiran migas de ensaimada. Como aquí todo el mundo se gana la vida con el sudor de la frente, se aprovecha para rodar muchos primeros planos de frentes que sudan. (Las gotitas de sudor brillando al sol son de mucho lucimiento para el cameraman).

El protagonista es un muchacho muy bruto, pero muy bueno, que se llama un nombre de pueblo: Pascasio, por ejemplo. Pascasio es propietario de una mula, a la que adora. Pascasio y la mula aran los campos. (La que ara verdaderamente es la mula; pero Pascasio va siempre detrás de ella, y parece que ara también). La protagonista conviene que sea una joven sana y sin afeites, con la nariz brillante y un delantal. Siempre está haciendo la colada. (La colada es una cosa que se hace en los pueblos con mucha agua). Planos de la colada, vista por todas partes. Esta señorita atiende por un equivalente anglosajón de Fuencisla. Pascasio y Fuencisla se quieren. ¡Original enredo del argumento! Plano de Pascasio sonriendo, enseñándole los dientes a Fuencisla.

Plano de Fuencisla, viceversa, con una nube al fondo. Llega la época de la matanza, para que se luzca el cameraman retratando cerdos de perfil. Pero como en el pueblo todos son tan buenos, en vez de matar del todo a los cerdos, solo les chupan un poco la sangre.

Planos de que la cosa se va poniendo fea: Pascasio recibe de la ciudad un catálogo de tractores. ¡Malévolos aparatos modernos, que depravan a los candorosos villorrios! Tentado de poseer el diabólico artilugio, el muchacho pierde los estribos: vende su madre a unos saltimbanquis, y con el dinero que obtiene se compra un tractor. ¡Humana pugna entre el hombre de buen corazón y la frígida máquina! Desde que llega el tractor al pueblo la vida cambia: se despiertan todos los apetitos y se desatan bastantes pasiones haciendo de las suyas. El ruido del perverso tractor no deja dormir a los vecinos, los cuales se entregan a la bebida. La maestra, por culpa del tractor, se hace morfinómana. El boticario, influido por el tractor, abre una taberna. ¡Humanísima tragedia, provocada por un chisme mecánico que simboliza la vida moderna! Los peludos fotogénicos, a los que el cameraman ha sacado más planos que salchichas, se amotinan, van al garaje de Pascasio y queman el maléfico tractor. Los apetitos vuelven a dormirse y las pasiones vuelven a atarse. ¡Terminó el conflicto de hondísima raíz humana! Pascasio comprende que donde esté una mula fiel, que se quiten las máquinas. Se reconcilia con Fuencisla, se casan y se retratan al final de la película mirando un crepúsculo. Plano de un pajarito que pía. Plano de un campo con hierbas amarillas llenas de granos. Coro de pueblerinos que cantan cogidos por el talle. Y se acabó.

RECETA PARA PELÍCULA CON NIÑOS

Panorama de un pipiolo guapísimo, incubado en una cuna humilde. Planos de madraza con delantal sacudiendo mantas, cociendo tartas de manzana y sacando brillo a un bebé. Planos de un groserote leyendo periódicos, que es el padre de familia aunque no lo parezca. Fotogramas de vecinos bondadosos que se saludan desde sus jardines, pequeños como remiendos. El pueblo donde pasa esta majadería suele llamarse Forrester Hill, o cosa semejante.

El pipiolo protagonista se llama Bobby y tiene cara de lo mismo. Primer plano de Bobby, maquillado hasta los topes, para que las señoras del público puedan decir: «¡Qué riquín! ¡Tan pequeño y trabajando ya como un artista adulto! ¡Y tiene la edad de mi Manolo!».

La película consiste en que Bobby va a una escuela. ¡Originalísimo argumento, caracoles! En la escuela, el cameraman se despacha a su gusto retratando niños con pecas, niños gordinflas que hacen reír al verlos, y niños

con dientes mellados. Bobby es eso que en las películas dobladas se llama «un diablillo». Nunca se sabe las lecciones, pero realiza jocosísimas travesuras que estremecen de risa al espectador berzotas: tira perdigones al maestro valiéndose de una cánula apropiada, cuelga monigotes en las levitas del profesorado y llena de ranas el pupitre del primero de la clase. ¡Ingenioso mozuelo, rebimba! Como estas amables películas hechas con niños solo pretenden embrutecer deleitando, este primero de la clase es siempre un personaje cómico: lleva grandes gafas de carey, cuello de celuloide, y es el único chico con talento entre tanta bestia. Pero Bobby le pone zancadillas para que se caiga en los charcos, le aplasta sandías pochadas en la nariz y le pone tachuelas en el asiento. ¡Edificante pedagogía del cinema, que enseña a la población civil a burlarse del inteligente! Y para demostrar que ser listo importa un comino, al final de la película hay unos exámenes en los que suspenden al sabihondo, obteniendo el bruto de Bobby unas notas dignas del premio Nobel.

Para completar la longitud reglamentaria del film, planos de Bobby, que, como en el fondo es bueno, salva a dos viejas de ser mordidas por un caballo. Planos de Bobby, que le roba un puro a su papá, pues un truco infalible para hacer reír es filmar a un niño que fuma, se atraganta, tose y se mareta. Plano de un profesor simpático, que le dice a un niño malo una parrafada edificante.

Apoteosis final, a base de Bobby y sus amigos que marchan confiados hacia el futuro, con nubecillas al fondo. Todos entonan un himno con muchos «rataplanes» de tambor y pífano. Pero como en los estudios de doblaje hay bastante pereza mental, nadie se molesta en traducir la letra que cantan los chavales. Y el bonito himno no lo entiende ni su abuela.

RECETA PARA PELÍCULA ROMÁNTICA

Cartelitos preliminares en letra cursiva con rosas en los puntos de las «ies», encajes en el rabo de las «aes» y orquídeas en el ombligo de las «oes». Reguero musical de violines con unas cucharadas de arpa. Todo se funde como un azucarillo, y aparecen los consabidos caballos tirando del consabido tálburi. Plano de calle antigua, que se fabrica en serie para todos los Estudios del mundo. Señor con gorrita cómica paseando en bicicleta jocosamente de rueda gigante, para que el público se percate de que los tiempos adelantan. La cámara se iza con una cuerda hasta una ventana, llama con los nudillos en los cristales y se mete en el piso a retratar lo que pasa dentro. Lo malo es que dentro siempre pasa poco.

El argumento suelen componerlo algunas hermanas rebozadas en polvos de arroz, un padre viejales que morirá fatalmente en el tercer rollo, y una tía solterona que se escandaliza en cuanto ve un tobillo al cartero. A veces las hermanas empiezan la película teniendo mamá, pero la pierden en el metro dos mil. Raras son las producciones de este género en las que los padres de las «estrellas» llegan al final vivitos y coleando. Planos de grandes campanas de tela, en cuyo interior las mujeres se mueven como badajos. Planos de fanales con cupidos color de manteca. Cajas de rapé que, al ser abiertas, escupen una hebra de musiquilla dulzona.

Modelo de diálogo entre las hermanas, que son unas románticas que no se las salta Dumas (hijo):

Adelina. — ¡Oh, Magnolia! Mi prometido Roberto, el de los ojos que echan llamas, debe partir en la fragata del jueves para ponerse al frente del aserradero mecánico que instaló su tío Adalberto en el Canadá.

Magnolia. — Siendo como eres una romántica de pro, tú debes partir en pos.

Adelina. — ¡En pos, en pos! Se dice fácil, rica. Temo las murmuraciones del «Casino para Señoras Vegetarianas y Otras Hierbas», sito en esta localidad.

Magnolia. — Al diablo esas cotorras, ¿quieres? Lo primordial es el amorío.

Adelina. — ¿Y cómo le sentará la noticia a nuestro anciano padre, cuya ciática le balda en los meses con erre?

Magnolia. — Le sentará como un puntapié en la sien. Pero ya le pondremos unas sanguijuelas, para que se descongestione.

Adelina. — Pues adiós, hermana. Cuando llegue al Canadá, te pondré un mensaje con paloma de urgencia.

Plano de fragata, con grandes palos de los que cuelgan muchas sábanas tendidas. Planos de agua movida a cucharón, para que la tempestad no cueste un pico. Plano de varios escorbutos cogidos de la mano, metiéndose por la boca de Roberto al grito de «¡Uhhh!». Largo plano de Roberto fallecido, durante el cual el actor tiene que contener la respiración hasta que se hinchan las venas de la frente.

Rollo dedicado a lágrimas, lutos, suspiros y ojeras. Adelina vuelve a su casa en una fragata que alquila por horas, y no encuentra ni raspa de familia: el que no murió de bacilo, murió de seta venenosa. Su hermana Magnolia, como cobra menos que ella, murió hace tres rollos atropellada por el tílburí

del principio. Se comprende que tanto tÍlburi en un estudio, no puede ser bueno.

Planos de Adelina succionando sus mejillas para parecer macilenta. Plano de flores marchitas y de frutas pochadas. Plano de una hoja seca temblando en la rama de un árbol. Soplido del ayudante del director, para que el pedúnculo se desprenda y vuele la hoja haciendo bonito. Campanario que hace «tilín», y letrero que pone *the fin*.

RECETA DEL «INDIO FERNÁNDEZ». PARA HACER PELÍCULAS

Se pone un monóculo de cristal ahumado en el ojo de la cámara, para que el cielo salga de color de chocolate y las nubes muy grisáceas. Se zapatea uno los andurriales de Jalisco, buscando un poblado indígena donde el sol pegue de perfil y saque a las cosas unas sombras largas. Se retrata todo procurando que la cámara nunca esté derecha, pues así dirían los entendidos que se le ha echado mucho arte al asunto. Luego se busca cualquier drama rural un poco aparente, se le pone una música de fondo más bien folklórica, y a dar vueltas al manubrio de la cámara.

Para obtener un protagonista adecuado, bastará darle una propina a cualquier manito de los contornos. No hay que quitarle de la piel ese cardenillo tan interesante que le sale a la gente cuando no se lava, pues sin esa pátina los protagonistas se quedan muy blancuzcos y pierden todo el arte. Conviene bautizarle con el nombre de Oscarsito y ponerle un sombrero de paja para que no le dé un tabardillo. Si no tuviera la ropa demasiado rota, se le rompe con unas tijeras para que se le vean los pelillos del tórax y compruebe el público que es un machito aborígen con todas las de la ley. Cuantos más rotos tenga en la ropa, más desgarrada resultará la película.

Como en toda historia entre machitos ha de haber mujeres de por medio, se contrata a una actriz guapetona. Hay que pagarle fuertes sumas, pues a las actrices no les gusta salir descalzas y envueltas en un trapo negro, única vestimenta permitida en esta clase de films. Por eso salen siempre con esas caras tan tristes y de mal humor, porque están deseando acabar su trabajo cuanto antes para calzarse y ponerse un vestido de lentejuelas que quite el hipo.

Con estos elementos se empieza por retratar un nenúfar —a ser posible con gotas de rocío en los pétalos— flotando en una charca. Oscarsito pasa por la orilla y le atiza al nenúfar una pedrada que lo hunde. Se le fotografían bien las narices a Oscarsito para que se note que es un macho lleno de pasiones. Las pasiones se le notan porque chirría los dientes en cuanto ve a la actriz del

trapo. Pueden intercalarse planos de surcos en la tierra, de viejas escupiendo maldiciones por un colmillo y de pimientos friéndose en una sartén. Tampoco viene mal alguna reyerta a contraluz, en la que Oscarsito le pegue al contrincante un tajo con una navaja que brille mucho. De este modo la cámara podrá captar un precioso plano de borbotón sanguíneo que brota de la panza del herido. Y malo será que no caiga algún premio de postín en la Bienale de Venecia.

Los planos de perros, caracterizados de sarnosos, también se llevan mucho. No debe faltar tampoco un sujeto cejijunto, más malo que la quina, que intente abusar de la actriz del trapo dándole un pellizco en la mejilla. Ello motivará que Oscarsito se amosque, como es costumbre en la región jaliscoña, dando ocasión a una serie de bofetadas a contraluz que resultan monísimas. Para dar tiempo a que los heridos se repongan y que las pasiones descansen un rato, puede meterse en mitad de la película la fiesta del pueblo, retratando los pies de las parejas bailando, y las cuerdas de las guitarras tocando. Hay que ingeniárselas para que el final sea amargo, matando a quien haga falta sin andarse con remilgos. O metiendo en la cárcel a Oscarsito por un quítame allá esas vidas. Lo importante es que la gente salga del cine con el corazón en un puño y que nadie crea que todo Jalisco es orégano.

RECETA PARA PELÍCULA DE «CINE-CLUB».

Título vanguardista, cuyo significado no lo entiende ni la más avispada tía. Elenco de actorcillos desconocidos, entre los que se pesca el nombre de una actriz, que entonces empezaba y que luego sonó mucho en la madurez. Nombre del operador acabado en «oski» o cualquier otra terminación eslava. Fondo musical que bien pudiera ser de Ravel o pelmazo equivalente. Estrías amarillentas en el celuloide envejecido, como si la imagen pasara por un peine. Cortes frecuentes, que se reparan a toda prisa con frasquito de acetona. Decorados en cartón granulado para dar sensación de piedra. Maquillajes palidísimos, con labios negros como el betún, y faldas de una longitud que ya no está de moda.

Aparece una agradable callejuela sórdida, con adoquinado desigual sobre el que traquetea la rueda de un carro. Farol de gas apoyado en una esquina con la cabeza encendida. Primer plano de un cubo de basura, por el que se asoma perezosamente una cáscara de huevo. El tomavistas se cuele en un portal, y sube por la escalera retratando todos los peldaños, cosa que siempre satisface al cineasta con intelecto. Cuarto de techo abuhardillado, con tragaluz

por el que se ve un papel oscuro con estrellas pintadas. Panorámica de la protagonista lavándose los dientes.

Público. — Esta es la famosa Fefy Peperton. ¡Qué jovencita estaba entonces la condenada! ¡Y qué peinado tan chistoso lleva! Ahora debe de tener setenta años, y continúa haciendo estos papelitos de jovencita.

Audaz planote de la boca de la protagonista haciendo gárgaras. Entra una especie de apache, que la derriba de un tortazo. Ojos de la protagonista, de los que brota el llanto a chorros. Diálogo realista de mucha crudeza, que se consigue intercalando insultos y palabrotas tales como «tonto del bote», «¡caracoles!», «vete a freír calamares», «nanai», «pisaverde», etc. En vista de los malos tratos que recibe del fulano chulapo, la protagonista se toma una píldora de un venenejo que le presta una vecina. Plano de la píldora bajando por el tobogán de su garganta. Pero no le hace ningún efecto, pues se trata de un veneno barato. La protagonista sale a la calle, en busca de un río en el que chapuzarse para siempre. Planos de muchedumbre andando muy de prisa. Pies de la protagonista pisando charcos. Cabeza de caballo masticando zanahorias. Apache que fuma. Acordeón que toca. Sirena de barco que chifla. Planos de bobadas retratadas desde arriba, para que parezcan cosa con enjundia. La protagonista encuentra por fin un río, y se zambulle en él de un salto. Plano del agua que salpica. Plano del remolino que se forma. Plano de los peces que se la comen. Plano de una vesícula biliar en un garaje. Cartel que dice «Fin» con mucha filigrana.

El público sale diciendo que prefiere las majaderías de Esther Williams y Bob Hope. Pero los entendidos le dan un pellizco en un brazo, y el público calla, avergonzado de ser tan ignorante.

ANGELITOS NEGROS

No hay sábado sin sol ni película de Hollywood sin negros.

—A este guión le falta sabor —dicen los productores leyendo el trabajo del guionista.

—Le echaré unos cuantos negros para que no resulte soso.

Echar negros en una película es como añadir unas gotas de café a un vaso de leche insípida. Unos metros de negro, y el guiso cinematográfico queda en su punto. Es un ingrediente muy importante. (Quizás el defecto garrafal de nuestro «cine» sea que no filmamos suficientes negros).

Norteamérica nunca olvida este detalle. Si la acción transcurre en Nueva York, siempre hay un *cabaret* en el que aparece un barman negro. Rodando interiores se tiene ocasión de meter criados y doncellas de color de chocolate.

Y en las calles, o salen niños negros vendiendo periódicos, o limpiabotas y basureros de la misma raza. Fuera de las ciudades, la cámara capta cosecheros de algodón, peones de rancho de origen zulú, cocineras de grandes familias sudistas, guardabosques afrocubanos y cabañas con su tío Tom dentro.

Negros de frente, negros de perfil, negros que ríen, negros que cantan... Se les ha dado tantas vueltas, que trabajo le doy al cameraman si pretende retratarlos desde un ángulo original. Por eso, cuando algún realizador de audacia vanguardista omite deliberadamente los planos negroides, el público siente un desasosiego inexplicable. Hasta que comprende la causa, y exclama:

—¡Ya decía yo! Falta el número de los negritos.

Y la película fracasa.

Lo más empalagoso no es que los negros se repitan en todas las pantallas, sino el carácter de esta tribu fílmica. El lector habrá observado que todo negro de película es bonísimo. Verdaderos angelitos de ébano. Con sus voces melosas, que cambian las «ces» en «eses» y las «erres» en «eles» solo dicen frases que resplandecen de buen sentido: «En la vida, mi amita, hay que sel buenesitos pala que el buen Dios no se enfurezca». «Se puede tenel el pellejo osculo, pero la consciencia limpiecita». «Yo solo quielo vivil mientlas viva mi amo»... y el barman negro aconseja a los parroquianos que no se «embolachen, polque el vino llena la cabeza de malos demonios». Y las cocineras negras, que siempre han visto nacer a sus «quelidas amitas», lloran en cuanto un Charles Boyer cualquiera les hace una faena. Y los viejos mayordomos negros se ponen ante la pistola del «gangster» para que no mate a su amo, al que llaman «niño Bucky», «pequeño Johnny» y otros diminutivos cariñosos. Y los negros de los barrios humildes, en cuanto sale la luna, cantan salmos edificantes en las calles míseras. Y las lavanderas negras, mientras lavan ropa con espuma impoluta para que se luzca el fotógrafo, recitan aforismos cargados de sana sabiduría.

Estamos hasta la coronilla de esta negrería angelical. ¿Es que no hay negros malos, caramba? Nos gustaría ver, por variar, algún negro que descuartice gente con unas tijeras. O alguna «pincha» negra que envenene con setas a sus amos. O algún pistolero negro que ametralle a su familia; que también los habrá. Porque si los negros de América son tan angelitos como los pintan, que se marchen al cielo de una vez y se dejen de hacer cursilerías aquí abajo.

BARBAS, FANALES Y QUINQUÉS

Se han agotado, por lo visto, las combinaciones amorosas que pueden hacerse con señores y señoritas, para justificar una película. Desde los aspavientos mudos de «Perla Blanca», hasta los complejos sonoros de Bette Davis, a la cámara no se le ha escapado ni un lío de familia. Con desenlace feliz o desgraciado, en negro o technicolor, toda clase de individuos han tenido en la pantalla sus más y sus menos con alguna congénere. Yerno y cuñada, archiduque y costurera, jorobado y ama seca, fumista y emperatriz... Imposible formar parejas nuevas y ofrecer situaciones insólitas.

Pero al león de la «Metro» lo alimentan con sesos de guionista, y hay que reponer el vivero de ideas para que el negocio no se paralice. Y por los pelos, minutos antes de que la cinematografía mundial se fuese al garete, un astuto vislumbró las posibilidades del «fin de siglo». Y demostrado que el ochocientos es muy fotogénico, lo demás ha sido coser y cantar.

«Puesto que lo cursi sale tan bonito —decidieron las casas productoras—, repetiremos los argumentos ya conocidos, ambientándolos en la juventud de nuestras abuelas paternas».

Y eso se viene haciendo. Las películas de hoy son los mismos perros de ayer con distintos bozales. Planos que ya vimos con electricidad y falda corta, nos llegan de rebote con gas y miriñaque. El galán que el año treinta se presentaba en auto y con bombachos, aparece hoy en coche de caballos, con chistera y plastrón. Es impresionante lo que disimulan tres quinqués, colocados con cierta gracia en una historia estúpida. La patochada más atroz, con disfraz de barba y fanales, se traga sin pateo en el cine de más categoría. Las memeces de guionistas extenuados, bien rebozaditas en «fin de siglo», adquieren una ternura candorosa y antigua que arranca al espectador cataratas de lágrimas.

He aquí una breve lista de los planos usados con más frecuencia para lograr este *camouflage*, que convierte los engendros en chorros de oro para la taquilla:

Mano encendiendo un quinqué. Señor con barba y solapas pequeñas. Fanal con floripondio. Autoantiguo y grotesco, que provoca en el público carcajadas seguras. Traje de señora con lazos en el pompis. Sombrilla diminuta y pamelita gigantesca. Teléfono de manivela. Diligencia con caballos que sepan piafar. Relojes de pesas. Ancianas con cofia. Vecindonas detrás de los visillos. Gas. Más gas. Mucho gas. Tanto gas, que el día menos pensado aplicaremos una cerilla al gasómetro de los estudios para que todo ese *camouflage* ochocentista se vaya a freír algún espárrago.

ESO QUE LLAMAN «TECNICOLOR».

Hay que tener un poco de paciencia y resignarse a no explotar los inventos mientras estén en estado rudimentario. Que el inventor perfeccione su aparato antes de pregonarlo a los cuatro vientos, y el público se ahorrará muchas molestias.

Desde que se ideó el cine en colores, nuestras retinas están aguantando bofetada tras bofetada. No veo la necesidad de que el espectador tenga que sufrir las pruebas horrendas que de ese procedimiento se vienen haciendo con inapreciable mejoría hasta la fecha. Ni en las etiquetas de productos lácteos, con ser las más chillonas que recordamos, vimos nunca esos paisajes espeluznantes del tecnicolor. Las tarjetas postales, iluminadas a brazo, no llegaron jamás a falsear la tonalidad de la piel humana como esas películas en que las actrices son amarillentas y los actores cangrejos. El tecnicolor es la burla más sangrienta que puede hacerse a la Naturaleza. Es sacarle la lengua al arco iris y reírse de la Creación a mandíbula batiente.

Y, para colmo de desdichas, esos pasteles de celuloide se hacen con guiones muy endebles, que no pasan de puros pretextos para retratar colorines. Se elige siempre un clima algo exótico, cuyos habitantes puedan ir entrapajados vistosamente hasta la coronilla. Los decorados, exóticos también, se adornan con toldos a rayas, estanques con peces tornasolados y jardines con flores de todas clases. El caso es procurar que abunde el verde, el azul, el carmesí y el violeta. La protagonista debe tener la piel ocre y los ojos claros. Conviene emparejarla con un novio príncipe, pues ya se sabe que a los príncipes les encanta ponerse bragas color de helado, turbante de oro y blusas cobrizas. Ella ha de ser muy rica, porque así puede cambiarse de trapos en cada plano, obteniendo incesantes efectos cromáticos. Unos exteriores de selva o jardín, con alba o crepúsculo, vienen bien para lograr contraluces de calidad merengada. No deben faltar tampoco seis o siete números musicales, a base de niñas mayorcitas con pompones colorados en la frente, y orquesta negra en flautas amarillas y bufandas espinaca. Siempre hace bonito que alguien se haga una herida en el curso de la película, porque el tecnicolor se luce mucho retratando medio litro de sangre en un tórax bronceado. Y colorín, colorado, este «film» se ha terminado.

EL TURNO DE LOS VICIOS

El cine, siempre tan inquieto, continúa su paulatino descenso a las simas de la porquería humana. De las amables operetas con bosques de pantorrillas en todos los planos, bajó a los tarzanes ligeritos de ropa en plena selva. También los tarzanes tenían pantorrillas, pero ya no era lo mismo. Luego

fueron añadiéndose ingredientes dramáticos: primero, un enfermo leve, luego, un moribundo; más tarde, un par de cadáveres. Pero como la muerte, al fin y al cabo, es una cosa que le puede pasar a cualquiera, pronto pasó de moda, por ser asunto demasiado ñoño. Vino entonces la psicología a participar en los argumentos. Porque la psicología, sin ser mortal de necesidad, fastidia de lo lindo a sus víctimas. Y eso se pretende: que las agonías no sean tan breves como un tiro en la cabeza, para que al público le dure la diversión. Así surgió Bette Davis, con sus encantadores ojos de batracio. Y James Mason, que sabe hacerse intragable en todos los papeles que se le confían. Incluso Ingrid Bergman, tan guapa y tan sueca de por sí, tuvo que hacerse la tonta, la loca y la compleja. Pero a fuerza de dar vueltas a la manivela, se exprimió del todo el limón de la psicología. Y hubo que buscar platos más fuertes, que abrasaran el paladar espiritual del público.

—¿Qué haremos? —preguntaba el señor Metro a la señora Paramount, estrujándose ambos sus cerebros respectivos.

—Pues no lo sé —contestó la señora Paramount, preocupadísima—. Va a ser difícil encontrar porquerías superiores. Como no le demos un toquecito a la lepra y al cólera...

—¡Bah! Eso estaría bien para las sesiones infantiles —rechazó el señor Metro, dándole un terrón de azúcar a su león. Y de pronto, pegándose una soberana palmada en la frente, gritó—: ¡Ya está! ¡Podemos hacer películas de vicios!

—¿De qué vicios? —dijo la señora Paramount, un poco escandalizada.

—Pues de todos: del opio, del alcohol, del robo, de la gula...

—Tiene usted razón; pueden resultar unas películas muy simpáticas.

Y empezó la racha. Tendremos vicios para rato, porque este nuevo género resulta baratísimo: se elige un vicioso de la peor facha posible, y se le persigue con la cámara por los andurriales del hampa. Conviene que el individuo esté sucio y despeinado, para convencer a los espectadores de que el vicio no es *boccata di cardinale*.

Solo un vicio, hasta la fecha, ha quedado en el tintero: el tabaco. ¿Por qué no atacar también a la perversa nicotina, que atenaza desde hace siglos la garganta de la Humanidad? El mundo está lleno de tabacómanos, que fuman hasta convertir sus bronquios en una piltrafa abyecta. Contra esos desgraciados va dirigida mi película «Nicotina en el alma», cuya sinopsis van ustedes a conocer:

En la primera escena se oye toser copiosamente a una voz de fondo. Luego la voz de fondo dice:

—Todavía recuerdo con deleite los años de mi pubertad. (Plano de un deleite, charlando con una pubertad a la puerta de un colegio). Yo era entonces un vigoroso muchacho americano, enamorado de una chica imponente. Y ella solía decirme: «Yo también te amo a ti, querido, porque tu aparato respiratorio está en perfectas condiciones, ya que jamás entró por tu boca ni una bocanada de ese humo pernicioso llamado tabaco». Y yo decía: «Gracias a la fuerza de mis pulmones, vírgenes de toda nicotina, lograré ser en breve campeón de boxeo de los pesos mosca»... Pero un día nefasto, cuando regresaba con mis bronquios intachables a casa de mi mamá, me encontré con «el Pecas». (Plano de eso). «El Pecas» es un golfo oriundo de Cincinnati, que a fuerza de fumar ha caído en los más bajos estratos sociales. (Plano de unos estratos sociales, en cuclillas). «¡Hola, golfo! —le dije—. ¡Cómo se nota a simple vista que maltratas a tu pobre tráquea, por abusar del tabaco y otras hierbas!». Y él me replicó: «¿Por qué criticas el tabaco sin haberlo probado nunca? Te advierto que es riquísimo. ¿Quieres un pitillo?».

(Plano del «Pecas» sacando una petaca. Primer plano de la petaca, cuyos pitillos resplandecen tentadores. Plano del protagonista, que no quiere caer en la tentación y lucha consigo mismo. Pero, al fin, consigo mismo le da un puñetazo en la conciencia y cae: coge un cigarrillo, y «el Pecas» se lo enciende. La música de fondo hace «¡tachún, tachún!», para subrayar el dramatismo del momento. Se nota que esta secuencia va a traer su consecuencia).

PROTAGONISTA (Paladeando el humo). — Pues es bastante sabroso este hierbajo.

(Plano de las volutas de humo, dibujando en el aire alegorías macabras).

VOZ DE FONDO. — Desde entonces comenzó el inexorable declive de mi vida en general y de mi aparato respiratorio en particular. «El Pecas» continuó dándome pitillos que ensuciaban mi laringe virginal. La chica imponente, al saber mi vicio, dejó de amarme y puso pies en polvorosa. Comencé a toser, síntoma de que la nicotina hacía estragos en mi pleura. Mis dedos fueron tiñéndose de amarillo, como los dedos de los muertos. Quise boxear; pero, debilitado por el tabaco, me las daban todas en un carrillo. Quise trabajar en una oficina, pero me expulsaron pronto porque quemaba los documentos con los cigarrillos. Empecé a no afeitarme y a llevar desabrochado el cuello de la camisa, que es lo que suelen hacer todos los viciosos que salen en el cine. Pegué un poco a mi madre, cosa que da mucho ambiente cuando se es un vicioso de cuerpo entero, y robé el bolso a una vieja para comprar un paquete de «Camel». (Plano de un «Camel», con su joroba).

Una tos convulsiva se iba adueñando de mis entrañas. (Planos de vísceras chorreando nicotina). Un guardia piadoso, al oírme toser en la calle, me condujo a la consulta de un otorrinolaringólogo. Pero ya era tarde. (Plano del otorrinolaringólogo moviendo la cabeza compasivamente). ¡Mira lo que has hecho conmigo, tabaco!: ayer era un muchacho lleno de salud. Hoy soy un pobre vejete prematuro.

(Plano final, a base del protagonista pinchando colillas del suelo con un palito. Música que semeja una tos convulsiva. Colillas que bailan, cogidas de la mano, una marcha fúnebre. Humo de un puro que dibuja en el aire la palabra «FIN»).

CARTA ABIERTA A WALT DISNEY

Estimado míster:

Pocas cosas nos producen un deleite tan inmenso como contemplar las vivarachas peliculejas en colorines que usted hace. Su exquisito ratón repipi, su glorioso pato gruñón y la variada bichería que sale de su lápiz, humedecen de ternura nuestras retinas hasta hacerlas chorrear. Ha creado usted un mundillo de alimañas sonrientes que desatan la risa en el nene y el adulto, predisponiéndole a querer a los animales como si fueran sus mismísimos cuñados. Fue tan eficaz la propaganda hecha por usted en favor de toda la zoología, peces inclusive, que la gente acabará por hacerse vegetariana para respetar la vida de esos seres que usted pintó llenos de inocencia y virtudes. Si nosotros fuéramos animales, en el buen sentido de la palabra, le impondríamos una medalla cuajada de pedrería con esta inscripción: «A nuestro supremo abogado defensor. Los irracionales agradecidos». Porque usted, admirado míster, no solo humanizó a todo bicho viviente, sino que dotó a todas las especies de unas almitas infantiles deliciosas. Desde el elefante gordinflón a la garrapata flaquirucha, ninguna bestia alberga en su cerebrín una maldad realmente gorda. Nos ha presentado usted gallinas angelicales, que envolvían amorosamente a su huevo recién nacido en una toquilla de fino plumón. Y lombrices coquetuelas, largas como tripas, que guiñaban un ojo pizpireto a los gusanos de la fruta. Hasta cetáceos bonachones, con cara de señora gorda, que sonreían plácidamente con sus bocazas monstruosas viendo nadar a los pececillos a su alrededor. Usted, querido míster, convirtió en poéticos los idilios entre escarabajos, vistiendo a la escarabaja con una blusita de cretona estampada y poniéndole en su fea cabeza de negra ordinaria un sombrero rojo que la favorece un horror. Infraseres que reptan habitualmente por el submundo de los detritos, viven en el arte de usted una vida ideal que

jamás soñaron. Por no citar la deliciosa puerilidad de los pájaros, las chispeantes travesuras de sus lepóridos y el encanto de toda su fauna sin excepciones. Se necesita ser un genio, míster nuestro, para transformar en bocas que ríen las horrendas fauces de un caimán, o la abertura que deja una ostra entre sus valvas.

Y, sin embargo, ya ve usted lo que son las cosas: nosotros, con todos los respetos, pensamos que ha ido demasiado lejos en sus humanizaciones zoológicas. Hay muchísimos bicharracos que no merecen el honor que usted les hace. ¿No encuentra un poquito excesivo pintar a las arañas con unos ojazos negros seductores, trabajando en su tela como modistillas honestas y modosas? Nosotros, que somos tan tiernos como el lucero del alba, consideramos que las arañas solo se merecen ocho puntapiés en las ocho espinillas de sus ocho patas. Todo bicho que muerda, pique o hiera, debe ser expulsado del paraíso en tecnicolor que usted creó. Es falso retratar a la leona, tan bestia de por sí, conmoviéndose hasta el llanto porque uno de sus cachorros tiene el sarampión. Es falso ofrecernos un lobo malo, sí, pero tan ingenuo en el fondo que se deja engañar por tres cerditos —¿por qué no reconocerlo?— bastante zopencos. Es falso pintar un burro, cuyo nivel intelectual lo indica su propio nombre, con una mirada inteligente y un montón de libros debajo de un brazo. No nos engañemos, don Walt: cierto que hay muchos animales merecedores por su bondad y simpatía de que usted los utilice en sus retratos; pero reconozca que otros mejor estarían aplastaditos bajo un pedrusco de noventa y cuatro kilos. Reconozca que se le fue un poco la mano creando murciélagos monísimos, cuervos muy bien peinados y tigres como corderos. No lo vuelva a hacer, don Walt. No se lo merecen.

Y cuando, por exigencias del guión, tenga que sacar alguna fiera para que persiga al protagonista bueno, mátelas al final; porque hasta ahora ha sido usted tan benévolo, que solo castigó su maldad dándole un pescozón, o haciendo que se dé una pequeña mojadura al caer en un estanque.

¡Hay que ser menos tiquismiquis, hombre!

Y me despido de usted con un cariñoso «The end».

CURSILLO PARA ESPECTADORAS DE CINE

CONSEJOS PARA VER EL NOTICARIO

No explique a su amiga Pilingui, en voz alta, que los aviones a propulsión «a chorro» se llaman así porque los empujan con el chorro de una manguera.

En la consabida escena de la botadura, cuando un señor con chistera rompe una botella en el casco del barco, no exclame: «¡Qué pena desperdiciar el champaña! ¡Con lo rico que es!».

Cuando aparezcan en la pantalla reportajes de lluvias torrenciales, absténgase de hacerse la graciosa diciendo que se ha dejado el paraguas en casa.

Ríase mientras dura la noticia cómica, pero impida que sus carcajadas perduren en el curso de la dramática noticia siguiente.

No lance un burlesco «¡uuuuh!» cuando el pobre comentarista hilvane un chiste poco afortunado.

Al ver los *loopings* del aviador acrobático es superfluo que lance un gritito acompañado de este comentario: «¡Vaya un mareo!».

«¡Huy, cuánta agua!» no es precisamente una frase genial para subrayar la aparición en la pantalla de una inundación.

Si ya vio el Noticiero que se proyecta, absténgase de ser el trailer que anuncia con anticipación las noticias que irán apareciendo. Presumir de haber visto un Noticiero es, en la escala de las vanidades, la más ínfima y digna de seres microcéfalos.

Es innecesario que al acabar la proyección tararee los acordes finales que acompañan a los últimos fotogramas. Todos conocemos la melodía.

CONSEJOS PARA VER LA PELÍCULA-BASE

Eche un vistazo, aunque sea superficial, a los cartelitos preliminares con los nombres de cuantos colaboraron en la realización de la película. ¡Hay que ser humanos, mujer! Para usted no tendrá importancia que el bigote de Clark Gable lo haya peinado el peluquero Billy Smith; pero para Billy Smith es lo más importante de toda su vida. A usted le es igual que esa flauta que suena al fondo, en los momentos cumbres, la toque el profesor Stanislav Krevintskoya; pero el profesor Stanislav Krevintskoya ¡la ha tocado con tanta ilusión para que usted lo pase bien!... Su ruidoso diálogo con Pilingui, mientras pasan los letreros, es tan ofensivo como sonarse en un circo cuando están haciendo la presentación de los trapezistas.

Es prematuro calificar de «tostón» una película cuando solo se han visto sus veinte primeros metros. También la primera página del «Quijote» es algo lenta, y ¡hay que ver la de cosas ingeniosas que suceden después!

No se vengue de la película que le hizo llorar llamándola «dramón», ni rebaje de categoría lo que le hizo reír calificándola de «estupidez».

No haga pronósticos sobre el posible desenlace de la película. Si acierta, estropea la emoción de los espectadores que la rodean. Y si no acierta, estropea el buen concepto que puedan tener de su pequeña inteligencia.

Cuando oiga que un espectador dice: «¡Que se calle!», no se moleste en volver la cabeza como preguntando: «¿Es a mí?». Cállese sencillamente, porque, como es natural, es a usted a quien se lo dice.

Dios le dio unas piernas, y su papá unos zapatos, para que se marche del cine cuando la película no le agrade. Junto al aviso de «Rómpase el cristal en caso de incendio» se sobreentiende otro que dice: «Abandónese el local en caso de aburrimiento».

No se pase de lista en la escena de amor diciendo en voz alta: «Aquí han metido la tijera», o «se nota el corte». La picardía del público añade a veces situaciones que nunca se rodaron y pone escenas que la censura no quitó.

No critique la belleza de un galán si a su lado se sienta un Pepe miope, de evidente canijicie.

TEATRO

¿QUIERE USTED DEDICARSE AL TEATRO?

HE aquí las recetas tradicionales para encarnar, con éxito seguro, los personajes que barajan con más frecuencia nuestros autores:

Papel de nuevo rico. Corbata chistosa con ridículos lunares amarillos. Un brillante de guardarropía en cada dedo. Pronunciación chabacana, que se consigue sin dificultad intercalando en el diálogo la palabra paice.

Papel de marquesa: Gran camafeo en la región pectoral. Marcarse las venas con tinta estilográfica, para que resalte la sangre azul. Tomar el té sosteniendo el platito con una mano y la taza con la otra. Reservarse las frases de más envidia y citar lo más posible una finca muy prócer en Tomasajo del Infante.

Papel de palurdo: Ancha faja dividiendo el tórax del abdomen. Rascarse la cabeza en cada parlamento. Colorearse nariz y mejillas con pimentón, y entrar en escena con una boina puesta. Mencionar con frecuencia animales domésticos. Designar a la esposa con el remoquete de «parienta», y al bastón con el de «garrota».

Papel de niño: Traje azul marino, cuello de celuloide, guantes amarillos, sombrero gris perla y botines. Golpear fuertemente los cigarrillos contra la petaca antes de encenderlos. Pronunciación engolada a base de las palabras «prosapia», «jaca de polo», «bacará», «wagonlit», «martini», etcétera.

Papel de doncella: Cofia y dicharachos. Dominio de la conversación telefónica en todos sus aspectos. Pretensiones en el lenguaje, que ha de ser respondón y chismoso. Si la falda solo llega a la rodilla, más éxito.

Papel de mujer fatal: Boquilla larga, con un «Bubi» ardiendo en la punta. Sombrerón con copete de plumas. Sentarse cruzando las piernas y sonreír con mueca de asco. Mucha pintura en todos los rincones de la cara. Lucir pulseras de brillo sobre guantes negros con manopla hasta el codo. Reír sarcásticamente con voz de aduanero en los momentos cumbres. Pueden adornarse los hombros con las pieles de algún bicho costoso.

Papel de solterona: Gargantilla de encaje en el cuello y moño de pelo en la nuca. Mucho decir que los hombres son unos puercos. Voz cascada. Jaculatoria a flor de labio. Vestidos negruzcos, muy cerrados por los cuatro costados.

Papel de seductor: Abundancia de gomina en los cabellos. Indumentaria casquivana y juvenil, que se consigue con pantalones de franela gris y americanas de fantasía. Escenas de seducción achuchando a las actrices contra las paredes. Zapato de gamuza con suela de goma, a ser posible de artesanía. Hablar con el cigarrillo entre los labios. Cadenita de oro en la muñeca derecha. Decir mucho las palabras «pasión», «obsesión», «corazón» y «calefacción».

Papel de mayordomo: Basta con saber decir «señor». Rigidez absoluta, que se logra sin tropiezos amarrando una escoba entre los omóplatos.

Papel de deportista: Calzones de dril, pelota de «ping-pong» en la mano, y piel pintada con solución de «nescafé» para dar un aspecto de tueste solar. Moverse con brincos elásticos y sentarse poco.

REAPARECEN COMO ESPECTROS

Hay que poner grandes cerrojos en las puertas de los teatros para impedir las «reapariciones» —que son casi «resurrecciones»— de los viejos artistas.

Sostengamos, con fuertes cuotas mensuales, un rico Montepío que garantice a las glorias de nuestra escena una vejez principesca, para que no nos vengan con la historia de que necesitan reaparecer, al filo de los setenta, por falta de numerario. Tan inapelable y obligatoria como es la jubilación para el anciano minero, debe serlo para la soprano senecta. Si al rebasar una edad previamente establecida se prohíbe al perforador que baje al túnel carbonífero, hay que prohibir al cantante en las mismas condiciones que siga galleando en plena ópera.

Es desgarrador oír de nuevo las voces que fueron justamente famosas, pero esta vez con trémulos de debilidad y carraspeos seniles. Ojos llenos de fulgores y pestañas, que llenaron de pasión la juventud de nuestros mayores, volvemos a verlos hoy, pequeños y enrojecidos, entre párpados casi calvos y con lentes de armadura metálica. El regreso de estas grandes figuras, ruinosas ya, destruye la hermosa leyenda que habíamos tejido para colgarlas, jóvenes y en plenitud de facultades, en la percha mejor de nuestra memoria.

—¡Ah! —nos dice con nostalgia el espectador decrepito—. Pero ustedes no alcanzaron los tiempos de la cupletista Ester Téllez. ¡Ester! Su cintura no

era mayor que mi dedo meñique, y su cutis le daba sopas con honda al propio marfil.

Pero lo malo es que aquella Ester Téllez reaparece a los pocos días (haciendo un numerito en cualquier «Embrujo» o «Solera» de esos), destrozando de una pedrada la imagen que conservó el anciano espectador: el talle de la Ester actual ya no es como el meñique de nadie, a menos que existan monstruos con meñiques como toneles. Y el marfil de su cutis se ha quedado en mil arrugas. Y del collar perlino que era su dentadura solo queda el bramante que sujetó las perlas.

Si yo fuera poeta, pintaría con colores más vivos la decepción inmensa que sufren los admiradores de todas las Esteres Télleces, cuando reaparecen encorvadas, con vocecillas tenues como ecos; caminando a pasitos cortos, porque en cualquier momento puede fallarles una rodilla. Si yo fuera poeta diría: «¡Rosa que perfumaste mi primavera!: ocúltate al marchitar, porque me entristece ver tu invierno. Deja que guarde en mi memoria el esplendor de tus pétalos recién abiertos. Allí serás siempre joven, porque los recuerdos no envejecen nunca». Claro que, si yo fuera poeta, lo diría mejor; con frases menos vulgares y más convincentes.

VIVEROS DE FOLKLORIZACIÓN

Nuestro gozo en un pozo. La primera pata de gallo que aparezca en el cutis de Juanita Reina no marcará el ocaso inexorable del folklore. Ni la calvicie total de todos los jipadores que hoy están en candelerero. Ni la senectud de todas las «Niñas» que hoy visten con más lunares que un señor pecoso. Ni nada.

Algunos ingenuos, en la flor de la vida, creen que el folklore alcanza ahora la cúspide de su virulencia, y que pronto entrará en barrena. ¡Leve sonrisa compasiva ilumina nuestros labios! El folklore de hoy no es más que un nene; un nene sano y robusto que ha de crecer y folklorizar la Península entera. Dentro de noventa y siete generaciones, sí nuestras estadísticas particulares no fallan, España estará totalmente folklorizada. Con los ojos puestos en esta meta se han creado ya viveros de folklorización, de los que irán saliendo los flamencos del futuro. En estos viveros, con apariencia de compañías infantiles, se van adiestrando los embriones. Niños con el uso de razón fresco todavía hacen allí severos ejercicios de gimnasia de calé. Metidos en chaquetillas de adulto gitano, para que sus esqueletos vayan adquiriendo la adecuada complexión pinturera, son nutridos a base de mojama, por ser el alimento ideal para los músculos. Crecen entre palmas y

tacones, educando sus laringes pequeñas, de pájaro, en gorgoritos que hablan de señoras metidas entre rejas. Beben ya la manzanilla en dedales para ir culotando sus paladares con el fuego de los «colmaos».

¡La de folklore que les queda por delante a esos embriones, teniendo en cuenta que un ídolo folklórico normal vive artísticamente, por lo menos, sesenta y cuatro añitos! ¡La de taconazos que pueden darnos en el tímpano hasta que peinen canas! Estos viveros, cada día más numerosos, aseguran el suministro regular de técnicos en fandango y bulerías. La folklorización es inevitable, dado el gran porcentaje de niños prodigio que el jondo puede lanzar al mercado. Porque, salvo algún Pierino Gamba endémico, las otras ramas artísticas no son tan prolíferas en geniecillos.

Todos nuestros teatros se folklorizarán cuando estos gitanines tan salados sean unos hombres de pelo en pecho. A no ser que inventemos enseguida un sulfato especial que libre de esta filoxera los tablados españoles. Y entonces... ¡tururú!

«LA CARADURÁTULA».

Es innegable que nuestro teatro ha entrado en una fase de auge gordo. Casi todas las tablas de la capital tienen un andaluz encima. Y las que no tienen un andaluz, van a tenerlo de un momento a otro. Los empresarios se desviven por ofrecer novedades a la población civil, y tan pronto reponen un juguete chusco de los señores Maricastaña, como traducen a nuestra lengua materna sainetes de Sófocles y otros jóvenes autores de la antigüedad. Nuevas compañías, capitaneadas por glorias de nuestra escena que ya se distinguieron en la guerra de Cuba, hacen jiras triunfales hasta Pinto y Valdemoro, recaudando pesetas pingües. No nos faltan salas finas, donde se montan con boato esas obras que no las estrena ni su tía. En resumen: que el auge es pingüe para todos. Y al socaire de esta pingüez, brotan en el país planteles de artistas, que son verdaderas promesas para el día de pasado mañana.

Hoy, sin ir más lejos, me comunican de Molinejo del Pedrete (Cáceres), la formación de una compañía que actuará bajo el nombre de «La Caradurátula».

¡Cuánta solera tiene este nombre en nuestros escenarios! ¡Cuántas evocaciones trae a la memoria del viejo espectador! Ya en tiempos del Fénix español (de Lope; no de la compañía de seguros), existían varias agrupaciones llamadas «La Caradurátula», dedicadas a hacer sufrir a nuestros paisanos antiguos. Ya se hacían entonces hermosos fines de fiesta en los que los

«caradurátulos» recitaban la famosa poesía «El Parque de doña Juana la Loca». Ya, en fin, se había iniciado el auge antes aludido.

«La Caradurátula» de Molinejo, integrada por mozas y mozos dispuestos a todo, se propone dar una batalla campal en beneficio de la musa Talía. Tienen en cartera obras de Ibsen, pero no creemos que se atrevan a sacarlas.

¡No desanimarse, artistas en cierne! ¡Valor, «Caradurátula», y adelante!

LITERATURA

EL FILÓN DE LOS VIEJOS

PARA que la literatura se convierta en una renta fácil, es necesario que al escritor se le caiga el primer diente, se le pele lo más posible el cuero cabelludo y le balde un buen lumbago. ¡Plácida vejez, en la que puede explotar cómodamente el filón de sus recuerdos! ¡Cuántos temas entonces para componer bellas cuartillas! La memoria es un barril que el escritor va llenando con el caldo de su vida; luego los años dan solera al caldo, y el anciano hombre de letras ya puede abrir la espita poco a poco: cada gota que en su tiempo fue vulgar se ha convertido en una sabrosa anécdota añeja. Medio siglo tiene la virtud de patinar valiosamente cualquier pamema. Describir el «no sé qué» de la cupletista Pangolfa cuando debutó, estando la sujeta al borde del catafalco, es un tema que siempre instruye deleitando a las generaciones recién afeitadas.

«En la tertulia del café Chifligaita —escribe el senecto tan campante— nos alumbrábamos con gas porque todavía no se había inventado la luz eléctrica». O también: «Cuando yo conocí al tenor Fóscolo Tolete, que es hoy un gordinflas moreno repugnante, era un flaco rubito por el que se pirró más de una abonada al palco». Pequeños sucesos de la política principisecular, en la que siempre estaban metidos unos señores de pantalón estrecho que llamaban al comercio «el dios Mercurio», sirven al propecto para cobrar sus buenas pesetas. De todo pueden echar mano estos afortunados articulistas: de aquel catarrito que pescaron en el estreno de una ópera titulada «La archiduquesa tiene mucha mandanga»; de aquel besalamano que les envió el personaje que hoy tiene estatua; de aquella bolita de papel que, con una cerbatana, les lanzó a la nariz, en el colegio, el que luego fue gran almirante de la flota. Solo ellos pueden apuntarse el tanto de haber tomado soconuscos con señorones que dieron nombre a muchas calles de la capital. ¡Agradable método de ganarse la vida con la pluma sin gastar ni un centavo de imaginación!

Los pobres escritores con la infancia fresca todavía no podemos contar esas cosas retrospectivas tan jugosas. Lo más remoto que recordamos es haber visto a don Alfonso XIII en el tiro de pichón, o, a lo sumo, a Romanones paseando por la playa de Ondarreta. Y esas cosas las ha visto todo el mundo. Ni las actrices que admiramos en nuestra infancia han sufrido alteraciones físicas apreciables, pues ya entonces eran tan talluditas como ahora. Ni se han modificado las costumbres. Ni nada cambió lo suficiente para poder escribir sobre ello.

¡Qué maravilla cuando a mí también se me caiga un diente y me encorve bajo el peso de una ciática prócer! Ya no tendré que ganarme el pan y todo lo demás a fuerza de cerebro, sino que escribiré artículos facilones que empiecen así: «En mis tiempos, cuando el ilustre don Arturo Pomar no era más que un niño aficionado al ajedrez...». O también: «Cuando en mi juventud se retiró por primera vez la egregia actriz Fernanda Peces, que en estos días ha vuelto a la escena más fresca que una lechuga...». Todo lo que hoy es prosaico y normal se cargará de poesía con los años. Podré escribir con nostalgia de «aquel delicioso bar Chicote, lleno de evocaciones, que está a punto de desaparecer bajo la millonésima Sociedad de Seguros», de los tranvías eléctricos, del plexiglás, de «aquella bombita atómica que entonces nos parecía tan terrible, y ahora solo se emplea para dar sustos a los niños»... Podré decir que a los consagrados de entonces los conocí de noveles; que muchas mañanas me tomé un *gin-fizz* con Paco Cossío, y que el más temible crítico teatral de mi época se llamaba Marqueríe. Podré contar que a la eximia actriz doña Aurora Bautista, cuyo cuarto nieto acaba de nacer, la saludé una tarde en su camarín, cuando no era más que una simple aurorita que prometía mucho. Colocaré artículos hablando del periodismo en mis años mozos, citando a la Redacción de «La Codorniz», que entonces será tan viejecita como yo y se enternecerá al leerlos... Todo lo que hoy hago sin darle importancia y toda la gente a quien saludo como la cosa más natural del mundo, enriquecen, sin que yo me dé cuenta, el filón literario de mi vejez.

Pero mis dientes están firmes todavía y mi peluquero asegura que tengo pelo para rato. ¡Lástima que me falten tantos años para vivir tan ricamente de mi filón!

A LA CAZA DE HORRORES

Hoy todo se aprovecha. Para no despreciar la rica vena de sadismo que irriga algunas almas, continúan floreciendo en la literatura nuevos marquesitos de Sade. Buen pájaro de esta bandada es el señor Remarque, al

que nadie ha conseguido arrebatarse el ruban bleu de todos los campeonatos de pesimismo. Y como el plagio no se molesta en seleccionar modelos, con Remarque olfatean basuras una porción de discípulos aventajados.

Las pupilas de esta gente no aguantan el sol de la paz. En las tregüecitas de relativo bienestar que el mundo se concede entre dos bestialidades, encierran su pluma en un garaje y se aletargan. Su fantasía solo vuela en las noches de horror, cuando se chamuscan ciudades y conciencias. No se interesan por los hombres pacíficos que riegan su jardín, ni por los paisajes inocentes con pastoras virginales y vacas suizas. Odian las rutinas prósperas que enriquecen a los pueblos.

Los remarquianos corren a ocultarse cuando oyen reír a los hombres y cantar a las campanas. Detestan las plazas recoletas con fuentes y palomas, porque en ellas la paz llega a ser irritante. Pero se despabilan en cuanto soplan vientos adversos. De olfato superfino, captan el aroma del primer caldo de una guerra. Y allí se plantan con sus plumas ganchudas a chuparle toda la fea literatura que pueda tener dentro. En las guerras se proveen de cielos opacos, barro y dolores, para decorar sus libros. De las retaguardias hambrientas sacan esos protagonistas desgredados, con el espíritu hecho andrajos, que andan arrastrando los pies y se matan por un pepino. En la búsqueda de material para sus novelas examinan las camisas de los soldados hasta encontrar el piojo más gordo. Y lo sacan ufanos en un capítulo, citando minuciosamente el peso del bicho, su número de patas y su perímetro torácico. Admiten que una mujer sea guapa, pero le inoculan una enfermedad incurable para que no se haga demasiadas ilusiones. Soportan que en algún momento de sus libros salga el sol, pero lo tapan enseguida con un nubarrón hinchado de granizo. Dejan que la pareja central se ame, pero con la coletilla de «sin esperanza». Incluso toleran que cojan flores en un campo, a condición de que, al terminar el paseo, les pique un mosquito saturado de paludismo. Y cuando el mundo entra en caja de nuevo, sueltan sus libritos venenosos y se retiran a esperar otra ola de porquería.

Todos los demás preferimos pensar que las guerras son diabluras poco frecuentes y, por lo tanto, excusables. Y procuramos hacer la vista gorda. Y llenamos nuestros libros de ilusión, en lugar de meter en ellos pedazos de sargento. La ilusión, al menos, no mancha a quien la lee.

AUTOBIOGRAFÍAS

Los libros de memorias, los diarios íntimos y los prólogos autobiográficos siguen apasionando al público. A la gente le gusta meter la cuchara en las

vidas ajenas, y esta clase de literatura aplaca su apetito fisgón. Todo el que olvide cerrar la mirilla de su casa, verá el ojo de un vecino atisbando su *hall* desde la escalera. Todo el que abra de par en par la puerta de su mundo privado encontrará, por igual motivo, centenares de mirones dispuestos a curiosear el interior.

Tanto o más que la obra de un artista interesa saber cuántas horas duerme, con quién, y de qué color son sus pijamas. Personas que nunca supieron con seguridad si Pío Baroja era escultor, novelista o barítono, caen como moscas sobre sus tomos de recuerdos para averiguar el dinero que ganó, lo que piensa de sus contemporáneos y si en invierno se pone camiseta.

Cuando a un escritor no se le ocurre ninguna ficción original que mantenga por sí misma el interés de su auditorio, le queda el recurso de cubrir tres mil cuartillas en primera persona, desnudándose hasta donde le convenga. Y para apretarle bien las clavijas al éxito, su único trabajo será ceñirse a la fórmula inmutable: «Habla bien de ti mismo y echa pestes de los demás. Escupe todo lo biliosamente que puedas al mundo circundante, y ponte tantas coronas de laurel como pueda soportar tu frente. Coloca en tela de juicio el talento de tus colegas, aunque los admiremos en secreto, y añade puntos suspensivos cuando les aludas para que la gente piense lo peor. Si de una gloria nacional te atreves a opinar que es “un pelagatos de sesos flatulentos”, harás felices a los envidiosos, jaleadores de todas las burlas zafias que se hacen del triunfador. Si insultas al que te ayudó a ganar el pan y llamas amoral al santo; si sacas la lengua a tus maestros y afirmas que el “Quijote” es un latazo; si del que plagiaste dices que te plagió y del generoso que es un avaro; si, en fin, tiras tu bolita de barro contra un par de reputaciones inmaculadas, venderás más ediciones que rosquillas».

No han triunfado, que yo sepa, las memorias de ningún artista escritas con humildad, ensalzando a cuantos le rodearon y quitando méritos a su propia labor. «Habla mal y venderás» es un certero lema para el *ex libris*, de quienes se disponen a relatar su vida.

CUESTIÓN DE PAISAJE

Será difícil derrotar a la competencia del libro traducido. Nuestra novela vernácula tiene la vernaculez metida en los tuétanos. Nunca sale de terruños provincianos que todos conocemos. ¡Y luego se queja el escritor de que sus libros solo se utilizan para que los niños alcancen el teclado del piano!

Cuando un individuo machaca doce duros en la compra de un volumen, lo menos que puede pedir es que no le transporten a Cuenca. Y no es que

Cuenca esté mal; pero hay Cuencas en el mundo que están mejor. Leer una novela es evadirse y nadie se evade de Málaga para caer en Malagón.

Por el mismo precio, en cambio, cualquier Maugham de medio pelo le cuenta la misma tontería; pero la sitúa en un decorado exótico, la adereza con moscas y jaguares, y la hace vomitar en un hermoso buque. El resultado es el mismo: se casan. Pero el noviazgo es más rico en geografía. Un protagonista que se llame Manolo tiene poca aceptación, porque lo que sobran aquí son Manolos y los hay hasta en la sopa. Un Ronald rubiajo, sin embargo, por desgalichado que sea, despide siempre un tufillo novelero muy sugestivo.

Hay que dar un pasaporte a nuestra novelística, y mandarla por el mundo con un baúl vacío para que lo llene de paisajes.

Hay que importar protagonistas que se hospeden en el Gran Hotel Taj-Mahal y dejarse de pensiones en la calle de Apodaca.

Es inútil aspirar a la segunda edición si el libro no contiene unos gramos de Shanghai o un chorrito de Ganges. Menos bata de lunares y más sarong de Malasia. Menos campesino local bruto y más vampiro de Düsseldorf. Menos farías de peseta y más pipas de opio rubio. Menos calles y más *streets*. Una descripción fiel de Pamplona tiene menos emoción que una falsa de Calcuta. El Atlas debe ser la lectura predilecta del novelista. El éxito en nuestro país de escritores como Cecil Roberts no es más que ese: que él lleva al lector de viaje, sin divisas; que lo saca de La Habana y lo planta en Estambul; que le invita a tomar el té en el West End, y en la página siguiente lo zambulle en el Adriático.

—¡Oh, Gladys, te amo! —dice el personaje traducido. Pero lo dice en el Bósforo, sorbiendo un day-kiri.

—¡Oh, Felisa, te quiero! —dice el personaje nacional. Pero lo dice en el estanque del Retiro tomándose una caña de cerveza.

En esa diferencia de paisaje y bebida está el éxito del primero y el fracaso del segundo.

Y QUE SIGA EL NEGOCIO

Las guerras no compensan; para un cochino solar que se saca, ¡cuántos quebraderos de cabeza! El que realmente obtiene tajada de las guerras es el editor. Toda trifulca internacional trae consigo la desaparición de figuras históricas importantes, cuyas biografías suministran gruesos volúmenes de fácil venta.

Pero agotado por saturación el negocio biográfico, los editores lo ampliaron con mucho ingenio, descubriendo una mina en «los últimos días»

de cada pájaro de envergadura. A «Los últimos días de Fulano» sigue otro tomo, igual de gordo, con «Los últimos días de Mengano». Y como ni Fulano ni Mengano están ya entre nosotros para rectificar o desmentir las historias poco históricas que a su costa se urden, los autores de este género tan del gusto del público incluyen en sus textos lo que les parece.

Un libro de «últimos días» no requiere muchos datos, pues se limita a describir el par de semanas que precedió al fallecimiento del protagonista.

«Aquel jueves —empieza el folletinista histórico, con un aplomo asombroso— el gran Fulano solo se afeitó la mitad de la cara, pues las noticias del frente eran alarmantes. Fue al comedor y se desayunó con un pedazo de tomate, hecho insólito en un hombre de su apetito. Rechazó el café por hallarlo poco caliente, pero se guardó el terrón de azúcar para regalárselo a un mariscal amigo suyo, muy goloso. Después asomóse a la terraza, y, guiñando los ojos alternativamente, dijo a su ayudante: “Hoy pica el sol, Bernardo”. Y se fue al cuartel general a hacer un poco de guerra para entrar en calor».

Página a página, valiéndose de datos sueltos y no siempre exactos, el autor hilvana un novelón apasionante que eriza el cabello del oficinista sencillo. Es costumbre que el capítulo final de estos folletines recoja los últimos instantes del gran Fulano, y siempre los recoge sin ningún pudor. Incluso puede llegarse a dar forma gráfica al sonido de los estertores preagónicos para que la emoción sea más real. Algo así:

—¡Guf... glop... ajá... guf, guf...!

Se pone después la palabra «Fin», y se alcanza la quincuagésima edición en menos de seis meses.

Para desgracia del editor, la martingala de «los últimos días» se acaba también. No hay truco que cien años dure, y ya no quedan Fulanos ni Menganos de quienes hacer el productivo librito.

¿Quebrarán las editoriales ahora que han sacado el jugo a todo el sensacionalismo de la postguerra? Nada de eso, porque aquí estoy para brindarles una idea que vale millones.

Puesto que han descrito con éxito arrollador «los últimos días» de los peces gordos, que empiecen a lanzar «los primeros días» de las mismas figuras. El éxito se repetirá. Si de lo que se trata es de sacar a relucir los trapos sucios de los vencidos, más trapos sucios ensuciaron en sus primeras semanas de vida que en las últimas.

Me imagino ya las portadas en los escaparates, llameando colores de escándalo: «Los primeros días del gran Fulano. La verdad de su lactancia,

relatada por su ama seca, que estuvo allí. 60 pesetas».

Me figuro también el enfoque de los capítulos:

«El día 14 de enero, el gran Fulano cogió una rabieta espantosa. Ya mediado su primer mes de vida, comenzó a dibujarse el carácter voluntarioso del célebre lactante. Intentóse por todos los medios hacerle ingerir un biberón a base de papilla ligerita, mas el gran Fulano lo rechazó con esta sílaba, cargada de diplomacia: “¡Glu!”. Y una sombra de disgusto empañó los vivaces ojos del ilustre bebé; quizás en aquel instante empezó a echarle el ojo al Canal de Suez; o quizás aquella cabecita estaba cimentando las cláusulas para una futura alianza de potencias centroeuropeas... ¿Quién puede adivinar los pensamientos de un lactante genial, como este que el Destino había puesto en mis manos? Una hora después, la “chacha” entró en el aposento con un babero limpio...».

Y que siga el negocio, señores editores. El público, efectivamente, es a veces tan papanatas como ustedes se imaginan.

BASTA DE MITOLOGÍA

¿Cuándo se curarán los escritores de su manía mitológica? No hay colega con envidia que resista siete párrafos sin citar a algún tipejo griego. Cervantes, que ya no es ningún novel, tomó el pelo a sus contemporáneos que barajaban, al escribir, Agamenones y diosas. Pero la manía sigue en pie, y es inútil aspirar a la Academia de la Lengua si no se es un mitólogo pasable.

Y la Mitología, dicho sea con todos los respetos, no es más que una sarta de embustes sin gracia, emoción y belleza, que va siendo hora de arrinconar. Nunca estuve tan ocioso como para meterme entre pecho y espalda ese fárrago de leyendas sosas; pero he hojeado alguna vez un tomo de Mitología, encontrando en él historias memas de este calibre:

«Pérgola, hija de la diosa Medora, que tenía cabeza de langostino y piernas de grifo, roba el caracol mágico al gnomo Sandro. Confinada Pérgola en la gruta del centauro Arístides, que tenía cara de caballo y pantorrillas de bailarina, es amamantada por la oveja Crispula. Más Belusa, ninfa de los ungüentos, le hace beber hidromiel para convertirla en carabinero. Muerta Pérgola por el soplado del sátiro Galeno, su hijo Neraido pincha con un tridente al atlante Papecópuli y le arrebató sus zuecos alados. Pero Líparo, coronado rey de las lechugas por el burlón Falopio, le da muerte humedeciéndole las rodillas con veneno matagnomos. Ello le vale la amistad de las náyades y las iras de su hermanastro Fritón, dios de los lenguados. Líparo, embriagado por la gloria, se queda dormido bajo una viña. Y Fritón,

vengativo, lo estrangula con un pámpano. Desaparecido el hijastro de Pérgola, le sucede en el trono de los silfos el discóbolo Cenobio, enemigo de las arpas y de los medos. Embarca en una nave para cruzar el Mar Flamígero, y hete aquí que una tempestad le hace zozobrar. Cae Cenobio al fondo de las aguas, donde se alimenta de sirenas. (Una sirena constituye un almuerzo completo, por tener esas deidades el busto de carne, el abdomen de pescado y la cola de café y copa). Entretanto, Adolfo, dios de las pasas, convierte en oca al rapsoda Caneco para divertirse. Salvado Cenobio de las aguas por una tortuga de turismo, regala una zampoña a la ninfa Juanola, a condición de que le haga cosquillas en la planta del pie con una pluma del dragón de Ipselonia. Gripa, musa del apetito, seduce al dragón y lo convierte en borrego. Hecho lo cual anula el poder de Cenobio, que consistía en partir nueces con los dientes. Aburrido Piscis de dar vueltas en la pecera del dios Neptuno...».

Y etcétera, etcétera.

Eso es, poco más o menos, la famosa Mitología, donde beben citas miles de eruditos. Una historia no muy divertida, apta para dormir a los niños griegos de aquella época. Ni más, ni menos.

VÍSCERAS AL AIRE

Está visto que a la gente moderna no le gusta pasarlo bien. Uno esperaba, para compensar la racha de burradas auténticas, una literatura llena de evasiones a paraísos imaginarios de poesía. Pero el chasco ha sido imponente. El público pide realismo, y cuanto más crudo se lo sirvan, mejor. Todos los poetas, o se han casado con mujeres ricas para poder vivir, o publican novelas policíacas firmando con un seudónimo que suena a anglosajón. Hay escritores especializados en sacamantecas, y hay otros que husmean en los manicomios a la caza de cerebros puercos. Y en los últimos diez años no triunfó ni un solo libro limpio, con personajes de estatura normal y buenas descripciones de panoramas.

Una rama del realismo a la moda es la novela que encabeza su reparto de personajes con un médico. Munthe, Cronin y Van Der Meersch forman el trío que más empuje dio al género. No es extraño que, al calor de sus éxitos, cientos de escritores cultiven el mismo ambiente.

La receta para hacer una de estas novelas es sencilla: sobre el cañamazo de cualquier historia sentimental se borda un protagonista de buena facha que acaba de doctorarse en Medicina. Y se desarrolla el argumento con la misma técnica que si fuese ingeniero, abogado o perito electricista. Pero siendo

médico, el amor tiene ocasión de intercalar capitulillos quirúrgicos y anécdotas terapéuticas, que son las que apasionan al público.

Lo mismo que en las operetas se encajan rumbas y bailes chinos con pretextos ligerísimos, el escritor de esta clase escribe:

«Al día siguiente el doctor Talycual tuvo que hacer una traqueotomía después del aperitivo. Con mano firme empuñó el bisturí e hizo la incisión en el lugar exacto. Un chorro de sangre humedeció sus guantes de goma...».

Y se describe la traqueotomía con pelos y señales, sin omitir el número de pulsaciones del paciente, ni el balón de oxígeno, ni el sudor perlado la frente del cirujano. Se coge después al lector y se le mete en la herida, como en un pozo, se le pasea bien por la tráquea, se le enseñan los músculos y las vísceras, los vasos ligados con pinzas y el bosque blancuzco de los nervios exangües. Luego se le saca de allí, se sutura la herida cuidadosamente, y se continúa el argumento como si no hubiese sucedido nada. Diez páginas más adelante, el protagonista se enfrenta con una amputación de pierna, y el lector se complace en ver cómo saltan las esquirlas de fémur al ser atacadas por el serrucho. Sin omitir, claro está, las pulsaciones del paciente, ni el balón de oxígeno, etc.

Y así, alternando la historia con descripciones de apéndices, partos, úlceras y otras monerías, se reúnen en poco tiempo quinientas páginas de un realismo muy pocho.

Y el público comenta:

—Te recomiendo la novela «Cloroformo con bizcochos». Se ve uno por dentro con un realismo que espeluzna, chico. Y, además, por el mismo precio, te sacan más vísceras a relucir que en ninguna otra novela.

EL «ESPASA». EN BICICLETA

Sigue fresco como una lechuga el mito del Espasa. Millares de pobres hombres, por cuyos ojos no pasó jamás ni un línea de prosa potable, hipotecan la hijuela para adquirir esos mamotretos de lomo negro. En los despachos de «estilo español» (llamados así porque tienen un Quijote de hierro que sirve de pisapapeles) se construye una vitrina especial destinada a soportar esa tonelada y pico de cultura enciclopédica. Tener el Espasa completo, desde la «A» al último apéndice, es un timbrecito de gloria para frentes con menos de tres dedos.

Pero el Espasa no es tan sabio ni tan serio como cree el espasista. Y si alguien lo duda, que busque en los tomos de la «B» la palabra «bicicleta». El humorismo profesional, reunido en asamblea, no conseguirá decir de la

bicicleta perogrulladas más chistosas. Entresaco a continuación algunas solamente, en la seguridad de que el lector pasará un rato estupendo. Habla el Espasa:

«Es preciso, ante todo, que al que monta en bicicleta no tenga miedo a las caídas. Hay varios sistemas de montar: los más usados consisten en servirse del pedal; o mejor, montar teniendo la máquina entre piernas. Para apearse, algunos lo hacen por detrás y también apoyando el pie en una acera próxima».

«La máquina ha de conservarse limpia de polvo, barro y orín. El polvo se quita con un plumero; si hay barro, hay que lavar antes».

«Cuando se emprende una excursión en bicicleta, es necesario llevar consigo un farol, una bomba, un neumático, una camisa de dormir (de seda), medias y pañuelos, una camiseta, un revólver y un mapa. Es práctico llevar varios botones, y el dinero y el reloj en un cinturón, al cual se sujetará la pistola o el revólver».

«Montar en bicicleta es saludable a los neurasténicos, cuando se practica su ejercicio en el campo. El ciclista debe tomar alimentos de digestión fácil, evitar el uso del alcohol, tomando mejor caldo como estimulante, mezclado con extracto de carne. Cuando existe cansancio excesivo o agotamiento, el mejor remedio es el reposo tranquilo, como la siesta».

¿Para qué molestarnos en exprimir nuestro numen tratando de arrancarle ideas divertidas? ¿Para qué emborronar docenas de cuartillas en busca de la frase feliz que haga contraer los músculos irrisorios del lector? ¡Compremos a plazos un Espasa, que es una mina humorística con diamantes así de gordos!

NUEVAS PAPILAS LINGUALES

Puede que la Real Academia se levante un día de buen humor, y, después de chascar alegremente su lengua mayúscula, decida ocuparse en estas dos pequeñeces.

Urge poner en circulación unas cuantas palabras frescas, para uso del cineísta nacional. Mientras nuestros inmortales se matan decidiendo acepciones de palabras que nadie usa, don Cesáreo González suda tinta pronunciando sonidos tan distantes de su fonética galaica como *travelling*, *script*, *recording* y muchos más.

Hay que enviar un académico a Chamartín, con gastos de taxi pagados, para que anote en un gran bloc esa jerga técnica que pide a gritos una bonita traducción.

Hay que sacar la Lengua de su casa dorada, para que bañe a lametones los nuevos oficios de palabras impuras.

Tampoco estaría mal que la docta corporación compusiera modernas falsillas de lenguaje para uso de la burocracia oficial. Ahora que los hijos tutean a los padres, y que cualquier duquesa se deja llamar «Fefita» sin que se le caigan los ducados, resulta un poco excesivo el estilo de las instancias.

Que para pedir un mísero documento debamos «suplicar se sirva concedernos la gracia», suena demasiado a teatro de Lope.

¡Y ese lastimoso final de criada pueblerina escribiendo a su tío Pascasio: «... cuya vida guarde Dios muchos años»! ¡Y esa amanerado «reconocido espíritu de justicia de Usía Ilustrísima»! ¡Y ese ramplón «el abajo firmante»! ¡Y esa fea ristra de gerundios: «habiendo», «deseando», «exponiendo», «solicitando», «jeringando»!...

La tramitación de asuntos por vías estatales necesita fórmulas menos cursilonas y manidas. Siempre respetuosas, pero flexibles. Con una retórica más al uso, limpia, comercial y directa. Sencillas cartas en una sola hoja de papel de barba —¿para qué demonios sirve la otra del pliego?—. Una exposición concisa de lo que se pide, y una coba moderada. Para las despedidas tenemos un «le saluda atentamente» que no iría nada mal.

En todas estas menudencias tan necesarias podría ocuparse un académico jovencito, al que no se le haya subido la Lengua a la cabeza. Un académico despierto que brujulee por las calles, que observe las papilas que le faltan a la Lengua y las que conviene cambiar. Un académico, en fin, que no se pase su inmortalidad encerrado bajo el augusto paladar de la Academia.

PERIODISMO

RECETA PARA HACER UN PERIÓDICO DIARIO

(PLIEGOS color de envolver, con más tinta que un chipirón. La primera plana, de lejos, parece un cartelón de óptico para graduar la vista: letras muy gordas en la parte de arriba, y más pequeñas a medida que se baja. En las más gordas se lee que el planeta huele a chamusquina, y en las más flacas que las mejores camisetas termógenas las fabrica el señor Clip).

(Editorial en sitio visible, en el que se leen cosas así de severas:)

No podemos virgular el aspecto ambiental del concepto gargulino. Vamos estrofando sinoidos horizontales, al par que arraigan los ímpetus murrios en el lóbulo trivial. ¿Puede sincopar el truno su folgoria finfante? ¿Escualizan los lambertos su colosa cicatez? Alza el fárrago su maza sindicante, corticando parabienes al venturoso refaco.

Y viene el dilema al cátodo: ¿espatular los gremios? ¿Posponer el dicantolo a la tregua submarina? Pero alborea el díptico. La solapa del fornill apareja el tupitupi, engrosando el capitoste su pulmón de dividendos. ¿Cabe prestar oídos a la tronada empírica? Mejor será constreñir el sogatino, ampulando el torniquete del impuesto gorgotán. No es posible tripitizar sin festones de jaluque.

Sin desdoro para los machimbos, de probada contracapa, emergen de la vitualla los sinsabores pololos. Y hete aquí el pasturcio de la fungo. Rota la trevija, ¿no es más práctico el matraco?

Y conste que no pretendemos acusar de tete al chaparro. ¡No, no! Eso nunca. Pero hay que tener presente, ante todo, que los trinchas del decato no implican torrefacción.

(Un cuadrilátero negruzco, en el que se adivinan vagas sombras chinescas con este pie:)

Nuestro repórter gráfico ha captado el feliz momento en que don Dimas Matusa recibe un diploma por su interesante estudio titulado «Todos los negros toman café, efectivamente».

(Un texto, subiendo a mano derecha, en el que puede leerse a pocos ojos que se tengan:)

PREMIOS «CORDILLERA ORETANA».

Con objeto de fomentar el crecimiento de nuestras montañas, hoy tan canijas debido a la falta de cal y canto, la Asesoría de Cordilleras y Picachos convoca un concurso sujeto a las siguientes bases:

PRIMERA: Se concederá un premio de 20 000 pesetas al trabajo periodístico que diga que nuestras montañas son las más altas del globo, que todo eso del Everest son tonterías.

SEGUNDA: Se dará otro premio de menor cuantía al artículo que demuestre que nuestras montañas no están mal, pero qué parecerían más altas si llevarsen tacones.

TERCERA: Se dará una bofetada al imbécil que se atreva a sostener que nuestras montañas no levantan ni dos palmos del suelo.

CUARTA: Dado el carácter altamente instructivo de este concurso, se advierte a los participantes que las montañas son esos montones de tierra que tienen unos copos de nieve en la coronilla.

QUINTA: Todos los trabajos deben remitirse pegados con goma encima de un ladrillo, y atados con una cuerda para que no se escapen.

SEXTA: En sobre aparte, el concursante adjuntará un bonito lema en latín a base de «nobis» y «ultra».

SÉPTIMA: El plazo de admisión de recomendaciones expirará el mismo día de emitir el fallo.

(Un recuadrillo dedicado a un pobre avión despanzurrado).

(Párrafo de envidia en lugar destacado:)

Tras un largo período de incontinencia y frenesí, se despereza el desarrollo del fideo. Con suma complacencia dejamos que nuestras frentes se nimben por tan óptimo suceso. ¡Cuánto fideo marchito por la desidia de milenios, en los que nadie se preocupó del fideísmo! Sin fideo, los estratos y basamentos sociales languidecían...

(Aglomeración de señores que desean piso y venden cucharas a toda costa. Llamadas frenéticas de anises, que prometen goces infinitos a quien los cate. Poros de mujer que se destupen con cremas y masajes. Médicos que levantan el dedo recomendando frascos de caldos curativos).

(Un jeroglífico que dice: «NOTA PERRO BANDURRIA CASCANUECES, MENOS BEMOL NAVAJA Y “HACHE”. GIGANTE».

Y debajo: «¿Dónde guardó Jeremías el gusano que encontró su prima en el corazón del membrillo?»).

(Una errata en la que pone «doña Berza» en lugar de «doña Berta», para que el lector se ría).

Hágase un comentario diciendo que parece mentira que la gente sea tan bruta, que a ver si dejan de tirarse los trastos a la cabeza. Póngase el anuncio de un matacucarachas, en el que aparezcan varios coleópteros patas arriba con un espacio restante con noticias locales. La noticia local, como de costumbre, versará sobre los temas siguientes: un lobo baja de un monte y muerde a una oveja en un brazo; en una riña, Anastasio Regulete es pinchado con una navaja por un tal Baldomero; anciana atropellada por un ciclista que se da a la fuga; niño apellidado López está a punto de desnucarse al resbalar con una peladura de plátano, etc. Es conveniente pescar algún anuncio más, pues no todos los días bajan lobos de los montes ni se pinchan los parroquianos a la puerta de las tabernas.

RECETA PARA HACER ARTÍCULOS SERIOS

Para suavizar el áspero camino del novel que desee meter su pluma en los periódicos, he aquí una receta infalible para elaborar artículos serios:

Título sonoro, a ser posible con palabra esdrújula en el centro.

Primeras líneas muy brillantes. Hay que volcarse en ellas para que el lector se anime a seguir.

Un número romano de vez en cuando, a ser posible de varias cifras. Hay pocas cosas tan doctas como una galerada de imprenta en la que, al primer vistazo, se descubren esas «X» que quieren decir diez, y esas «V», que quieren decir cinco.

Un unito chiquitín, emparedado entre paréntesis y al final del trabajo una nota bibliográfica que diga poco más o menos: «(1). Cocoliso Patacón: “Historia antigua”. Capítulo LVII. Art. XV. Parr. Seg. Sic. Prim ed pap, jap». ¡Bello efecto el de algunas abreviaturas indescifrables!

Un punto y aparte hacia la mitad del artículo, para partir el ladrillo en dos y que sea más llevadero.

Cita de algún listo medieval, procurando que no sea muy conocido. No es preciso elegirlo mucho: basta que esté en castellano antiguo. Así: «Faremos agora lo que non podemos facer. ¡Y veredes, maguer, cómo fugen los cauallos!».

Está permitido hacer alguna frase ingeniosa, siempre que sea en latín y con letra bastardilla. ¡Para algo nos tiene que servir ese libro de Cicerón que

tenemos en casa!

Una anécdota que protagonicen personajes históricos muy severos. No debe ser graciosa, sino levemente irónica. Con esprit, que dicen los franceses.

Un dosecito entre paréntesis y la consabida nota al pie: «(2). Totó Matraco: “Incunables y otras hierbas”. Cat. de la Bibl. De Pr. en 4.º pap. Pep. pip. pop. pup. Véase “Los Felipes en su salsa”, del historiador de Lerele».

Alguna descripción de paisaje seco, para poder decir eso de «los árboles como manos sarmentosas». Si se citan flores, que sean raras y que huelan poco.

Otro punto y aparte, para que el lector descanse y pueda asomarse a la ventana a estirar los ojos.

Hay dos maneras de acabar, ambas muy lucidas: o poner «Como dijo el poeta» y copiar un versito adecuado al caso, o recurrir a la tradicional triquiñuela del latinajo contundente.

Por último se firma, y se pasa a cobrar cualquier día laborable, de nueve a una.

TÉCNICA DE LA INTERVIÚ A PERSONAJES ILUSTRES

En cuanto nos dicen que un extranjero ilustre ha caído en territorio nacional, los chicos de la Prensa galopamos al hotel donde se aloja y nos colamos en su habitación sobornando al camarero con una peseta. Esperamos a que el forastero ilustre salga de la ducha, y en cuanto asoma le hacemos la primera pregunta:

—¿Verdad que la Península Ibérica es preciosa, ilustre?

—*Ortová me siloi, tambú proni sprijen gorlova* —nos contesta el personaje en su lengua vernácula, pues no sabe ni papa de español.

—Debe de ser un sabio checoslovaco —decimos, pues no tenemos ni un pelo de políglotas—, y quiere decir que en la Península Ibérica derramó la Creación todos sus dones.

Apuntamos esta respuesta en un papel y urdimos otra pregunta:

—¿Qué le ha llamado más la atención en nuestra tierra, ilustre?

—*Toconba iclhneya pol, sarmatúa virgulen crestó. ¡Timpa, timpa! ¡Sáltraye goln! ¡Mecola fripe! ¡Timpa timpa!* —se explaya el personaje haciendo gestos y moviendo los brazos con angustia.

—Quiere dar a entender, indudablemente, que se ha quedado maravillado viendo la belleza de la mujer española, cuyos ojos de azabache y labios de coral, unidos al embrujo indiscutible de sus orejas nacaradas, dejan patitiesos a los forasteros nórdicos —interpretamos, pues su mímica es harto expresiva.

A continuación, el ilustre suele soltar un largo párrafo en su jerga particular, que bien pudiera ser el turco o el croata. Pero los avispados chicos de la Prensa no nos amilanamos: suponemos que está elogiando lo bien que pescamos el atún, lo bien que criamos el gusano de seda y lo ricas que están las gallinas que fabricamos. Dicho esto, le soltamos una pregunta ligeramente capciosa:

—Estamos convencidos de que el sol de España pica mucho más que el de su país, ¿verdad, ilustre?

Aguardamos su respuesta con mirada hosca, pues si dice que no, un buen sopapo no se lo quita nadie.

—Gurri, gurri —replica el turista con una mueca vaga.

—Ha tenido que decir que sí —traducimos los chicos de la Prensa—, porque si lo niega le quitamos la camisa y lo ponemos al sol tres horas para que se convenza de que pica.

Y después de una pausa que empleamos en urdir nuevas preguntas ingeniosas, le espetamos a bocajarro:

—¿Qué región española le gusta más?

El ilustre se encoge de hombros, pretendiendo convencernos de que no nos entiende ni palote.

—Tiene cara de que le ha gustado Andalucía, por sus vinos famosos en todo el orbe; y Galicia, por ser una región igual que Suiza, aunque algo más bajita —deducimos los chicos de la Prensa, mordiendo los lápices con frenesí para sacarles más punta.

—Podemos añadir que le gusta nuestra cocina —sugiere un chico de la Prensa espabiladísimo—; porque parece que este ilustre tiene buen diente.

Retratamos al ilustre de pie, sentado, decúbito supino y decúbito en cuclillas, y abandonamos la habitación mientras el personaje nos despide con estas conmovedoras palabras:

—*Sambro cúrtila, agreuyep colofa. Tupi tupi gordela, guitará fipayuy.*

¡Emocionante discursito, en el que muy lerdo hay que ser para no adivinar que el ilustre hace votos para la prosperidad de nuestros dos países!

ASTUCIA Y PUBLICIDAD

Desde que a la Prensa se le ocurrió el negocio de cobrarle cien pesetas a un fabricante por ensalzarle sus termosifones, la publicidad ha evolucionado mucho. En su infancia los anuncios fueron de un candor delicioso: recomendaban cachets para las jaquecas, avaladas por el dibujo de un doctor con el dedo tieso; o prometían pródigo desarrollo del torso a las canijas,

previa ingestión de hierbas machacadas por abates. Fue la época en que Rasurel vistió de acróbatas a nuestros abuelos, y en que se idearon las mordazas más ingeniosas para retener las hernias.

Pero de aquella candidez primitiva no queda ni los rabos. Una enmarañada técnica se ha ido formando en torno del anuncio, hasta convertirlo en una especie de arte menor. En América viven mejor los pintores publicitarios de envases que los retratistas de más fama. El agente de publicidad moderno estudia la «psicología del comprador», el «poder adquisitivo de las diversas clases sociales» y otras pamemas aún más complicadas.

Ya no basta con decir que el jabón «Mequetrefe» es el *summum* del jabonismo ni que buen estúpido será usted si no se apresura a comprar una trilladora marca «Renacuajo». Ahora los compradores amarran mucho las cuatro pesetitas que les quedan, y hay que hacer filigranas para persuadirlos de que las suelten. Con este fin se ha puesto en práctica lo que los entendidos llaman la «publicidad indirecta». Esto es: camuflar en el anuncio el objeto que desee anunciarse, cubriéndolo de adornos que no aluden a él para nada. Razón por la cual todos los periódicos están llenos de anuncios así de enigmáticos:

«Hoy, en el paraninfo de los ingenieros, pronunciará una conferencia el ilustre polígrafo Dionisio Trapote, sobre el tema “La idiosincrasia del elemento egocéntrico en el espíritu de la filosofía celular”. (Dibujito del polígrafo con una lengua luminosa de sabiduría sobre la calva)». Y debajo, en letra más menuda: «Hoy también, en los “Almacenes Frufrú”, se iniciará un apasionante saldo de camisetas»».

O también:

«Antes de que se inventara la luz eléctrica, el hombre tenía que alumbrarse con cochinos quinqués. Hasta que Thomas A. Edison, que era un señor muy mañoso, la inventó. (Grabado antiguo en el que aparece el inventor hurgando unas bombillas viejas)». Y a continuación: «Pero no crea usted que todo el progreso humano lo hizo Edison: también la “Casa Pancorbo” ha hecho lo suyo fabricando los succulentos chocolates “Perla de Jericó”».

Los anuncios de clima histórico gustan igualmente, y son fáciles de hacer: se pinta un Cristóbal Colón muy grande, rodeado de agua y brújulas. En la parte alta se pone un letrero que diga: «Colón descubrió América en 1492», pues esta noticia nunca pierde interés. Y en un rinconcito se coloca esta leyenda: «... Y en 1950 los “Laboratorios Probeta” han descubierto el masaje facial “Tres pelos”, que refresca el cutis más ardoroso».

Si el anuncio es de sidra, en la ilustración puede aparecer Newton viendo caer la famosa manzana; y si es de una pluma estilográfica, un retrato de Cervantes hace precioso.

¡Pero qué astutos son los técnicos de publicidad, madre mía!

DE LA POESÍA A LOS TOMATES

Norteamérica ha impuesto una escuela periodística descarnada y antipática, en la que un seso machacado tiene más valor que una metáfora. Antiguamente, los periódicos mandaban enviados especiales a las ruinas de Pompeya, a las nuevas salas de los museos y a las puestas de sol en los fiordos escandinavos. Y tenían redactores fijos en las ciudades donde el estallido de la primavera era particularmente hermoso. Y llegaron a pagar fotógrafos para que sorprendiesen la primera sonrisa de los tulipanes en Holanda.

Una política generalmente tranquila —dividida en grupos bastante liberales que se llaman «conservadores» y en grupos más bien conservadores que se llaman «liberales», facilitaba el desarrollo de corresponsalías impregnadas de buena literatura. Una exposición de rosas escocesas apasionaba más que el asesinato de un príncipe a sartenazos. El lector de entonces tenía la visión de una Alemania musical, poblada por sordos magníficos que tocaban el oboe. Francia, para él, era un gran jardín con estatuas en cueros bajo los árboles. Imaginaba una Europa bellísima, cubierta toda ella de inscripciones en latín y rebozada en la pátina de muchos siglos inteligentes.

—Hay que enviar un poeta a la orilla del Rin para que recoja los pormenores de la vendimia —sugería un director.

Los primeros teletipos que funcionaron transmitieron poesía. A los corresponsales en Italia les importó un pito todo aquel jaleo de Garibaldi, y escribieron de las góndolas venecianas, del Chianti tintorro y el Orvieto ambarino; y de las bahías, pequeñas como mordiscos, que rodean la isla de Capri.

Hoy, en cambio, cuando un enviado especial llega a su destino, su primera visita es al mercado.

—¿Cuánto vale aquí el kilo de tomates? —pregunta en un tenderete.

—Siete pipirigangas —replica el vendedor, suponiendo que la moneda indígena sea la pipiriganga.

—¿Y el arroz? ¿Y la manteca? ¿Y las patatas tempranas?...

Reunido este prosaico material, el periodista traduce las pipirigangas a la moneda de su país; y envía la crónica, que siempre obtiene un gran éxito.

—Pues aquí no podemos quejarnos —comenta al día siguiente una ama de casa en su tertulia—, porque en Pepurcia sin ir más lejos, dos sardinas cuestan un duro.

—¿Es posible? —cacarean las demás.

—Y tan posible. Lo he leído esta mañana en una crónica del corresponsal de Pepurcia.

—¡Pepurcia! —repite con nostalgia una viejecita, que vivió otras épocas más agradables—. ¿No es en Pepurcia donde hay un frontispicio románico que data del siglo ocho?

—No lo sé. Las crónicas de ahora solo hablan de sus tomates, de sus políticos y de sus navajazos.

Yo sé que todos los escritores que desempeñan corresponsalías se conmueven, como antaño, ante un pedrusco gótico. Pero el público pide porquerías, y porquerías hay que darle. Y a la torre de Pisa que la parta un rayo. Y a la Acrópolis de Atenas, que la zurzan.

«QUEJAS DEL ALCALDE».

He dicho en alguna ocasión, y lo repito por juzgarlo del máximo interés, que las «Quejas del vecindario» en la Prensa me parecen injustas. No es noble que los vecinos puedan arremeter contra sus alcaldes, y que estos, en cambio, tengan que tragarse las quejas que les inspiren sus vecinos. Ha de haber en este asunto una equitativa reciprocidad. Y esto solo puede conseguirse abriendo también en los periódicos una sección de «Quejas del alcalde», que sirva de contrapeso a las del vecindario y mantengan el equilibrio entre ambas partes. Cuando los periódicos sigan mi consejo, la nueva sección se honrará con cartas de este tipo:

«Señor director de “El Atardecer”.

»Muy señor mío:

»Soy alcalde de Pradocalvo, pueblecito sito en Castilla la Vieja, sin ofender, donde tiene usted su Ayuntamiento para lo que guste mandar. Es el caso, señor director, que desde hace mucho tiempo los señores vecinos de mi término municipal, campesinos en su mayoría, huelen a caballo. Yo comprendo que el vecindario huelen a caballo, pues en el campo abunda dicho animal y es lógico que sus efluvios se peguen a la ropa. Pero una cosa es oler un poco, y otra muy distinta, oler mucho. Y yo me pregunto: ¿No podría usted, señor director, rogar a quienes corresponda que se froten la piel con

agua para evitar en lo posible los aromas equinos? Yo sé que el vecindario de Pradocalvo sabrá hacerse cargo de mi súplica, pues es un vecindario de lo más sanitario que anda por ahí... En fin, señor director: que los vecinos tienen la palabra. Le saluda atentamente. Un alcalde con olfato».

«Señor director de “La Buena Voluntad”.

»Muy señor nuestro:

»Somos un grupo de alcaldes de bien que cumplimos puntualmente nuestros deberes alcalderiles: cobramos las multas que ponen los guardias, tiramos cohetes en las fiestas de los patronos, prometemos a cada momento que los tranvías serán bonitos, llevamos una vara en la mano por si los vecinos se ponen tontos, y nadie podrá decir que esta boca es nuestra. No obstante, señor director, venimos observando que el vecindario tira cáscaras de plátanos en las aceras, pinta monicacos con tiza en las paredes, entra en los cafés con el sombrero puesto y cruza las calles sin permiso cuando el guardia está distraído atándose un zapato. ¿Qué hacen los vecinos que no ponen coto a estos desmanes de sus ciudadanos? Hemos mandado poner, junto a las cáscaras caídas, un cartelito con esta inscripción: “No pisar. Peligro de golpe”. Hemos dado a los guardias una goma para que borren las paredes y hemos puesto un alambre en la puerta de los cafés, a la altura de la cabeza, para que al entrar los parroquianos tropiecen en él y se les quite el sombrero quieras o no. Más no podemos hacer, demontre. Quedan suyos y circunspectos. Unos alcaldes bien educados, a quienes molesta la grosería de ciertos vecindarios poco finos».

¡BASTA DE «RECETAS ÚTILES»!

No sabiendo cómo aprovechar las cadenas que habíamos quitado a los cafres esclavos, se las pusimos en los tobillos a nuestras esposas. ¡Pobres esclavas blancas, que soportan yugos de buey como la más vil de las zulúes! Nadie escribe una Cabaña del tío Tom, para defenderlas. Nadie se compadece de los verdugones morados que el hogar produce en sus pieles de blancura lechal. Es asombroso que el ama de casa soporte a pie firme tanta calamidad, y no se escale un buen día chapuzándose *motu proprio* en un puchero de sopa hirviente. El rato de ocio, que salpica y aligera la jornada laborable masculina, no cabe en su horario. Cada minuto de vida doméstica, tiene su correspondiente pejuguera. Cada resoplido nasal en un pañuelo, pone en marcha un proceso largo y activísimo de lavar, aclarar, tender, secar, humedecer y planchar, que dirige el ama de casa. Cada pausa en la supervisión del fregoteo se llena repasando los kilos de víveres para descubrir

posibles fraudes, o cociendo un rico postre con una guinda en la coronilla. Cada brinco del minuterero de su reloj, debe sorprenderla realizando alguna labor útil o práctica.

Y cuando estas pobres mujeres negras —del hollín de las cocinas— se desploman derrengadas en un sofá con los pies tan hinchados como los zapatones de un buzo, continúa su tortura: cogen cualquier publicación para refrescarse los sesos embotados por las cotizaciones del calabacín y la lechuga, pero al pasar las primeras hojas encuentran fatalmente una página dedicada a ellas. Cuando no es una sección de «consejos útiles», es una columna de «recetas prácticas». ¡Adiós recreo espiritual leyendo reportajes ñoños y literatura fofa! Allí está la llamada del deber en letra negrita, movilizándolo al ama de casa para que aprenda a quitar las manchas de alquitrán con un potingue de aguarrás y lanolina. Allí está un sugestivo dibujo invitándole a preparar unas gachas de vainilla con esas patatas cocidas que siempre sobran del día anterior. Allí la fórmula satánica para aprovechar el cachivache absurdo y arrinconado en el desván, y convertirlo en una galletera monísima que, sin la tapa, puede servir también para lavarle una pierna a un niño recién nacido.

Estas secciones crueles hostigan al ama de casa desde todos los rincones de la Prensa mundial, manteniéndola en tensión constante. ¿Por qué ensañarnos de ese modo con estas criaturas? ¿Por qué exigirles que todo lo que hagan sea útil y práctico? ¿Por qué no aliviarlas de sus agobiantes labores provechosas, aconsejándolas que hagan alguna vez cosillas inútiles y recetas que no sirvan para nada? Hay que evitar que las esposas se conviertan en chismes utilitarios, contrarrestando la propaganda desmoralizadora de las «Páginas para la mujer», con inteligentes secciones de consejos divertidos. Hay que espolear su imaginación creadora con recetas fantásticas, de cuyos resultados no pueda beneficiarse ningún marido tragón. Hay que enseñarlas a enredar una madeja de lana hasta hacerla inservible para cualquiera de esas labores en las que se llenan de dioptrías sus bellísimos ojos negros. Tienen que aprender a pasarse media hora batiendo un huevo, para tirarlo después por el desagüe del fregadero cuando esté a punto de nieve.

He aquí algunos ejemplos de «Recetas inútiles», cuya publicación debe iniciar la Prensa universal mañana mismo:

Mariposillas de tela.

Para librarse de una endemoniada vez de todos los retales que sobran al hacer cortinas, visillos y mantelerías, córtense con unas tijeras en pedacitos del tamaño de una mosca: Méntense los

pedacitos resultantes en un cesto, y láncese a puñados por la ventana más próxima. Obsérvese el bonito efecto de nevada multicolor que se obtendrá, y ríase del portero de su casa, que tendrá que barrerlos de la acera.

Quemaduras artísticas.

En una de esas sábanas tan grandes, de blancura tan monótona, coloque una plancha bien caliente y váyase al cine. Junto a la quemadura que encuentre al volver, coloque de nuevo la plancha y váyase otra vez al cine. Junto a la quemadura que encuentre al volver, coloque de nuevo la plancha y váyase otra vez al cine. Repita esta operación veintiséis veces y obtendrá en la sábana un cuadro bastante impresionante que podría llamarse «Pisadas de un caminante en la estepa cubierta de nieve».

Huesos de aceitunas decorados.

Compre varios kilos de aceitunas, y quíteles esa carncilla verdosa que tienen por encima para dejar los huesos desnuditos. Sumérjalos después en tintas de colores, y verá qué bonitos se ponen. Hecho esto, usted pensará que los huesos no le servirán para nada. Pero tampoco sirve para nada jugar al dominó, y el cretino de su esposo lo juega durante dos horas diarias. Y váyase lo uno por lo otro.

Labor de punto.

Compre tres ovillos muy gordos de lana colorada, agárrelos por el extremo de la hebra, y láncelos al suelo para que juegue con ellos el gato. Observará que dicho animal les da tres vueltas al derecho, cuatro al revés, un puntapié arriba y un mordisco abajo. Unas horas más tarde tendrá los ovillos devanados, al gato jadeando, y a usted muerta de risa.

EL JOVEN EXISTENCIALISTA (REPORTAJE).

Por típicos vericuetos del Barrio Latino, llamado así porque las casas están numeradas con números romanos, llego al domicilio del joven existencialista. ¡Acogedora mansarda, sapristi! Por un agujero de la pared cubierto con un cristal, que los parisienses llaman «fenêtre», se ven los tejados de París. ¡Bellos tejados que hacen pensar en Alejandro Dumas (hijo),

Víctor Hugo (padre) y Galerías Lafayette (almacenes)! Pasan gatos por los tejados diciendo: «¡Mió!», pues en francés la terminación «au» se pronuncia «o».

Encuentro al joven existencialista sentado en un canapé, vistiendo el uniforme reglamentario de estas juventudes filosóficas: amplio «jersey» de lana color de jugo gástrico y pantalón de ancha pernera en felpa desgachada. Completan el desgache del moderno joven unos pelos faciales sin rasurar, y una hirsuta melena despeinada con esmero.

—¿Puede explicarme el intrínquilis del existencialismo, tal como lo entienden los jóvenes como usted? —espeto al despabilado muchacho, que me escruta con ojillos impregnados de picardía filosófica.

Y el pequeño pensador me replica:

—El joven existencialista acepta un sistema filosófico que puede resumirse en este axioma: «Pienso, luego no me lavo».

—¡Axioma tremendo, que hace flaquear mi recia fe celtíbera en el jabón! —susurro tembloroso.

Y el joven existencialista, con despectiva mirada de idólatra, dice con un cinismo que me sobrecoge:

—Yo no creo en el jabón.

Sus palabras heréticas retumban en mi frente, cual pedrada en ojo de boticario.

—¡Hereje! —mascullo tragando saliva, mientras me aferro al asiento con uñas y dientes para no huir de la mansarda diabólica. Y confiando que algún rayo de luz iluminará su alma tenebrosa, pregunto—: ¿Y en el peine?; ¿cree usted en el peine?

Contengo el aliento aguardando la respuesta del adolescente incrédulo. ¿Creerá en el peine el púber de nuevo cuño?, ¿no creerá? Vísceras fundamentales me laten cual potros, y comprimo un grito de estupor cuando me dice:

—Tampoco creo en el peine. Hay otro axioma del joven existencialista que dice: «Si existo, ¿por qué voy a molestarme en ordenar metódicamente mis cabellos?».

—¡Anatema, anatema! —exclamo, sujetándome a una balaustrada, mientras el joven existencialista se desgreaña otro poco y se embadurna una oreja con barro para parecer más sucio.

—¿Y en las máquinas de afeitar? ¿Cree por lo menos en las máquinas de afeitar? —insisto, para darle un asidero de salvación.

—Las máquinas de afeitar son el oprobio del intelecto —responde altanero.

—Pero creará en las toallas, y en la piedra pómez, y en las esponjas, y en tantas cosas bellas que la inteligencia humana ha inventado para mantener el cuerpo limpito —remacho, terco.

Una estruendosa carcajada brota de los labios del perverso *garçon*.

—La higiene es una filfa —concluye—. O dicho en latín, que tanto nos gusta a los filósofos: «Higienem est puram filforum».

Y sacando un bote de sarro que guarda en una alacena, se embadurna los dientes. Huyo de la mansarda, lamentando que esta disolvente filosofía haga perder a la juventud la fe en el jabón y en el peine. ¿Adónde iremos a parar, olalá?

EL VIEJO FILÓSOFO (REPORTAJE).

El despacho del viejo filósofo rezuma cultura: varios silogismos de colores nadan en una pecera, con tatuajes latinos en el lomo. En un pedestal, vemos una muela de Schopenhauer clavada en un tarugo de corcho. Todas las paredes están forradas de libros gordos, de esos que se emplean para que los niños alcancen sin dificultad al plato de sopa en la mesa del comedor. ¡Cuánto detalle erudito!

El viejo filósofo está sentado en un taburete, en cuyas patas pueden leerse el alfabeto griego sin ninguna dificultad. Profundas arrugas surcan su frontispicio, evidenciando que el ilustre piensa que se las pela.

—¡Olé el talento! —le decimos a guisa de saludo—. ¿Desea usted decir algo a la Prensa?

—Con mucho gusto —nos replica, pelando un axioma con una navaja—. La filosofía, como las fajas de cauchotela, necesitan un poco de publicidad para que los compradores piquen.

—¿Quiere usted contarnos los últimos pensamientos profundos que le han salido de los sesos? —suplicamos jadeantes, dispuestos a bebernos sus palabras como si fueran copas de anís.

Y el viejo filósofo, acariciando el lomo de un libro de Kant que se acerca a lamerle las manos, empieza su letanía de pensamientos profundos:

—Si está el hombre circunscrito al cosmos, es innegable que el cosmos circunscribe al hombre.

—No le llame hombre: llámele homo —suplicamos, en modesto alarde de erudición.

—Homo es vida. Vida es homo. Vida y homo, a la inversa, son muerte —sentencia el individuo.

Un resuello de gozo hincha nuestras narices. Pero ¡qué masa encefálica, retrueque!

—No puede inhibirse el ego sin la duplicidad del arfo —remacha el sabiote—. Lo cual equivale a posponer el plinium espiritual, en beneficio del empalme.

Reprimimos un gorgorito de asombro ante tan nítida filosofía, y nos avergonzamos de ser unos tontos que solo piensan en el número de teléfono de Paquita.

—Hegel decía: «Hace más daño un mazazo que quince papirotazos» —prosigue el superdotado, sin dar reposo a su bien torneada lengua—. Y Fichte añadió: «La vida es un chorrito que fluye por la tubería del tiempo».

Nos pasmamos ante la envidia de ambas citas, y tenemos que despasmarnos a cachetes. El viejo filósofo arruga el ceño bruscamente, y aprisiona en un pliegue de su frente a una mosca que se le había posado. Luego nos mira con bonachonería, se compadece de que seamos tan estúpidos, y lanza un largo silbido por un colmillo. Surge presto un secretario, que le coloca un lápiz entre los dientes y un papel frente a la nariz.

—Yo —dice el viejo filósofo— escribo siempre con lápiz en la boca para que las ideas que plasmo estén más cerca del manantial que las produce. La mano es un intermediario demasiado distante entre el cerebro y el papel.

Feos empequeñecidos, cobardes y laminados por el peso de tanta sabiduría, abandonamos la mansión del viejo filósofo por el humilde agujero reservado al gato. ¡Qué orgullosas se pondrán nuestras mamás cuando sepan que estuvimos de cháchara con este coloso de las ideas!

DIRECTORCITO DE ORQUESTA (REPORTAJE).

Pepino Quisquilla, el prodigioso zangolotino que ha reventado tanto tímpano europeo, nos recibe en su cuarto de juguetes. ¡Genial mocosito, que solo juega con corcheas de trapo y semifusas de cartón! Al vernos entrar coge su batuta y nos pega un batutazo en el peroné. ¡Inteligente travesura de diablillo superdotado! Pepino no es un niño corriente, de esos que andan sueltos por los parques. Una precoz barba negra, recortada en forma de babero, le cae en bucles infantiles hasta la cintura. Su carita, al sonreír, se llena de graciosas patas de gallo. Un vozarrón de pocero, reforzado por unos tos bronquial, le dan un asombroso parecido con aquel famoso Mozart que tocaba la flauta.

—Anda, Pepinito —le animan sus papás—, haz esa gracia que sabes con la Orquesta Sinfónica, para que te oigan estos señores.

Pepino se pone mañosito y coge una rabieta.

—Déjenlo, ¡pobre! —decimos nosotros poniendo cara de visita—. Ya hará su gracia otro día.

—¡Pero si nunca se hace de rogar! —dicen sus padres lanzando al remolón Quisquilla miradas furibundas—. La otra tarde bajaron las del ático a tomar té, y Pepinito dirigió la Sinfonía tan monín. Es según le da.

—Lo malo de los niños prodigio es que no pueden recitar «El Parque de María Luisa» como los niños normales —dice el papá—. A la gente le sabe a poco.

—¿Me dejas ir al Casino del Fomento Mercantil, mamá? —pregunta el niño, desarrugando el morrito.

—¿Has compuesto ya la sinfonía en siete tiempos que te encargó don Enrique?

—Sí. Y una ópera.

—Pues vete al Casino del Fomento Mercantil; pero que te acompañe la chacha —le dice su mamá, mientras Pepino coge su batuta y sale zumbando.

Al quedar solos, charlamos un rato con los papás del célebre Quisquilla.

—Los niños prodigio no dan más que disgustos. ¿Sabe usted lo que se le ocurrió el otro día, a nuestro Pepinín?: ¡dirigir el «allegro» de la Quinta Sinfonía como si fuese un «andante con motto»!

—¡Qué pillete! —decimos, añadiendo con cara de señora gruesa—: Pero las travesuras son buen síntoma. Señal de que está sanito.

—Y el año pasado metió unos «pizzicattos» en varias sonatas de Beethoven. ¡Imagínese usted el susto que se llevó el público al oír las sonatas de Beethoven llenas de «pizzicattos»!

—Señal de que está sanito —volvemos a decir, pues ya no se nos ocurre nada.

—Yo —dice su mamá— es que no vivo: tengo que andar con cien ojos en la cara. En cuanto le quito un par de ojos de encima, mete los dedos en el bote de las semicorcheas y se pone perdida la barba.

—El que no tiene hijos prodigio, no se hace idea —concluye el papá.

—Señal de que está sanito —repetimos nosotros, poniéndonos el sombrero y abandonando la casa del glorioso Quisquilla.

AUTOINTERVIÚ DEL INTERVIUADOR

(Desahogo de un pobre periodista que se pasó la vida entrevistando a la gente famosa, mientras él permanecía en el más oscuro anónimo).

Llego a mi elegantísima casa, situada en un barrio aristocrático, con objeto de hacerme una interviú. Mi mansión está amueblada con un buen gusto que revela la exquisitez de su dueño.

—¿Estoy en casa yo? —pregunto a mi criada, que sale a abrirme la puerta.

—Sí —me responde, invitándome a entrar—. Acaba usted de llegar en este momento.

—Deseo hacerme unas preguntas para mi periódico. El público desea saber cómo vivimos los famosos entrevistados.

—Pues pase usted a su despacho —me indica gentilmente mi sirvienta.

Entro en mi despacho, y quedo asombrado ante la magnificencia de mis muebles y objetos: escribanías que representan tigres, pisapapeles que representan pájaros y secantes que representan neptunos. Me acomodo en una butaca frente a un espejo, y me ofrezco gentilmente una copa de coñac.

—¿Cómo se las arregla usted para escribir sus interviús tan agudas? —me pregunto entre sorbo y sorbo.

—¡Oh, no valen nada! —me respondo con modestia.

—Pues es usted una de las primeras firmas de nuestro periodismo —me elogio con cortesía.

Con una encantadora humildad agradezco mi propio piropo.

—¿Proyectos? —me pregunto, afilando un lápiz en la suela del zapato para tomar notas.

—Muchos —me contesto, atusándome una guedeja de pelo rebelde que el viento mece en mi frente despejada—. Preparo siete interviús que se publicarán la próxima temporada, en las que procuraré decir que toda la gente es alta, guapa, y con un rictus de benevolencia en los labios.

—Usted, que ha cosechado tan justísimos triunfos en el campo de la interviú, ¿quiere contarme alguna anécdota de su vida? —sigo preguntándome, mientras me ofrezco una nueva copa de coñac y un delicioso habano de la mejor marca.

—¡Anécdotas! —me respondo, mientras un velo de nostalgia pasa por mis ojos vivaces—. ¡Podría contar tantas...! Diga usted a los lectores que un día fui a entrevistar al gran escritor Matapaca, y ni siquiera me invitó a un cochino café con leche.

—La culpa la tiene usted, por entrevistar a roñicas —me adulo—. Un hombre de su talento no debe desperdiciarlo en hacer propaganda a gente bobalicona.

Cae la tarde. Mi criada enciende las luces y me obsequia con un chocolate cubierto materialmente de ensaimadas: ¡Qué generosidad la mía! ¡Qué espíritu hospitalario! ¡Qué estupendo anfitrión! Me ofrezco otro habano, pero no lo acepto, porque temo abusar.

—¿Desea usted ver mi casa? —me pregunto haciéndome una reverencia graciosa.

—Encantado —respondo—. Los lectores estarán satisfechos de conocer cómo viven los famosos entrevistados.

Paso a mi salón, en el que observo cuadros valiosísimos de maestros florentinos. Paso después a mi cuadra, en la que me maravillo ante mis dos caballos alazanes y mi tronco de borricos pura sangre. Paso después a la cocina, donde de nuevo me obsequio con una turgente patata fría. Toda mi casa rezuma distinción, lámparas y terciopelos. Mi conversación, que sostengo conmigo, es de una agudeza encantadora. Pasan las horas sin darme cuenta.

—Usted tendrá que trabajar —me digo, disculpándome.

Y después de estrecharme mis manos con verdadero afecto, salgo de mi casa y corro a la Redacción a entregar esta apasionante entrevista con nuestro primer entrevistado.

ANIVERSARIO DE UN HOMBRE IMPORTANTE (EFEMÉRIDES).

Dentro de seis años se cumplirá el vigésimosegundo aniversario de la muerte de don Romualdo Cinturón, fallecido en la plenitud de su importancia. ¡Desagradable óbito! Era don Romualdo un auténtico señor importante, que sembraba el respeto a su paso. Donde él ponía el pie, no volvía a crecer la risa. De buena talla, macizo y arrogante, tocaba todos los timbres y se le abrían todas las puertas. Llevó siempre trajes oscuros y lisos, sin que jamás una «espiguilla» o un «ojo de perdiz» pusieran una nota de frivolidad en su severo atavío. ¿A qué se dedicaba don Romualdo Cinturón? ¿Hacía negocios? ¿Importaba? ¿Exportaba? ¿Discurseaba? No lo sabemos, no nos interesa. Los hombres importantes no lo son por la labor beneficiosa que desarrollan, sino por su manera de comportarse en la vida.

Don Romualdo, por ejemplo, sabía entrar en su despacho con grave gesto de capitán que sube al puente de mando para impedir que se hunda el paquebote. Sabía sostener dos conversaciones simultáneas con un teléfono en cada oreja y decir a las visitas que volvieran la semana próxima. Gruesas arrugas plegaban su frente, como si le atormentasen problemas altísimos. Al charlar con un conocido miraba el reloj con disimulo, para hacerle

comprender que estaba perdiendo por su culpa unos quilates de su precioso tiempo. Don Romualdo se hacía repetir las cosas con un «Usted perdone: no estaba atendiendo», como si bajara de un Olimpo refulgente dignándose escuchar a una mísera babosa. Como todos los hombres importantes, ocupaba siempre el asiento más alto de las habitaciones, para dominar a sus interlocutores. Una recia tos bronquial y algún medicamento en las comidas subrayaban su desgaste físico en la gigantesca tarea de llegar a ser importante. Asistía a las fiestas cuando le invitaban, pero se marchaba enseguida pretextando ocupaciones urgentes. Y, claro está: acabó saliéndole barba. ¡La hermosa barba del prócer que tiene gloria, y del mendigo que no tiene navaja!

Murió bajo colcha de damasco carmesí. Y en vista de su importancia, cada periódico publicó un par de esquelas, como si se hubiera muerto dos veces.

¡Descanse en paz el egregio fulano!

CORRIDAS EN PROVINCIAS

Guadalete, 27. — Segunda de San Cosme. Seis de Cuernicorto para «Chuli», Parrondo y Antolín. Primero, bragado con pecas, rabiflojo y verdeguto. Tarasquea «Chuli» con petenerazos florilicuos. Oye pitos y no sabe dónde. Estriba el bicho con una serie de polisandros, que remata con once vitigudinas cameladas por los muslos, pitos palas y azadones. Peso del bicho: 467 kilos. Peso del «Chuli»: 62 kilos. Peso del presidente: 89 kilos. Parrondo y Antolín no tienen suerte: sus toros son borrosos, empinados de córcova, machindrinos y quedones. Tarasquean lo suyo, encajando fulisandras y pitiritinas. Matan a la chita callando, escurriendo el garlopán con silofanes adornados. En resumen: tarde floja y sol que pica.

Corral de las Princesas, 26. — Ganado frescachón de medio pelo, con pitones chatos y andares ondulantes. Los tres primeros salen estrujones, amagados de sobaco y tirando a fulambritos. Capea «Pachi Mortales», pinchando en hueso. Pitos y cosas peores. Coge los trastos y pasea con muleta y bastón. Liquidada a base de pincho y furcheta, aguzando composteros. El cuarto, para «Chimborete», que lapida con dos series de pepinas. Ovación, salida en hombros y taxi gratis. Embornó «Calixto», machaquitando por lo fino. Pero Edmundito no laminó ni una sola garrulina.

Pacopeco del Ragato, 23. — Nocturna de la beata Eusebia, patrona comarcal. Seis toros de divisa color menta, y un becerro de postre para don Torcuato Membrillo. Rejonea Torcuato, ensartando zascandiles en el medio centro. Despacha «Sombrerete» de un trabucazo en el escote. Poca merma en

la carrasca, festoneada por gambitos y tiburciones. Asesora don Curro. Es retirado el quinto, por faltarle una pata.

Villachopos, 26. — Becerros de alquiler para Fresco y Minglana. Enjareta en el primero una faena de sibilinas, cortada por un rescuerdo de tripartitas. Coge los trastos. Ni pincha ni corta. Los restantes berbiquean en las cuerdas. Resultados: gran ingreso bruto, pues no faltó mozo que tirara botella o piedra. El ganado, manso, tirando a oveja.

VIAJAR

¡DEJADLOS EN PAZ!

HAY que conceder un cupo especial de sangre fría, a razón de dos litros por persona, para que nuestros compatriotas resistan impávidos el espectáculo del turista que nos visita. No es correcto hacer corro a la señora albina con pantalón caqui de tropa, que recorre Castilla saturándose de arte románico y de queso manchego. No está bien pasmarse ante las piernas al aire del hombrón exótico, velludas como corderos de la raza karakul; ni reír *sotto voce* —a veces no tan *sotto* como exige la buena educación— de una barba escandinava, frondosa como un pinar sueco. Conviene castigar al que incurra en ese papanatismo, precintándole los párpados durante una temporada.

El turista nos hace mucha falta, no solo por las divisas que nos trae, sino por el recuerdo que se lleva. Y es difícil que pueda paladear a gusto el pórtico de una iglesia pueblerina si le rodean todos los vecinos del pueblo con el alcalde al frente.

La facha del turista actual, hay que reconocerlo, es peor y mucho más chistosa que la del turista anterior a las últimas guerras. Antiguamente usaban una simple gorra de visera; y, a lo sumo, unos bombachos muy discretos. Viajaban en paquebote de lujo, o en *sleeping* tapizado de terciopelo. Y la gente se burlaba menos de ellos, porque soltaba cada dólar de propina que enmudecía al más malicioso. Era el de entonces un turismo pudiente, nutrido por individuos de riñón bien cubierto, que hacían mucho gasto para descongestionar sus cuentas corrientes.

El turista de hoy, en cambio, tiene mucho de gitano. Viaja en cochecillos que consumen un dedal de gasolina, y trae en un paquete un poco de salchichón para merendar en la cuneta por el camino. Viste con prendas tan estrafalarias y llamativas como la gitanería de más abolengo. Trae a veces un montón de churumbeles, que hablan un incomprensible calé de raíz germánica. Acampa en cualquier parte y, al pasar junto a su campamento, dan ganas de pedirle que nos eche la buena ventura. Su autonomía monetaria es de

un par de semanas, a base de no hacer grandes locuras gastronómicas. Se hospeda en cualquier posada, alegrando el comedor con sus bulliciosos «verigüeles». Solo le falta el oso, y hasta puede que alguna de estas *troupes* lo traiga disfrazado de señora. Es un turismo conmovedor, de empleados modestos que ahorraron treinta libras sudando cada penique. Un turismo de postguerra, con camisa de manga corta porque no hay tela para más; y con barba porque no se encuentra lana para tejer bufandas; y con bocadillos de pan moreno untado con margarina. Un turismo humilde y heroico, que no deja propina a los mozos de estación porque él mismo se lleva sus maletas.

Disimulemos todo lo posible las miradas insolentes. Agradecemos a esa buena gente su esfuerzo por dar al mundo un aspecto de normalidad, demostrando interés por cosas tan poco prácticas y pasadas de moda como las piedras góticas y el adobe mudéjar. Dejemos que trisquen los turistas por nuestra casa sin cohibirlos, y que decoren nuestras peladas mesetas con la floricultura exuberante de sus blusas y corbatas.

EL AIRE SE MIDE EN DÓLARES

Eso de la aviación, que al principio parecía una bobada, acabará por ser un asunto interesante. Ya se ha conseguido que unas cuantas personas, medidas en un gran cigarro puro, puedan elevarse del suelo ibérico tal día como hoy y ser mordidos por un canguro australiano tal día como mañana. Lo cual no es poco.

En el terreno de los experimentos puede volarse con un par de alas unidas a un motor que haga «¡prrrr, prrr!». En la práctica, sin embargo, hay que hacer una mezcla de gasolina y dólares para que el aeroplano carbure. Para la gasolina basta con ir al surtidor más próximo provisto de un frasquito. Pero el dólar, como el uranio y todos los raros combustibles que mueve la máquina moderna, está en unos yacimientos tan chiquitos y tan llenos de impurezas, que se suda tinta para extraer cada unidad.

Casi todas las líneas aéreas mundiales le presentan a uno sus tarifas en dólares. Suecos y albaneses, jamaquinos y peruanos, tienen que echarles divisas de estas al aparato para que ande. Y tan primordial es el dólar en esta nueva técnica viajatoria, que ha llegado a convertirse en unidad internacional de distancia para las travesías aéreas. Por tierra y mar, vías de comunicación más patriarcales, se siguen empleando los viejos kilómetros y las venerables millas del arcaico sistema métrico. Por el aire, en cambio, los recorridos se miden en dólares.

—¿Cuántos kilómetros hay hasta Pamplona? —pregunta el viajero en la taquilla del tren.

—¿Cuántos dólares hay hasta Calcuta? —tiene que preguntar en la taquilla del aeropuerto.

—Mil ochocientos dólares de distancia —contestará el empleado consultando un mapa, hecho a escala de un dólar por milímetro.

—¿Faltan muchos dólares para llegar a Nueva York? —pregunta el viajero en pleno vuelo a la señorita que sirve el café.

—Ya estamos llegando: faltarán unos ochenta y cinco dólares, aproximadamente; pero los haremos enseguida, porque hay buena visibilidad.

—Yo iría a pasar las Navidades con el cuñado que tengo en Madagascar, pero aquello está lejísimo: a seiscientos veinte dólares de camino —dice López.

Lo único que falta es soltar por los aires globos cuenta-dólares, a la orilla de las rutas aéreas, para que el pasajero volador pueda leer de trecho en trecho la distancia que le queda por recorrer:

«A Bombay, 845 dólares»... «A Bombay, 844 dólares»... «A Bombay, 843 dólares»...

RECADEROS A LA FUERZA

—Aprovechando que va usted al Uruguay, ¿le importaría llevarme un paquetito para un sobrino que tengo en Guatemala? —suelen decirnos cuando nos disponemos a emprender un viaje.

—Es que Guatemala no me pilla de camino —se defiende uno.

—¡Bah! Una vez en América, todo está a un paso.

Es inútil que, echando mano de mapas y geografías, intentemos demostrar que las distancias en América engañan mucho; que de la Argentina a Méjico hay tantos kilómetros como de Madrid al Polo Norte, y que Correos se ha inventado para comunicar con los sobrinos lejanos sin hacerles la pascua a los amigos que viajan. Incluso individuos cultos, que deberían tener nociones geográficas sólidas, creen a pies juntillas que las naciones americanas están tan cerca unas de otras como las provincias de Castilla la Vieja. Y, o queda uno como un grosero negándose a transportar el paquetito, o cargamos con él hasta que los azares de la vida nos ponen al destinatario a tiro.

Por si llevar el bulto no fuera de por sí un engorro suficiente, los obstáculos que hoy se oponen al que quiere estirar un poco las piernas por el mundo empeoran el conflicto. Porque desde que decimos «me voy» hasta que nos vamos, transcurren, por término medio, un par de meses; y como desde

que decimos «me voy» nos encajan el encargo para el sobrino guatemalteco, hemos de depositar el paquete en casa hasta la fecha de largarnos.

—¿Todavía no se ha marchado usted? —nos pregunta amoscado el remitente del paquetito cada vez que nos encuentra en la calle.

—Es que me faltan aún unos cuantos papeles —nos disculpamos avergonzados—. Pero espero tenerlo todo resuelto la semana próxima.

Pasan los días, y no acabamos de arrancar. Siempre hay un documento que se atraganta en la tramitación de nuestro pasaporte, o un sello de caucho que no se consigue así como así, o un avión sin plazas vacantes.

—¿Cómo? —se irrita el tío del guatemalteco, al repetirse el encuentro un mes más tarde—. ¿Sigue usted en Madrid?

—Pero puede decirse que estoy con el pie en el estribo —mentimos, para aplacar su furia creciente.

—Si llego a sospechar que tardaría tanto en irse, hubiera enviado el paquete por correo —refunfuña.

Nos viene a la punta de la lengua un «Eso es lo que debió hacer, so imbécil», pero nos lo tragamos *ipso facto*.

En no pocos casos, a fuerza de demorarlo, nuestro viaje se hace innecesario. De buena gana nos quedaríamos en casa tranquilamente. Pero hacemos de tripas corazón y nos vamos a Guatemala; porque, ¡bueno se pondría el señor del paquetito si, después de hacerle esperar tanto, no entregásemos el encargo a su sobrino!

PAQUETE DE REQUESÓN

Existe un servicio secreto internacional, con tentáculos en todas las orejas, que difunde la noticia de nuestros viajes. Aunque ocultemos la fecha de nuestra partida como oro en paño, no tarda en localizarnos alguna pelma superlativa.

—Va usted a Roma, ¿verdad?

—Sí —se nos escapa. Y añadimos, mordiéndonos un labio—: ¿Quién demonios se lo ha dicho?

—Un pajarito —bromea la señora, que es una picarona de la generación del noventa y ocho—. Supongo que no le importará llevarle a mi cuñada un paquete de requesón. Mi cuñada se pirra por el requesón, y no hay requesón como el de aquí.

Total: que nos endilga un envoltorio blancuzco, con un complicado corsé de cuerdas.

Vienen después los consabidos retrasos del viaje proyectado, y la pelma nos espolea para que cumplamos cuanto antes la misión que nos encomendó. Por teléfono y por carta, por botones y por paloma mensajera, acucia al viajero para que emprenda el vuelo.

—A ver si se da usted prisita, porque el requesón no es eterno.

Y, efectivamente, no lo es. Hay pocas cosas tan efímeras como un kilo de requesón constreñido en los límites de un papelote. A las cuatro semanas de tenerlo metido en un armario, el quesucho encorsetado entra en franca descomposición. Agüillas turbias impregnan el paquete y roen las cuerdas. Un suave hedor láctico, semejante al que emana del babero de un recién nacido, se esparce en tres metros a la redonda. Observamos diariamente la enfermedad que va consumiendo al requesón, impotentes ante sus estragos.

—Hay que echarle un poco de agua para mantenerlo fresco —aconseja ese pariente pobre que paga en consejos útiles las tres comidas que se zampa gratis en nuestra mesa.

—Hay que rezar jaculatorias, para que puedas entregarlo a la destinataria antes que se momifique del todo —dice nuestra tía, menos práctica pero llena de fe.

Y por fin, meses después de lo calculado, llega el momento de partir. Abrimos el armario con el propósito de incluir el requesón en nuestro equipaje, y un grito de horror se escapa de nuestra garganta. ¡Escalofriante espectáculo! Las cuerdas que lo sujetaban, tensas días atrás, yacen flácidas en torno a una especie de momia rugosa. Fermentos de todos los colores asoman la nariz por las aberturas del papel que la humedad desgarró. Se ven trozos de una carne amarillenta, petrificada y cadavérica. Grandes goterones aceitosos se esparcen a su alrededor, mientras un gusano joven, de alegres ojitos castaños, juega a túneles horadando el residuo de lo que fue queso fresquísimo.

¡Dura lección, que las grandes pelmazas con cuñadas en el extranjero no deben echar en saco roto!

DE «AEROMOZO». A MÉJICO

I — DECÁLOGO DEL PERFECTO «AEROMOZO».

1. Procura ser amable con esos pasajeros que van en el avión con los ojos desencajados, asidos fuertemente a los brazos de su butaca. Ellos tienen, por lo menos, tanto miedo como tú. Pero a ti el mal rato de volar te lo pagan. Y a ellos, en cambio, se lo cobran.

2. Ridiculiza con desprecio las velocidades terrestres y marítimas. Injuria a los trenes y a los barcos, que invierten días en el trayecto que cualquier avión, con un poco de suertecilla, hace en poquísimas horas. Solo así conseguirás compensar el arrepentimiento que, una vez en el aire, invade a todo el pasaje por haber subido allí.

3. Si hay un niño pelma a bordo que se pasa el viaje corriendo por el pasillo y pidiéndote vasos de agua, no frenes tu impulso de lanzarlo al espacio por una puerta de emergencia; pero es indispensable que le pongas un pequeño paracaídas, para que no se estofe demasiado al llegar al suelo.

4. Si oyes que algún motor empieza a emitir zumbidos extraños, canta fragmentos de ópera a pleno pulmón para sofocar con tu voz el ruido de la avería.

5. Al servir las comidas a bordo, no tengas más preocupación que la de sujetar bien la bandeja. A veces, cuando el aparato desciende con brusquedad al encontrar una depresión de aire, los vasos y los platos se separan medio metro de la bandeja. Pero no te apures: unos segundos después vuelven a caer en el mismo sitio que ocuparon.

6. Ten presente que el único remedio eficaz contra el mareo consiste en renunciar al viaje tres minutos antes de que salga el avión.

7. Cuando el aparato, con gran angustia de los pasajeros, lleve dos horas volando entre espesa niebla, acércate a una ventanilla y miente con naturalidad, señalando a un punto imaginario: «¡Miren qué casitas más monas hay ahí abajo!». Eso tranquiliza mucho.

8. Bautiza a tu capricho los sitios que atraveséis durante el vuelo. Aunque le digas a un pasajero que aquella colina repugnante es el mismísimo Krakatoa, no es probable que baje a comprobarlo.

9. Hay un momento al aterrizar en que todos los pasajeros, por efectos del cambio de presión, se quedan un poco sordos. Es la oportunidad que debes aprovechar para dirigir fuertes insultos a los que te dieron mucha lata durante el viaje.

10. Y sobre todo, sonríe siempre. Sonríe cuando te pise la pasajera gorda que dio un traspie al volver del tocador. Sonríe cuando te ofrezcan hermosas propinas que la Compañía no te permite aceptar. Sonríe cuando, a consecuencia del mal tiempo, tenga que volver el avión a su punto de partida. Sonríe aunque recibas un radio anunciándote que una pareja de tus mejores tías políticas murieron abrasadas al freír una patata. ¡Sonríe, sonríe! Aunque a fuerza de sonreír se te agarroten los músculos de la cara y tu gesto, más que una sonrisa, parezca la mueca producida por un calambre facial. ¡Sonríe,

condenado! Porque la sonrisa del «aeromozo» es el único asidero al que se agarran los que viajan, para sentirse a salvo de cualquier caída. La sonrisa del «aeromozo» es como una percha en la que todo el pasaje lleva colgados sus nervios.

II — BAR EN EL ENTRECIELO

Busco en la lista el nombre del último pasajero que sube al aparato, y le pongo un punto gordo al lado del apellido.

«¡Sigue completo!», me dan ganas de gritarle al piloto con acento tranviario, cerrando la portezuela hermética del «Veracruz».

Giran las hélices hasta convertirse en ruedas de plata transparente (¡olé la metáfora!), y despegamos con más suavidad que un filatélico despegaría un sello antiguo. Madrid se convierte en un juguete para gigantes, y subimos hasta la región del sol perpetuo.

—¿Puede servirnos unos churros? —me espeta una pasajera castiza, rompiendo la emoción del momento.

Explico a la señora que dentro de algunos años, cuando las líneas aéreas se perfeccionen, cada cuatrimotor llevará enganchado un «planeador-restaurante», en el que todo viajero podrá satisfacer sus apetitos caprichosos. Pero de momento debe conformarse con el contenido de un menú muy suficiente, pero limitado. Y corro a sujetar con un alambre la dentadura postiza de un anciano, que se ha desprendido de su encía al disminuir la presión atmosférica.

Un caballero desconfiado, de esos que siempre están temiendo ser víctimas de un engaño, mira hacia arriba por la ventanilla buscando las cuerdas que sujetan el avión al cielo.

—A mí no me la dan con queso —gruñe—. Esto tiene que tener algún truquito.

Nubes debajo de nosotros, como rebaños muy compactos de corderos angélicos pastoreados por el sol. Si el radiotelegrafista apartara su aguja de las emisoras habituales, es casi seguro que tropezaría con la voz suavísima de un locutor querube anunciando: «Transmitimos a continuación un programa de música celestial». Y en las micas de sus auriculares vibrarían liras y trompetas, pífanos y voceillas aññadas cantando: «¡Aleluya!».

Hay un claro en las nubes, con tierra y montañas al fondo.

—¡Esa es mi finca! —exclama orgulloso un pasajero, señalando un pañuelito de terreno marrón, con los mocos minúsculos de algunas edificaciones.

—¡Vaya birra! —se burla el de la butaca contigua.

—Pues tiene trescientas hectáreas —se sulfura el fincateniente.

Las propiedades de Romanones, desde aquí, parecerían el jardín de un hotelito barato. ¡Y pensar que allá abajo hay personas que se ponen plantillas dentro de los zapatos para parecer más altas!

—Tráigame un *whisky*, aeromozo —me ordena un gordinflón de calva agradable.

—Bien, señor —respondo con una inclinación, retirándome a la pequeña cocina del aparato.

Dos metros de estantes niquelados con tarteras y botellas. Vasos y platos de cartón en un armario. Grandes termos con café y jugo de naranja. Sirvo el *whisky* sin escatimar, mezclado con un largo sifonazo.

—Quiero un sándwich, aeromozo —dice una señorita flaca, de nariz ganchuda y cacatuesca.

Esas son palabras mayores. Doy diez tajos a un pan de molde hasta conseguir un par de rebanadas casi idénticas. Hurgo luego en todos los tarros de la estantería untando el pan con de todo un poco. (¡Pobre flaca! Donde quiera que estés, te pido perdón por aquel nefasto sándwich que te serví. Quizá lo tengas todavía alojado en tu estómago, pues no creo que existan jugos gástricos humanos capaces de disolver aquel disparate gastronómico: puse en él unas pellas de mostaza y algo de salsa mayonesa; luego eché pimienta, creyendo que era sal, y extendí anchoas sobre aquella inmundicia, cubriéndolas después con una colcha de queso. ¡Pobre flaca! Te lo comiste sin rechistar, aunque yo vi que tus ojos se llenaban de lágrimas. Incluso al preguntarte si lo encontrabas rico, dominaste tus náuseas y te chupaste un dedo simbólicamente).

—Lo malo del avión es que, al pasar por Astorga, no puede uno comprar mantecadas —se lamenta un emigrante que tiene familia en Tampico.

Empiezan a verse brechas en las nubes, como pozos llenos de paisaje. Los motores cantan a coro con sus voces profundas de bajos rusos.

—Un vermut con ginebra, aeromozo.

Voy y vengo por el pasillo, sirviendo a diestro y siniestra, temeroso de introducir las aceitunas de los «martinis» por el escote de alguna pasajera. El equilibrio es, en los aires, la virtud más difícil de guardar. En la Creación no se pensó que alguna vez andarían camareros por la estratosfera, y nadie se preocupó de hacerla sin baches. Ando al principio igual que una gallina privada de cerebelo.

—Un *gin-fizz*, aeromozo.

—Un café, aeromozo.

«¡Un demonio, aerocuerno!» pienso sin dejar de sonreír.

Al fin domestico mis brazos y piernas, y puedo hacer la filigrana de llevar una bandeja en cada mano.

—Ya estamos volando sobre Portugal —informo al pasaje cuando atravesamos la frontera.

—No es posible —me discute un jovencito repipi, después de comprobar que el panorama no ha variado—. Yo tengo un mapa en mi casa en el que España está pintada de verde y Portugal de color naranja. Y no veo que este paisaje sea de color naranja.

¡Infeliz muchacho que toma al pie de la letra el colorido de los mapas y espera ver un Portugal anaranjado, unas islas Azores amarillas y unas Bermudas azules!

—¿Qué río es ese? —me pregunta un pasajero que viaja para instruirse.

—El Tajo —informo a bulto, pues es un río que tiene mucha fama y siempre se queda bien nombrándolo.

—¿Y ese otro?

—No lo conozco. Debe de ser nuevo —digo, disimulando mi impericia en sistemas hidrográficos.

Portugal va adquiriendo un aspecto más saludable a medida que nos acercamos al mar. Árboles frondosos y prados muy verdes.

—¿Qué río es ese? —insiste el pasajero que viaja para instruirse, señalando un cauce como el cordón de una bota.

—Será otro Tajo —sugiero.

—Lo peor de los aviones, a mi juicio —comenta el gordinflón de la calva agradable—, es que no llevan timbre de alarma para detenerlos en mitad de las nubes cuando ocurre alguna cosa.

Faltan minutos para la escala de Lisboa. Recorro los asientos uno por uno, cinchando a los viajeros con anchos cinturones. El «Constellation» dibuja un enorme caracol en el aire y aterriza. Los motores roncan antes de callarse. Cierro el bar y salgo a respirar el aire de este cordial país, en el que cualquier pelanas tiene tratamiento de «excelencia».

III — «¡SALTA ESE CHARCO SIN MOJARTE LOS ZAPATOS!».

Vuelven a entonar los motores su pelmazo «Volga, Volga». Y nos alejamos de Lisboa —como dirían los comentaristas de películas documentales—, mientras un príncipe birmano se arruina en Estoril apostando al número siete.

¡Adiós Europa! Saco del bolsillo un vistoso pañuelo de colorines, y lo agito ante la ventanilla más cercana de la cola. Ahí te quedas, Europa, abuelita enérgica y sabia, despidiendo a tus nietos que se marchan a vivir con una cuñada rica. Cada vez más lejos se ve tu litoral, fruncido como el borde de una falda. ¡Adiós, Europa! ¡Adiós, abuela paciente que enseñaste a andar al mundo-niño! Cuando llegue al otro lado escribiré al señor Marshall, que guarda las llaves de la despensa, pidiéndole que te envíe muchas cajas de bombones. Dejo de agitar mi pañuelo, y me lo llevo con disimulo a un párpado.

—¿Está usted llorando? —me pregunta ese niño impertinente que nunca falta en los núcleos de más de treinta pasajeros.

—No; es que se me ha metido una carbonilla en un ojo.

Pero el aeromozo no puede ser sentimental. ¡Pobre chico el que tiene que servir! Es la hora del almuerzo. Cuarenta pasajeros y diez tripulantes van a zamparse el menú siguiente: carne en salsa con arroz blanco, ensalada de lechuga y tomate, queso, piña, pasteles, zumo de naranja y café.

Voy depositando las bandejas sobre las rodillas de la gente y anudo las servilletas en el pescuezo del elemento infantil.

—Mi niño solo toma fosfatina.

—Así está él de canijo, señora.

—Otro café, aeromozo.

—No beban tanto café, que se les van a poner las uñas negras.

Un zangolotino vierte salsa en el suelo, y tengo que frotar la mancha con un poco de gasolina que le pido al piloto.

—¿Una copita de anís? —ofrezco muy fino.

—Sí; muchas gracias.

—Pues tendrán que fastidiarse, porque la botella del anís la olvidé en Lisboa.

Los pasajeros parecen convalecientes en la terraza de un sanatorio: bien envueltos en mantas, con el respaldo de sus butacas echado hacia atrás y comiendo vitaminas a porrillo.

—Está muy rico este guiso.

—Gracias, gracias —me pavoneo, sin explicar a nadie que lo embarcamos ya hecho y calentito en Portugal.

Anochece. (Cójase cualquier descripción de crepúsculo en el mar estilo Joseph Conrad y mírese a vista de pájaro).

Otra vez manadas de nubes, ocultándonos el precioso espectáculo del Océano, lleno de olas y peces. ¡Qué fastidio! ¿Cuándo empezarán a usarse

aviones quitanubes que recorran las rutas aéreas habituales limpiando el firmamento?

—Cuando el piloto de un aeroplano es joven —comenta un contable con tufos de poeta en las sienes—, se tiene la sensación de viajar montado en la cometa de un niño.

Pero nuestro piloto es un as americano de mucho nombre. Nos lleva tan magistralmente, que podríamos poner monedas de canto sin que se cayeran. Volamos tan rectos y firmes, como si el avión fuese por un tubo de cristal hecho a su medida.

—¿Se ven los meridianos al pasar por encima de ellos? —me pregunta confidencialmente un hombre con gafas, temeroso de haber dicho una tontería.

—¡Naturalmente, caballero! Ya le avisaré cuando pasemos por alguno.

La sobremesa (sobrerrodilla estaría mejor dicho) es muy animada.

—Yo tengo una tía en la Guadalajara española, y una sobrina en la Guadalajara de Méjico.

—¡Y pensar que todo ese Océano que tenemos debajo es de agua salada!

—¡Qué observación más aguda, licenciado!

La paciencia para aguantar siempre los mismos tópicos es una cualidad esencial del aeromocismo. Miles de veces el aeromozo tiene que oír estos sensacionales descubrimientos:

—¡Parece mentira! Hoy en Europa, y mañana en América. ¿Verdad que es prodigioso?

—Ya, ya, señor —tiene que decir el aeromozo, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta del prodigio.

—Si Colón levantara la cabeza se quedaría con la boca abierta. ¿No le parece?

—Estoy seguro, señor.

—Porque tengo entendido que Colón tardó una barbaridad en hacer este mismo viajecito.

—¡Uf! —es conveniente que exclame el aeromozo, sobre todo si no sabe con exactitud el tiempo invertido por don Cristóbal en su popular travesía.

—Es que esto de la aviación se ve y no se cree.

—¡Figúrese!

—Eso de almorzar hoy en un sitio y a las pocas horas poder almorzar con un antípoda...

—¡Maravilloso!

—Yo, cuando quiero llegar pronto a un sitio, siempre cojo el avión.

—Es una idea muy ingeniosa.

—En cambio, cuando no tengo prisa, voy en barco. Porque los barcos van mucho más despacio.

—¿Sí? ¡No me diga! —debe sorprenderse el aeromozo, haciéndose de nuevas.

—Dentro de algunos años —profetizan invariablemente todos los pasajeros—, los barcos solo servirán para llevar mercancías. Trigo y esas cosas. Pero la gente viajará en avión. Y, si no, al tiempo.

—¿Usted cree? —hay que decir, aunque sea la milésima vez que se oye la profecía.

—Estoy seguro. Por lo que le he dicho antes; eso de estar hoy en Europa y mañana en América... Vamos, que parece cosa de magia.

Y así toda la vida, escuchando las mismas perogrulladas. ¡Pobre chico el que tiene que servir!

Las Azores, por fin.

—Es un archipiélago muy majo —comenta una rolliza de pelo tirante.

Una de las islas es igual que una paella: redonda, de tierra color de arroz con pimentón. Los tejados rojos de algunas casas son como pimientos de adorno; y el resto de los edificios, pardos y claros, tropezones de menudillos y mariscos.

Bajamos al aeropuerto de Santa María. Son las tres de la tarde en Nueva York, las seis en las Azores, las ocho en Lisboa y las nueve en Madrid. Sopla un viento de bigote. El archipiélago, en efecto, es muy majo.

IV — LOS «AZORINES».

Aeropuerto de Santa María. En el caserón de la cantina coincidimos con una tropa de turistas yanquis. ¡Pintorescos muchachos! Norteamérica está lanzando una moda masculina tan equívoca, que va a ser necesario fijarse en el bigote de sus ciudadanos para no sufrir errores. Camisas con claveles estampados, sombreros color de violeta con cinta verde, cazadoras salpicadas de lunares amarillos, sandalias con orlas floridas... Todas estas preciosidades contribuyen a crear una grave confusión entre un vaquero de Tejas y una mecanógrafa de Broadway.

Dos hileras de tenderetes, donde los azorines venden recuerdos de sus islas hechos fuera de ellas. Encajes de quincalla sobredorada, muy aptos para adornar al servicio doméstico en sus tardes de asueto; broches en forma de mariposa, sobre los que se lanza con voracidad el turismo incipiente de la postguerra; y esquidores que no vienen a cuento, con un imperdible muy

gordo para clavarlos en el gabán; y unos zuecos holandeses que nadie se explica, y margaritas cocineras con una perla falsa en el corazón.

El comerciante azorín explota admirablemente la posición estratégica de su archipiélago. Al viajero que viene a Europa le anticipa castañuelas españolas con un toro en el revés de cada valva; y dijes de la torre Eiffel; y gondolitas venecianas para que algún cursi galopante las ponga en un marquito Para el que va hacia el Nuevo Mundo, las Azores guardan tesoros de maracas cubanas, sarapes de Méjico y toda la baratijería hispanoamericana. Todo, claro está, con el precio en escudos, que el vendedor traduce a dólares sin una vacilación. ¡Hasta hay cajas de música hechas en Suiza, para el que pase por aquí camino de repararse un pulmón en el Mont Blanc!

Ya es de noche. Llega de no se sabe dónde un viento marino, con gran olorillo a tripas de pez. En el bar, por si las propinas, todos los camareros le dicen a uno: «O. K.».

Un altavoz empieza a gritar: «¡Atención! Los pasajeros para Londres, que salgan por la puerta tres a la pista dos. Los pasajeros para Nueva York, por la puerta dos a la pista tres. Los pasajeros para Lisboa, por la puerta una a la pista cuatro. Los pasajeros para París, por la puerta cuatro a la pista uno».

Estos altavoces son utilísimos: gracias a ellos se consigue que los pasajeros para todas las partes salgan a trompicones por cualquier puerta, y pregunten al primer empleado dónde demonios está el avión de cada uno.

Nuestro gordinflón de la calva agradable se ha comprado una trompetita azul con una borla colorada, y la hace sonar tres o cuatro veces cuando nos dirigimos al «Veracruz». O es padre de familia y se la lleva a su niño, o es loco de remate y se la lleva a su psiquiatra.

V — CON LOS PECES DEBAJO

El salto de Azores a Bermudas, tan peliagudo hace un puñado de años, es hoy una simple zancada para cualquier señor que no tenga las piernas cortas. Se duerme uno con la despedida de un oficial portugués y despierta once horas más tarde con el saludo de un sargento británico. Como de Madrid a Irún en coche-cama, sin carbonillas ni botellas de agua mineral.

Al volar sobre un barco, que se arrastra por el agua contando su lentitud en nudos, todos nos echamos a reír.

—Cuando esos lleguen a América —se burla un larguirucho maligno que va a despedirse de un tío suyo gravísimo—, mi tío Gerardo ya habrá fallecido y habré heredado su fortuna.

Después de Santa María reparto al paisaje almohadas mullidas y mantas de color de rosa. Arrojo yo mismo a las pasajeras más guapas, y a los caballeros que los arrope su padre.

—La mejor postura para dormir en un avión —instruyo a todos— es un decúbito supino que no sea muy supino.

—¿No podría usted parar un poco los motores mientras me duermo? —me suplica una dama muy finolis—. Con ese estrépito no podré pegar ojo.

—Lo siento, señora, pero las hélices no son ventiladores que puedan pararse a capricho.

Cuando cada cual encuentra su decúbito correspondiente, voy al tablero de conexiones y apago la luz. Luego, con mi voz más dulce, tarareo suavemente la «nana» de los aeronautas:

Duérmete, aeronauta hermoso, y no bebas más sifón, que si no vendrá un tifón a darte un susto horroroso.

Y al fin se duermen todos, y disfrutan de sueños bellísimos. Porque aquí no se sueñan vulgaridades, como en la tierra. No se sueña que se cae uno de la cama, ni que le atropella un ciclista. Al dormir en el aire soñamos que somos pájaros y que volamos de árbol en árbol con un gusano en la boca; pero un gusano que sabe a poco. O que nos brotan alas de ángel y retozamos por prados muy azules con unas ángeles monísimas. Y si tenemos alguna pesadilla, nos vemos convertidos en libélulas, huyendo de un entomólogo rumano que quiere atravesarnos con un alfiler para añadirnos a su colección. También soñamos que somos almas todavía, vagando por los espacios siderales en espera de que nos destinen a cuerpo. En todo caso son sueños de gran elevación, que no se desarrollan en escenarios habituales.

—¿Falta mucho para Aranda de Duero? —se equivoca un viajante de comercio medio dormido.

Volamos ahora a más de cinco mil metros, por encima de todas las impurezas atmosféricas. Todo el pasaje ronca. Sus cuarenta ronquidos se suman al roncar de los motores, y parece que el «Constellation», en vez de cuatrimotor, es un cinquimotor.

Aprovecho esta pausa para fisgar en la cabina de mando. Ante el parabrisas del piloto, una inmensidad que la luna azulea suavemente. Ni un guardia. No hay más disco para regular el tráfico que el de la propia luna, ni más peatones que algunas estrellas fugaces y miedosas, que cruzan corriendo la calzada celeste. Muy abajo está el Océano, en cuyas aguas sigue cometiéndose la injusticia de que los peces grandes se coman a los peces chicos.

Hay más esferas en la cabina que en el escaparate de un relojero. Y todas iluminadas con lucecitas rojas y verdes, azules y blancas, igual que un Nacimiento. Entre tantas y tantas, solo encuentro dos que me son familiares: el reloj y la brújula. Todas las demás, chino.

El piloto y su segundo no despegan los ojos de la ruta, atentos siempre por si se les cruza un taxi al doblar la primera bocanube a la derecha.

—¿Cuánta gasolina gasta este chisme? —pregunto frívolamente al ingeniero de vuelo.

—Unos trescientos ochenta galones por hora.

—¿Y qué puede valer un avión así?

—Un millón doscientos mil dólares.

Poco después despierto al pasaje, para darle de cenar. ¡Triste servidumbre estomacal que soporta el hombre! También es verdad que la soporta muy contento. Y más aún cuando la servidumbre es gratis. Consomé, rosbif, fiambres, fruta y café. Ochenta viajes a la cocina con una bandeja en la mano: llena a la ida y vacía a la vuelta. Para acreditar cualquier línea de viajes, cuídese por igual la pericia de los pilotos y la abundancia de los víveres.

Vuelvo a apagar la luz. Es la única defensa del aeromozo en los largos vuelos nocturnos: se apaga para que la gente no tenga más remedio que dormirse, y así le dejan a uno en paz.

Sentado a popa en un asiento de sube y baja, vigilo el sueño de mi tropa. A pesar de las cortinas entran unas gotas de luna por las ventanillas, manchando de plata la nariz de los durmientes. Y debajo, a unos cinco kilómetros, el Atlántico, siempre el Atlántico, con su eterna injusticia de que los peces grandes se coman a los peces chicos...

VI — LAS BERMUDAS DE BERMÚDEZ

Parece que te estoy viendo, Juan de Bermúdez. Te imagino en el puente de tu cascarón, allá por el 1515, con tu brújula de juguete y un gorrito de caballero descubridor. Zarpaste, como tantos otros, para traer a los cartógrafos los pedazos de mundo que faltaban en sus mapas. El *puzzle* del mapamundi estaba incompleto y había que buscar las piezas a miles de millas.

—Yo traigo un litoral que encaja perfectamente junto al trozo que descubrió Ramírez —decía un descubridor, acoplando su cacho de costa en el mapa del cartógrafo.

—Y yo un país muy verde, con papagayos, que tiene contorno de guitarra —añadía otro, entregando su óbolo a la geografía universal.

Tus únicos instrumentos náuticos, Bermúdez, fueron la estrella polar en el cielo, tu corazón en el pecho y un lápiz en la mano para dibujar el perfil de las tierras que encontraras. ¡Cuántas privaciones a bordo de tu fragatita! ¡Cuánta galleta con ratas y gusanos! ¡Cuánta tempestad de la que saldrías a fuerza de echarle barbas al asunto! ¡Cuántas noches sin más luz que los peces fosforescentes del Atlántico semitropical, ni más remedio contra la gangrena de una pierna que un hachazo en el muslo! ¡Y qué ganas de volver con la bodega llena de frutos raros, de pájaros con plumajes chillones y flores jamás olidas en Europa! Solo así podrías evitar que los otros descubridores, en su tertulia del café allá en la Corte, dijeran con desprecio:

—¿Juanito Bermúdez? Un tontaina. Se fue a descubrir hace un par de años, y ha vuelto con los mapas vacíos.

No, no. Tenías que quedar tan bien como cualquiera, y darles en la nariz a todos aquellos chismosos. Si no tan bien como Colón, por lo menos como un modesto Pinzoncito. Por eso, Bermúdez, cuando el vigía de tu nave gritó: «¡Tierra, tierra!», suspiraste aliviado.

«¡Otro Continente en el bote!», pensarías frotándote las manos de gusto; pues en aquella época, con algo de suerte, podías volver a Madrid con un Continente debajo del brazo. Y te asomaste a la borda con unos ojos como platos, pidiendo a gritos el catalejo de más aumento. ¡Qué sublime emoción!

¡Sí! ¡Allí estaba! En el horizonte viste bultos terrestres de aspecto importante, con calas graciosas y playas apetecibles. Mandaste izar todas las velas, incluso la de repuesto, y tu velerín voló al deseado objeto.

¿Vas a negar, Juan de Bermúdez, lo que pensabas viendo cada vez más cerca tu presa geográfica? ¡Vamos, hombre!: no te dé vergüenza. Te apuesto cinco duros a que anduviste haciendo combinaciones con tu nombre y tu apellido para bautizar con él la nueva tierra.

«Se llamará Juanola, de Juan —pensaste—. No, no; Juanola es feo... Mejor Bermudina, de Bermúdez. Suena ridículo... Bermuda quizá... ¡Sí, Bermuda! Eso es: Europa, Asia, África, América y Bermuda...».

¿A qué sí, Juan? No tiene nada de particular. Y te viste en estatuas por todo el orbe, señalando con el dedo tieso el horizonte, con mapas arrollados a las piernas como polainas. Y notaste que las sienes se te llenaban de laurel.

¡Qué emoción, Bermúdez, al bajar a tierra en la chalupa tripulada por cuatro marineros vascos y dos andaluces! Puede que la cosa no fuera exactamente así, pero así lo imagino. Por un momento llegaste a sentirte tan gigante como don Cristóbal. ¿Te juegas otros cinco duros a que hincaste la

rodilla en tierra con lágrimas a flor de párpado? Pero ¡si es lo natural, hombre! Cualquiera en tu caso, hubiera hecho lo mismo.

Pero tu emoción duró poco. Porque al adentrarte por la tierra que acababas de descubrir, la recorriste en un periquete: ciento cincuenta islillas de coral, con poquísima vegetación y sin bicho viviente. Amables de clima, eso sí, pero nada más. El alma se te cayó a los pies.

«¡Vaya birria de descubrimiento!», te dijiste para tu capote.

Y volviste a bordo rabioso. Tan rabioso que tu timonel tuvo que consolarte:

—No se ponga usted así, don Juan: otros descubren menos todavía y se dan mucho pisto.

Y ya de noche, cuando tu nave se alejó de las islas bautizadas para siempre con tu nombre, Bermudas, te encerraste en tu camarote. Sacaste de un cajón el mapa virgen y, lleno de vergüenza, pintaste en el lugar de tu hallazgo un lunar. No mayor que una caca de moscón. Y tus mejillas de descubridor de mundos se cubrieron de púrpura.

—¡Qué dirán de mí en la peña del café! —repetiste toda la noche, humillado—. ¡Islotes de coral costosos, que casi caben en un pañuelo!

Cuatrocientos treinta y tres años más tarde, amigo Juan de Bermúdez, un compatriota tuyo ha pasado por tus islas. Un compatriota humilde que no iba capitaneando su nave de descubridor, sino sirviendo el café en un avión de pasajeros. Y no tienes por qué avergonzarte, Juanito: las Bermudas son preciosas. Pequeñas, ¿para qué voy a engañarte?, pero con una temperatura de maravilla. Han encontrado el modo de compensar con su belleza su falta de extensión. Los ingleses, ¿sabes, Bermúdez?, las están sacando bastante jugo: que si una base naval para los americanos del Norte, que si un hotel de lujo, que si un golf donde un *whisky* cuesta media libra esterlina... Y en secreto, Bermúdez: ¡hay cada chica, si vieras!... En la misma playa donde tú desembarcaste en el siglo XVI, en la roca de coral donde apoyaste el menisco de tu rodilla, había, cuando yo estuve, una rubia de Glasgow que quitaba el hipo. ¡Un bombón, Bermúdez! Estos descendientes de Drake, cuando se lo proponen, también saben hacer sus obritas de arte. ¡Qué rubia, Juan! Y es bonito saber que a ti te debe el sol que toma; que sus gafas ahumadas la protegen de un sol que a ti te ofuscó por vez primera. Y esa rubia, Juan, sabe que tú fuiste el que posibilitó su baño de sol. Y lo saben también los mecánicos negros de la isla de San David, donde los Estados Unidos (los U.S.A. para las amistades) han hecho el mejor aeropuerto del Atlántico.

Yo, en tu pellejo, Bermúdez, estaría orgulloso de lo que hice: pequeñas son tus Bermudas, pero bien aprovechadas. Y lo importante es tener un nombre en la Geografía, por modesto que sea. Y tú lo tienes, Juan, con una rubia estupenda por si fuera poco. ¿Qué más quieres?

VII — UNA TAZA DE «COFI». CON VITAMINAS

El sol, que ha venido persiguiéndonos desde Lisboa, nos alcanza ya cerca de Miami. Una mañana casi tropical, sin una nube: como si el cielo, después de afeitarse, se hubiera quitado todo el jabón. El Océano aquí es más verde y optimista. Son las doce y media del mediodía en la calle de Alcalá, y aquí acaba de amanecer. Agua siempre por todo paisaje, sin un mísero barco que llevarse a los ojos.

—¿Me sirve usted un vaso de agua, aeromozo?

—No sé cómo no le da asco. Yo tengo un empacho visual de ese repugnante líquido.

Se despereza con grandes aspavientos una señora viejísima. Es tan anciana que, más que de carne y hueso, parece un alma que montó en el avión para subir al cielo más fácilmente.

—¡Cuéntenos algo divertido, aeromozo! —me suplican unas pasajeras ricas forradas de visones.

Invento la anécdota de un viudo que llevaba las cenizas de su esposa en una cajita de plata, y la abría de vez en cuando para ponerse un pellizquito de su contenido en la nariz, como si fuese rapé. Sirvo pasteles y naranjadas y peino a un niño con raya a un lado.

Y poco después, los pasajeros españoles empiezan a cantar.

Cuando estéis muy lejos de vuestra patria y oigáis una canción en el tren que pasa por la llanura, o en el barco que remonta el río, o en el trineo que surca la nieve, decid sin miedo a equivocaros: «Son compatriotas». En los viajes largos, el inglés consulta el mapa del itinerario, el alemán duerme, el francés come bombones, el chino reza, el negro huele, el norteamericano redacta telegramas y el español canta.

Se descubre a los veteranos de América en que a Miami la llaman «Maiami». Es lo fino y lo políglota.

—¿Qué es aquel mechón de agua más azul?

—Tiene cara de ser la corriente del Gulf Stream, pero no me haga mucho caso.

—No pensaba hacérselo.

El piloto husmea la tierra antes que nadie, y hace que el avión mueva la cola muy contento. Los españoles cantan lo de «Asturias, patria querida», aunque ninguno de ellos es asturiano. Luego siguen con el «Carrasclás», para terminar con el incendio del arbolito en que dormía el pavo real.

El altavoz de la cabina anuncia:

«Dentro de once minutos aterrizaremos en Miami. Bonita población. Diecinueve grados de temperatura. Desayuno a base de leche homogeneizada con vitamina “D”; huevos en polvo, revueltos con tomate en lata y una taza de café que aquí le llaman “cofi”».

Iniciamos el descenso. Florida, a lo lejos, nos enseña la lengua de su península. Un involuntario «¡uf!» de alivio se escapa de todos los labios.

VIII — ESO QUE LLAMAN «MIAMI».

Desde el aire, la tan cacareada península de Florida es una costa pantanosa con propensión al mosquito. Barrios enteros de casucas baratas, con cien gramos de jardín, dan un fuerte mamporro a la leyenda de fausto que Miami se atribuye. Uno busca inútilmente el palacio que se mandó edificar el gran fabricante de piernas artificiales plásticas y la mansión veraniega de esa opulenta familia apellidada Coca-Cola.

Eso que en España conocemos por «hotelito económico en los alrededores», aquí se llama *bungalow* y cuesta riñón y pico. El *bungalow* se compone de cuatro paredes con una nevera en el centro, quedando a veces un pequeño hueco alrededor en el que cabe de perfil una pareja maltusiana. Miles de *bungalows* se extienden en las calvas de tierra, entre charca y charca, con arbolitos de su misma estatura y un gran autocolor de flan a la puerta. Junto al mar hay playas largas, con hoteles multipisos que cobran siete dólares por rozar con un dedo el picaporte de sus puertas.

En el aeropuerto nos recibe una bofetada de calor, seguida de una muchacha con una blusa blanquísima. Una delicia aerodinámica con sonrisa de anuncio de magazine en colores, perfumada con jabón sulfamidado marca «Dropsy» y maquillada con cremas energéticas de la casa «Hopy-Hopy».

Estamos en el país de la tontofilia, donde los objetos más simples han de tener propiedades insólitas para que merezcan el favor de los consumidores. En Europa, todavía, un peine solo sirve para peinarse. Aquí, en cambio, cada peine tiene sus virtudes especiales: los hay que vitalizan el cabello; otros, que lo alimentan como si fuera un niño; y algunos, que lo hacen crecer. Aquí un vaso de leche no es una cosa de vaca, sino un recipiente aséptico con un caldo lácteo que puede contener vitaminas piripizadas, o electrones ferruginosos de

acción lenta, o extractos glandulares aglutinados con gutapercha. Aquí un caramelo no es simplemente una golosina para el nene y la nena, sino un vigorizante que contiene sacarosas centrifugadas y garambainas radiactivas. Aquí un zapato no es una funda que le ponemos al pie para que no se moje, sino un perfecto aparato de ortopedia que favorece el crecimiento del individuo e impide la deformación de sus metatarsos. Aquí, en resumidas cuentas, se puede fabricar y vender cualquier estupidez, con tal que se la disfrace con un ropón científico.

Y aquí, sobre todo, el viajero en tránsito no es una persona con nombre y apellidos, sino un portabacilos en potencia que puede transportar una epidemia debajo de una uña. Por eso se le exigen sus certificados de vacunación y se le pone un termómetro en la boca para ver si padece fiebres malignas. (Hay pocos espectáculos tan deprimentes como ver a cuarenta viajeros sentados, como en una escuela, chupando cada cual su termómetro lo mismo que un regaliz. Ni una sonrisa de bienvenida en las caras que nos rodean. Ni un gesto cordial para quienes acaban de saltarse un Océano a la torera).

No vendría mal que los Estados Unidos importasen de Europa un barco lleno de buenos modales, para distribuirlos en sus fronteras entre el personal de inmigración y aduanas.

Mucho calor. Una cajerita guapísima en el bar, cuya sonrisa está sincronizada con el timbre de la caja registradora. Unos estuches de servilletas esterilizadas y platillos de gelatina digestiva para amenizar el pan de molde. Una vida automática llena de letreros con órdenes que no se pueden desobedecer: «Apriete este botón», «Empuje la palanca», «Eche cinco centavos», «Rompa el envase por aquí», «Levante la lengüeta», «Baje el conmutador», «Tire del alambre», «Corte por la línea de puntos»...

Y saturados en una hora de tanta organización, emprendemos alegremente la última etapa del viaje.

—¿Ha visto usted el golfo? —me pregunta una señora ya en el aire.

—¿A cuál se refiere la señora? ¿A su niño o al de Méjico?

—Al de Méjico.

Un tiburón, desde el Caribe, nos ve pasar poniendo cara de apetito.

IX — «MÉJICO EN UNA LAGUNA».

Cinco horas sobre el mar de la negra Dominga, la de la tez «bronceá», y van surgiendo las cordilleras mejicanas como peines con las púas para arriba.

—¡Tierra! —grito, tirando mi servilleta al aire.

El golfo nos abre cordialmente sus brazos de playas desiertas, y se produce un bache ligero cuando la sombra del avión pisa la arena. (Cualquier «escritor-hormigueta» bautizaría Atlas en ristre, todos los montes sobre cuyas cabezas pasamos. Es decorativo escribir: «Allí está el elevado Pepolín (2135 metros); y el elevado volcán Agapito, que eructa cada lunes y cada martes (1662 metros); y la meseta Chundarata (993 metros)». Me sería fácil, porque uno tiene sus textos para hacerse el culto. Pero prefiero describir las emociones puras que experimento).

Veo bosques de color de botella, cuyos troncos no han conocido jamás la caricia del hacha. Veo el cauce de un río seco, desde que arranca en un pico hasta que muere en un lago. Y colinas con la coronilla chata, que a lo mejor son de piritita pura. Muy de tarde en tarde, la mota blanca de un rancho con el capacete colorado de unas tejas.

Hay zonas enteras donde los paisajes están como en el alba del mundo, crudos, sin la salsa que ponen al campo la ingeniería y los peritos agrícolas. Dios, allí, no ha sido relevado todavía por el hombre. Las flores llevan siglos perfumando primaveras que nadie se ha molestado en oler, y hay abejas que fabrican su típica mermelada para los cachorros de las fieras. A veces pasa un indio tarahumara por allí; pero su pie descalzo es tan leve, que ni siquiera deja huella. A veces, también, surge una hoguera en la cima de un monte, con la cual algún indio chichimeca cursa humogramas urgentes. Harían falta cien millones de inmigrantes para que en Méjico se empezara a notar ese agobio europeo del espacio vital.

—Horitita pasaremos por un bosque de ocotes muy rechulo —me dice el ingeniero de vuelo, que conoce el trayecto como el pasillo de su casa.

Apenas falta un cuarto de hora para que estemos encima de la enorme capital. Alguien tararea lo de «Guadalajara, en un llano; Méjico, en una laguna».

—¿Es una ciudad lacustre? —pregunto yo, que en esto de la Geografía soy bastante berzas.

—No; se edificó después de secar la laguna echando tierra encima.

—¡Cuánta tierra haría falta! —me maravillo—. Por lo menos veinte sacos.

Más ranchos, donde las rancheras hacen pantalones de lana y los terminan de cuero. El perfil de una cresta se parece a Cantinflas. Montes con cráteres apagados, como cazoletas de viejas pipas que la Naturaleza ya no usa.

—Tome usted, aeromozo —me dice la ancianita que parece un alma, alargándome unas pesadas calderillas extranjeras—. Para que se tome a mi salud unos vasos de tequila.

Rechazo las propinas que me ofrecen con una sonrisa de conejo, pues un puñadito de divisas nunca viene mal.

—¡Allí, allí! —grito, señalando una mancha de civilización a lo lejos.

¡Méjico en su laguna! Debajo la tienes, lector: una ciudad de anchas caderas, que se la ve crecer como la hierba en el trópico. Antiguos palacios, con fachadas de tezontle, alternan con un rascacielos que solo necesita uñas para rascarlo de verdad. Interminables chorizos de autopor el paseo de la Reforma, y vistosos toldos de lona rayada en las azoteas. ¿Me permites, lector, que haga una clásica comparación de la ciudad con un hormiguero humano? Muchas gracias, hombre.

¡Mira la plaza del Zócalo, inmensa y despejada, donde podríamos aterrizar cómodamente, si no fuera por la multa que nos pondría un guardia! ¡Mira las torres de la catedral, con santitos que tienen cara de no haber roto un plato! ¡Mira los chichones del valle que son las lomas de Chapultepec, con casas lujosas de todos los estilos conocidos y por conocer! ¡Escucha cómo tintinea la plata en los bolsillos! Las monedas de un peso hacen «¡plin!», y los enormes duros de cinco suenan «¡plon!».

Bajamos hasta que una torre, si alargara un poco su veleta, podría hacernos cosquillas en la punta de los pies. Un sol de mayo madrileño en el aeropuerto, y muchas manos que estrechar.

—Oiga, aeromozo: lléveme este maletín.

Pero ya no escucho órdenes: he tirado al suelo mi servilleta, y bajo a grandes saltos la escalerilla.

¡Méjico!: trepo el cráter de un volcán Popocatepetl («Popo» para los íntimos), y me quito el sombrero para decirte con un nudo de emoción en la garganta:

—¡Hola!

Una india xochimilca, cuyo salero quizá le venga de un remoto tatarabuelo gitano, escribe un nombre con flores purpúreas en el quitasol de mi lancha: «Guadalupe». Y me deslizo por los canales de una Venecia azteca, en cuyas orillas no hay palacios, sino huertos flotantes de rosas y repollos. El aire está espeso de fragancias: fragan los árboles de Xochimilco, rectos como cipreses, pero no tan bien vestidos; fragan los mangos y otros frutos en el bote ligero del vendedor, que aborda en pleno canal al turista de cara pazguata; fragó la planta acuática antes de que el gondolero otomí la zambullera al clavar su pértiga en el agua.

—¡Hola, Méjico!

A veinte minutos de cilindros yanquis, en el centro del valle, aparece la estupenda capital. ¡Caramba, Méjico! ¡Qué callado te lo tenías! Muchos europeos esperan encontrar una población de calles angostas, y tropiezan en cambio con una ciudad que no se la salta un gringo. Hay en ella catedrales de piedra junto a rascacielos de goma de mascar. Y charros con sombreros como ruedas de molino, al lado de californianos luciendo las corbatas más horrendas del planeta. Y un taxi ocho cilindros que frena en seco al primer siseo. Y un caballito montado por Carlos IV, que va recorriendo sin parar todos los pedestales de las plazas, sin encontrar acomodo en ninguno.

—¡Hola, Méjico!

Es diciembre; pero la familia Rodríguez vuelve de las playas de Acapulco con las narices despellejadas por el sol. Es la víspera de Navidad, y las farmacias venden todo su algodón hidrófilo para nevar los árboles de Santa Claus.

—¡Hola, Méjico!

Por tres pesos (rebajados con un suave regateo a dos y medio), los «mariachis» de la calle Tenampa cantan la historia de Rosita Elvírez. No puedes quejarte, Rosita: un amigo tuyo, según dice la canción, te pegó tres tiros; pero como aquella noche estabas de suerte, solo una de las balas te mató. ¡De buena te libraste!

—¡Hola, Méjico!

Tu cocina es tan volcánica como el «Popo» y toda su familia. Más de ciento cincuenta clase de «chiles» hacen quemaduras de segundo grado en los paladares que debilitó la cocina francesa de Maximiliano. Hay que apagar la boca con agua de chíá o cerveza «Bohemia», y envolver la lengua en una tortilla de maíz, con su aspecto de pasta para empanadillas a medio guisar. Huevos a la ranchera y huachinango a la parisiense. Guajalote en enchilada y tacos de pollo con guacamole. Todo ello con sabores inéditos, que dejan perplejas a las papilas linguales: puede haber chocolate en la salsa del guisado y picante en los postres dulces.

—¡Hola, Méjico!

No me extrañaría que, al excavar por debajo de unas ruinas mayas, se encontrase el esqueleto de una serpiente con un trozo de manzana en la boca. Porque tu clima, Méjico, es de Paraíso Terrenal, y malo será que no aparezcan alguna vez en tu subsuelo los fémures de Adán y Eva.

—¡Hola, Méjico!

Baila Tongolele en «Waikiki» y torea Cantinflas a beneficio de los bomberos. Se descomisa en la frontera un baúl de marihuana, y millares de

personas se apretujan en las naves de la basílica guadalupana.

—¡Hola, Méjico! ¿Qué hubo? ¡Venga un abrazo, amigo! Aquí está mi copa de jerez, para chocarla con tu vaso de pulque. ¡Encuetémonos como viejos camaradas! ¡Otro trago más, hermano, que somos de familia! Y si pescamos un cuete los de casa, nadie se va a enterar.

DE BUZO, AL FONDO DEL MAR

Lo mismo que en la historia de un piloto cuentan sus horas de vuelo, deberían pesar en la del buzo sus horas de inmersión. Hay que pertrecharse con igual dosis de audacia para subir a las nubes que para bajar a las algas. Tan mortal es el batacazo en avioneta como la asfixia en el interior de una escafandra. Resumiendo: que si grandes fueron las agallas del coronel Lindbergh, no son menos las del profesor Picard.

Es injusto, por lo tanto, que se premie el heroísmo del aviador permitiéndole usar en tierra vistosos uniformes, mientras el buzo, fuera del agua, no es más que un burgués corriente con corbata y gabardina. Urge dotar al buzo de un uniforme llamativo para que la población civil le admire cuando pase por la calle. Una guerrera color de esmeralda sería muy propia. Podría tener un pez dorado en cada solapa, botones en forma de almeja y grandes charreteras cuyos flecos imitaran manojos de mejillones. Para el gorro, no estaría mal inspirarse en la forma de una caracola, colgándole en la punta un borlón con púas de erizo marino. Así podría presentarse en los bares de moda, despertando con su gallardía la sonrisa de las rubias mejor dotadas.

¡Lástima que los buzos no hayan tenido también su Saint Exupéry correspondiente, para incorporar a la mejor literatura sus prodigiosas hazañas subacuáticas!

Con el fin de llenar este hueco en lo posible, aquí estoy yo dispuesto a vivir durante algunas horas las inquietudes de estos anfibios fabulosos. Es una aventura emocionante, que todos hemos deseado en la niñez. Porque si el egoísmo paternal no ahogara la vocación del niño, zambulléndole en el pozo de la industria y el comercio, todos seríamos hoy unos buzos de provecho. El hombre que no haya soñado en su infancia con ser buzo, que levante el dedo. Y yo se lo cortaré de un tijeretazo, para castigarle por su falta de imaginación.

Un sol andaluz, llegado en el bimotor de Iberia al aeropuerto santiagués para dar lustre a las corridas de la Peregrina, hurga entre las piedras de los pozos atontando a los lagartos. Nunca brilló tanto la ría viguesa, gran espadón que el mar nos ha clavado en el costillar gallego. Hasta las gaviotas, posándose en los arrecifes, se dan aire con los largos abanicos de sus alas.

Voy hasta el puerto de Bayona y embarco en el lanchón del buzo. Un marinero lo impulsa a remo lejos del muelle, mientras Ramón Alonso, que ha pasado un tercio de su vida entre los peces, me da instrucciones.

—No todo el mundo puede bajar —dice para animarme—, pues a mucha gente la presión le revienta los tímpanos. Los hay que vuelven a la superficie sangrando por las orejas como corderos.

—¡Qué tontos! —comentó por decir algo, tragando saliva. Y pregunto al desgaire, simulando que la cosa no me interesa en absoluto—: ¿Cómo puede una persona saber previamente si sus tímpanos resistirán?

—Eso solo se sabe después —contesta el buzo tan campante. Y añade, escrutando el mar—: Aquí hay bastante fondo. Ya puede empezar a prepararse.

Sonrío como debió sonreír María Antonieta cuando la invitaron a poner el cuello en el célebre aparato trinchador. Después de ponerme un jersey de lana («porque abajo siempre hace fresco», según frase de Ramón), voy entrando trabajosamente en el traje de bucear. Es una especie de «Rasurel» de goma gruesa y áspera, dentro del cual se siente uno como el percebe en su funda. Paso luego la cabeza por una coraza de cobre, artilugio medieval que queda sujeto a mis hombros por tuercas y tornillos.

—La escafandra es lo último —me explica el buzo, calzándome con esfuerzo los tremendos zapatos reglamentarios. Calculo que serán del número sesenta y tantos, y dan la sensación de haber pertenecido a algún ogro de la mitología infantil. Pesan tanto, que al andar por la cubierta parece como si la ley de la gravedad se hubiese agravado de pronto, atrayéndome hacia el fondo del planeta rabiosamente.

—Hace algún tiempo —sigue animándome Ramón apretando un poco más las tuercas de la coraza— se ahogó un buzo en Asturias.

—¡Vaya, vaya! —rezongo, camuflando entre las cejas varias gotas de sudor que me bajan por la frente.

—Trabajaba en las obras de un nuevo espigón. Un bloque de piedra gigantesco, de los que se lanzan como relleno, estranguló en su caída la manga del aire. Quedó allí aprisionado por la manga misma, sin poder respirar...

—Aquí no habrá peligro de que me tiren algún bloque, ¿verdad? —me cercioro.

—No; pero tiene que tener cuidado de que el tubo no se enrede ni se doble. Porque entonces... (Y traza con la mano una cruz en el aire, que significa «R.I.P.»).

Miro la tan cacareada manga, único y frágil cordón umbilical que me unirá a mi atmósfera; a esta atmósfera pura y transparente que nos rodea y a la que solemos hacer tan poco caso. Es un tubo de goma rojiza y está enroscada a mis pies como una larga serpiente en carne viva. La cojo por un extremo y compruebo que abarco fácilmente su diámetro con el pulgar y el índice.

—¿No será demasiado delgadita? —sugiero—. Mire usted que yo tengo costumbre de respirar mucho...

—Aire no le faltará. Pero, eso sí: tiene usted que saber administrarlo.

Prometo que mis pulmones no harán ningún derroche y me sitúo en la escalerilla de bajada para recibir los últimos accesorios de mi equipo. Me colocan entonces un escapulario formado por dos plomos que pesan treinta y tantos kilos.

—¡Agárrese bien, que si cae al agua con todo el peso que tiene encima, se incrustará en el fondo como una bala!

Y llega la fase final: Ramón y el marinero se disponen a atornillarme la escafandra. Contemplo esa cabezota de marisco cuaternario, dentro de la cual se dispone a entrar la mía. ¡Adiós, mundo de la superficie con oxígeno ilimitado! ¡Adiós, sol que me acariciaste la piel levantándome ampollas como huevos! ¡Adiós, músicas dulces y sonidos estridentes! Os pierdo a todos para bajar a un reino mudo, de pulmones extraños, con hojas sin clorofila y flores sin olor...

Chilla el cobre de la rosca, y ya estoy con esta falsa cabeza encasquetada. Veo al marinero por el ojo redondo de la mirilla, dando vueltas ya al organillo del aire. Bajo un par de escalones y me suelto. El frío del agua me abraza todo el cuerpo a través de la goma. Me hundo despacio, vertical, con ruidoso acompañamiento de burbujas. El aire me entra por la coronilla de la escafandra con un fino ruidito de neumático pinchado. Por una válvula que funciona a cabezazos, expulso el sobrante. Mientras bajo al fondo, cegada la mirilla por las burbujas, pienso que no tengo demasiado calor para estar metido en una habitación tan pequeña. Corrientes superpuestas me bambolean, como el viento a los grandes globos de papel que sueltan los niños.

Me poso con suavidad en el fondo. Pese a la buena voluntad del sol, no es capaz de atravesar un cristal de tantos metros. Sus rayos llegan moribundos, verdinegros, del color de las botellas baratas. La presión me hace cosquillas en un tímpano, pues el otro, gracias a Dios, lo tengo reventado desde hace muchos años.

El paisaje no es tan diáfano ni tan lujoso como en las escenas submarinas del cine en technicolor. No hay rocas de colorines; ni pulpos —afortunadamente— que me estrujen con sus innumerables brazos de diosa india; ni ostras que, apretando un resorte de la valva, escupan una perla del tamaño de una nuez. El suelo es llano, de arena blancuzca, que se arremolina lentamente formando nubecillas al pisarla yo. Avanzo despacio, ondulando mi penacho de burbujas. Descubro unos pedruscos a mi izquierda; pero tan hoscos y tan negros, que no me inspiran confianza. Pasan ante mi ventana siete peces de tamaño —¿para qué mentir?— bastante reducido. Trato de clasificarlos en alguna de las pocas variedades que conozco. Pero es inútil: los pescados que comemos llegan a la mesa tan desfigurados por la decapitación y las salsas, que no hay forma de identificarlos en vivo y coleando. No importa cómo se llamen estos, porque son peces vulgares; de esos que publican los manuales de dibujo para párvulos, debajo de los cuales solo pone: «Pez». Avanzo más, dando cabezazos a la válvula para que el exceso de aire no me hinche el traje y me haga subir. He aquí un banco de pecezuelos, redondos y plateados como un puñado de monedas. Pasan sin hacerme caso, y descomponen su formación al enredarse en el surtidor de burbujas que emanan de mi cabezota. Allá veo un bosquecillo de algas tiernas, marrones y verdes, especie de Retiro en miniatura, entre cuyas frondas sospecho que jugará la infancia piscícola de los contornos. Pego una trabajosa patada a las frondas para espantar a sus moradores, y sale un único pezarraco feo, de tripa muy blanca, que huye vertiginosamente.

Respiro con regularidad, procurando no pensar que el aire me llega por un mísero conducto que un cangrejo un poco gordo podría seccionar con sus pinzas. Un panchito roza, al pasar, mis desnudas manos, y tengo un sobresalto como si me las hubiera devorado un tiburón. Ando sin rumbo, de aquí para allá, y mis manos palpan corrientes de distintas temperaturas. Pasa un pez que no está mal: grisáceo, con el cuerpo más bien cilíndrico y una cola en forma de peineta. Le sigue un pez igual, aunque más pequeño, que quizá sea la peza.

¡Qué aburrimiento más colosal reina en este submundo del demonio! Se comprende que los peces tengan siempre sus boquitas abiertas en eterno bostezo. Debe de ser espantoso pasarse la vida nadando, sin tener adónde ir, sin tener nada que hacer... Bostezo yo también y dejo de manejar la válvula. El traje se hincha poco a poco. Empiezo a ascender con suavidad, dedicando con las manos un saludo a los peces, que quiere decir: «¡Que os parta un rayo, amigos! Espero volver a veros algún día. Pero fritos y en un plato».

¡Nunca volveré a tomar una bebida tan buena como este primer trago de aire puro que sorbo cuando me quitan de la cabeza el horrendo pulmón postizo y puedo, al fin, respirar con los dos míos!

OBSERVACIONES

GRANDES DRAMAS DE LA VIDA

HABER nacido en Grecia, cuyas narices tienen tanta fama de ser bonitas, y ser chato.

Bailar, en una cachupinada, al inseguro compás del piano tocado por un concurrente inexperto.

Que se rompa la cáscara de la naranja cuando estábamos consiguiendo pelarla en una sola tira.

Abrocharnos el chaleco y darnos cuenta al final de que nos sobra un botón, por no haber hecho coincidir previamente la fila de botones con la de ojales.

Ser sorprendidos por nuestra secretaria despegando un sello sin matar, del sobre que hemos recibido.

Estudiar atentamente la cartelera de espectáculos, comprobando, al cabo de un buen rato, que el periódico es anterior a la última variación de los programas.

Que un extremo de la corbata nos quede más corto que el otro.

Ver que los anfitriones prolongan nuestra visita con su conversación, mientras abajo hemos dejado un taxi esperándonos.

Que nos empiece a sangrar la nariz tontamente cuando paseamos con la mujer que deseáramos conquistar.

Sentarnos en un sofá demasiado mullido, en el que quedamos con las rodillas a la altura de los ojos.

Ceder con magnificencia al camarero del restaurante el cambio de nuestro billete, y calcular, ya en la calle, que solo sobran cuarenta céntimos.

Pasar ante la terraza de un café, abarrotada de público, empujando nuestro viejo automóvil, que se niega a andar.

Tener que apechugar con cualquier baratija que no nos gusta, como premio al despliegue de mercancías hecho por el dependiente sobre el mostrador en honor nuestro.

Tener que consentir que un viajero, demasiado amable, nos sople en un ojo para librarnos de la carbonilla que se nos metió.

Ceder nuestra pluma al personaje influyente para que anote nuestra petición, y que se manche los dedos de tinta.

Recibir por correo varios sobres prometedores, y que todos contengan impresos publicitarios.

Cerrar el libro que estábamos leyendo sin poner una señal en la página a la que habíamos llegado.

Retroceder un paso ante un perro que nos ladra, sufriendo la humillación de que su dueño nos diga: «No se asuste; no hace nada».

Contestar maquinalmente en la calle a un saludo, y darnos cuenta, cuando hemos iniciado el sombrero, de que el saludado era un señor que venía detrás.

Ser miopes de un solo ojo y no tener el valor necesario para usar monóculo.

Adivinar detrás de una ventanilla al empleado que acaba de cerrarla, y saber que se negará a atendernos porque pasan dos minutos de la hora.

COSAS QUE NOS ODIAN

Nos odia la cinta del pantalón del pijama, que esconde uno de sus extremos en el dobladillo de la cintura cuando tiramos del otro con demasiada fuerza.

Nos odia el cordón del zapato, que elige para romperse el día que necesitamos atarlo con prisa para acudir a una cita urgente.

Nos odia una púa del peine, que tropieza en nuestra cabeza con los únicos cuatro pelos enredados para darnos un tirón.

Nos odian las varillas del paraguas ajeno, que buscan nuestros ojos en las aglomeraciones con intención de pincharlos como aceitunas.

Nos odia una espina de pescado, que se desprende de la raspa central y se esconde en la carne del bicho para asestarnos una puñalada en el paladar.

Nos odia la señal luminosa del tráfico, que cambia de verde a roja cuando aún estamos cruzando la calzada, y lanza sobre nosotros una catarata de automóviles.

Nos odia la bocina del autoviejo, que al apretar su pera de goma imita burlescamente el ridículo gritito de un anciano.

Nos odia la maleta, que nos da una idea errónea de su capacidad, invitándonos a guardar en ella demasiadas cosas para que al final no podamos cerrarla.

Nos odia la grapa de la máquina para coser papel, que siempre resulta demasiado corta y hace que se desprenda enseguida el último pliego.

Nos odia el globo del niño, que revienta dándonos un susto cuando pensábamos que aún podríamos inflarlo mucho más.

Nos odian las linternas de los acomodadores, que nos enfilan cuando la estancia con Purita en el cine empieza a ser más agradable.

Nos odia la mecha del encendedor, que sale íntegra de su agujerito cuando tiramos de ella para que asome un poco más.

Nos odia la tetera cuyo pitorro gotea sobre el barniz de la mesa para vengarse de la pedantería de que bebamos té.

Nos odian las nubes, que tapan el sol durante la corrida de toros para hacer inútil el sacrificio económico de quienes compraron entradas de sombra.

Nos odia el viento, que siempre nos sopla a contrapelo para despeinarnos.

Nos odia el cigarrillo de tabaco negro, que bombardea nuestra ropa con brasas diminutas cuyos impactos no se borran jamás.

Nos odia la orquesta de *cabaret*, que frena o acelera bruscamente el «tempo» del bailable cuando acabábamos de conseguir ajustarnos al ritmo.

Nos odia el botón automático de la luz de la escalera, que se apaga justamente cuando nos disponíamos a introducir la llave en la cerradura de nuestra puerta.

Nos odian algunas cerillas, que al rascarlas nos dejan la cabeza pegada al dedo abrasándonos con el fogonazo de su combustión.

Nos odian las persianas, que mantienen siempre alguna rendija abierta para desvelarnos en cuanto sale el sol.

Y nos odia el papel, que nos invita a manchar su blancura escribiendo todas estas tonterías.

YO PIDO...

... Que los sellos de las cartas de amor los maten las empleadas de Correos apoyando en ellos sus labios pintados con *rouge*.

... Que se tallen escaleras cómodas en las rocas de los picos más escarpados, para evitar que los pobres alpinistas tengan que subir a ellos trabajosamente, amarrados a una cuerda como chorizos.

... Que los jardineros hagan la cesárea a los capullos de rosa, para evitarles los tremendos dolores de apertura.

... Que las plumas estilográficas tengan un dispositivo especial, para avisar escribiendo una palabra en rojo cuando solo quede tinta para diez

renglones.

... Que se invente un esparadrapo para curar los rasguños que hacen en el corazón los amores contrariados.

... Que todos los frutos tengan un pedúnculo fuertemente adherido, para que podamos comerlos en crudo sin mancharnos los dedos al tener que cogerlos por la pulpa.

... Que, puesto que no es posible exterminar las moscas para siempre, se las coloree por lo menos con tinturas de tonalidades diversas para que resulten más decorativas.

... Que se dicte una disposición prohibiendo a los automóviles encender sus potentes faros de carretera en los paseos frecuentados de noche por parejas de novios.

... Que a los pobres barcos no se los bautice con el rito brutal de romperles una botella en el morro.

... Que los cobradores de cuentas lleven cascabeles en los zapatos, para poder huir decorosamente si carecemos de efectivos para enfrentarnos con ellos.

... Que los mariposones nocturnos no sean tan bestias, y que aprendan de una vez que la llama de las velas hace pupa.

... Que los ciudadanos amantes de la paz lleven en la boca una ramita de olivo, para diferenciarse de sus compatriotas belicosos.

... Que los tanques, mientras no haya guerra, se utilicen en los campos como tractores en las faenas agrícolas.

... Que los hombres se limen esos cuatro colmillos puntiagudos que dan a la boca humana un aire carnívoro y feroz.

... Que a las pobres nueces no se las casque con esas inhumanas tenazas quebrantahuesos sin anestesiarlas previamente.

VULGARIDAD HUMANA

Si dices: «El calor me ha dado sed», te dirán: «Es malo beber sudando».

Si dices: «El avión es muy rápido», te dirán: «Pero el barco es más seguro».

Si dices: «No quiero lotería», te dirán: «Déjeme una perrita para mi nene».

Si dices: «Me repugna comer caracoles», te dirán: «Pues hay tribus que se comen las hormigas».

Si dices: «¡Misi, misi, misi!», te dirán: «¡Miau!».

Si dices: «Hágame una foto», te dirán: «Sonría».

Si dices: «Ganaré las oposiciones», te dirán: «Si Dios quiere».

Si dices: «¿Son frescas estas gambas?», te dirán: «Las hemos recibido esta mañana».

Si dices: «¿Usted gusta?», te dirán «Que aproveche».

Si dices: «¿Por quién lo has sabido?», te dirán: «De buena tinta».

Si dices: «¿Quieres casarte conmigo?», te dirán: «¡Sí!».

Si dices: «En esta plataforma vamos como sardinas», te dirán: «Pues coja usted un taxi».

Si dices: «Quiero un par de zapatos», te dirán: «¿Qué número calza?».

Si dices: «Este arroz está pasado», te dirán: «De estar en el horno esperándote».

Si dices: «Desde que se casó parece otro», te dirán: «Ha encontrado la horma de su zapato».

Si dices: «¿Qué opina usted de la situación internacional?», te dirán: «Esto no puede durar».

Si dices: «¡Serenos!», te dirán: «¡Vaa...!».

Si dices: «¿Cree usted que lloverá?», te dirán: «Mi reuma es un barómetro infalible».

Si dices: «He estado en Méjico», te dirán: «¿Cómo te fue, manito?».

Si dices: «Soy humorista», te dirán: «¿Y cómo se te ocurren tantas cosas graciosas?».

Si dices: «Que se ponga el señor», te dirán: «¿De parte de quién?».

Si dices: «El hijo de don Manuel es un tarambana», te dirán: «De tal palo tal astilla».

Si dices: «¿Puedo colaborar en su periódico?», te dirán: «Hay exceso de originales».

Si dices: «¿A qué hora llega el tren?», te dirán: «Trae retraso».

Si dices: «Tengo catarro», te dirán: «Todo el mundo está igual».

Si dices: «Hace frío al salir del cine», te dirán: «Cierra la boca».

Si dices: «Yo bebo coñac con sifón», te dirán: «Es el *whisky* español».

Si dices: «Me marchó a la Argentina», te dirán: «Ahora no hay distancias».

Si dices: «He visto un cuadro surrealista», te dirán: «Eso también lo hago yo».

Si dices: «Voy a casarme», te dirán: «Otro que entra en el gremio».

Si dices: «Me encuentro mal», te dirán: «Saca la lengua».

Si dices: «Este coche no anda», te dirán: «Límpiale el carburador».

Si dices: «No estoy de acuerdo con eso o con lo otro», te dirán: «Los españoles nunca estamos contentos».

Si dices: «He engordado cinco kilos», te dirán: «¿Dónde compras los garbanzos?».

Si dices: «La comedia de Fulano es estupenda», te dirán: «Conozco una obra extranjera muy parecida».

Si dices: «¿Qué tal se vende tu nuevo libro?», te dirán: «En España no se lee nada».

Si dices: «Hago un poco de gimnasia al levantarme», te dirán: «Mens sana in corpore sano».

Si dices: «Ya acabó la guerra», te dirán: «A ver si esta vez dura la paz».

Si dices: «¿Es bueno este producto?», te dirán: «Sí; dentro de lo malo que es todo ahora».

Si dices: «¿Qué periódicos lees?», te dirán: «Todos dicen lo mismo».

Si dices: «Me duele la cabeza», te dirán: «¿Has tomado una aspirina?».

Si dices: «Es un solterón», te dirán: «Acabará casándose con la cocinera».

Si dices: «Tira estos calcetines viejos», te dirán: «Pueden servir para un pobre».

Si dices: «Tengo mucha tos», te dirán: «Fumas demasiado».

Si dices: «¡Mira qué retrato tan bueno!», te dirán: «Estás hablando».

Si dices: «Mi niño pesaba seis kilos cuando nació», te dirán: «Pues el mío, quinientos gramos más».

Si dices: «Tengo un perro caniche», te dirán: «Parecen de goma como los de juguete».

Si dices: «Siempre pierdo jugando a las cartas», te dirán: «Serás afortunado en amores».

Si dices: «No tengo dinero», te dirán: «Lo importante es la salud».

Si dices: «No tengo salud», te dirán: «Teniendo dinero...».

Si dices: «¿Qué va usted a cantar, señora?», te dirán: «El “Ave María”, de Schubert».

Si dices: «¿Me da una limosna?», te dirán: «Dios le ampare».

Si dices: «Pasaré el verano en la costa», te dirán: «La montaña es más bella».

Si dices: «Se apellida Remolinos del Río», te dirán: «Pues yo conozco a un Cabeza de Vaca».

Si dices: «Dame un vaso de agua», te dirán: «Bebe despacio, no sea que te atragantes».

Si dices: «El verano de Madrid es muy caluroso», te dirán: «Pero por las noches refresca».

Si dices: «¿Qué platos me recomienda, camarero?», te dirán: «Todos son buenos».

Si dices: «¿Qué te parece este cuadro?», te dirán: «Tiene calidades».

Si dices: «¡Qué película más buena!» te dirán: «Pero está muy cortada».

Si dices: «Me gusta Barcelona», te dirán: «Cuando la bolsa sona».

Si dices: «Me acuesto muy temprano», te dirán: «Como las gallinas».

Si dices: «El niño tiene sueño», te dirán: «A loló».

Si dices: «Vamos en automóvil», te dirán: «No corras mucho».

Si dices: «Voy a casarme», te dirán: «¿Con quién?».

Si dices: «Tengo treinta y tres años», te dirán: «La edad de Cristo».

Si dices: «Mira qué pistola», te dirán: «Cuidado, que las carga el diablo».

Si dices: «Me gustan las alcachofas», te dirán: «Después de comerlas el agua sabe dulce».

Si dices: «Ya es hora de meternos en el mar», te dirán: «¡Al agua, patos!».

Si dices: «Me levanté muy tarde», te dirán: «Se te pegaron las sábanas».

Si dices: «Soy muy inteligente», te dirán: «No tienes abuela».

Si dices: «San Sebastián es carísimo en verano», te dirán: «Porque tienen que sacar para todo el año».

Si dices: «París», te dirán: «La ville lumière».

Si dices: «Fumo tabaco rubio», te dirán: «Pero el negro hace menos daño».

Si dices: «Me gustaría vivir en una isla desierta» te dirán: «Como Robinson».

Si dices: «¿Qué hay de postre?», te dirán «Flan».

Si dices: «Pase, por favor», te dirán: «Usted primero».

Si dices: «A ver si nos vemos», te dirán: «Te daré un telefonazo cualquier día».

Si dices: «¿Se te declaró Pepe?», te dirán: «Le di calabazas».

Si dices: «Fulanito estudia mucho», te dirán: «Es un empollón».

Si dices: «Es muy guapa esta estrella», te dirán: «Puede que en la realidad sea una birria, porque el cine engaña mucho».

Si dices: «Tengo una carrera en la media», te dirán: «Parece que las hacen de papel».

Si dices: «¿Quién eres, mascarita?», te dirán: «¡No me conoces, no me conoces!».

Si dices: «Empiezan a salirme arrugas», te dirán: «Lo importante es tener el espíritu joven».

Si dices: «Me duele aquí», te dirán: «Pues no es el hígado, porque el hígado está a la derecha».

Si dices: «Me bañaré después de comer», te dirán: «Se te cortará la digestión».

Si dices: «Isabel y Fernando», te dirán: «Tanto monta, monta tanto».

Si dices: «Estoy a plan para adelgazar», te dirán: «El único régimen que da resultado es dejar de comer».

Si dices: «Estoy esperando un chico», te dirán: «Una boca más».

Si dices: «Deme una fricción», te dirán: «¿Colonia o quina?».

Si dices: «Se arruinó después de casarse», te dirán: «Las desgracias nunca vienen solas».

Si dices: «Da recuerdos a tu familia», te dirán: «De tu parte».

Si dices: «Hoy estoy de mal humor», te dirán: «Te has levantado con el pie izquierdo».

Si dices: «La comedia es infame», te dirán: «Pero es de público».

Si dices: «Me he pasado la tarde pensando», te dirán: «Te vas a quedar calvo».

Si dices: «He recibido una carta del extranjero», te dirán: «Guárdame el sello».

Etcétera, etcétera, etcétera...

«CUESTIÓN DE UN MINUTO».

No tolere que le hagan esperar en ninguna parte aunque pretendan tranquilizarle con el consabido «es cuestión de un minuto». ¡Tremendos botarates quienes desperdician el valor de un minuto de una vida que solo dura pocas horas! ¡Huya de las antesalas donde le dicen que será recibido en «cuestión de un minuto»!

PORQUE:

... en «cuestión de un minuto», cae del caballo el enlace con la orden salvadora y se pierde la batalla de Waterloo.

... En «cuestión de un minuto», saca el agresor el cuchillo y lo hunde entre las costillas del agredido.

... En «cuestión de un minuto», surgió el tema de la Quinta Sinfonía en el cerebro de don Luis Beethoven.

... En «cuestión de un minuto», estampan el «despáchese» al pie de la sentencia de muerte.

... En «cuestión de un minuto», rueda fuera del bombo la bolita que llenará su casa de millones.

... En «cuestión de un minuto», resbalamos, caemos en mitad de la calzada y nos pasa por el pescuezo la rueda de un autobús.

... En «cuestión de un minuto», rompe el mar los diques que lo contienen e inunda media Holanda.

... En «cuestión de un minuto», Purita nos dice que no y nos pega un bofetón.

... En «cuestión de un minuto», cae la cerilla encendida en el vientre del buque petrolero y lo revienta.

... En «cuestión de un minuto», surge el camión de una bocacalle y hace papilla al coche recién estrenado.

... En «cuestión de un minuto», la gallina pone un huevo del que saldrá otra gallina que pondrá otro huevo, del que saldrá... etcétera.

... En «cuestión de un minuto», se toma usted esa copa de más que le hará decir tonterías.

... En «cuestión de un minuto», una sola silla eléctrica puede carbonizar a nueve delincuentes gordos.

... En «cuestión de un minuto», una criada puede deshacer una vajilla checa para doce cubiertos.

... En «cuestión de un minuto», irrumpe en aplausos atronadores el público que escuchaba el concierto en silencio sepulcral.

... En «cuestión de un minuto», se encuentra la respuesta que el catedrático necesita para nombrarnos notarios.

... En «cuestión de un minuto», se detiene la bolita de la ruleta en el veintisiete y se lleva los ahorros de toda su vida.

... En «cuestión de un minuto», se hace diana con la carabina verbenera y se gana una botella de sidra.

... En «cuestión de un minuto», se pasa de un siglo a otro.

... En «cuestión de un minuto», el balón pasa de bota en bota y se incrusta en la red obteniendo la victoria.

... En «cuestión de un minuto», sale del arco la flecha del salvaje para hundirse en el corazón del sabio explorador.

... En «cuestión de un minuto», el luchador que está debajo puede girar y poner sobre el tapiz la espalda de su contrincante.

... En «cuestión de un minuto», nos declaramos a Matildita y tenemos que aguantarla toda la vida.

... En «cuestión de un minuto», cae una manzana de un árbol y se descubre la ley de la gravedad.

... En «cuestión de un minuto», se encuentra en una radio la música de una emisora antípoda.

... En «cuestión de un minuto», se zampó Adán aquella famosa fruta que nos hizo la pascua a todos.

¿QUIERE USTED LLEGAR A SER UN HOMBRE IMPORTANTE?

Siga al pie de la letra este cursillo intensivo, y lo conseguirá aprovechando sus ratos de ocio:

No utilice el teléfono directamente: haga que un intermediario pregunte por la persona con la que quiera usted hablar.

Al coincidir con alguien que le fue presentado en otra ocasión, no se precipite a saludarle: espere que sea él quien le reconozca.

Llame por teléfono al mejor hotel de la ciudad y pregunte por usted mismo. No le encontrarán por ninguna parte, como es lógico; pero un botones recorrerá el elegante *hall* repitiendo su nombre en voz alta.

Viaje en el tranvía con gesto displicente de señor al que se le descompuso el automóvil aquella misma mañana.

Haga acto de presencia en bares y cafés de moda, para que las personas selectas se acostumbren a verle. No es necesario que gaste en consumiciones: basta que al entrar ponga cara de ir buscando a un amigo, y al salir, de no haberlo encontrado.

Olvide siempre los apellidos de las personas humildes, pues así comprenderán que en su cabeza privilegiada no hay espacio para esas insignificancias.

Lleve bajo el brazo periódicos extranjeros, escritos en lenguas que ni usted mismo conozca. Un ligero barniz de políglota siempre favorece.

Felicite las pascuas en «*christmas*» de gran formato, en cuya portada se reproduzca un gran grabado antiguo.

Escriba sus cartas con letra rápida y nerviosa, sin preocuparse de que sean o no legibles.

Fomente su calvicie, pues una calva prematura es el mejor sucedáneo de una frente despejada.

Vista de oscuro, y mande almidonar intensamente el cuello y los puños de sus camisas.

Hable despacio, pronunciando con minuciosidad, sin dignarse mirar a la cara de su interlocutor.

Cuando le llamen por teléfono y no pueda ponerse, haga que le disculpen diciendo que está sumergido en un exquisito baño tibio.

Consulte con frecuencia su reloj de pulsera, como si estuviera pendiente de una cita mucho más importante.

Compre con prisas un periódico de la noche, y abstráigase en la lectura de las cotizaciones de Bolsa.

Sea el último en llegar a todas partes y el primero en marcharse.

Hable de los ministros nombrándoles por su nombre de pila.

Vaya a los espectáculos con cara de aburrimento, como si buscara en vano un poco de distracción que aligere el horrendo peso de sus responsabilidades.

Aplaste cigarrillos a medio fumar en los ceniceros de los despachos que visite.

NUEVOS INSULTOS

¿Qué decirle al grueso señor desconocido que nos machaca con su bota el pulgar del pie derecho? ¿«Animal»? ¿«Torpe»? ¿«Atontolinado»? ¿«Estúpido», todo lo más? ¡Triste panorama para el insultador, obligado a repetir desde tiempo inmemorial los mismos epítetos! En lo que respecta a vocablos insultantes, nuestra lengua sufre una anquilosis lamentable. Hoy se insulta como en nuestro Siglo de Oro, y no puede decirse que exista un gran surtido de ofensas verbales para atender todos los pedidos. El hombre moderno incurre en ofensas modernas también, a las que debe replicarse con modernos calificativos. Pero a los académicos de la Lengua, como es lógico, les da vergüenza ocuparse en la Academia con estas papeletas tan feas y he de ser yo quien me apresure a enriquecer este pedazo de léxico:

«¡Gurrufrito!»: Insulto novísimo que tiende a rebajar la categoría humana del insultado, estableciendo una comparación denigrante entre él y las humildes escurriduras culinarias.

«¡Sorbetante!»: Es epíteto muy indicado para especuladores en Bolsa, cuyo moderno tipo de fraude carece de calificativo adecuado en el viejo diccionario.

«¡Forberuco!»: Palabra despectiva aplicable a conductores de vehículos movidos a motor. Significa «lego en mecánica y poco apto para conducir autos».

«¡Mergotillo!»: De uso externo. Aplicable a camareros que tardan en servir y a modistas que tardan en entregar. Fino insulto que no desentona en labios femeninos.

«¡Tombolazo!»: Para jugadores de azar, especialmente de naipes, que hacen trampas en las partidas. Ofende lo suficiente, pero sin que llegue la sangre al río.

«¡Zampilote!»: Recomendable para servidumbre destrozona. Es más el ruido que la nuez, pues este calificativo solo quiere decir «persona descuidada, carente de habilidad manual, que deja caer cuantos objetos coge».

«¡Nogorumbo!»: Respuesta hiriente para señoras que se vean atacadas por piropeadores contumaces. Su traducción es «hombre solitario que, por haber vivido toda su vida entre animales más bien selváticos, no han tenido ocasión de admirar congéneres del otro sexo».

«¡Protercurio!»: Insulto para ser utilizado por eruditos que no desperdicien ocasión de demostrar su cultura. Viene a ser una mezcla de «iconoclasta», «epicúreo» y «tragaldabas».

«¡Jujunizo!»: Equivalente a «gaffe», galicismo intolerable en nuestra lengua. Debe pronunciarse tocando alternativamente objetos de madera y hierro.

«¡Hortocolo!»: Destinado a burócratas, en cuyas manos los expedientes se eternizan.

«¡Gusandorcio!»: Para repeler agresiones verbales en cámaras de diputados, congresos y asambleas.

PARODIAS RESPETUOSAS

CONFERENCIA DEL PENSADOR OMEGA Y GRISSET

(Sala rebotante de cerebros con lengüecitas de sabiduría encima. Las señoras llevan sus cerebros tapados con sombreros, cuyas plumas son pararrayos que captan los chispazos geniales del orador. Mucha gafa de concha. Mucho cuero cabelludo ligerito de pelo. Mucha corona de laurel en las perchas del guardarropa. Cultos con frases en latín tatuadas en la cadera. En la octava fila, a la derecha, hay un señor delgado, vestido de azul con motas, que es el único que ha leído las Obras Completas del pensador. Y se le nota, porque está pidiendo a voces un frasco de hipofosfitos. Se apagan un poco las luces y surge el pensador, en traje de faena. Se nota que es más listo que los demás porque la lengüecita de sabiduría sobre su cerebro tiene más kilovatios. Ovación y vuelta a la tarima con un mapamundi en el regazo. Silencio. Sordo rumor de ebullición en los cerebros del auditorio, sobre los cuales podría cocerse una patata sin dificultad).

OMEGA Y GRISSET (haciendo una prolongada gárgara, para refrescar el badajo de su campanilla). — Señores: Para quienes sustentan la innegable primacía de mi cacumen sobre los otros cacúmenes peninsulares, voy a pronunciar una ristra de conferencias unidas entre sí por un abono, como las corridas. En ellas, usando la rica gama del lenguaje que todos tenemos en la boca, procuraré no meterme con nadie para obtener lo que los filósofos latinos denominaron el «tutti contenti».

UNA SABIA DEL PÚBLICO. — ¡Cómo maneja el léxico este condenado rubiales!

OMEGA Y GRISSET. — Para dato de cronológicos quisquillosos, diré que cada disertación durará ochenta y seis minutos, de los que con este preámbulo ya están cinco en el bote.

UN CULTO DE PRO. — ¡Eso es hablar, y no lo que oye uno por la radio!

OMEGA Y GRISSET. — Mas como toda cháchara, por liviana que sea, ha menester de un cañamazo para ir trazando el bordado oratorio, sentaré mis

palabras encima de un libro gordo, con el fin de que parezcan más altas. El libro gordo llámase, como casi todos los libros gordos, «El mundo no es tan achatado por los polos como dicen malas lenguas», original de un nórdico llamado Toriby. Y como el tal Toriby está en su tierra y no es probable que venga desde tan lejos a darme hule, demostraré que es un berzas.

UNA FILÓSOFA CON CIERTO GANCHO. — ¡Olé la *mens sana en un corpore* de tan buen ver!

OMEGA Y GRISSET. — Opina, Toriby que nuestro planeta, si planeta puede llamársele, que sí se puede gracias a Dios, es más redondo de lo que calcularon los astrónomos grecolatinos. A lo cual yo le replico: «No seas tontibi, Toriby». Sentada esta premisa, recitaré algunos pensamientos de mi cosecha, con los cuales debuté ante este querido público de Madrid y de los que ya he dado más de mil representaciones. (Un erudito, de esos que hasta el número de teléfono lo dan en números romanos, llora de gozo). Allá va canela intelectual: Si la Historia se retrotrae al módulo de los nacionalismos, ¿cómo abrir la espita que preconizaba el filósofo Cocolín? Otro, que también es fino: No se puede hablar de internacionalismo sin hablar de nación.

UNA VOZ ATIPLADA, DE FUTURO ACADÉMICO EN CRISÁLIDA TODAVÍA. — ¡Ande, maestro!: ¡cuéntenos en un par de chispazos geniales la receta del filósofo!

OMEGA Y GRISSET. Está bien. Allá va la clave que utilizamos mis colegas y yo para ir defendiéndonos: «No derribes nunca estatuas: déjalas en vilo solamente, para colocarlas de nuevo sobre su pedestal cuando te convenga. No ataques a ningún grupo intelectual sin ensalzar previamente a sus figuras más representativas. Habla todo lo que quieras, porque la palabra es un pájaro que deshacen en el aire las toses del auditorio. Pero no olvides que la cinta magnetofónica es el mayor enemigo del orador, porque ella le saca los colores unos años después repitiéndole lo que dijo».

UN PURISTA PEQUEÑARRO. — ¡Con un ingenio así, no se explica que este hombre no escriba sainetes!

OMEGA Y GRISSET. — Más sigamos vapuleando a ese grullo de Toriby. Hace falta ser eso, Toriby, para sostener en el capítulo setecientos cuarenta y tres de su libro que la capital de Checoslovaquia es Belgrado. (Empuña un puntero de maestro de escuela y se acerca a un mapa que tiene detrás de la nuca). Escuchen, y tomen notas para instruirse. (Va señalando en el mapa). España: capital, Madrid, Noruega: capital, Oslo. Hungría: capital, Budapest. Checoslovaquia: capital... (Consulta unas notas que saca del bolsillo. Tras un rato de búsqueda infructuosa:) Pues ustedes perdonen, pero

me he dejado en casa la capital de Checoslovaquia. De todos modos me alegro, porque ya les he servido el medio kilo de verbo fresco que tengo contratado, y no están los tiempos para dar verbos de propina.

«DON JUAN JOLGORIO».

A Salvador Dalí, al que tantas travesuras se le ocurren con el popular sainete andaluz del maestro Zorrilla.

(Al levantar la telaraña que simboliza el telón, aparece un pedazo de Constantinopla que simboliza Sevilla. Se oyen unas gárgaras entre bastidores y entran unos niños disfrazados de muelas postizas. Una gran lengua de vaca, colgada del techo, lame rítmicamente el cerebelo de un ballenato. Luces multicolores, cuyas tonalidades recuerdan los remiendos de un mendigo. Don Juan Jolgorio está sentado en la valva de un mejillón grandote, y escribe en una hoja de higuera mojando el rabo de una lagartija en la vesícula biliar de un dromedario. Don Juan viste una rica camisa de fuerza con pechera almidonada. Un gran corazón de felpa color de lechuga cuelga de su pantorrilla, para simbolizar que le gustan las chicas medievales. Va armado de un largo canuto, del que brotan, al soplar, gruesas pompas de jabón. Lleva también un par de ojos en la nuca, y unas alas de pájaro que apenas utiliza).

DON JUAN JOLGORIO (al oír el ruido de las gárgaras:)

¡Cómo pían los pajaritos! Pero de tonto tendré fama si al acabar este telegrama no me los como a todos fritos.

(Entra don Luis Lejía, con el rostro escondido tras un pétalo de magnolia. Lleva unos tubos de chubeski en lugar de mangas, y una botella de cerveza en bandolera).

DON LUIS LEJÍA (mientras se espanta unos murciélagos pintados con purpurina que se le han posado en el refajo:)

Quisiera ser tan guapo como el gran don Juan. ¡Ay, ay! Para ver cuántas niñas puedo conquistar. ¡Ay, ay!, puedo conquistar.

(Jolgorio y Lejía cuentan sus travesuras más recientes. Cruza la escena un renacuajo dando volteretas, pero nadie le hace caso).

DON JUAN JOLGORIO:

Yo en las tabernas entré y en los hoteles comí; y en todas partes dejé que pagará mi papín.

(Pero don Luis tampoco se ha chupado el dedo, y cuenta cómo robó un tarro de confitura a su tía Filiberta. Aparece un esqueleto, cuyas costillas sirven de jaula a una cotorra. Un tramoyista, para no dar la vuelta por detrás del decorado, cruza la escena con un tablón al hombro; pero el público cree

que pertenece a la obra, y elogia la genialidad del montaje. Sobre una nube en forma de almohada duerme una cabeza de ajo. Jolgorio se apuesta una peseta con Lejía, comprometiéndose a burlarse de su novia. Y se burla, en efecto: entra en casa de la novia de don Luis, le dice «tururú»; poniendo los ojos bizcos, y gana la peseta).

DON LUIS LEJÍA (rabioso por haber perdido una peseta de vellón:)

Me ha destrozado el casorio este golfo de Jolgorio.

(Ruido de tormenta, conseguido con un tambor relleno de saltamontes furiosos. No se puede decir que el artista ha discurrido mucho, porque los apagones que separan los cuadros son completamente negros).

(Por fin, aprovechando una pausa entre monstruo y monstruo, entra doña Inés cubierta de grandes toallas con flecos amarillos. Al ver a Jolgorio se le encandilan los ojos, como es costumbre en este drama).

DOÑA INÉS (dando un papirotazo a un espectro que se le ha posado en un hombro:)

Don Juan, don Juan, yo te ruego que me des un coscorrón, pues turulata me quedo al verte tan guapetón.

(Un vistoso desfile de infraseres realza el encanto de la popular obrita. Jolgorio pincha a sus contrincantes habituales, y un comisario de la época le amenaza con llevarle a la Dirección General de Seguridad Medieval. Pero él se tira a un río que pasa por la calle en aquel momento, y se marcha a un Flandes de los alrededores. Un descanso, para dar de comer a todos los bichos que trabajan en la función. Un trocito de barba en la cara de Jolgorio nos sirve para saber que, mientras comíamos patatas fritas en el descanso, el tiempo ha corrido como un loco. Sale un cementerio con aire de *cabaret*. Una calavera muy coqueta, al ver a don Juan, le guiña una órbita. Algunos muertos quisquillosos se enfadan con Jolgorio porque les hizo la faena de matarlos. Incluso le pellizcan. Se abren tumbas en forma de polvera, y aparecen señoritas rebozadas de harina con percebes en la frente, Don Juan se muere del susto. Por la boca de su cadáver sale un papagayo blanco, que simboliza su alma contrita. Apoteosis a base de peces, mariposas y coleópteros).

«CULPA Y REGAÑINA».

A don Fedor Dostoievski, autor de ese argumento titulado «Crimen y Castigo», al que tanto jugo se le saca en el teatro y en el cine.

CUADRO PRIMERO

(Suburbio moscovita cubierto de nieve y caspa. Una especie de «Bar Chicotevich», donde todo el mundo bebe por los codos. Los personajes van vestidos de zarzuela rusa, con pecherines de astracán y gorras de huérfanos de Correos. Para que el ambiente resulte más eslavo, todo el reparto lleva las rodillas sucias, remiendos colorados en la ropa, y los pelos más bien lacios. Pasa un remero diciendo que cobra dos realublos por atravesar el Volga en su barca. Pasa un Zar pero lo apiolan entre bastidores. Música de fondo a base de bandurri-laika. La compañía está pidiendo a gritos una pastilla de jabón, pero nadie se la da. Luces color cascarria. Entra RASKANARIZOF, y le plantan un foco en la barbilla).

RASKANARIZOF (que lleva cosidas en sus harapos algunas lentejuelas de plata, para que se note que es el protagonista). — Como soy un ruso más fresco que una troika, he decidido romperles la cabeza a las usureras para embolsarme sus usuras.

(Entra un borracho de ojos negros cantando ídem. Entra después una señorita llamada TANIA, cuya reputación es evidente).

TANIA. — ¡Hola, simpátiko!

RASKANARIZOF. — ¡Hola, guapovna! Como me has caído en gracia, puedes llamarme Raska a secas. ¿Cuál es tu profesión?

TANIA. — Dar posada al peregrino. Pero lo hago para alimentar a mi anciana madre, que es lo que decimos todas.

RASKANARIZOF. — Yo tampoco tengo ni una kopeka chica, pero voy a poner un negocio imponente. El único capital que necesito es un hacha. Yo pongo el hacha, y las cabezas las ponen los demás.

TANIA. — Pues si algún día me ve usted libre, no deje de pararme. Encierro a dos pasos de aquí, en la Callucha del Samovar.

CUADRO SEGUNDO

(Típico cuchitril de usurera moscovita. Luces color de telaraña con mosca pegada. Varias usureras trepando por las paredes. Un rédito en un rincón merendando. La usurera lleva los bolsillos protegidos por cerrojos. Maquillaje de roñica. Entra RASKANARIZOF. Lleva el hacha envuelta en un periódico, para darle la sorpresa).

USURERA. — Buenas nochenkas, mozo. ¿Qué desea?

RASKANARIZOF. — Vengo a empeñar esta hacha. (La desenvuelve).

USURERA (examinándola). — Le daré tres rublos por ella.

RASKANARIZOF. — Le daré yo a usted con el hacha en la cabeza, porque así sacaré más dinero.

USURERA. — Como guste. Aquí tiene mi cabeza, pero haga el favor de no despeinarme.

RASKANARIZOF. — Procuraré darle en la raya (Le pega un hachazo).

USURERA. — ¡Qué hachazo más flojito, criatura!... Así no matará ni una mosca.

RASKANARIZOF. — Usted perdone: tengo poca práctica todavía y me azoro.

USURERA. — ¿Es la primera usurera que descalabra?

RASKANARIZOF (avergonzado). — Sí. Pero espero que no será la última.

USURERA. — Ya se nota que es usted novato. El otro día estuvo aquí otro chico de su edad que solo me hizo un chichón.

RASKANARIZOF. — No crea que es un trabajo fácil. Siempre se tropieza con alguna horquilla, o con alguna peineta...

USURERA. — Pretextos. ¿No le da vergüenza? ¡Tan mayorzote, y sin ninguna usurera sobre la conciencia!

RASKANARIZOF. — Es que mi familia es muy chapada a la antigua, y apenas me dejan salir de la isba.

USURERA. — Comprendo: es usted uno de esos chicos que viven pegados a las faldas de su mamá. Pues ya puede despabilarse. Un sobrino mío, más joven que usted, tiene ya sus buenas usureras sobre la conciencia. Y no se puede decir que haya sido un niño precoz.

RASKANARIZOF. — Pues a ver si me estreno. ¿Probamos otra vez?

USURERA. — Bueno. Pero no coja el mango del hacha por la punta. Más bien hacia la mitad, y apriete bien el dedo gordo. Y ahora, nada de nervios: levante el hacha despacito, y déjela caer con suavidad.

RASKANARIZOF (levantando el brazo). — A ver si hay suertecilla. Pero haga el favor de sangrar lo menos posible, no sea que me lleve un susto.

USURERA. — Vamos, basta de dengues.

RASKANARIZOF (deja caer el hacha, con excelente resultado). — ¿Lo hice bien?

USURERA. — Estupendamen... (Muere).

CUADROS SIGUIENTES

(Poniendo del revés los decorados anteriores, previamente zurcidos para que no se noten los ojales, se van combinando diferentes vistas de Rusia. No importa que las vistas salgan feas, porque Rusia, al fin y al cabo, no es Baden-

Baden. La conciencia de RASKANARIZOF, que es una bruta, le remuerde a cada momento).

RASKANARIZOF. — ¡Ay!; ¡me has remordido en una pantorrilla, conciencia! Como sigas remordiéndome de esa manera, tendré que ponerte un bozal.

CONCIENCIA. — Es que parece mentira, hombre: matas a una vieja y te quedas como si te hubieras comido una chirla.

RASKANARIZOF. — Pues, hija, no eres tú poco tiquismiquis. ¡Ni que hubiese matado a alguien del otro jueves!

CONCIENCIA. — No te pongas flamenco, que te remuerdo una oreja.

RASKANARIZOF. — ¿Y qué quieres que haga? ¿Que vaya a casa de la vieja y le pegue el cráneo con sindetikón?

CONCIENCIA. — Reconocerás que fue un asunto sucio.

RASKANARIZOF. — Nada de sucio: hasta puse un trapo debajo, cosa que no hacen otros.

CONCIENCIA. — Debes entregarte a la Policía.

RASKANARIZOF. — ¡Eso! Para que me ensiberien, ¿verdad? ¡No, hija! Aunque lo parezca, no soy tan tonto.

CONCIENCIA. — Pues te remorderé toda la vida. Y ya sabes que cuando una conciencia se pone pesada...

RASKANARIZOF. — Me estás metiendo el corazón en un puño, chica. ¡Qué exageración! ¡Armarme tanto trepe por una usurera que no valía un pitoche!

CONCIENCIA. — No es por el pitoche, como comprenderás. Es por la intención.

RASKANARIZOF. — Crees que lo hice por mala idea, ¿verdad? ¿Y qué hacen los demás rusos, vamos a ver? Matan cosas peores. ¿Por qué no les remuerdes a ellos?

CONCIENCIA. — Eres más terco que un aragonevich, hijo. ¿Te gustaría que te abriesen la cabeza a ti por hacer un chiste?

RASKANARIZOF. — Vas a conseguir que me ponga nervioso. Como sigas poniéndote tan pelmaza acabaré creyendo que hice algo malo.

CUADRO FINAL

(Un policía gordo, iluminado por la espalda con luces color de corcho. Vuelve a pasar el remero del Volga).

REMERO (cantando:)

Dicen que el Volga es marrón cuando en la mar desemboca; y es que recoge el color al echarle «Coca-Cola».

(Se va el remero a unas regatas y entra RASKANARIZOF. Viene todo remordido, con la ropa hecha tiras).

RASKANARIZOF (a su Conciencia). — ¡Está bien, mujer! Te has salido con la tuya; me entregaré. Con tal de no oírte...

POLICÍA. — ¿Qué desea usted, remordido?

RASKANARIZOF. — ¿Es aquí donde se entregan los que dan hachazos a las usureras?

POLICÍA. — Siga por ese pasillo, y la segunda puerta a la derecha. Verá un cartel que dice: «CULPABLES DE HACHAZOS. ENTREGAS, DE OCHO A TRES». Hacen jornada intensiva. Desde que las hachas se pusieron de moda...

RASKANARIZOF. — ¿Qué hay que hacer para entregarse?

POLICÍA. — Nada: usted se entrega y le darán un recibo.

RASKANARIZOF. — Menos mal. Porque luego lo pierden a uno en Siberia y, si la familia no tiene recibo, no se puede reclamar.

(RASKANARIZOF se aleja cansinamente por el pasillo hacia la sección de «Culpables de hachazos». Chorros de luminotecnia fresca le bañan por los cuatro costados, dejándole amoratado. Las bandurrilaikas tocan una música triste, sí, pero llena de esperanza).

«KATAPLUM».

A Curzio Malaparte, autor de «Kaputt».

CAPÍTULO PRIMERO

Una lluvia de fango, pestilente cual estiércol de caballo tártaro, azotaba la llanura desértica al sur de Kromtemwichuchi. En el reloj de una torre, cuyo péndulo era el cuerpo de un ahorcado jovencito, dieron las once de la noche. El silencio solo se rompía con los gritos intermitentes de un lagarto que llamaba a sus papás. Proseguí mi viaje, y en la carretera me encontré con una ristra de prisioneros famélicos cubiertos con rudimentarios gorros de papel. Observé que caminaban muy despacio y que su estatura no era superior a la de los pigmeos. Extrañado, hice algunas preguntas a la retaguardia. Me lo explicó en pocas palabras:

—A todos los prisioneros les amputamos las piernas por encima de las rodillas para que no puedan huir corriendo. Es ingenioso, ¿verdad? ¡Jí, jí!

—¿Y qué hacen ustedes con las piernas sueltas? —añadí, con calambres de horror en una muela.

—Las usamos como repuesto, por si a nosotros se nos rompe alguna.

—¡Pero eso no vale! —protesté—. Los reglamentos de la guerra prohíben quitar pedazos al enemigo Tendrán ustedes que pagar prenda.

—¡Bah! —dijo el alférez—; mientras no nos vea el árbitro...

Entonces comprendí que los trudescos no jugaban limpio, y que aprovechaban cualquier oportunidad para hacer trampas.

CAPÍTULO II

Seis meses después, en pleno invierno, tuve que ir a la capital de Boldonia para comprar unas cerillas. El señor Frac, jefe trudesco de la Boldonia derrotada, me invitó a cenar. El comedor era fastuoso: en vez de patas, cuatro judíos con harapos de oro sostenían el tablero de la mesa, sobre el cual se hacinaban copiosos víveres. Nos sirvieron antílopes con vinagreta, ensalada de pollos pasados por agua, y queso *Gruyère* con todos los agujeros llenos de caviar. Lujos así no se ven por el mundo.

El señor Frac, que vestía de *smoking*, era un sádico de buena facha con pescuezo corto. Su esposa tenía el cutis poroso y sus dientes rechinaban al masticar el antílope.

—Los judíos están muy ricos con chorizo —dijo la señora Frac—. ¿No opina usted lo mismo, señor Malapata?

—Soy vegetariano, *madame* —repliqué evasivamente, con muchísimo ingenio.

Frac me lanzó una mirada terrible, que yo resistí sin pestañear porque tengo los nervios de acero.

Los criados sirvieron el postre: sobre fuentes de plata y artísticamente adornados con gelatina y pepinos, se veían unos corpúsculos de color indefinido.

—Bonito postre —elogié, mientras me servía—. ¿De qué se compone?

—Son meninges de patriota en dulce —me explicó la anfitriona.

CAPÍTULO III

—¡No me hable usted de sardinas en escabeche! —le rogué al príncipe de Tacatá, mientras tomábamos una taza de cacao en su palacio.

Y le conté el episodio de la escabechina en Frascania:

—La ciudad, si puede llamarse ciudad a siete ladrillos ahumados que sobraron después del bombardeo, se rindió como una pepa. Los invasores,

con sus botas de piel de hombre y sus perifollos de acero, saquearon todos los víveres de la comarca. Los víveres consistían en un conejo, que se entregó dando vivas al Emperador, y una patata.

—¡Qué espanto! —comentó el príncipe de Tacatá—. ¡Abnegado conejo!

—También la patata se portó como una heroína, Alteza —proseguí—. Mientras los trudescos la pelaban entre risas groseras, ella no cesó de cantar el himno de Frascania. Cuando el último pedazo de su monda cayó al suelo, dejóse de oír su vocecilla valerosa: la patata había muerto.

—¡Atroz escabechina! —murmuró el príncipe, mojando con nostalgia un dedo en su taza de cacao, mientras brillaban en sus ojos relámpagos de cólera.

CAPÍTULO IV

Un calor de todos los demonios (de casi todos, vamos, pues varios demonios fueron fusilados por las tropas invasoras), me obligó a refugiarme bajo una ingeniosa pérgola hecha con esqueletos. Estaba en las afueras de Pochikowno, y los soldados trudescos se refrescaban con sus grandes abanicos de reglamento. De pronto, entre los matorrales, un guerrillero comenzó a hostilizar a los batallones con bolitas de pan disparadas por medio de un canuto. Poco tardaron en apresar al agresor, que resultó ser un nene de siete meses.

—¿Por qué nos atacaste con tu peligroso canuto, que estuvo a punto de causar una horrenda mortandad? —le preguntaron en el Consejo de Guerra.

Al día siguiente, el rancho de las tropas tenía tropezones de una carne tierna y jugosa.

—No se quejarán ustedes —comentó el ranchero trudesco, con sorna—. Hoy hemos comido guerrillero lechal.

CAPÍTULOS RESTANTES

(Entre náusea y aspaviento, acaba el lector contento).

«EL BRIBÓN DE PATINETES».

A Vittorio de Sica, director de «El ladrón de bicicletas».

Primer plano de un moco columpiándose alegremente en la nariz de un niño italiano. La cámara, disfrazada de mendigo, se mete en una choza donde moribunde una familia. El mobiliario lo constituyen tres salivazos, distribuidos por los rincones con buen gusto. Una raspa de pescado sirve de perchero. Una rata sirve de gato. Un papel sirve de sábana. La cámara,

tapándose el objetivo con un pañuelo empanado en colonia para no desmayarse, fotografía un par de cosas hediondas y sale después a respirar aire puro. Pero, según el neorrealismo, el aire no es tan puro como parece: la niebla, al mezclarse con el polvo y las moscas, forman un barro negruzco que embadurna toda la película. Unos pies con alpargatas andando por la Vía Apia, nos indican que estamos en Roma.

¡Siniestra Italia neorrealista, sin un mal gondolero con jubón purpúreo y laringe de tenor! ¡Fúnebre Roma sin sol, neblinosa y londinense! ¡Tétrico país neorrealista, que será borrado de todos los itinerarios del turismo mundial!

Dentro de las alpargatas que andan por la Vía Apia hay un obrero desnutrido que es el protagonista. Radiografía de su estómago, para que se vea que no come desde hace un trimestre. Análisis de su sangre, para que se vea que tiene unos globulillos rojos que dan risa. El desnutrido se alimenta de sus propias uñas, que devora con avidez a medida que le van saliendo. Pobre, roto baldado y canijo, busca en vano un empleo en la inhóspita Roma de De Sica. Por fin, le ofrecen un puesto de pegador de sellos en la correspondencia urgente, a domicilio.

—¿Tiene usted lengua? —le preguntan en la oficina de colocación.

—Sí, tengo una. Mírela —contesta el desnutrido, sacándola de la cavidad bucal con mucho cuidado, pues es su único tesoro.

—No está mal. Algo seca me parece, pero puede humedecérsela con un poco de agua. ¿Tiene patinete?

—No. La empeñé hace tiempo, para comprar unos cuantos piojos a mi familia.

—Pues la patinete es imprescindible. Para pegar sellos en la correspondencia urgente, tendrá que trasladarse de un sitio a otro con rapidez.

—Pues es una lata, ¡carámboli! —exclama el desnutrido en el idioma de Dante.

Rollo dedicado a explicar cómo se desempeñan los patinetes en Italia: se va uno al Monti di Pietà, se presenta un papeleti, y *tuti contenti*.

Panorámica del desnutrido ufano que sale, con su patinete engrasada y la lengua limpia, a pegar sellos. Vistas de una insospechada Roma industrial, sin un mal Pincio que llevarse a los ojos. ¿Dónde quedaron las siete colinas, con sus palacios de mármol rosado como la carne de un niño? ¿Qué se hizo de la cúpula de San Pedro, que dora en el crepúsculo el gran orfebre solar? ¿Y las ruinas del gran Circo, donde los leones se comían a sus domadores y las *ecuyères* vestían graciosos peplos y los trapezistas usaban toga? ¿Y las fuentes del Bernini, con señores antiguos de nalgas musculosas escupiendo

agua por un colmillo?... Nada de esto se ve. Solo barrios míseros, por cuyas fachadas trepan los bacilos como enredaderas. Solo charcas sucias, sin tritones petrificados.

Primeros planos del desnutrido, cuya lengua pega sellos a domicilio. Pero al salir de una casa lanza un grito desgarrador: «¡Carámboli!: ¡me han robado la patinete!». Rollos y rollos del desnutrido recorriendo los suburbios romanos en busca de su patinete. Transeúntes pálidos, que recorren las aceras con prisa neoyorquina. Chaparrones para que se moje el suelo y la cámara pueda captar esos reflejos tan artísticos. El desnutrido, que no es muy despabilado, para a los transeúntes para interrogarles:

—Usted perdone, caballero; ¿ha visto por casualidad una patinete alta, rubia, con ruedas azules y un clavel en el manillar?

Planos de los transeúntes, que se mofan del desnutrido. Se pretende desmoronar nuestra creencia de que el pueblo italiano es cordial, generoso y simpático. Planos de caras hoscas, de mujerucas cicateras y de golfos malignos. Ni una música fresca en los labios de una chica guapa asomada a un balcón lleno de flores. Ni un árbol. Ni un pájaro. Es tan cruda esta película que cada plano parece un filete sin freír. ¡Desolador film, en el cual la única nota de ternura la pone un niño haciendo pipí! A veces, entre los ásperos adoquines que el desnutrido pisa en su angustiada búsqueda de la patinete, ha brotado una trémula florecilla o una brizna de hierba tierna. Pero el director se enfurece y manda a un ayudante que la estruje con su bota. Aparecen madres que despiojan a sus niños, para que tengan la cabeza limpia cuando el padre, borracho, les pegue un puñetazo en la nuca. Y mozalbetes malvados, que pisotean riendo el sombrerito que una ráfaga de viento arrancó de las canas de una vieja... Y el desnutrido camina en pos de su patinete... camina... camina...

Jamás sentimos una angustia tan grande por una tragedia tan pequeña. Es como si alguien nos hubiese arrancado de un tirón los esparadrapos de una herida sin cicatrizar. ¡Sangriento plano final, cuando el desnutrido se aleja en el brumoso crepúsculo dominical sin haber encontrado su artefacto! Salimos pensando que jamás encontrará su patinete rubia, con ruedas azules y un clavel en el manillar. Andará días enteros, años, hasta el fin de sus días, por las calles de esa Roma neorrealista, ingrata y cruel Y morirá de agotamiento, preguntando por millonésima vez a un transeúnte indiferente:

—Usted perdone, caballero: ¿ha visto por casualidad mi patinete?

Y su lengua ya no pegará más sellos. Y unos barrenderos de ojos turbios, del color de las basuras que miraron siempre, arrojarán su cuerpo por la

compuerta del camión municipal que recoge los residuos de la vida. Y sobre la conciencia de De Sica pesará el dolor del personaje de su fábula, condenado por él a una peregrinación eterna y sin esperanza en pos de una patinete.

UNA NOVELA DE E. M. REMARQUE

Al cadáver del croata empezaban a salirle buitres. Junip le arrancó la colilla que aún tenía pegada al labio y se dispuso a encenderla en las ruinas humeantes de la ciudad.

—He visto una pierna de mi tía Horacia en una chacinería —dijo después a Wanda con un rictus en las encías—. Las tropas enemigas, no contentas con matarla, han resuelto venderla como jamón.

—Pero la darán más barata —sugirió Wanda.

—Eso es lo malo: que la venden al mismo precio.

—¡Qué canallas!

Salieron del refugio al atardecer, y se pasaron la noche desclavando niños pinchados en las paredes con bayonetas. El trabajo era duro. A Wanda se le reventó un pulmón con el esfuerzo, y menos mal que Junip llevaba parches.

—¿Te duelen los siete balazos que te metieron en el cuerpo al huir? —indagó, solícita, Wanda.

—No me duelen; me pican.

Por las calles circulaba la soldadesca borracha, arrastrando por el ronzal varias mulas. Un mutilado muy habilidoso hacía labores de ganchillo con sus muñones.

—Si nos caza el espionaje, nos cortarían la cabeza como al gaucho Pipaina.

—Mejor: así no tendremos que operarnos de amígdalas —ironizó Junip arrancándose unas metrallas que se le habían incrustado en la cintura.

La vida de Junip no era muy cómoda: cuando no le zurraba el espionaje, le sacudía el contraespionaje. Por suerte Junip era robusto y, cuando le cortaban una pierna, volvía a salirle como el rabo a las lagartijas. Pero siempre pasaba unos días bastante malucho.

Aquella mañana, para festejar su cumpleaños, Junip se fue a beber agua en una tubería rota de los alrededores. Por su cerebro, febril, cruzaban ideas inconexas: la escurridura que dejaban los moribundos al caer en los pozos de cal viva, el grito de la mamá balcánica cuando envenenaron su biberón, la escapatoria del presidio utilizando como cuerda el intestino de un belga... Tuvo que sujetarse las sienes para que no se le cayeran al suelo. ¡Su infancia!

¡aquel azote que le dieron en la escuela a consecuencia del cual se le atrofió una nalga!; y el cuerpo de su padre servido en bandeja con una manzana en la boca... Luego la guerra, el cuartel, la trinchera, el calcetín, los tirantes... Se había convertido en un merengue humano, sin nervios ni voluntad.

Un lanzallamas le chamuscó la chaqueta al doblar una esquina. De noche, como carecía de sábanas, tuvo que arreglárselas con unas telas de araña que había en un rincón.

—Europa está hecha un asco —farfulló.

Le sabía la boca a barro mezclado con sesos de caballo crudo. Las hormigas trepaban por sus tobillos sin que Junip hiciera el menor ademán para espantarlas. De la calle subía un hedor variado, como un «tutti frutti» de todas las miserias. Recordó que su hermano Bango llevaba un ojo postizo en el ojal de la solapa, unido a su vacía órbita por un cordoncillo. Esto le reconfortó. Recordó también el hospital del frente, en el que estuvo para que le sacaran un hueso del cráneo.

—¿Y qué hacemos ahora? —le habían preguntado los cirujanos antes de terminar la operación.

—Cuando se saca el hueso, lo mejor que se puede hacer es rellenar el agujerito con una anchoa —había bromeado él.

¡Lástima que aquel sargento de Caballería le hubiese cortado la lengua de un sablazo! ¿Quién había deslizado en su bolsillo aquel murciélago muerto? Hizo una bolita con sus alas, y lo tiró por el enrejado de la alcantarilla. Nuevos hedores llegaban a la estación de su nariz. Los frascos de sangre para transfusiones salían a diario para el frente, con marcialidad de soldaditos jóvenes.

—¡Junip! ¡Junip! —le gritó Wanda, desde el puente que los zapadores acababan de tender.

Demasiado tarde, rica: un tanque que volvía de dejar a un capitán en el *cabaret* de la muerte, planchó a Junip sobre la calzada. Wanda no pudo llorarle: la última lágrima que tenía, la derramó tontamente sobre los cráneos de su familia acribillados a balazos.

El crepúsculo hizo sangrar al cielo. Pero la luna, cual blanca enfermera, puso tiras de esparadrapo plateado en sus heridas. El cañón dejó de tronar...

«LA SORDA LUCHA DEL NENE Y LA NENA».

A la condesa de Campo Alange, autora de «La secreta guerra de los sexos».

Desde el año de Maricastaña (siglo VII), nenes y nenas combaten para hacerse los amos del globo. Toda la Historia está llena de ejemplos que confirman mi tesis. En 1279, la reina Oswaldalda de Anjou, alias «la Testaruda», le pegó un cachete a su marido; en 1528, el tonelero bretón Goldovio le puso una zancadilla a su cuñada Polola; en 1704, el emperador Juliancho llamó «fisgona» a su tía Enriqueta... ¡Cuántos ejemplos podrían citarse del antagonismo fémimo-masculino! Por lo menos nueve. ¡Cruel lucha que, pese a su sordera, hace tiras a los humanos! En nuestros días, sin ir más lejos, menudean las señoras que procuran dar pellizcos al sexo fuerte cuando está distraído.

Opina el ilustre doctor Pantopón que en esta lucha el nene lleva las de ganar, porque «el nene suele ser bastante bestia, mientras la nena no es frecuente que tenga ni media torta». Pero como la autora de este libro quiere que gane su equipo, procurará arrimar el ascua a su sardina y citar solamente párrafos favorables a la feminez.

Ni el nene es tan listo como cree, ni la nena es tan tonta como parece. Ya lo dice Omega en su «Sublevación de las ratas», con frase genial: «Antes de entrar en este problema metafísico, dejen salir». Y añade con una prudencia digna de su cerebrote: «Y para que los filósofos no sean arrollados por la metafísica, colóquense a los lados de las puertas».

La evidencia nos dice que el hombre, al que llamaremos despectivamente «homo» para que rabie, es más feo que Picio; mientras que la mujer es guapa y, por ende, retrechera. En eso están de acuerdo todos los pensadores que no sean de la cáscara amarga, y prueba de ello es el «¡olé!» que se le escapó a Sófocles en un estudio que hizo de Cleopatra. El mismo Aristóteles, que parecía un mosquito muerta, piroleaba a las bailarinas en los antiguos teatros de «folklorum». Y por si esto fuera poco, baste que comparemos a Hedy Lamarr con unas barbas cualquiera, para que la superioridad femenina se patentice. Porque mientras el nene padece la molestia periódica de afeitarse barbas y bigotes, la nena tiene un cutis que ya lo quisiera usted.

¿Qué hace el «homo» que no pueda hacer la «homa», vamos a ver?: ¿tirar de un carro? También podríamos hacerlo nosotras, ya que, cuando nos lo proponemos, somos tan brutas como el primero. Y de qué más presume el «homo»: ¿de subir a los tranvías en marcha?; ¿de fumar puros en los cafés? ¡Puf!; tampoco es para darse tanto pisto, niño.

La nena, en cambio, realiza proezas más difíciles. ¿Qué «homo» es capaz de hacer un flan con medio huevo y dos pastillas de sacarina? ¿Qué masculino podría coser un calcetín para que no se salgan los dedos gordos? La nena,

además, posee una resistencia física considerable para tareas tales como las conversaciones telefónicas, el tocado de pianos y el cantado de óperas. Al nene, por su parte, se le va todo el tiempo en toser, en liar cigarrillos y en frotarse el cuero cabelludo con líquidos para no quedarse calvo.

Yo recomiendo en este opúsculo que la mujer no desfallezca en su lucha contra el hombre, y publico a continuación unas cuantas recetas caseras para conseguir la derrota del odiado rival:

Cuando veáis a un varón en descampado, nada de guiñarle un ojo y decirle «eso se lo dirá usted a todas». Coged un pedrusco de los de cantera, envolvedlo en un papel y aproximáros felinamente al individuo en cuestión cuando esté de espaldas. Una vez cerca, debéis procurar atinarle con el pedrusco detrás de la oreja, por ser este su punto flaco. Ya lo decía el humanista Torcuato López: «Homus oreje, parte le piedra».

En el hogar os podéis desenvolver con más facilidad y más economía: una salchichita mataperros en el cocido y listo. Si sois primorosas y queréis hacer un trabajo más fino, clavadle al «homo» un agujón de sombrero en un oído cuando duerma. A los «homos» que no saben hacerse la corbata, no hay más que decirles: «Yo te la haré, pichirringui». Se les hace el nudo, y se tira después con fuerza de ambas puntas hasta que se les acabe el resuello.

Y no olvidéis la máxima que dijo Eva, cuando le dio a su pareja aquel famoso postre: «En este mundo mando yo, chato».

En fin, amiguitas: que debemos despabilarnos un poco porque los «homos», según frase de Sócrates y comparsa «creen que todo el montum es oréganus».

«POCHOLA, PELLEJO IMPURO».

A Darío Fernández Flórez, autor de «Lola, espejo oscuro».

I

Nunca creí que una vida tan puerca como la mía pudiera interesar a esos curiosos con gafas, que gastan los cuartos en libros para ponerlos en fila encima de un tablón. Pero, según parece, los escribanos de ahora solo comen caliente cuando escriben novelas con buenas guarrerías dentro. Y a mí, dicho sea sin ánimo de ofender, a guarrerías no me gana nadie. Mi cerebro, que es una máquina registradora disimulada bajo unos pelos rubios, se ha hecho el siguiente cálculo: si metiendo una sola guarrería regular en un tomo se vende una edición, metiendo varias guarrerías gordas en cada capítulo se podrán

vender quinientas. En vista de lo cual, ante negocio tan sumamente pingüe, lleno de tinta la barriga de una estilográfica y empiezo mis escrituras.

II

Empecé mi aperreada existencia en las tripas de un orfanato, pues los marranos de mis padres me echaron al mundo como quien echa un gato al agua con piedra al cuello. Cuando tuve uso de razón, decidí no usarla en tonterías. Y en menos de un mes robé a todas las pajoleras hospicianas ese medallón de oro que les ponen sus padres al cuello para identificarlas de mayores. Poco a poco, sin embargo, se me fueron hinchando las narices de aburrimiento entre tanta niña pitonga. En vista de lo cual, paré un gitano que iba libre, me subí a su borrico, y me largué a camelar palurdos y capataces por los cortijos del Sur. Al gitano le llamaban «Hojitas de afeitar», y a una servidora empezaban a llamarme algo peor. Pero a mí, dicho sea de paso, plin. Forróse pronto mi riñón con abundante billetamen, y me compré un vestido que quitaba el hipo al vecindario de Écija, que solía hacerme visitas de cumplido.

III

Llegué a Madrid a lomos de un tratante, tan bestia como las mulas que vendía. Fue en el año treinta y seis y acababa de estallar no sé qué guerra, pues nunca me han interesado los chismorreos de la política. Por suerte, me apañé bien con un furriel de tropa, que a cambio de algún encanto mío me daba algún garbanzo suyo. Y así, a la chita callando, conocí al Esmirriao. Era el Esmirriao, como su apodo indica, zopenco de escasas carnes y cartera hueca. Pero el tío se volvió tarumba por mis huesos, y afanaba la pasta donde podía para que yo no le despidiera dándole un puntapié en el pompis.

—Pochola —me decía el sujeto, bobeando de cariño—, sería capaz de comprar un trono para que te sentaras en él.

Lo del trono le falló, porque ya entonces andaban escasos. Pero me compró unas butacas para mi piso que no estaban nada mal.

—O me traes más billetes —le amenazaba yo, poniéndome iracunda de pies a cabeza—, o te tiro por la escalera de una patada en el pompis.

Tanto le angustié al Esmirriao, que, incapaz de ganar tantos billetes, empezó a fabricarlos él mismo en el sótano de su casa. Pero estaba tan obsesionado por mí que, en vez de poner en los billetes la efigie de Felipe II, puso un retrato mío. Los billetes quedaban preciosos, desde luego, porque yo soy mucho más mona que ese barbudo antiguo. Pero algún nieto de ese Felipe

debió de protestar contra que quitaran a su abuelo de los billetes sin más ni más, y al Esmirriao le salieron veinte años de cárcel como veinte soles. De lo cual me alegré, pues acababan de presentarme un autobús lleno de turistas extranjeros, y el autobús se pasaba el día subiendo a mi casa con el pretexto de pedirme un poco de agua para el radiador.

Cuando el autobús se fue de Madrid —que por cierto se despeñó en Somosierra porque yo le había robado una rueda de atrás sin que se diera cuenta—, me dediqué a reponer mi salud, pues andaba con los pulmones algo quebrantados y las arterias llenas de esclerosis. Y como lo mejor para el pulmón es el clima de altura, me fui a Málaga con un señor que, además de suizo, era muy alto.

IV

Ya repuesta, con los pulmones como caballos, decidí hacer una vida muy metódica para sufrir una recaída: me despertaba a las siete en punto de la tarde, como una buena chica, y me desayunaba ostras con champaña. Después me peinaba, encendía un habano y me tumbaba en un diván a comer bombones, reñía a mi doncella rompiéndole un jarrón en la cabeza, y me daba un ataque de histerismo hasta las diez en punto. Entonces me emborrachaba con ajeno francés, que es lo fino, y me iba a la calle dando bandazos. A las once y media exactamente, ya estaba yo juergueándome con moderación en cualquier *cabaret* de moda. Y a las cinco de la mañana, ni un minuto más tarde, una ambulancia me dejaba en casa sin conocimiento; sudando alcohol por todos mis poros. Pero esa vida tan ordenadita acabó por crisparme los nervios, pues soy demasiado fogosa para soportar esas costumbres de colegiala.

V

Una tarde, al salir de casa, empezó a seguirme un Congreso Internacional de Jurisconsultos que celebraba sus sesiones en Madrid. Era un Congreso ya maduro, bastante calvo, pero de buena facha. Me hice muy amiga de él. Sobre todo de seis delegados rubios y dos morenos. Esto, como es natural, le hizo poca gracia al burro de Demóstenes, un catalán con el que alternaba los martes, jueves y sábados. Demóstenes había ganado un fortunón rellenando de merluza caparazones de langosta y vendiéndolas después como si fueran nuevas. El muy cafre me dijo que si no rompía con el Congreso, se suicidaría. Y lo gracioso fue que se suicidó delante de mí, clavándose un alfiler en el dedo gordo.

—No seas tonto y ponte un esparadrapo —le dije yo, encorajinada, cuando vi que por el pinchazo salía una gota de sangre.

—Es inútil —dijo patéticamente el fulano—: me desangraré, para que veas lo mucho que te quiero.

Pero como la herida era tan pequeña y el tío tan grande, pasó más de una semana y Demóstenes no terminaba de desangrarse. Bien es verdad que yo misma le apretaba el dedo, para que salieran más gotas por el pinchazo. Pero ¡que si quieres arroz, Catalina!: el gorrino tenía sangre para llenar un tonel. Yo me amosqué con él, pues no están los tiempos para perderlos cruzada de piernas, esperando que se vacíe cualquier cerdo.

—Ya que me suicido en honor tuyo —gruñía el condenado—, lo menos que puedes hacer es tener un poco de paciencia, joroba.

—Pues ábrete un agujero mayor y no seas pelmazo —le aconsejaba yo, pues el Congreso me esperaba en la esquina para irnos de juerga en cuanto cascara Demóstenes.

Siempre halaga que algún tipo se suicide por una, pues eso da tono y permite subir las tarifas. Pero habiendo pistolas que hacen «pum» y ya está, es una canallada tardar quince días en estirar la pata. Por fin, y en vista de que aquello iba para largo, me fugué con el Congreso, dejándole al catalán la siguiente epístola:

«Querido animal de bellota: Me marcho a San Sebastián con una panda de viejales saladísimos. Avísame cuando te mueras del todo, para estrenar un vestido negro precioso que me acabo de hacer. Púdrete de prisa, muñeco».

Cuando arramblé con todas las dietas que cobraba el Congreso, volví a Madrid. Demóstenes había muerto. Pero la portera me contó que como tardaba tantísimo en hacerse cadáver, un vecino de la casa, que había sido torero, bajó a descabellarle. Fue una injusticia que no le dieran una oreja de Demóstenes, porque creo que lo descabelló de un solo pinchazo. Al saber el fallecimiento de aquel zulú, me dieron ganas de llorar; pero temí que se me corriera el rimmel de mis ojazos, y me contuve. ¡Bueno se hubiera puesto el millonario Bonifacio, con el cual alterno los lunes, miércoles y viernes, si me ve llegar a su casa con mis ojazos llenos de churretes!

FIN



(Sebastián, 1922 — Manchester, 1981). Escritor español. Prolífico autor de narraciones humorísticas, fue director del semanario satírico *La Codorniz*. Partiendo precisamente de una idea suya, M. Mihura fundó *La Codorniz* (1944-1977), cuyo lema fue «el humor más audaz para el lector más inteligente». En esta publicación colaboraron autores como W. Fernández Flórez, R. Gómez de la Serna y J. Poncela. Álvaro de Laiglesia destacó como novelista gracias a grandes éxitos populares como *Una mosca en la sopa* (1944), *Todos los ombligos son redondos* (1956), *Yo soy Fulana de Tal* (1963), *Fulanita y sus menganos* (1965), y *Una larga y cálida meada* (1975). En sus libros logró extraer los rasgos humorísticos de los puntos débiles de la actualidad social de la época, incluidos los más serios o escabrosos. En el ámbito teatral escribió varias comedias y colaboró con Miguel Mihura en *El caso de la mujer asesinadita* (1946).

ÁLVARO DE LA IGLESIA

